Roger Mateos







El verano de los inocentes

El secreto del último fusilado del franquismo

ANAGRAMA
CRÓNICAS

Índice

PORTADA
NOTA ACLARATORIA
1. LOS INTERROGANTES
2. LA INVESTIGACIÓN
I. ALENZA
3. GALICIA
4. MADRID
5. LUCIO RODRÍGUEZ
6. LAS DETENCIONES (I)
7. FLOR BAENA (I)
8. FERNANDO BAENA
9. EL TABÚ
10. EL SEÑALAMIENTO
11. MANOLO Y PABLO (I)
12. EL HERIDO
13. JUAN OLASO
14. LAS TORTURAS
II. EL PARTIDO
15. EL PCE (M-L)
16. RAÚL MARCO (I)
17. LA FOTOGRAFÍA
18. LAS ACTAS (I)
III. ALENZA
19. LAS DECLARACIONES
20. LAS TESTIGOS
21. PUTXI
22. BENÍTEZ DE LUGO
23. MANOLO Y PABLO (II)
24. LOS ABOGADOS
25. BASELGA
26. MARUXA
IV. EL PARTIDO
27. ALBANIA
28. EL HOMBRE MISTERIOSO
29. LAS ACTAS (II)
30. PERPIÑÁN

V. VILLAVALIENTE
31. EL TENIENTE POSE
32. LAS DETENCIONES (II)
33. GARCÍA SANZ
34. SÁNCHEZ-BRAVO
35. EL CURSILLO
36. LA CARTA
37. LAS COARTADAS
VI. EL PARTIDO
38. LAS CIRCULARES
39. LAS ACTAS (III)
40. EL INFILTRADO (I)
41. CARRILLO
42. EL INFILTRADO (II)
VII. LOS FUSILAMIENTOS
43. EL GOLOSO (I)
44. BARCELONA
45. EL GOLOSO (II)
46. MOVILIZACIÓN
47. EL ENTERADO
48. NOCHE EN CAPILLA
49. AL ALBA
50. LA MANO NEGRA
51. EL PADRE DE BAENA
52. EL PARTIDO
VIII. LOS SECRETOS
53. REPERCUSIONES
54. LAS ACTAS (IV)
55. RAÚL MARCO (II)
56. JOSÉ LUIS MORALES
57. CONFIDENCIA CARCELARIA
58. LA FUENTE ANÓNIMA
59. EL REVÓLVER
60. EL RECORTE
61. FLOR BAENA (II)
62. MANOLO Y PABLO (III)
63. EL CUARTO HOMBRE
64. EL GATO
EPÍLOGOS
1. JOSÉ LUIS
2. XOSÉ HUMBERTO
3. RAMÓN

AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

A Manel Mateos Portal,
por sus valiosas enseñanzas sobre la vida

Matar a un hombre no es defender una doctrina, sino matar a un hombre.

SEBASTIÁN CASTELLIO

NOTA ACLARATORIA

En la clandestinidad antifranquista, el uso de nombres de guerra era generalizado, hasta el punto de que determinadas personas son hoy más reconocibles por sus alias que por sus verdaderas identidades. La primera vez que mencione un pseudónimo lo escribiré en cursiva.

Al transcribir cartas, informes y otros documentos, optaré por corregir faltas de ortografía, errores de puntuación y otras imprecisiones, con el fin de facilitar la lectura.

1. LOS INTERROGANTES

Sábado, 27 de septiembre de 1975. Al alba.

Un hombre a punto de cumplir veinticinco años levanta la vista al cielo por última vez. Está de pie, despeinado, desolado. Desahuciado. Le quedan solo unos segundos de vida.

Ha pasado la noche en vela en una celda subterránea de Carabanchel, soportando con impotencia el paso de las horas, deslizándose hacia el vacío eterno en una macabra cuenta atrás. Antes de salir el sol lo han metido en un furgón policial. Y su futuro ha terminado.

Ahora está plantado en medio de un páramo seco y deprimente, un campo de maniobras en la sierra de Hoyo de Manzanares, donde solo crecen hierbajos, polvo y piedras. Mientras la brisa fresca de primera hora le acaricia la cara, un pelotón de la Guardia Civil carga sus fusiles. Apuntan los cañones hacia su pecho. Esperan la orden de disparar.

Lo van a fusilar.

Se llama Xosé Humberto Baena y milita en el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), una organización que ha declarado la guerra a Franco. A Baena lo acusan de haber asesinado a un policía. Pero él, hasta el último momento, niega ser el autor de los disparos.

El caso es confuso. Baena no ha explicado a nadie lo que pasó. Dice ser inocente, pero calla todo lo que sabe. Esta mañana, antes de abandonar la cárcel, ha podido recibir la visita de su padre, que le ha mirado a los ojos y, consciente de que sería la última vez que vería a su hijo con vida, le ha suplicado que lo saque de dudas:

–Hijo, preferiría que me dijeras que fuiste tú el culpable, porque por lo menos sabría que quienes te condenaron a muerte no se

equivocaron de persona. Pero si me dices que van a fusilar a un inocente, todavía me dolerá más.

–Lo siento, papá, pero no puedo darte este consuelo. No fui yo quien lo mató.

Se han abrazado emocionados y se han despedido para siempre.

Ahora son las diez de la mañana y Baena contempla las ocho bocas de cañón giradas hacia él. Si baja la mirada verá las manchas de sangre que, minutos antes, han pintado sobre la arena los cuerpos inermes de dos compañeros suyos. Baena es el tercer militante del FRAP que hoy morirá acribillado en ese descampado.

No ha querido que le venden los ojos ni que lo aten a un poste. Tampoco ha necesitado los servicios cristianos del párroco del pueblo, que se ha acercado a preguntarle si quería algo. Nadie sabe a quién le dedica su último pensamiento. No pronuncia ni una palabra.

Aguarda en silencio su final.

De repente, una voz de mando grita «¡fuego!» y, acto seguido, una ráfaga de tiros agujerea el jersey beis que le cosió su novia hace unas semanas. Cae al suelo y exhala el aire que quedaba en los pulmones. Un médico forense se acerca a comprobar que ya no tiene pulso. El capellán castrense, tras observar la escena, se santigua.

Ha muerto Baena. Y ya no habrá más fusilados en España. Él y sus dos camaradas, José Luis Sánchez-Bravo y Ramón García Sanz, han sido los últimos. Esta mañana han sido ejecutados también dos miembros de ETA, pero eso ha ocurrido una hora antes. Después de treinta y seis años de franquismo, tres militantes del FRAP cierran la nómina de condenados a muerte.

Ha sido un verano sangriento. El FRAP ha matado a dos policías y un guardia civil, y el contraataque ha sido fulminante. Tras decenas de detenciones y confesiones bajo tortura, el régimen dice saber con exactitud quiénes cometieron los atentados. Si estaba todo tan claro, lo lógico habría sido exponer las evidencias en los juicios, pero en lugar de eso se ha orquestado una farsa judicial coreografiada por unos tribunales militares que no han admitido pruebas ni testigos. El escándalo ha sido mayúsculo. Figuras de renombre se han

movilizado para presionar a Franco, incluso el papa Pablo VI ha intercedido para pedir clemencia, pero todas las gestiones se han estrellado contra la rugosa piel de un dictador empeñado en dar un escarmiento a quienes se atrevan a desafiarlo.

Transcurridos cincuenta años, las incógnitas más inquietantes de este drama siguen sin respuestas convincentes. Es un asunto incómodo en el que a nadie, salvo a las familias de las víctimas, le interesa hurgar demasiado. Pero quedan grandes cuestiones por resolver.

Sobre las penas de muerte. ¿Quién decidió que esos muchachos tenían que morir, en un momento en que la salud de Franco se aguantaba con pinzas? ¿Fue responsabilidad de los jueces que dictaron las sentencias, o bien hubo órdenes desde más arriba para orientar el veredicto? ¿Quién giró el pulgar hacia abajo, indiferente a las protestas internacionales?

Sobre la lucha armada del FRAP en el verano de 1975. ¿En qué reunión se decidió empezar a matar policías? ¿A quién se le ocurrió la idea y con qué argumentos lo justificó? ¿Cuál era exactamente el plan y por qué acabó en catástrofe?

Sobre los atentados. ¿Quiénes participaron en los comandos? ¿Detuvo la policía a los verdaderos autores de los crímenes de aquel verano, o bien los condenados fueron simples cabezas de turco? ¿Era cierto lo que Baena le dijo a su padre justo antes de morir? Si no fue él quien mató al policía, ¿hay manera de saber quién apretó el gatillo?

En esta historia no hay claroscuros, todo es oscuridad, dolor y secretos que durante medio siglo han quedado sellados por leyes de impunidad y pactos de silencio.

2. LA INVESTIGACIÓN

En la génesis de este libro sopesé si sería o no una buena idea introducir la primera persona del singular en la narración, teniendo en cuenta que esa primera persona se refiere a alguien como yo, nacido en 1977, sin recuerdos de la época investigada. Tal vez lo más sensato sería dar la palabra a los protagonistas y dejarles desfilar sin filtro por estas páginas mientras el autor permanece detrás del telón. Pero lo voy a hacer de otra manera.

Para describir el terrorífico baile de acontecimientos de 1975 no me sirve la fórmula del relator aséptico, anónimo e invisible. Siento la necesidad de darle un brochazo más personal a una historia que me ha obsesionado de manera enfermiza.

Una vez acabados mis estudios en 2002, me propuse escribir sobre los últimos fusilados del franquismo. Localicé a fundadores del Partido Comunista de España (marxista-leninista), el PCE (m-l), y escribí un reportaje para la revista *L'Avenç*, la primera estación de un viaje que tenía que llevarme a reconstruir la historia entera del partido. Mi círculo más íntimo sabe hasta qué punto este proyecto interminable me ha abducido. Aislado en mi despacho, me he convertido en un perro obcecado en roer siempre el mismo hueso. Algún día espero terminar esta especie de enciclopedia, pero ahora voy a centrarme en 1975, el año en que el FRAP, el frente revolucionario creado por el PCE (m-l), copó portadas.

Estas serán mis reglas:

Primera. No pretendo esconder mi punto de vista: aborrezco el franquismo, un régimen antidemocrático nacido gracias a la contribución de la Alemania nazi y la Italia fascista y que, hasta su metamorfosis, cuarenta años más tarde, mantuvo intacta su pulsión criminal.

Segunda. Mi repulsa hacia la dictadura no implica que me identifique con el ideario del PCE (m-l), cuyo único padrino internacional, la Albania de Enver Hoxha, pasó a la historia como una trituradora de libertades que sumió a sus ciudadanos en una penuria perpetua.

Tercera. Aunque no comparta su credo, siento una fuerte solidaridad hacia los miles de militantes que tuvieron la valentía de lanzarse a un combate desigual contra Franco en nombre de una causa que creían justa y redentora.

Cuarta. De la misma manera que acabo de exponer mis opiniones, afirmo que nada de esto debe interferir en la investigación. No quiero caer en maniqueísmos, demonizando a unos y embelleciendo a otros. No pretendo convertirme en el juglar del FRAP que canta en verso sus andanzas épicas y cierra los ojos ante los estragos causados.

Desde que me contaron cuáles fueron las últimas palabras de Baena a su padre, aquel «no fui yo quien lo mató», no he parado de darle vueltas. He hablado con personas de su entorno y con militantes del partido. He consultado documentos policiales y textos escritos por él. He entrevistado a testigos que quieren permanecer en el anonimato.

No soy tan iluso como para pensar que, medio siglo después, voy a ser capaz de resolver yo solo todas las claves del caso. Esto no es una novela negra en la que al detective le bastan las últimas veinte páginas para atar cabos y dejar a todo el mundo boquiabierto.

O quizá sí.

Pese a la complejidad de esta historia, me niego a pensar que ya no podemos avanzar más. Dispongo de material suficiente para afrontar el reto y arrojar luz sobre unos sucesos controvertidos. Algunos protagonistas preferirían no levantar la alfombra, conscientes de los horrores escondidos ahí debajo. Pero, por muy espeluznante que sea la verdad, jamás pensaré que es mejor no conocerla. Me propongo aproximarme a ella tanto como pueda.

I. Alenza

3. GALICIA

El último fusilado del franquismo nació el 4 de octubre de 1950, exactamente 24 años y 358 días antes de su muerte.

Xosé Humberto Baena Alonso era gallego. Había crecido en el seno de una familia modesta, rodeado de perros, gatos y gallinas en una casa enclavada en los montes que rodean Vigo. Él ocupaba el escalón medio de tres hermanos con edades perfectamente simétricas: Fernando era trece meses mayor que él; Flor era trece meses menor que él.



Fernando Baena y Estrella Alonso, junto a sus hijos: Fernando (izquierda), Flor (centro) y Xosé Humberto (derecha)
Familia Baena-Alonso. Cedida por Flor Baena.

Le gustaba estudiar. En la escuela no conoció el suspenso y en la Universidad de Santiago de Compostela entró con una beca. Devoraba cualquier libro y se le daba bien escribir.[1]

En casa no se hablaba de política. Su padre, Fernando Baena, era un hombre de talante conservador que había hecho la mili en África a las órdenes de Millán Astray, aunque había cultivado cierto escepticismo hacia la clase dirigente y no quería que sus hijos perdieran el tiempo en disquisiciones. Estrella Alonso, su mujer, podía considerarse de izquierdas, pero tampoco tenía ningún interés en que los suyos se metieran en líos. Lo último que querían ambos era ver a sus hijos perseguidos por la maquinaria represiva.

Con Xosé Humberto no pudieron evitarlo.

Recién ingresado en la universidad, Xosé Humberto Baena comenzó a recitar las consignas de Marx y Lenin. El Archivo Histórico Nacional conserva la huella de su primer expediente: en mayo de 1970, la policía le dedicó un párrafo al anunciar la desarticulación del PCE (m-l) en Santiago de Compostela.[2] Baena tenía diecinueve años, y sus actividades no iban más allá de las del típico agitador novato; pasó un mes en la cárcel y acabó siendo absuelto por el Tribunal de Orden Público (TOP), pero lo remarcable del caso es que muestra a un Baena jovencísimo ya asociado al PCE (m-l).

Cinco años más tarde, mientras esperaba en una celda el día de su ejecución, Baena escribió un texto autobiográfico en el que explicaba por qué se radicalizó. Los motivos eran una combinación de rabia ante las desigualdades de las que había sido testigo y resentimiento por la sucesión de golpes bajos que le brindó la vida. Su escrito logró traspasar los muros de la cárcel. Ahí va una selección de fragmentos:

> Durante el primer curso de Filosofía, por participar en unas manifestaciones estudiantiles que había en Santiago, en el año 1970, fui detenido y juzgado por el TOP y expedientado. Las manifestaciones eran por motivos estudiantiles y por desacuerdo con el rector de la Facultad de Filosofía y Letras, sobre todo por la manera de dirigir el centro, que era de un carácter completamente fascista.
>
> En aquella época empecé a tener unas inquietudes políticas que eran solo unas inquietudes democráticas y que luego empecé a politizarlas, en contacto con la vida. No solo con los contactos con los compañeros en la universidad, sino con mi familia, que es pobre, con mis vecinos, que son obreros todos, en contacto con la realidad que vivía.
>
> Debido a este proceso, tuve que dejar los estudios y traté de trabajar en

distintos sitios y siempre encontré obstáculos, porque en cada fábrica exigían un certificado de buena conducta que la policía se negaba a darme, a pesar de haber sido absuelto. Tampoco, por supuesto, me daban pasaporte, ni carné de conducir, ni nada.

Durante estos años, vi la represión en Vigo, que es la ciudad que yo conocía. Vi que mis mejores amigos eran detenidos por la policía por el simple hecho de pedir las mínimas libertades, por pedir aumento de sueldo en su empresa, y empecé a radicalizarme un poco debido a eso.

La mili no hizo más que acentuar su rencor. Lo destinaron «al peor cuartel de toda la región militar», el de Hoyo de Manzanares.[3] Fue como una premonición: era el lugar donde años después lo fusilaron. De vuelta a la vida civil, fue despedido de una empresa por pedir la paga extra de diciembre. Su proceso de politización era irreversible.

Los fines de semana seguía acudiendo a casa de sus padres a comer. Todos procuraban orillar las cuestiones polémicas, aunque él, de vez en cuando, tanteaba a su hermana Flor.



Baena, en el servicio militar
Xosé Humberto Baena en el servicio militar. Cedida por Flor Baena.

–Tú no te das cuenta de cuánta gente lo pasa mal. ¡Hay que luchar! –le decía.[4]

Su activismo cada vez más frenético no le impidió enamorarse. A Maruxa la conocía desde la infancia, eran vecinos y, aunque no formaban parte de la misma cuadrilla, se habían visto infinidad de veces. En los círculos contestatarios de Vigo, sus miradas juveniles volvieron a cruzarse. Maruxa era una chica con carácter, igualmente decidida a sacrificarse por la revolución. No solo era su novia; también era su mejor camarada.

Entonces llegó el 1 de mayo de 1975. Decenas de jóvenes del FRAP festejaron la fecha a grito limpio por las calles de Vigo, empuñando banderas prohibidas. Trastornado por el jaleo, un guardia civil fuera de servicio salió de casa con su arma reglamentaria para dispersar a la muchedumbre y una bala perdida alcanzó a un obrero de Fenosa que se había asomado a la verja del recinto donde trabajaba. Manuel Montenegro Simón murió de esta manera tan absurda antes de los cincuenta años. El descerebrado que le disparó fue absuelto por un tribunal militar.[5]

Aquel asesinato gratuito conmocionó a un grupo de ciudadanos que promovieron una colecta para comprar una corona de flores y publicar una esquela en el *Faro de Vigo*. No sé qué decía el texto original, quizá incluía referencias a la autoría del crimen, pero lo que el periódico accedió a publicar el 3 de mayo simplemente expresaba «solidaridad con su familia en estos momentos de dolor» y llevaba la firma de «obreros, empleados y amas de casa de Vigo». Uno de los impulsores de la esquela fue Baena. Quién iba a pensar que algo tan inocuo lo acabaría forzando a huir de Galicia. Al día siguiente de su publicación, la familia Baena al completo se reunió para comer, como cada domingo. Su hermana Flor traía una mala noticia: José Pablo, el primo de su marido, acababa de ser detenido.[6]



Baena (derecha) con su grupo de amigos en Vigo
Xosé Humberto Baena, con amigos de Vigo. Cedida por Flor Baena.

–No sé qué pasó con José Pablo, se ve que la policía fue a buscarlo –informó Flor.

–¿Cómo? ¡¿Detuvieron a José Pablo?! –exclamó alarmado Xosé Humberto.

–Sí, no sé por qué.

–Pues entonces vendrán a por mí.

No esperó a acabarse lo que tenía en el plato, se levantó y se marchó sin dar explicaciones. Flor y sus padres se quedaron lívidos. No tenían ni la más remota idea de lo que estaba pasando. Fue la última vez que lo vieron en libertad.

Baena corrió a esconderse a casa de Manolo Piña, su mejor amigo. Horas después de abandonar el hogar de sus padres, la policía acudió a registrarlo. Con razón se había esfumado. En Vigo ya no podía moverse con seguridad, tenía que cambiar de ubicación y empezar desde cero. Unos amigos llevaron de incógnito a Baena y Maruxa en coche a Madrid.[7] Allí no los conocería nadie, no tendrían que bajar la mirada al cruzarse con un policía. La sensación de zambullirse en el anonimato de la gran ciudad sería balsámica.

No sabían que, en realidad, se estaban metiendo en la boca del lobo.

4. MADRID

No estaría escribiendo este libro –o sus protagonistas serían otros– si Xosé Humberto Baena y Maruxa se hubiesen hecho caso a sí mismos cuando estudiaron la posibilidad de cruzar la frontera con Portugal y esperar a que la policía de Vigo se olvidara de ellos. Finalmente, optaron por irse a Madrid para «continuar la lucha».[8] Un paisano suyo que estudiaba en la capital los acogió hasta que el partido contactó con ellos.

Para tranquilizar a la familia, Baena llamaba de vez en cuando a sus tías o al despacho de su padre en la empresa donde trabajaba. También escribía cartas a su amigo Manolo Piña. Obviamente, no les contaba nada de sus actividades políticas. Desarraigados, sin apenas dinero y sin alojamiento fijo, Baena y su novia quedaron a merced del partido.

El 27 de mayo de 1975, el FRAP protagonizó una acción de locos: atacó el Banderín de Enganche de la Legión en Vallecas, en solidaridad con la lucha del Frente Polisario contra la ocupación del Sáhara, y la pareja de fugitivos gallegos fue reclutada para esta misión. Copio aquí la información que publicó el diario *ABC* sobre el asalto:

> Unos cócteles molotov fueron lanzados por unos desconocidos contra el Banderín de Enganche que la Legión tiene establecido en Vallecas, según informa Cifra. Los artefactos causaron algunos destrozos en la fachada y no se produjeron desgracias personales. Un transeúnte pudo detener a uno de los asaltantes, que resultó ser una mujer joven, cerca de la cual se encontró una cartera que contenía fórmulas y planos para fabricar cócteles molotov.[9]

La «mujer joven» detenida era Maruxa.

Si ella *cantaba* en los interrogatorios, Baena estaría en la cuerda floja. Pero Maruxa no flaqueó. Se inventó que acababa de llegar de Vigo en busca de empleo y pasaba casualmente por Vallecas cuando se vio en medio del tumulto. Su coartada era floja, la habían cazado con las manos en la masa, pero solo le impusieron una multa gubernativa de tres meses de prisión. Ingresó en la cárcel de Yeserías sin haber delatado a su chico.

¿Qué hizo Baena a partir de entonces? Su único sustento era el partido, pero, cuanto más se abrazaba a él, más se metía en el ojo del huracán. Hay tres imágenes que nos dan pistas sobre su cometido. La primera la ofrece Pablo Mayoral, uno de los camaradas que lo acogió en Madrid. En junio de 1975, Pablo se citó en un punto de la ciudad con Baena, al que llama por su nombre de guerra, *Daniel*. Y cuenta lo siguiente:

> Íbamos a participar juntos en una manifestación relámpago, esa misma tarde, en el paseo de Delicias. La detención de Maruxa le había causado verdadero dolor, que se unía al que ya arrastraba al haber abandonado a su familia y su tierra. Sin embargo, allí estaba Daniel, tan firme y sereno como siempre lo vería después. Nuestra tarea en aquella manifestación no era participar, sino de protección, pues cerca del lugar estaban varios policías. Todo transcurrió sin más incidentes que los cócteles que tiramos. Pero al dispersarnos varios policías de paisano nos dieron el alto, pistola en mano, en la calle Batalla de Brunete. La reacción de Baena fue inmediata y se enfrentó a ellos con una simple navaja. Se quedaron tan sorprendidos que nos dio tiempo a salir corriendo entre la gente y aún pudimos oír los disparos que nos hicieron.[10]

Este fragmento es una mina. Sobre el estado de ánimo de Baena, confirma que está hecho polvo, que no para de pensar en su novia, aunque sigue acudiendo a las convocatorias del partido, a riesgo de ser él el siguiente en caer. Sobre sus funciones, desvela que forma parte del dispositivo preparado para plantar cara a la policía, una responsabilidad reservada a los más intrépidos. De ahí a entrar en un comando armado solo había un paso.

Decía antes que hay tres imágenes reveladoras. Una es esta, la de Baena repeliendo una embestida policial con un cuchillo. La segunda

es una confesión de su íntimo amigo Manolo Piña en el documental *Septiembre del 75*, dirigido por Adolfo Dufour.

> Quince días antes de que lo detuviesen, recibí la última carta de él. En la carta me decía que, en cuanto la leyese, la quemase. Y la quemé, y después me arrepentí. Era la última carta de él, en la que me comentaba que estaba bien, que seguiría luchando por la libertad. Y que estaba armado... Esto es cierto. Y claro, sabíamos lo que había, esa historia...

Y tercera imagen. Entrevisté a un militante –prefiere no dar su nombre– que tuvo un encuentro con Baena cuando andaba por Madrid con una pistola metida en el pantalón. No se acuerda del motivo de la reunión, pero sí de un detalle que le impactó.

> El partido nos organizó una cita en uno de los restaurantes baratos que había en la calle de los Artistas, donde comías por cuatro duros. Yo entonces no lo sabía, pero resulta que la persona que tenía delante era Baena. He olvidado el motivo de nuestra cita, pero sí recuerdo que Baena iba armado y guardaba las balas en una caja de cerillas. Me chocó, porque parecía un tío humilde, una buena persona. Conocí a gente de los comandos que eran unos macarras, pero Baena era todo lo contrario: un blandengue, un buenazo, cero agresivo. Comí con él y ya no lo volví a ver, hasta que su cara apareció en la prensa. Dije: «¡Joder, el del bigotito que comió conmigo!». Creo que lo engañaron. Venía rebotado de Galicia, no tenía adónde ir y se metió en eso por disciplina, porque se lo mandó el partido...

A principios de julio de 1975, Baena ya disponía de arma y munición.

5. LUCIO RODRÍGUEZ

Lunes, 14 de julio de 1975. Al anochecer.

Con su uniforme gris, casi nuevo, Lucio Rodríguez Martín lleva toda la tarde haciendo guardia frente a un edificio de oficinas de la calle Alenza de Madrid, muy cerca de la glorieta de Cuatro Caminos. Este muchacho de veintitrés años con cara de niño y orejas de soplillo entró en el Cuerpo de la Policía Armada a principios de año. Procede de Villaluenga, un pueblecito toledano, y siempre que tiene permiso vuelve a casa. El domingo comió allí con sus padres y luego quedó con María del Carmen, que a sus diecisiete años ya le ha dado el «sí»; van a casarse en septiembre.[11]

Lucio durmió en Villaluenga y este lunes regresó a Madrid para incorporarse al turno de tarde. Cumple tareas de vigilancia en el centro de programación de Iberia. Un trabajo anodino, sin la adrenalina a la que están habituadas las unidades especializadas en represión. Después de comer, se atornilla frente al número 4 de la calle Alenza, con su gorra de plato calada y su pistola al cinto, y espera a que pase el tiempo.

Solo con mirar la mole de cemento que hay detrás de él, a uno le entran ganas de bostezar. En este edificio grisáceo de siete plantas, agujereado por enormes ventanas, trabajan decenas de empleados delante de primitivas computadoras, mientras los directivos de la empresa se pasan el día cerrando operaciones con el auricular del teléfono pegado a la oreja. El cometido de Lucio es permanecer en el exterior, frente a la entrada con marquesina, y devolver educadamente el saludo a los trabajadores de cuello blanco que franquean la puerta con sus camisas planchadas y un maletín en la mano.



Esquina del edificio de Iberia, entre las calles Alenza y Cristóbal Bordiú
Edificio de las oficinas de Iberia en la calle Alenza. Agencia EFE.

En ese tramo de calle nunca pasa nada extraordinario. Nunca, salvo hoy. El turno de Lucio termina a las diez de la noche, pero esta vez el relevo se retrasa. Mientras aguarda en la acera, mirando a un lado y a otro para ver si aparece su compañero, circula por la calzada un Seat 127 azul marino que pasa de largo y gira por una vía perpendicular. Lucio resopla, la jornada se le está alargando más de lo debido. Está aburrido, cansado y sudado. Ha sido una jornada tórrida, con máximas de 38 grados.

Son las diez y cuarto cuando el 127 vuelve a circular por Alenza; esta vez se detiene cerca del número 4. Bajan del coche dos personas y avanzan decididas hacia el policía, que no es capaz de interpretar sus intenciones. Uno de los desconocidos se acerca a él, saca una pistola y dispara, pero no se oye ninguna detonación: el arma ha fallado. Al siguiente intento, la pistola sí que escupe una bala. Inmediatamente después, otra. Y otra más. Varias balas impactan contra el cuerpo de Lucio, que primero se tambalea y consigue dar algunos pasos hacia la calzada tratando de alejarse, hasta que se desmorona.

El ejecutor tiene a la víctima a su merced; podría dejarla ahí tirada, desangrándose, pero no está seguro de que las heridas sean mortales, así que se aproxima al moribundo, levanta el cañón y lo

remata. Este es el último disparo que se oye en la calle Alenza esa noche y el primero que le permitirá al FRAP jactarse de haber matado a una persona. Para los guionistas que han planeado el atentado, aquel disparo representa el primer relámpago de la tormenta, el estruendo que inaugura la insurrección contra Franco.

Lucio yace en el suelo sobre un charco de sangre. El autor de los balazos se abalanza sobre él, muy nervioso, y trata de arrebatarle el arma de la cartuchera; forcejea durante unos segundos, pero sus compañeros de comando le ordenan que vuelva corriendo al coche. El asesino les hace caso. Algunas cabezas ya se asoman alarmadas a los balcones.

Los atacantes huyen a toda velocidad en el Seat 127 y, justo después, aparece el policía que tenía que relevar a Lucio Rodríguez a las diez de la noche. Aquel cuerpo ensangrentado sobre el asfalto podría ser el suyo; sería el suyo si hubiese sido puntual.

Enseguida se llevan a la víctima al Hospital Central de la Cruz Roja. El cuerpo de la víctima presenta impactos de bala en cuello, hombro izquierdo, codo izquierdo, región lumbar y cabeza. Cuando la ambulancia llega al hospital, Lucio ya ha fallecido.

¿Quién puede haber cometido semejante asesinato a sangre fría? A última hora de la noche, los periódicos buscan un hueco para insertar el suceso en sus páginas, con detalles aún sin contrastar, como el hallazgo de lo que parece un balín incrustado en el cuello del cadáver. Aquel presunto perdigón disparado con un arma de aire comprimido da lugar a una hipótesis inicial: ha sido obra de una banda juvenil que pretendía cometer un robo.



Familiares y amigos del policía asesinado en la calle Alenza velan el cadáver en la capilla ardiente
Capilla ardiente de Lucio Rodríguez, en julio de 1975. Agencia EFE.

La policía localiza un Seat 127 abandonado en la calle Pedro de Valdivia, robado horas antes. El dueño del coche, al recuperarlo, se da cuenta de que el equipo fotográfico de alta calidad que guardaba en el maletero ha desaparecido.

De momento, las siglas del FRAP ni se mencionan. Nadie habla de crimen político. Pero con el paso de las horas se desinflan las primeras teorías. Los exámenes balísticos demuestran que lo que perforó el cuello de Lucio no fue un perdigón, sino una esquirla de bala del calibre 22. Detrás tiene que haber algo más serio que una pandilla de ladrones.

El diario *Informaciones* recibe una llamada que despeja dudas: una voz que asegura hablar en nombre del FRAP reivindica la acción.

6. LAS DETENCIONES (I)

Diez días después del atentado, los periódicos anuncian con grandes titulares la detención de catorce personas presuntamente relacionadas con la acción terrorista. La fuente es un comunicado de la Dirección General de Seguridad (DGS), nave nodriza de la policía secreta, ubicada en la Puerta del Sol de Madrid. Las portadas muestran el clásico mosaico de fotos de los detenidos, con el repertorio habitual de miradas vacías y rictus de tensión.

No los nombraré a todos, solo me centraré en los cinco con peores augurios:

Manuel Blanco Chivite, treinta años, el más veterano. Presunto cerebro del comando.

Pablo Mayoral Rueda, veinticuatro años. Acusado de participar en el asesinato de la calle Alenza.

Vladimiro Fernández Tovar, veintitrés años. Según la policía, era el jefe del grupo armado.

Fernando Sierra Marco. El más bisoño, diecinueve años, pero con la virtud de haberse sacado ya el carné de conducir. Presuntamente estaba al volante del coche utilizado por el comando.

Xosé Humberto Baena Alonso, veinticuatro años. Supuesto autor material de los disparos.

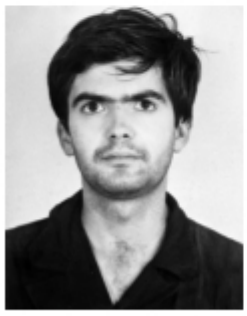
Sus caras son exhibidas como trofeos de caza. La prensa más afecta al régimen destaca, por encima de todas, la fotografía de un joven flaco con el pelo alborotado y bigote de herradura. Unos medios publican su foto con gafas; otros, sin ellas. Detrás de sus ojos asustados, que parecen lanzar una llamada de socorro desde el inframundo, se esconde teóricamente la persona que acribilló al policía. Es Xosé Humberto Baena.



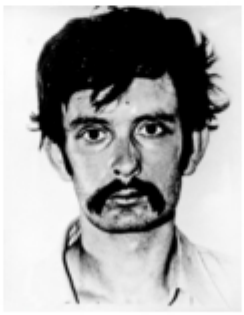
Manuel Blanco Chivite



Pablo Mayoral Rueda



Vladimiro Fernández Tovar



Xosé Humberto Baena Alonso



Fernando Sierra Marco

Retratos de detenidos por el atentado de la calle Alenza. Dirección General de Seguridad.

La reconstrucción oficial describe de la siguiente manera lo sucedido el 14 de julio.

Los tres integrantes del comando –Mayoral, Baena y Sierra– se citan a las 17:30 horas frente al Hospital Militar Gómez Ulla. Lo primero que hacen es robar un automóvil en la calle del Pez Volador, un Seat 127 azul marino, estacionado con las llaves de contacto puestas. Tras dar un rodeo para asegurarse de que no los sigue nadie, empiezan a buscar una presa fácil. Cuando pasan por la calle Alenza divisan a un policía solitario, de servicio, en un tramo poco transitado. Estudian las calles de alrededor para trazar un itinerario de huida y vuelven a Alenza dispuestos a eliminarlo.

Son las 22:15 horas cuando el vehículo se detiene a escasos metros del agente, que lleva rato esperando su relevo. Sierra

permanece al volante, con el motor en marcha. Baena y Mayoral se apean del coche y avanzan hacia el despreocupado agente. Baena toma la delantera y saca la pistola de un bolso de mano, mientras Mayoral, en segundo plano, empuña una navaja automática en el bolsillo del pantalón, por si hiciese falta asestar alguna puñalada. Todo sucede a la velocidad de un rayo. Baena apunta, dispara y de la boca del cañón no sale nada; vuelve a apretar el gatillo y, ahora sí, una bala impacta contra el cuerpo del policía. Baena sigue disparando hasta agotar los proyectiles.

Mientras la víctima se desangra, el autor material trata de quitarle el arma que lleva al cinto, pero no lo consigue. Sus compañeros ven que tarda demasiado y lo llaman a gritos. Huyen, dejan abandonado el vehículo lejos de allí y cada uno regresa a su domicilio.

Esta es la versión policial. Parece tan bien cosida, tan rica en nombres, horas y detalles accesorios, que dan ganas de encogerse de hombros y darla por buena. Pero tiene un serio inconveniente: su fuente son confesiones bajo tortura. ¿Hemos de tragarnos lo que los detenidos firmaron entre trompazos, insultos y coacciones? ¿Es cierto que se dieron por vencidos y que, viéndose con pie y medio en la tumba, *vomitaron* todo lo que sabían? ¿O fue la policía la que repartió a cada uno un papel en esta farsa y los obligó a firmar una fraudulenta confesión autoinculpatoria entre amenazas de muerte?



Infográfico del atentado de la calle Alenza. Elaborado por Eduard Forroll.
Elaboración: Eduard Forroll

Desde la primera página me he estado preguntando si Xosé Humberto Baena fue realmente el autor de los primeros disparos mortales de la historia del FRAP. El camino hacia una respuesta fundamentada será largo. Y empieza con el testimonio de su familia.

7. FLOR BAENA (I)

María Flora Baena lleva muchos años reivindicando la memoria de su hermano fusilado. Tenía previsto visitarla en Vigo, pero para no postergar la investigación decidí llamarla.[12] Le expuse mi interés por reconstruir los hechos de 1975, poniendo en cuestión la sentencia que condenó a Xosé Humberto, y ella se ofreció a ayudarme en todo lo que estuviera en su mano. Tras cinco décadas de estigma, no hay nada que Flor –así la conoce todo el mundo, aunque en casa solían llamarla Mary– agradezca más que poder desahogarse ante alguien dispuesto a creer en la inocencia de su hermano.

Empezamos hablando de su infancia, de los tiempos felices en su casa familiar en uno de los montes que protegen Vigo. Desde pequeña, Flor sentía devoción por Xosé Humberto, adoraba su instinto protector. Cada vez que ella cometía una travesura, él asumía la culpa para ahorrarle la regañina de su madre. Era el pararrayos de Flor.

Nuestra conversación fue avanzando hasta adentrarse en las turbulencias de la época universitaria, cuando Xosé Humberto fue detenido por primera vez, por participar en una protesta estudiantil. Por el timbre de voz de Flor, intuí que habíamos entrado en terreno pedregoso. Si hasta entonces sus recuerdos fluían con una melancólica sonrisa telefónica, ahora las palabras pesaban más.



Flor Baena, junto a su hermano Xosé Humberto
Xosé Humberto Baena, con su hermana Flor. Cedida por Flor Baena

Por aquella protesta permaneció arrestado un mes. Y eso dinamitó sus planes: no pudo presentarse a los exámenes, tuvo que dejar los estudios y enseguida fue llamado a filas.

–En 1972, Pite fue destinado al cuartel de Hoyo de Manzanares –evocó Flor, que se refería a Xosé Humberto como *Pite*, un mote familiar–. A ese cuartel enviaban a reclutas con antecedentes políticos, para aislarlos del resto. Nos escribía cartas diciendo que el cuartel se encontraba en estado ruinoso. Tenían goteras en los dormitorios, caía agua encima de las literas, no había duchas, tenían que lavarse en un grifo que había en la calle o acercarse a un riachuelo.

–De todos los destinos posibles, es asombroso que le tocara precisamente Hoyo de Manzanares, el lugar donde iba a morir fusilado tres años más tarde.

–Pues sí. Hay una coincidencia terrible que enlaza a Pite con mi tío Emilio: a principios de la Guerra Civil, el hermano pequeño de mi padre falleció en Hoyo de Manzanares.

–¿Tu tío también murió allí?

–Sí, en octubre de 1936. Luchaba con los nacionales. Su unidad tomó una colina que luego fue bombardeada por error por la aviación franquista.

Llevábamos más de una hora al teléfono. Pese a ser una primera toma de contacto, quise preguntarle ya por la cuestión más peliaguda: el delito de sangre atribuido a Xosé Humberto Baena. Había leído los argumentos exculpatorios de la familia, basados en que Baena no pudo de ninguna manera participar en el atentado de la calle Alenza porque en la víspera se encontraba muy lejos de Madrid, en la frontera con Portugal, para recoger el dinero que le mandó su padre a través de un transportista. Quise explorar cualquier posible matiz nuevo.

–En vuestras visitas a Carabanchel, antes del fusilamiento, ¿llegasteis a hablar con él sobre los hechos que le imputaban? –pregunté.

–Habló de eso con mi padre justo antes de morir.

–¿El día en que fue ejecutado?

–Sí. Mi padre y mi hermano mayor, Fernando, viajaron en taxi toda la noche desde Vigo hasta Madrid para poder verlo en su celda, antes de la ejecución.

–¿Llegaron a tiempo?

–Media hora antes de que se llevaran a Pite –detalló Flor.

–¿Y qué se dijeron?

–Ni mi padre ni mi hermano Fernando querían contármelo. Mi padre murió sin decirme nada. Seguí insistiendo a Fernando para que me explicara de qué hablaron esa mañana, pero no soltaba prenda. Siempre me decía: «Déjalo, Mary, no quiero hablar de eso». Tuvo que pasar mucho tiempo para que cambiara de opinión. El día en que se cumplían treinta años del fusilamiento, por fin, me contó lo que les dijo Pite.

–¿Reconoció haber disparado?

–Se ve que mi padre le sacó el tema. Quería saber si su hijo había matado al policía. Pite fue tajante: «Papá, puedes tener la completa seguridad de que yo no lo hice». Mi padre estaba convencido de su inocencia, pero insistió: «Te digo una cosa, hijo, preferiría que me

dijeras que fuiste tú el culpable, porque por lo menos sabría que quienes te condenaron a muerte no se equivocaron de persona. Pero si me dices que van a fusilar a un inocente, todavía me dolerá más». Y mi hermano: «Lo siento, papá, pero no puedo darte este consuelo. No fui yo quien lo mató».

8. FERNANDO BAENA

Flor me facilitó el contacto de su hermano mayor, Fernando. No es un hombre que se prodigue en los medios de comunicación. Para él, que servía en la Armada, la condena de Xosé Humberto fue un golpe devastador, no solo a nivel personal, sino también a nivel profesional. Su carrera militar quedó truncada.

El hecho de que a Xosé Humberto le tocara hacer la mili en Hoyo de Manzanares, el mismo lugar donde fue fusilado años más tarde y donde su tío perdió la vida en un bombardeo en 1936, no es la única casualidad que conecta a la familia con este caso. Hay otra coincidencia asombrosa e inexplicable: Fernando conocía perfectamente la escena del crimen de Alenza, porque había trabajado en el centro de programación de Iberia, en el número 4 de esa calle, como técnico de mantenimiento de computadoras.

–Cuando me enteré de que habían matado a un policía justo allí y acusaban a mi hermano del asesinato, no podía creérmelo –admite.[13]

Fernando también se refiere a su difunto hermano con el mote familiar.

–Lo de Pite se lo puse yo sin querer. Mi madre me mostró el bebé recién nacido: «Mira, este es Pepito». Y yo, que tenía un año y pico, lo repetí mal: «¡Pite!». Y se quedó Pite. En casa todos lo llamábamos Pite.

Le pedí a Fernando que rememorara la última noche antes del fusilamiento. Es parco en palabras, no se recrea en detalles, pero el impacto emocional perdura.

–Estábamos en Vigo, preparados para coger el tren nocturno a Madrid para visitar a Pite al día siguiente en la cárcel, pero nos llamó el abogado para avisarnos de que el Gobierno había decidido que las

penas de muerte se ejecutarían al salir el sol. Si viajábamos en ese tren, no llegaríamos a tiempo.

Un vecino taxista se prestó a llevarlos a Madrid por carretera. Llegaron a Carabanchel cuando ya amanecía, justo a tiempo para poder despedirse de Xosé Humberto. Fueron conducidos inmediatamente a su celda.

–Nos concedieron media hora. Estuvimos hablando de la familia y de toda la gente de Vigo que le mandaba mensajes de ánimo.

–¿Se emocionó?

–Estaba emocionado, claro, pero delante de nosotros no lloró en ningún momento. Lo vimos muy sereno.

Mencioné lo que me había comentado Flor, la pregunta directa de su padre sobre la autoría del atentado y la reacción inequívoca de Xosé Humberto.

–La respuesta de Pite no se me olvidará en la vida: «No, papá, no fui yo» –confirmó Fernando–. Estoy convencido de que nos dijo la verdad. Una persona que sabe que va a morir puede mentirle a un juez, pero no a su padre y a su hermano.

9. EL TABÚ

En mis charlas con antiguos militantes, la autoría de los atentados de 1975 siempre ha sido un asunto tremendamente embarazoso, que muchos no quieren ni mentar. Se da por hecho que las condenas a muerte fueron dictadas de manera arbitraria, que los fusilados fueron chivos expiatorios, pero raramente se formula en voz alta la pregunta que surge a continuación: si ellos no tuvieron nada que ver, ¿quiénes fueron los verdaderos responsables, cómo consiguieron escabullirse y qué ha sido de ellos?

Para algunos, estas son preguntas odiosas, idénticas a las que gritaría un torturador en un interrogatorio, por lo que consideran que lo mejor es olvidarse del tema.

Discrepo. Estoy convencido de que precisamente esas preguntas son las que *no* buscó responder con rigor la policía franquista, que se conformó con servirle en bandeja al Gobierno un puñado de activistas vinculados en mayor o menor medida a los comandos. La prioridad del régimen era demostrar que seguía manteniendo el control de la calle; le importaba un bledo si los fusilados eran o no los verdaderos culpables.

Hasta hoy no había dado suficiente valor a una conversación que presencié el 14 de abril de 2011, en el 80.º aniversario de la Segunda República. Me encontraba en Huesca, invitado a unas jornadas en las que iban a intervenir Manolo Blanco Chivite y Pablo Mayoral, dos de los detenidos por el atentado de Alenza.[14] Una de las actividades consistía en ir al cementerio a rendir homenaje a los caídos por la bandera tricolor. Mientras paseábamos entre las lápidas, estuve departiendo con Manolo y Pablo; en un momento del paseo se pusieron a hablar del periodista José Catalán Deus, un excamarada suyo que quería grabar un documental sobre el FRAP,

estrenado años después con el título de *La chispa y la pradera*. Recuerdo bien la reflexión que dejó caer Manolo, en tono agrio, para justificar su negativa a dejarse entrevistar por Catalán Deus:

–Ese quiere saber quién mató a los policías... ¿Qué sentido tiene eso hoy?

Habían pasado treinta y seis años y, según Manolo, resultaba improcedente remover el asunto. Mis alarmas periodísticas se activaron, no podía estar más en desacuerdo con él. Claro que tenía sentido intentar averiguar quién acabó con la vida de los policías asesinados en 1975, no solo para destapar un dato relevante de la historia de España, sino también para comprobar si era cierto que Franco ordenó fusilar a inocentes. En lugar de rebatirlo, me hice el despistado. Entonces, esa polémica no casaba con mis investigaciones marginales sobre los orígenes del PCE (m-l). Aún no me veía reventando cajones cerrados con mil llaves para buscar este tipo de respuestas. No obstante, aquel día tomé conciencia del gran tabú.

No todos piensan como Manolo. Algunas de mis fuentes sí que desean llegar hasta el fondo para exorcizar los traumas del pasado, y no me refiero solo a las familias de los fusilados, que por supuesto harían lo que fuera para rehabilitarlos, sino también a exmilitantes que consideran que ya va siendo hora de que todo se aclare, sobre todo pensando en los ejecutados, a quienes Franco echó a los leones sin aportar pruebas contra ellos.

Existe un precedente que poca gente conoce. No está relacionado con el FRAP, pero sí con la lucha antifranquista, y me temo que presenta notables paralelismos con lo ocurrido en 1975. Me refiero al caso Delgado-Granado.

Los protagonistas son dos anarquistas exiliados en Francia que, en 1963, se vieron envueltos en un trágico enredo. Francisco Granado fue destinado a Madrid para participar en un magnicidio: el plan consistía en colocar veinte kilos de explosivos en la cuneta de la carretera que lleva al Palacio de El Pardo para reventar el coche oficial de Franco.[15]

Granado era el encargado de custodiar la maleta con los

explosivos, a la espera de entregársela a un enlace que no apareció. La organización envió a Joaquín Delgado para avisar a Granado de que tenía que regresar a Francia porque la operación había sido abortada, pero las cosas se torcieron de manera surrealista. Primero, tuvieron que posponer el viaje de vuelta porque el coche de Granado estaba averiado. El contratiempo no habría tenido mayor trascendencia de no haber sido por una desafortunada carambola. Esos días, sin ellos saberlo, merodeaban por Madrid otros dos compañeros libertarios que hicieron explotar un artefacto en la sección de pasaportes de la Dirección General de Seguridad, en el ombligo de la ciudad. La explosión causó una veintena de heridos. Horas más tarde, una segunda bomba provocó daños materiales en la Delegación Nacional de Sindicatos.

Mientras los responsables de las bombas escapaban a Francia, Delgado y Granado seguían atrapados en Madrid, con el coche en el taller. Días después fueron detenidos en circunstancias extrañas. En comisaría confesaron sus vínculos con el anarquismo; era justo lo que necesitaban oír las autoridades, que hallaron la maleta con cuatro barras de explosivo plástico, un detonador, una metralleta y una bomba de mano. En los interrogatorios recurrieron a las bestialidades habituales, hasta que forzaron a Delgado y Granado a declararse autores de las dos explosiones. Pese a ser inocentes, fueron condenados a muerte. Delgado y Granado murieron ejecutados con garrote vil.

¿Se repitió la historia en 1975? ¿Pagaron justos por pecadores? ¿Firmó Baena una declaración en la que se autoinculpaba de un delito que había cometido otro?

10. EL SEÑALAMIENTO

Procuraré ser lo más preciso posible para que no se malinterprete lo que voy a explicar a continuación, porque invocar este asunto es meterse en arenas movedizas.

Antes hemos visto que, en pocos días, la policía echó el guante a los cinco principales sospechosos del asesinato de la calle Alenza y le endosó a Baena el peor delito de todos, el de autor material. La pregunta es: ¿cómo llegaron a la conclusión de que disparó él?

Quien piense que las detenciones fueron una teatralización de baja estofa contra los primeros que se pusieron a tiro de la policía dirá que todo era una superchería, que ni Baena ni los demás tenían nada que ver y que las acusaciones fueron pura invención.

Pues no. Baena fue señalado por uno de sus camaradas en un interrogatorio.

Eso tiene una explicación, y se resume en una palabra, de las más abominables del diccionario: *tortura*.

Durante décadas, las inhóspitas paredes de las comisarías franquistas fueron testigo de auténticas atrocidades.[16] El acoso y derribo para quebrar la resistencia de los disidentes se iniciaba nada más llegar. Un sádico comité de bienvenida formaba un pasillo y aporreaba a los detenidos. Al tomarles declaración, la gama de salvajadas era de lo más variada. Existía el método conocido como «la rueda»: varios policías en corro te agredían y salías rebotado de uno a otro. «El pato» consistía en caminar acuclillado con las manos esposadas por detrás de los glúteos mientras te llovían golpes. Para evitar cicatrices visibles, te atizaban con toallas mojadas, guías telefónicas y bates envueltos en mantas. Uno de los castigos más cruentos era «el quirófano»: tumbado sobre una mesa, te inmovilizaban para sacudirte a placer. Más pánico provocaba «la

bañera»: sumergían tu cabeza en un recipiente lleno de agua sucia, orina o vómitos. Con la «picana» sufrías descargas eléctricas. En el caso de las mujeres había incluso violaciones. Si el interrogatorio no progresaba, solían jugar a destruirte psicológicamente. Escenificaban simulacros de ejecución, colocándote una pistola en la sien. Quizá lo más inhumano era cuando amenazaban con traer a tu pareja, a tus hermanos o a tus hijos y abusar de ellos.

Por este martirio tuvieron que pasar los detenidos por el atentado del 14 de julio de 1975.

El primero en caer fue Pablo Mayoral. A las once y media de la noche del 15 de julio, salió de su portal, en la calle Núñez de Balboa de Leganés, con una bolsa de basura en la mano. No le dio tiempo a acercarse al contenedor, porque una manada de lobos se abalanzó sobre él. Pasó ocho días en las mazmorras de la Dirección General de Seguridad.

–¡Tú eres uno de los que mataron al policía! –le gritaban.[17]

Sacaron un grueso álbum de fotos disparadas por espías que habían estado controlando sus movimientos. Querían socavar su moral, hacerle ver que lo sabían casi todo.

Hay que decir que Pablo tenía en su contra una prueba altamente incriminatoria. En el registro del piso de Leganés encontraron una cámara de fotos profesional, exactamente igual a la que quienes atentaron en la calle Alenza habían sustraído del coche robado que usaron para cometer el crimen. Con esta rémora, sus coartadas eran papel mojado.

Un par de días después de Pablo, fue detenido Manolo Blanco Chivite. Le hicieron saber que su nombre no constaba en ningún registro, por lo que, si se les iba la mano, harían desaparecer el cuerpo sin que se pudiese demostrar que había pasado por allí. Manolo también sufrió el carrusel de puños y preguntas. Al frente del operativo estaba Roberto Conesa, el comisario con menos escrúpulos de la Brigada Político-Social. Conesa tenía una pléyade de desalmados a su servicio, entre ellos Juan Antonio González Pacheco, más conocido como *Billy el Niño*, un sádico maestro de la tortura.

¿Cómo respondieron Pablo y Manolo a aquel abanico de prácticas medievales? ¿Fueron capaces de resistir sin abrir la boca, tal y como exigían las normas de clandestinidad de su partido? ¿O la fuerza bruta los doblegó?

José Catalán Deus, el periodista y exmilitante al que me he referido al comentar el rechazo de Manolo y Pablo a participar en su documental, sacó a la luz las declaraciones policiales de los detenidos.[18] Son confesiones arrancadas a mordiscos, por lo que conviene poner en cuarentena la veracidad de lo que afirman, pero eso no quita que sean relevantes, porque fue a partir de ahí que la policía construyó la versión oficial.

La declaración de Pablo consta de once folios fechados el 18 de julio, tres noches después de su arresto, y dice, entre otras cosas, que en los días previos al atentado le presentaron a dos integrantes del comando. Uno era un joven «alto, moreno, pelo largo tapando las orejas» y un «bigote caído, pero no muy poblado», de quien no desvela la identidad. Del otro sí que da una pista que será clave: se hace llamar Daniel, y Pablo lo conoce porque corrió con él en una manifestación. Quedémonos con este nombre de guerra: Daniel.

Los miembros del comando, según la declaración policial de Pablo, eran tres: el propio Pablo, Daniel y el chico del bigote. Se citaron el 14 de julio por la tarde para ir a la caza de algún policía. Reproduzco el párrafo más dramático:

> Ven un 127 de color azul que tenía las llaves puestas. Sin dudarlo mucho, se apoderan de él, poniéndose al volante el del bigote, Daniel a su lado en el asiento delantero y el que declara [Pablo] en el asiento de detrás [...] al pasar por la calle de Alenza [...] el conductor del coche ve a un policía armado [...] Se decide entonces llevar a cabo la muerte del mismo [...] se bajan del coche Daniel y el declarante [...] sacando Daniel un revólver que llevaba en un bolso de mano pequeño [...] y haciendo un primer disparo al cuerpo del policía. Pero, al fallarle este, el policía armado se vuelve y, entonces, Daniel le hace nuevos disparos, viendo cómo el policía armado trataba de taparse con el brazo derecho levantado a la altura del pecho. El policía armado sigue retrocediendo por la calzada hasta que cayó al suelo, donde Daniel intentó quitarle la pistola, lo que no hizo, ante las voces que tanto el conductor como el declarante le daban

> desde el interior del automóvil para que se viniese, pues ya se estaba acumulando público por allí.[19]

Pablo añade que él estaba «detrás» de Daniel, empuñando «una navaja automática» con la mano derecha dentro del bolsillo del pantalón, listo para rematar al policía o para defender a Daniel, si hubiese sido necesario.

La descripción del crimen es sobrecogedora, pero todavía no sé si es verídica. Lo que es seguro es que aporta un elemento trascendental, que tendrá consecuencias, porque revela el apodo del presunto asesino: Daniel. Detrás de este antifaz onomástico se ocultaba la identidad de Baena, que aún seguía libre. Por lo tanto, es la declaración firmada por Pablo la que sitúa a Baena en el punto de mira de la policía. ¿Dijo Pablo la verdad? ¿Fue en efecto Daniel, es decir, Baena, quien disparó?

Ahora es cuando tengo que ir con pies de plomo. No estoy afirmando que Pablo delatara malévolamente a su camarada, o que lo *vendiera* para salvar su propio pellejo. Lo que sí sé, porque he leído su declaración policial, es que Pablo lo señaló como autor material, lo cual contradice las últimas palabras de Baena a su padre. Es legítimo pensar que Pablo, al borde de la extenuación, optó por acusar a otro camarada que continuaba moviéndose en libertad; eso incluso me parecería lógico: antes que dejarse matar, mejor echarle la culpa al que sigue libre. El problema es que, al cabo de unos días, Baena fue detenido. Y la imputación del delito más grave, fuese verdadera o falsa, ya no le fue retirada.

El señalamiento a Baena en la declaración de Pablo es tan chocante, tan perturbador, que creo que merecería una aclaración por su parte, porque tengo la impresión de que no todo es tan esquemático. Me cuesta imaginar que un militante de acero como Pablo, por muy desfondado que se sintiese, pusiera así como así en el disparadero a su camarada. Intuyo que todo tiene una explicación borrascosa que solo Pablo puede desvelar.

11. MANOLO Y PABLO (I)

Desde aquel paseo por el cementerio de Huesca tenía clavada en mi subconsciente la frase de Manolo Blanco Chivite sobre Catalán Deus: «Ese quiere saber quién mató a los policías... ¿Qué sentido tiene eso hoy?». Seguía discrepando de Manolo, pero me costaba creer que algún día sería yo quien intentaría romper el tabú de la autoría.

A Pablo Mayoral lo conocí justamente en Huesca, en 2011. Desde entonces nos vimos más veces; él tuvo incluso la delicadeza de acompañarme en la presentación de mi libro *Caso Cipriano Martos* en Madrid. Con Manolo, la relación venía de más lejos, de mis primeros escarceos como periodista. Nuestras conversaciones topaban siempre con una barrera invisible, como si nuestro hilo de confianza dependiera de que yo no metiera las narices donde no debía. La frontera de mi curiosidad era el pozo hediondo de 1975.

A medida que acumulé indicios de que la autoría de los atentados no era la que el régimen quiso hacernos creer, me convencí de que no tenía otra alternativa que contrastar mis sospechas con Manolo y Pablo. Les propuse una entrevista. Aceptaron.

Me citaron en la sede de su editorial, El Garaje, en el barrio madrileño de Villaverde. No era la primera vez que visitaba este local espacioso y caótico, donde en lugar de coches aparcados hay montones de libros. Tiempo atrás, Manolo me había invitado a consultar allí la serie completa del periódico del PCE (m-l), *Vanguardia Obrera*, porque entre las cajas apiñadas en las estanterías se conserva parte del archivo del partido.

Manolo me dio la bienvenida con una sonrisa y un apretón de manos. Tenía delante a todo un mito de la lucha antifranquista reconvertido en editor y escritor de novela negra. Conocía su lado

seductor, su perspicacia y socarronería, su facilidad para romper el hielo y predisponer positivamente al interlocutor. También era consciente de los límites que imponía a cualquier repaso de su pasado. Lo había comprobado veinte años atrás, en el proceso de elaboración de mi reportaje iniciático para *L'Avenç*. Entonces me conformé con sus evasivas. Manolo podía encadenar monólogos de diez minutos poniendo a parir al franquismo, pero cuando se le pedía que entrara en detalles sobre los hechos juzgados se mostraba escurridizo como una ardilla y llenaba sus respuestas de vaguedades.

Sabía que Pablo se andaría igualmente con cautela. A sus enemigos les encanta caricaturizarlo como el mecánico fortachón que solo sabe obedecer a Manolo. Pablo siempre me ha parecido una persona afable y emotiva, lo he visto llorar por cosas que le tocan la fibra, sobre todo si atañen a sus camaradas. Lo que pasa es que, en todo lo que concierne a 1975, cierra filas con Manolo. En esto forman una unidad indivisible. Mi trabajo consistía en intentar agujerear la coraza que protegía los secretos de Alenza.

Aquella tarde del 13 de abril de 2023, dedicamos gran parte de la entrevista a reconstruir sus caminos hasta que coincidieron en el Comité de Madrid del PCE (m-l) en 1975.

Y, poco a poco, nuestra charla se fue aproximando a la orilla de los atentados. Manolo explicó el contexto que llevó al partido a convencerse de que había que pasar al ataque:

–Franco estaba enfermo, el príncipe Juan Carlos ya había presidido algunas reuniones del Consejo de Ministros, la inflación andaba desbocada, las dictaduras de Portugal y Grecia habían caído... ¿Quién tenía más prisa para que hubiese un cambio político en España? ¡El poder económico y la oligarquía financiera! ¡Tenían más prisa que nosotros! Querían acelerar una reforma cosmética para no verse desbordados por los acontecimientos. Las huelgas y las movilizaciones se sucedían una tras otra. España estaba hirviendo...

–Pero ¿estaba preparado el FRAP para librar la gran batalla? –pregunté, escéptico.

–¿Y qué organización está cien por cien preparada al principio? –replicó Manolo–. Todos los procesos de tránsito hacia las acciones

armadas requieren un tiempo. En todos los casos se pasa primero por una crisis de cojones. Por cierto, al FRAP no se le puede llamar *organización armada*, porque no teníamos ni armas.

–Precisamente por eso –subrayé–. ¿Cómo se podía iniciar la lucha armada si no había armas?

–Si Franco hubiese durado dos años más –razonó Manolo–, habría dado tiempo a prepararlo mejor. Pero la situación te presionaba. ¿A cuánta gente mató la policía en 1975? A treinta y cinco. Pues eso es lo que te empujaba. Había que actuar ya.

–Claro que muchas cosas no estaban preparadas o no teníamos la capacidad que nos habría gustado –intervino Pablo–, pero no nos parábamos a pensar en eso. A la militancia nos decían: «Hay que hacer eso». Y lo hacíamos. Nos decían: «Hay que formar un comando». Y lo hacíamos. No teníamos tiempo de reflexionar.

Manolo esquivaba el contacto visual, quizá por timidez, y exhibía una habilidad felina para no decir nada que lo comprometiera personalmente. Pablo parecía más taciturno. Su rostro bello y adusto, de gladiador romano, se fue ensombreciendo según pasaban los minutos. En su voz grave detecté un dolor indefinido; en sus ojos de animal herido intuí alguna cuenta pendiente con esa época, algún secreto corrosivo que no podía desvelar.

Fui avanzando hacia el punto culminante del cuestionario con la prudencia de quien se acerca a una valla electrificada. Al final, llegué a la pregunta más espinosa, la más difícil de verbalizar delante de ellos, porque una respuesta sincera, que yo veía improbable, derribaría la muralla de silencio y generaría un alud de repreguntas.

–He hablado por teléfono con Flor Baena. Tengo previsto viajar a Vigo para hablar con más calma con ella, pero con lo que me contó ya tengo motivos para dudar de la versión oficial que señala a Baena como autor material del atentado.

Manolo y Pablo escuchaban sin interrumpirme. Proseguí:

–¿Sabéis qué le dijo Baena a su padre minutos antes de ser fusilado? «Papá, puedes tener la completa seguridad de que yo no lo hice.» Eso fue lo que le dijo. Su padre le insistió en que quería saber la verdad, incluso le aseguró que si confesaba ser el autor del crimen sentiría una pizca de alivio; lo peor sería saber que ejecutarían a su

hijo pese a ser inocente. Y Baena le repitió que él no había disparado... ¿Es eso cierto?

Me había agarrado a la valla y me estaba electrocutando. Esperé con desasosiego su reacción. El candado que sujetaba el tabú de la autoría había caído al suelo y los segundos que pasaban sin que nadie dijera nada se me hicieron eternos. La mirada huidiza de Manolo basculaba entre puntos indeterminados de la mesa, sin sentirse interpelado. Pablo me preocupaba más, su lenguaje corporal transmitía máxima tensión: la espalda curvada hacia delante, la cara congestionada, los ojos vidriosos. Temí estar provocando un dramón, pero era una ocasión inmejorable para salir de dudas.

–Sé que no os lo estoy poniendo fácil –continué–. Soy consciente de los recuerdos terroríficos que remueve este tema. Pero yo, al igual que Flor, desearía tener la certeza de que Baena le dijo la verdad a su padre. Quiero poder afirmar con toda rotundidad que Baena *no fue*. Y los únicos que me lo podéis confirmar sois vosotros. O al menos tú, Pablo, porque al parecer estuviste en Alenza.

–Lo que es seguro –se adelantó Manolo– es que el tribunal militar que juzgó a Baena no demostró que hubiese sido Baena. Esto está clarísimo.

–De acuerdo, Manolo, eso ya lo sabemos, los consejos de guerra fueron una farsa sin garantías de ningún tipo –repuse–. Pero ¿significa eso que la versión oficial era un montaje? ¿Ninguno de los acusados tenía nada que ver con los comandos?

–Yo no digo que fuese un montaje, digo que todo queda en cuestión. Todo.

–Como periodista –añadí–, me encantaría saber quién mató al policía; aquello tuvo una repercusión tremenda y este dato debería ser de dominio público, más teniendo en cuenta que han pasado casi cincuenta años y todos los delitos de este tipo previos a 1977 están prescritos y amnistiados. Pero solamente os ruego una cosa: que me confirméis si Baena fue o no fue la persona que disparó.

Tras un buen rato conteniéndose, Pablo al fin estalló:

–Siempre es lo mismo, Roger... ¡Siempre se insiste en hacernos otro juicio! ¡Siempre tenemos que ser nosotros los que hemos de responder a todas las preguntas! En cambio, nadie les pide

explicaciones a los fascistas. ¿Sabes lo que me dijo el comisario Conesa cuando me detuvieron? Me dijo: «Chaval, esta vez va a ser distinto». Me avisaba de que fuera preparándome para lo peor. El funcionario que me metió en las celdas bajas me dijo lo mismo. ¡Todos sabían cómo iba a acabar el proceso antes de que hubiese empezado la instrucción!

Se detuvo un instante, antes de completar su reflexión:

–Lo que yo quiero saber es quién dio las órdenes a los jueces; quién decidió que nuestro sumario debía saldarse con tres penas de muerte, una pena de treinta años de cárcel y otra de veinticinco; por qué hubo abogados que no quisieron defendernos; de quién recibieron presiones... ¿Por qué nadie se preocupa de buscar estas respuestas?

No acerté a encontrar la réplica adecuada. Por supuesto que sería interesante conocer los entresijos del perverso derrape mental que llevó a Franco a morir matando. Pero eso no quita que también sea justo preguntarse si lo que Baena le contó a su padre era la verdad o una mentira piadosa. Si pagó con su vida por un asesinato cometido por otro.

No insistí. Me alejé de la valla electrificada sin ni tan siquiera haber mencionado la declaración de Pablo en la que Baena fue señalado. Cerré la carpeta con los apuntes, nos levantamos y alguien de nosotros –seguramente Manolo, que era quien mejor había sabido mantener la compostura durante toda la tarde– tuvo la destreza de cambiar de tema. Acabamos hablando de las últimas novedades publicadas por su editorial.

12. EL HERIDO

Sábado, 19 de julio de 1975, cinco días después del primer atentado mortal del FRAP.

Justo Pozo Cuadrado, un policía extremeño de veintisiete años, sale de la comisaría de Chamartín a las nueve de la mañana con un permiso bajo el brazo. En cuestión de semanas se casará con Petra y pasará con ella un verano romántico en algún remanso de paz. Vive solo, en una pensión, pero pronto se mudarán a un piso que están amueblando.[20]

Mientras camina hacia su domicilio, quizá repasa todo lo que debe hacer antes de la boda, ajeno a la emboscada en la que está a punto de caer. A esa hora de un sábado de puente, la ciudad está desierta. Al pasar por la calle Gómez Ortega, le salen al paso dos sombras que clavan sus miradas en él. En pocos segundos, los dos desconocidos descargan sobre Justo una tormenta de plomo. Él reúne fuerzas para desenfundar su pistola, pero el arma se le encasquilla. Recibe cinco impactos: codo izquierdo, glúteo izquierdo, pie izquierdo, un dedo de la mano izquierda y, la peor de las heridas, el estómago, con una perforación de la vena iliaca que le provoca una hemorragia aguda.

Sus agresores, uno con barba y el otro con camisa negra, se acercan para rematarlo, pero los alaridos del agente, que pide auxilio desde el suelo, les obligan a meterse apresuradamente en el vehículo que les espera para huir. Arrastrándose sobre un charco de sangre, Justo logra refugiarse en un portal, mientras varios vecinos acuden a socorrerlo. Trasladado a la Residencia Sanitaria Francisco Franco, su vida es una moneda al aire. Después de cinco horas de intervención, consumidos trece litros y medio de sangre en

transfusiones, la moneda cae de cara y sus constantes vitales se estabilizan.



Justo Pozo Cuadrado, hospitalizado tras el atentado de la calle Gómez Ortega
El policía Justo Pozo Cuadrado, hospitalizado en julio de 1975. Agencia EFE.

Por ahora no le daré más vueltas al atentado de la calle Gómez Ortega, porque quedó sin investigar, eclipsado por otros expedientes que sí terminaron en entierro. Solo apuntaré tres cosas. Primero, es obvio que, pese a las detenciones de Pablo y Manolo –en ese momento aún estaban libres Baena, Fernando Sierra y Vladimiro Fernández Tovar–, seguía operando un comando del FRAP en Madrid. Segundo, ese comando copió el modelo del 14 de julio: fue a la caza de un agente sin galones. Y, tercero, la gran incógnita: ¿alguno de los que participaron en el ataque estuvo también en Alenza?

13. JUAN OLASO

El ciclo de detenciones iniciado el 15 de julio de 1975, cuando Pablo Mayoral bajó a tirar la basura, empieza a cerrarse a las dos y media de la tarde del día 22, cuando Vladimiro Fernández Tovar acude a una cita con Manolo Blanco Chivite, que ya no puede reunirse con él porque está detenido. En su lugar, aparecen agentes de la policía secreta que trasladan a Vladimiro a la sede de la Dirección General de Seguridad, la temida DGS, la cueva de la Gestapo franquista.

Buscan al autor material del crimen de Alenza, que, según la declaración de Pablo, es un tal Daniel, pero quien ya ha caído en el cepo es Vladimiro, al que dicen haberle incautado una bomba de mano, una navaja y una pistola Star.[21]

La situación da un nuevo giro a las diez de la noche del mismo día 22. El comisario Conesa se ha enterado de otra cita clandestina a la que tenía que acudir Vladimiro. Cerca del cine Barceló se congregan los que deben reunirse con él. Uno es Baena. También están Fernando Sierra, presunto conductor del coche que utilizó el comando de Alenza, y Juan Olaso, un estudiante. Los tres caen en la trampa de Conesa. En la DGS vivirán sus peores horas.

En 2020 entrevisté a Juan Olaso y se prestó a rememorar la noche del 22 de julio.[22]

–¿Por qué motivo acudiste a la misma cita que Baena y Sierra? ¿Iban a presentarte a tus nuevos compañeros de comando?

–No, fui por una cuestión relacionada con la propaganda –aseguró Olaso.

–Los periódicos de la época explican que estabas allí porque ibas a integrarte en un comando. Las detenciones obligaban a recomponer

los grupos, no sería extraño que te hubiesen seleccionado. ¿Exactamente por qué motivo te citaron?

–Tenía que entregarles las llaves de un par de pisos que nos habían cedido para almacenar propaganda.

–¿Para almacenar propaganda? ¿No sería que ellos dos habían participado en un atentado y a ti te enviaron para indicarles en qué pisos podían refugiarse? –sugerí.

–Mi tarea consistía únicamente en pasarles las llaves. No debía hacer preguntas.

–¿Los conocías a los dos?

–A Baena no. A Sierra lo había visto en reuniones de la universidad.

–¿Qué recuerdas de la noche en que os detuvieron?

–Estábamos los tres en una plaza [se refería a la plaza Barceló], llevábamos diez minutos o un cuarto de hora hablando, cuando de pronto empezaron a salir policías por todas partes. En un abrir y cerrar de ojos nos vimos rodeados por tipos que nos apuntaban con sus armas. Nos llevaron a la DGS.

–El infierno...

–Nada más llegar me obligaron a descalzarme. En las siguientes veinte horas, se dedicaron a darme de hostias, sobre todo en la planta de los pies. Era un dolor insoportable. Me decían: «¡Ya verás! ¡Vas a acabar firmando que tú mataste a Jesucristo!». No salí de aquel despacho en un día entero. Y la cosa fue empeorando. Empezaron a decirme que se me acusaba de haber matado a un policía...

–¿Querían atribuirte a ti el asesinato de la calle Alenza?

–Sí, o al menos eso quisieron hacerme creer.

–¿Quién dirigía el interrogatorio?

–El jefe allí era Roberto Conesa. Hacía de *poli bueno*, a veces me daba un cigarrillo.

–¿Fue él quien te acusó de ser el asesino?

–De Conesa recuerdo muy bien una frase. El primer día fue un horror, un estrés continuo, hostias y más hostias, no me dejaban dormir. Comencé a orinar sangre. Pero a partir de un determinado momento bajó el tono de las torturas, de vez en cuando me daban

un porrazo, pero ya no era tan sistemático. Fue entonces cuando Conesa me dijo: «Te has salvado, chaval... Baena dice que tú no tienes nada que ver».

–¿Baena te exculpó en su interrogatorio? –salté, atónito.

–Les dijo que me dejaran en paz, porque yo no tenía nada que ver con el asunto.

Mientras el cuerpo dolorido de Olaso obtenía una tregua, Baena firmó una declaración en la que se atribuía la máxima responsabilidad en el asesinato del policía.

14. LAS TORTURAS

Para lograr que Baena se reconociera culpable, la policía empleó los métodos más violentos. Existe un documento en el que él narra los tormentos a los que fue sometido. Lo escribió semanas después, encerrado en Carabanchel. El texto traspasó los muros de la cárcel a través de conductos clandestinos y fue publicado por la Agencia de Prensa España Popular, vinculada al FRAP. Reproduzco aquí algunos fragmentos:

> En la DGS me comunicaron que había participado en la muerte de un policía armado y que iban a golpearme hasta que declarase, pero que me iban a dejar vivo para que pudiese firmar la declaración, aunque sería por poco tiempo, porque me iban a liquidar a garrote vil.

Detengámonos en este párrafo. Baena asegura que al llegar a comisaría le hicieron saber que no pararían de torturarle hasta que se autoinculpara. Como hemos visto antes, la policía disponía de la declaración de Pablo Mayoral, que lo señalaba a él como autor material. A Baena solo le dejaron una salida: firmar un papel donde *confesara* el crimen. La trampa consistía en que ese mismo papel sería su propia sentencia de muerte.

> Ante mi negativa a declarar, empezaron los golpes y las torturas. Me lanzaban de un extremo a otro de la pared, golpeándome con porras y con los puños. Caí varias veces al suelo, pero me levantaban rápidamente para seguir golpeándome.
>
> En una ocasión, mientras me sujetaban por la espalda, me agarraron por el cuello y me golpearon repetidamente la cabeza contra un mueble metálico,

produciéndome heridas en la cara, sobre todo en la frente, pómulo y ojo izquierdo.

Siguieron golpeándome, y en uno de los golpes me arrancaron una muela.

Otras torturas que me hicieron fue el obligarme a arrodillarme y golpearme con un palo la planta de los pies, de manera que cuando los apoyaba en el suelo sentía como si se me abriesen.

También me colocaron de cara a la pared y me golpearon durante media hora la parte izquierda de la columna vertebral con un bolígrafo. Al principio no dolía demasiado, pero después esto me impedía hacer el menor movimiento.

Sin poder andar, casi sin poder moverme por los dolores de la espalda, sin ver por el ojo izquierdo y con la cara destrozada por los golpes (sangré varias veces por la nariz y en una ocasión por la boca) firmé las declaraciones la noche del día 25.

La fecha no me cuadra. Dice que firmó la noche del 25 de julio, pero los periódicos del 24 ya recogían el comunicado triunfal de la policía, que se hacía eco de la confesión del presunto asesino. En los calabozos de la DGS, los detenidos solían perder la noción del tiempo; lo más probable es que Baena se confundiera de día.

Baena no menciona el episodio más desgarrador que vivió allí dentro. En el transcurso de los interrogatorios descubrieron que había llegado a Madrid acompañado de su novia y se les ocurrió montar un careo. Sacaron a Maruxa de la cárcel de Yeserías y los juntaron en una habitación para forzarlos a delatarse mutuamente. Él, jadeante y tumefacto; ella, horrorizada al ver la cara desfigurada de su novio. El reencuentro no podía ser más cruel.



Retrato de Xosé Humberto Baena, obra de Florenci Clavé
Xosé Humberto Baena. Ilustración de Florenci Clavé, reproducida en publicaciones del PCE (m-l).

Entre la detención y la ejecución de Baena transcurrieron 67 días. La mayor parte de ellos los pasó incomunicado en una celda de Carabanchel, con tiempo de sora para reflexionar. ¿Qué le pasó por la cabeza durante sus últimas semanas? Los presos que conversaron con él aseguran que sus convicciones no flaquearon lo más mínimo.

Algunas de las decisiones que tomó Baena durante su cautiverio me desconciertan; más adelante me referiré a ellas. Pero para entender su comportamiento en los peores días de su vida es imprescindible conocer en qué clase de partido militaba.

II. El partido

15. EL PCE (M-L)

Los libros de historia suelen retratar a Lenin con indulgencia, como un abuelito peleón que liberó a Rusia de sus cadenas, un revolucionario enérgico, quizá testarudo, pero con la conciencia limpia, que terminó sus días jugando al ajedrez con una mantita sobre las rodillas. Nada que ver con la degeneración vampírica del bolchevismo encarnada por su sucesor, Stalin, el maniaco que aterrorizó a todo el pueblo soviético, empezando por la vieja guardia de su partido, derretida bajo el fuego abrasador de las purgas.

Este contraste simplón entre Lenin y Stalin es tentador, pero la realidad es más compleja. Stalin llevó al extremo la concentración de poder, aplastando hasta la más ligera voz discordante –incluso cortó cuellos entre sus más babosos aduladores por razones que nadie ha llegado a descifrar–, pero el germen del centralismo organizativo ya se manifestó con Lenin, que instauró un modelo de partido granítico e impuso lo que definió como «una disciplina férrea, rayana en la disciplina militar».

El Partido Comunista de España (marxista-leninista), al que me referiré como PCE (m-l), heredó este patrón: toma de decisiones vertical, obediencia absoluta a la dirección, excomunión de los díscolos y reverencias a los sagrados textos de Lenin y Stalin.

La historiografía antifranquista acostumbra a citar al PCE (m-l) solo de pasada. Suelen pintarlo como una panda de fanáticos desconectados de la realidad que soñaban con desempeñar un papel decisivo en el tramo final del régimen y que se extinguieron a las primeras de cambio, víctimas de su ceguera estratégica. Se les puede tildar de dogmáticos y, por supuesto, salta a la vista la torpeza mayúscula que demostraron en el tránsito de la dictadura a la democracia, pero ni eran cuatro gatos ni su actuación, pese a

perder estrepitosamente la partida, fue tan irrelevante como suele decirse.

¿A qué se debe este ninguneo al PCE (m-l)? El estigma del terrorismo, sin duda, manchó la marca. A nadie le apetece darle valor histórico. Es como si al antifranquismo políticamente correcto le avergonzara hablar de los crímenes cometidos en su nombre.

No me extenderé en este tema, solo daré unos cuantos datos imprescindibles.

El año fundacional es 1964, cuando varias decenas de comunistas en España y en el exilio se rebelan contra el PCE de Santiago Carrillo, al que tachan de «revisionista», y crean su propio partido, el PCE (m-l), nostálgico del estalinismo y amigo de la China de Mao.

Para evitar liderazgos mesiánicos, el PCE (m-l) se dota de una dirección colectiva. En la cúspide está el Secretariado, formado por tres dirigentes. A finales de los años sesenta, *Elena Ódena* y *Raúl Marco* ya ocupan dos puestos de esta troika.

La máscara de Elena Ódena cubre la identidad de Benita Ganuza Muñoz. En 1937, con doce años, Elena se embarcó en un buque cargado de niños vascos que zarpó rumbo a Southampton. En el exilio se hizo comunista, se estableció en Ginebra y dirigió el Comité de Suiza del PCE, hasta que se escindió del partido de Carrillo y contribuyó a fundar el PCE (m-l). Elena tenía un estatus inusual, trabajaba como traductora en la Organización Mundial de la Salud. Ser funcionaria internacional le permitía disponer de cierta inmunidad y un sueldo excepcionalmente elevado para la media de la militancia.

Su pareja era Julio Manuel Fernández López, alias Raúl Marco, un madrileño doce años más joven que ella. Elena y Raúl serán piezas clave del rompecabezas de 1975. Al controlar dos de las tres sillas del Secretariado del PCE (m-l), bastaba con que se pusieran de acuerdo para que su criterio prevaleciese. Todo el poder, concentrado en una alcoba.

No hay que confundir el PCE (m-l) con el FRAP, aunque sus estructuras se superponen. Fue el PCE (m-l) el que se inventó, en 1971, las siglas del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, que aspiraba a ser un frente unitario del antifranquismo más radical. En

la práctica, el FRAP aglutinaba solo al PCE (m-l) y a una decena de organizaciones satélites.



Viñeta publicada en los órganos de propaganda del PCE (m-l)
Ilustración reproducida en publicaciones del PCE (m-l).

El logotipo del FRAP era muy explícito acerca de sus intenciones: sobre un mapa de España se alza un puño que enarbola un fusil. Su horizonte era la «insurrección armada», pero el FRAP no surgió como brazo militar del PCE (m-l), sino como un frente *político* amplio que dependía directamente del PCE (m-l). Cuatro años después de su creación, el FRAP decidió empezar a formar células con órdenes de matar.

Todos los puestos de responsabilidad en el FRAP los copaban miembros del PCE (m-l), salvo uno: para darle una pátina de aparente transversalidad a las nuevas siglas, ficharon como mascarón de proa a Julio Álvarez del Vayo, un exministro de la Segunda República. Quien realmente manejaba el timón del FRAP era el matrimonio Elena ÓdenaRaúl Marco, pero sería inexacto pintar a Álvarez del Vayo como un viejo chocho a quien la pareja ginebrina manipulaba a su antojo. Su aterrizaje en la cumbre de una organización que propugnaba la lucha armada no desentonaba con su palmarés.

Hijo de un general y una duquesa,[1] educado en la London School of Economics, fogueado como periodista en Nueva York durante la Primera Guerra Mundial, Álvarez del Vayo había sido ministro con Largo Caballero y después con Negrín, siempre encuadrado en el sector más izquierdista del PSOE. Un socialista con ramalazos comunistas. En el exilio, la dirección del PSOE se lo quitó de encima, y él se dejó seducir por China. En sus visitas a Pekín lo colmaban de atenciones, y luego él escribía reportajes eufóricos sobre el maoísmo. Sin dejar de definirse como socialista, fundó en 1964 un grupúsculo que sembró Madrid de artefactos explosivos de escasa potencia.

Aunque suene raro que un exministro socialista acabase aliándose con un partido de extrema izquierda como el PCE (m-l), todo encaja. Vivía en Ginebra, se relacionaba con Elena y Raúl, sentía predilección por Mao y defendía una revolución armada.



Julio Álvarez del Vayo y Elena Ódena, en el exilio
Viñeta publicada en los órganos de propaganda del PCE (m-l)

Como he dicho al principio del libro, uno de mis objetivos es averiguar quién tomó la decisión de declarar la guerra a Franco en el verano de 1975 y cómo lo argumentó. Álvarez del Vayo y Elena

Ódena fallecieron hace años. Pero Raúl Marco tiene todas las respuestas.

16. RAÚL MARCO (I)

De todo el universo antifranquista, no conozco a un personaje más estimulante para un guión cinematográfico que Raúl Marco, el único que ocupó una silla en la jefatura del PCE (m-l) desde su fundación hasta su disolución; o, mejor dicho, hasta casi el final, porque, en un irónica pirueta del destino, fue excomulgado por sus propios camaradas en 1991, un año antes de disolverse el partido, tras un cataclismo interno que apenas trascendió porque, por aquel entonces, esas siglas apenas le importaban a nadie.

Tampoco a mí me importaban –aún era un niño–, pero no tardé en encariñarme con Europa del Este, especialmente con los casos perdidos como Albania. No era adhesión, ni mucho menos admiración hacia unos regímenes despóticos que lastraron la mitad oriental del continente, sino una atracción irracional por el misterio que los rodeaba. Fue así como me topé por primera vez con el rostro de Raúl Marco.

El descubrimiento tuvo lugar cuando, entre los cajones llenos de libros de ocasión de la librería Canuda de Barcelona, desenterré una rareza. Era una obra de Enver Hoxha, *El imperialismo y la revolución*, una perorata solo aconsejable para los muy cafeteros, cuya introducción incluía una fotografía: el dictador albanés, de perfil, conversa de tú a tú con un hombre de unos cuarenta años, con traje y corbata, bigote y frente despejada, que no parece acoquinado por la solemnidad del encuentro. El pie de foto me dejó intrigado.[2]



Enver Hoxha y Raúl Marco, miembro del Secretariado del Comité Central del Partido Comunista de España (marxista-leninista), durante una recepción en el Palacio de las Brigadas de Tirana, el 30 de Noviembre de 1.977.

Enver Hoxha y Raúl Marco. Imagen reproducida en *El imperialismo y la revolución*, obra de Enver Hoxha publicada por la Editorial Cuestión.

¿Un español, recibido con honores en la impenetrable Albania? ¿Un partido español, reconocido fraternalmente por el país más aislacionista del mundo? Compré el libro.

Años después me lancé en busca de antiguos dirigentes con la idea de escribir mis primeros reportajes sobre el PCE (m-l). No recuerdo cómo di con el correo electrónico de Raúl Marco, pero cuando contacté con él se ofreció amablemente a recibirme.

Me citó en el Café Gijón, la emblemática guarida de la intelectualidad madrileña, un templo de tertulias de escritores y artistas por el que desfilaron celebridades como Pérez Galdós, Valle-Inclán, González-Ruano o Dalí. No sé si Raúl Marco quería impresionarme en ese entorno cargado de simbolismo o simplemente le gustaba el café que servían allí. Cuando me senté frente a él, me temblaban las piernas. La conversación no podía ser más desigual: una leyenda antifascista salida de las sombras frente a un principiante imberbe e intimidado que hacía lo posible por no parecer un vulgar cazador de autógrafos.

Raúl me lo puso fácil. Lejos de andarse con aires de superioridad, tuvo conmigo un trato exquisito. En lugar de impacientarse con mi interminable cuestionario, no paró de sonreír. Aquel hombre estilizado con aires de primer ministro que saludaba a Enver Hoxha

en una foto antigua se había transformado en un señor más ancho, barbudo, carismático y abierto a hablar de su pasado, aunque, eso sí, con ciertos límites, mostrándose hábilmente inescrutable, con una mueca pícara, cuando consideraba que no podía ir más allá.

Estuvimos charlando un par de horas. Conservo la transcripción de mi primera entrevista con él, fechada el 6 de febrero de 2003. No me gusta repasar trabajos míos tan precoces, me ponen enfermo la falta de olfato de ciertas preguntas y la ausencia de repreguntas de cajón. Dediqué demasiado tiempo a consultarle sobre los orígenes del partido y otras cuestiones acerca de las que podía obtener información por otras vías más convencionales. Pero en la parte final me animé a preguntar por los atentados de 1975.

–¿Qué objetivo perseguían los atentados de 1975? –planteé para introducir el tema.

–Era un momento muy delicado –señaló Raúl–. Queríamos evitar que cuajara la Transición pactada entre la oposición moderada y los elementos reformistas del régimen, cuyo fin era instaurar la monarquía después de Franco y cortar de raíz las tendencias revolucionarias, como finalmente ocurrió. Estoy convencido de que, sin la actividad del FRAP, aquella Transición se habría quedado mucho más a la derecha de lo que se quedó. Vimos que era el momento de pasar abiertamente a las acciones armadas para impedir esa *modélica* Transición.

–¿Hubo coordinación con otros grupos? ¿Quizá con los GRAPO? –indagué.

–No, jamás. No hubo ninguna coordinación –contestó tajante–. En aquel momento, los GRAPO desorientaron a todo el mundo. Nunca tuve contacto con ellos.

–¿Y con ETA?

–Tuvimos varios contactos con ETA, pero ETA no quiso saber nada de nosotros. Creo que vieron que nuestra organización estaba infiltrada por la policía. Nosotros estábamos infiltrados por la policía, eso está clarísimo. Si no, no se explican todas las caídas que hubo. Aunque no se puede demostrar, hemos tenido infiltrados hasta 1991. Pero no digo nombres...

–La lucha armada del FRAP duró tres meses, de julio a septiembre

de 1975. ¿Qué razones os llevaron a dejar las armas?

–Paramos porque ya no se podía frenar la maniobra de la Transición y porque no se podían justificar esas acciones –argumentó Raúl–. Además, queríamos legalizarnos. Aun así, hasta 1978 siguieron actuando grupos dedicados a atracos.

Cuatro respuestas. Recuerdo que entonces me llamó la atención el reconocimiento explícito de que el PCE (m-l) estuvo infestado de topos policiales. ¿A quién se refería? ¿Explica eso el reguero de detenciones tras el atentado de la calle Alenza?

17. LA FOTOGRAFÍA

Tengo en casa una curiosa colección de libros de la Albania comunista. No quiero saber cuánto dinero llevo invertido en este capricho. La mayoría son traducciones al castellano, tomos en papel biblia editados en Tirana. No suelo consultarlos, me conformo con contemplar los lomos alineados en las estanterías, como si fuesen estelas funerarias de una antigua civilización distópica. Son la prueba gráfica del delirio totalitario de Enver Hoxha. Y hay una perla de la que quiero hablar.

Se trata de un libro de gran formato, apaisado, de tapa dura, titulado *Gju më gju me popullin* (Codo con codo con el pueblo), y está dedicado, por supuesto, a glorificar a Hoxha. El texto está en albanés; pero no importa, casi todo son fotografías a página entera. Y ahí está la gracia, en las imágenes. Concretamente, en las fotos manipuladas.

Algunas son tronchantes. Están tan retocadas, tan redibujadas, que Hoxha parece un muñeco deforme. Pero las más alarmantes son las que el propietario original de mi libro de segunda mano modificó toscamente, con sus propios medios, para hacer desaparecer las caras de capitostes caídos en desgracia.

A lo largo de sus cuarenta años en el poder, Hoxha practicó las típicas purgas para retirar de la circulación a quienes consideraba menos de fiar. Se empleó a fondo, hasta extremos paranoicos. El caso más escandaloso es el de Mehmet Shehu, un brigadista internacional que combatió en España y que durante décadas fue el respetado número dos de la casta dirigente, hasta que en 1981 Hoxha *descubrió* que su lugarteniente no era más que un miserable traidor, un supuesto topo que había actuado nada menos que como cuádruple agente de la CIA, del KGB, de la inteligencia británica y de

los yugoslavos. Shehu apareció *suicidado* en su domicilio y su familia acabó en campos de concentración.

Shehu es uno de los personajes que yacen sepultados debajo del rotulador y la pintura aplicada por el censor de mi libro albanés. Debía de ser muy estresante disponer de una buena biblioteca y tener que estar atento a cada fluctuación política. De acuerdo con la más castiza tradición estalinista, si un ministro era desenmascarado como pérfido felón, todo el mundo corría a buscar su imagen en los libros para erradicarla. En mi *Gju më gju me popullin* hay verdaderos despropósitos, como una foto de Hoxha con una inmensa mancha gris a su lado, un fantasma que se confunde con el paisaje y que, en realidad, disuelve la silueta de una persona. Otro retrato era tan irreparable que la página tuvo que ser arrancada. Hay rostros tachados con bolígrafo. La prehistoria del Photoshop.

Este régimen abyecto fue el único sostén internacional del PCE (m-l), que trufaba las crónicas de su periódico, *Vanguardia Obrera*, con ditirambos sonrojantes hacia Hoxha. ¿Pretendían liberar la España de Franco para arrojarla a un hoyo nauseabundo, donde la libertad de expresión, de reunión y de protesta sería suprimida con mayor severidad? ¿Planeaban sustituir al Caudillo por un sátrapa rojo que obligaría a reescribir la historia según evolucionasen sus filias y fobias? He aquí la gran paradoja: ¿podía el PCE (m-l) presumir de luchar por la libertad si el modelo que idolatraba era el averno?

Aunque parezca contradictorio, afirmo categóricamente que sí: la militancia del PCE (m-l) luchó denodadamente por la libertad. He conocido a centenares de antiguos miembros del partido y creo poder pronunciarme con criterio. Algunos han virado y se identifican hoy con la derecha, otros abrazan posiciones de la izquierda parlamentaria, y solo una minoría permanece invariablemente fiel a los postulados de antaño; unos se fustigan por su dogmatismo juvenil y otros lo relativizan, pero todos se sienten orgullosos de haber tenido la gallardía de desafiar a la dictadura franquista creyendo sinceramente que combatían por un mundo mejor, más justo, próspero e igualitario. Soñaban despiertos imaginando el advenimiento del paraíso proletario. Ninguno de ellos aspiraba a importar el ejemplo de Albania, muchos no sabían ni ubicar el país

en el mapa y no eran conscientes de las calamidades que, bajo el barniz de la propaganda, asolaban aquel patio trasero de Europa.

Por lo tanto, sí, los considero luchadores por la libertad y siento verdadera admiración por las personas que se jugaron la vida enfrentándose a la dictadura, en una época en la que el ciudadano medio, a menudo por miedo, prefería bajar la cabeza y no meterse en política. Había que ser un adicto al vértigo para entregarse a una causa castigada con mano dura y que implicaba innumerables renuncias, desde cortar lazos con la familia hasta dejar los estudios o resignarse a subsistir con lo mínimo, a veces rozando la indigencia. Mirando hacia atrás, muchos de ellos se deprimen, se maldicen por haber dilapidado sus mejores años en defensa de unos ideales hoy desfasados, incluso estigmatizados. Sienten una especie de síndrome de la juventud perdida. Ni España se acercó a la utopía que profetizaban los artículos de *Vanguardia Obrera*, ni a ellos los compensará nadie por las secuelas de la tortura, ni les será devuelto el tiempo desperdiciado en la cárcel.

Dicho esto, y en coherencia con mis contradicciones, celebro que el PCE (m-l) no lograse tomar el poder. De haberse salido con la suya, seguramente habríamos tenido que coger el rotulador para borrar figuras humanas de nuestros libros.

En una de las páginas de *Gju më gju me popullin*, hay una fotografía sensacional. Se trata de una recepción presidida por Enver Hoxha. A su lado, Elena Ódena y Raúl Marco lo escuchan encandilados. La sala está llena de funcionarios albaneses que simplemente observan. Pero lo más hechizante de la lámina son dos butacas en el centro, chapuceramente repintadas por el anterior poseedor del libro para que parezcan vacías.



Enver Hoxha y Raúl Marco. Imagen reproducida en El imperialismo y la revolución, obra de Enver Hoxha publicada por la Editorial Cuestión



Fotografías reproducidas en dos ejemplares de la edición albanesa del libro Gju më gju më popullin.
Fotografía original

Encontré en internet otra edición de *Gju më gju me popullin* y no resistí la tentación de comprarlo. Este no contenía elementos censurados. Lo primero que hice fue buscar esa imagen para comprobar quiénes eran los dos personajes suprimidos en mi primer ejemplar. El de la izquierda, al lado de Raúl Marco, no sé quién es. El de la derecha es Mehmet Shehu, el poderosísimo número dos del

régimen, que permaneció cómodamente sentado en esa butaca hasta que su nombre se escurrió por el desagüe de los proscritos.

Cuando Elena y Raúl posaron para aquella foto se había cumplido un año de los fusilamientos de 1975. Me pregunto si en ese encuentro con Hoxha le explicaron por qué decretaron el inicio de la lucha armada, cuando era evidente que ni se daban las condiciones para que los españoles se lanzaran a las trincheras ni el FRAP tenía músculo para aguantar un intercambio de golpes con el Estado. La única forma de saber por qué razón lo hicieron es averiguar qué se decían entre ellos a puerta cerrada.

18. LAS ACTAS (I)

Quién iba a decirme que en Roma encontraría uno de los más formidables archivos del PCE (m-l). Allí vivía una pareja encantadora, Riccardo Gualino y Matilde Muñoz, italiano y madrileña, ambos militantes. Él, por cierto, escribió unas memorias que no tienen desperdicio.[3] En 1973, mientras residía en Italia, Gualino fue ascendido al Comité Ejecutivo del PCE (m-l). La documentación que llegó a recopilar en esa etapa es oro.

Gualino falleció en 2017. Me carteé con él en sus últimos años, pero con quien más relación he mantenido ha sido con Matilde, otra luchadora inagotable, un portento de energía y hospitalidad. Matilde se dedicó a inventariar los papeles que guardaba Riccardo. Y cuando los hubo catalogado me recibió en su vieja residencia romana. Pasé una tarde entera revisando cartas, dosieres e informes.

Sigo frotándome los ojos por el contenido de una de las carpetas: las actas de diez reuniones del Comité Ejecutivo, entre marzo de 1974 y abril de 1976, con la transcripción literal de las discusiones de la cúpula del PCE (m-l) en el apogeo de la lucha armada.

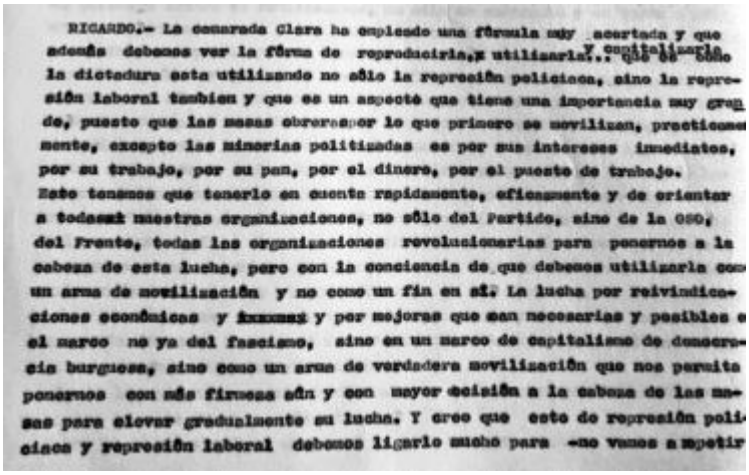
Me consta que esas reuniones solían celebrarse, o bien en el apartamento de Elena Ódena y Raúl Marco, en el número 8 de la avenida Mirémont de Ginebra, o bien en Etxegorri, el caserío que compró ella en el monte Jura, en territorio francés, a escasos kilómetros de Suiza. Parte de esos debates internos se grababa en cintas magnetofónicas, lo que facilitaba la labor de transcribirlos. Las actas desprenden el frescor de la oralidad, son parrafadas sin pulir, con reiteraciones, frases inacabadas y otras torpezas que solemos cometer cuando hablamos. Cada una ocupa entre veinte y cuarenta páginas mecanografiadas sobre papel carbón. Es de suponer que los

asistentes, al menos los que residían fuera de España, recibían copias. Desde luego, Gualino sí que las recibía.

La voz cantante la llevaban Elena y Raúl, que en las actas son presentados con sus alias de repuesto, *Clara* y *Ricardo*. En este sanedrín no participaba Álvarez del Vayo, porque quien se reunía no era la dirección del FRAP, sino la del PCE (m-l).

Elena Ódena solía estrenar el turno de palabras. Ella era la cabeza pensante del partido, la dirigente con más autoridad. Su carácter volcánico imponía respeto; hasta sus más acérrimos detractores temían llevarle la contraria. Sus hermosísimos ojos azules tenían embrujado a todo el mundo: en los días de buen humor, la gente caía rendida a su mirada; cuando sus pupilas relampagueaban de ira, más valía ponerse a cubierto. La energía electrizante de Elena, sumada al temperamento de Raúl Marco, que veneraba a su esposa y se adhería a sus argumentos, convertían las reuniones en un dueto monocorde que impartía instrucciones sin que nadie osara impugnar ni una coma.

A medida que voy leyendo las actas busco indicios del giro estratégico que los llevó a iniciar la campaña de atentados. Rastreo frase por frase, atento a cualquier comentario que prepare el terreno. Los conceptos *insurrección armada* y *Guerra Popular* ya figuraban en los primeros textos del partido, pero hasta el verano de 1975 no hubo órdenes de matar. La consigna debió de oírse en una de esas reuniones del Comité Ejecutivo.



RICARDO.- La camarada Clara ha empleado una fórmula muy acertada y que además debemos ver la fórma de reproducirla,x utilizarla.. Y capitalizarla. Que de todo la dictadura esta utilizando no sólo la represión policiaca, sino la represión laboral tambien y que es un aspecto que tiene una importancia muy grande, puesto que las masas obreras,por lo que primero se movilizan, practicamente, excepto las minorias politizadas es por sus intereses inmediatos, por su trabajo, por su pan, por el dinero, por el puesto de trabajo. Esto tenemos que tenerlo en cuenta rapidamente, eficazmente y de orientar a todasx nuestras organizaciones, no sólo del Partido, sino de la OSO, del Frente, todas las organizaciones revolucionarias para ponernos a la cabeza de esta lucha, pero con la conciencia de que debemos utilizarla como un arma de movilización y no como un fin en sí. La lucha por reivindicaciones económicas y xxxxxx y por mejoras que son necesarias y posibles en el marco no ya del fascismo, sino en un marco de capitalismo de democracia burguesa, sino como un arma de verdadera movilización que nos permita ponernos con más firmeza aún y con mayor decisión a la cabeza de las masas para elevar gradualmente su lucha. Y creo que esto de represión policiaca y represión laboral debemos ligarlo mucho para -no vamos a repetir

Fragmento de una de las actas del Comité Ejecutivo del PCE (m-l)
Fragmento del acta de una reunión del Comité Ejecutivo del PCE (m-l).
Archivo personal de Riccardo Gualino y Matilde Muñoz.

Me llama la atención la autocomplacencia de los análisis. Abundan expresiones como «los acontecimientos vuelven a darnos la razón». Nunca admiten meteduras de pata, nadie formula el más leve matiz autocrítico. Los miembros del Comité Ejecutivo están encerrados en una burbuja y sobredimensionan sus fuerzas. Estoy de acuerdo en que se infravalora el papel que desempeñó el PCE (m-l), pero presentarlo como el principal dolor de muelas de Franco roza lo esperpéntico. *Venancio*, un impetuoso dirigente valenciano, espeta en una reunión de abril de 1974 una frase que corrobora esta espiral de autoengaño:

–Estamos ya en una situación en la que hay que dirigir al pueblo.

Nadie lo rebate. En una absurda puja por realzar su dimensión histórica, creen ser capaces de «dirigir al pueblo» en su cruzada contra el régimen. Y así, soflama tras soflama, sus análisis sesgados se van retroalimentando hasta crear una realidad paralela, un mundo virtual en el que creen tener a su alcance el botón para dinamitar la fortaleza franquista. Solo hay que escoger con inteligencia el momento para apretarlo.

Entre los papeles conservados en el archivo personal de Gualino y Matilde figura otra perla, un informe manuscrito de cinco páginas titulado «Relación sobre la entrevista con Felipe González». ¿Felipe González se entrevistó con el FRAP? El informe no está fechado, pero Matilde lo sitúa entre finales de 1974 y los primeros meses de 1975.

–A través del Partido Socialista italiano en Milán, nos dijeron que Felipe González quería tener una entrevista con el FRAP –me explicó Matilde.

Aceptaron el encuentro. Desde el congreso de Suresnes, en octubre de 1974, Felipe González era secretario general del PSOE y buscaba sinergias con vistas a montar una plataforma unitaria que le disputara la hegemonía a la Junta Democrática, promovida por el

PCE. Ese frente encabezado por el PSOE cristalizó en junio de 1975 con el nombre de Plataforma de Convergencia Democrática. ¿Planeaba Felipe González incorporar ahí al FRAP? No sería descabellado; bajo ese techo se cobijaron organizaciones maoístas como la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) o el Movimiento Comunista de España (MCE), y por aquel entonces el FRAP aún no había disparado su primera bala.

El FRAP designó como interlocutor a Facundo Tomás, responsable de la célula de Milán, que fue donde tuvo lugar el encuentro, de «casi dos horas». Tomás constata en su informe que Felipe González tenía «bastante desconocimiento» del FRAP. El volantazo violento de 1975 hará ya imposible cualquier colaboración con el PSOE.

III. Alenza

19. LAS DECLARACIONES

Voy a hacerme eco de lo que declararon bajo tortura los detenidos por el asesinato de la calle Alenza o, mejor dicho, de lo que los amanuenses de la Dirección General de Seguridad quisieron que constara en acta. Antes hemos repasado la declaración de Pablo Mayoral; ahora vamos a cruzarlas todas. Incluida la de Xosé Humberto Baena.

Estas confesiones hay que cogerlas con pinzas, porque contienen errores, imprecisiones y maniobras de distracción, ya sea porque los detenidos intentaban despistar a la policía o porque la policía tergiversó sus palabras. Pero también aportan detalles verídicos. Seguro que faltan datos, sobran mentiras y abundan las medias verdades; no hay que sacar conclusiones taxativas, sino aguzar los sentidos para detectar trazas de posibles certezas.

A José Catalán Deus –autor de *Crónica de medio siglo*, un monumental trabajo de más de 3.500 páginas que destapa un sinfín de interioridades del FRAP y desvela el sumario de Alenza– le debo la siguiente reconstrucción de los hechos.

Sitúo el punto de partida a principios de 1975, cuando la dirección del PCE (m-l) convoca en París a los cuatro miembros del Comité de Madrid: Manolo Blanco Chivite, Pablo Mayoral, Justo Juan Santos y Raquel López. Manolo es el secretario político, mientras que Pablo se ocupa de agitación y propaganda. Aplastados por la tortura, Manolo y Pablo acabaron relatando a la policía ese viaje a Francia.

Parten la noche del viernes 28 de febrero en el tren Puerta del Sol, el expreso nocturno que une Madrid con París sin transbordo en la frontera. Ya en la capital francesa, un enlace los conduce a un apartamento, donde se encuentran con los «dirigentes máximos» del partido. No pueden ser otros que los tres del Secretariado: Elena

Ódena, Raúl Marco y *Julio Moreda*. El trío de líderes los conmina a desatar una «escalada de violencia» y seleccionar a los militantes más aguerridos para integrarlos en grupos armados. Deberán planear atracos que aporten liquidez y «ejecutar» a personajes odiosos del régimen. No concretan qué atentados hay que cometer, solo se limitan a exponer las «líneas maestras» de la nueva fase, pero queda claro que en aquel momento el PCE (m-l) ya había decidido coger las armas.

Quizá abrumados por la enormidad del reto, los miembros del Comité de Madrid ponen peros. Enumeran las dificultades organizativas que pueden entorpecer su trabajo: escasez de dinero, carencia absoluta de pisos francos, inexistencia de una flota de coches para realizar acciones, falta de experiencia entre la militancia... La respuesta del Secretariado es inapelable: todos estos inconvenientes, argumenta uno de los dirigentes, se solucionarán sencillamente pasando a la acción. No hay que retroceder, sino «dar un paso más hacia delante». Visto con perspectiva, la estrategia no podía ser más suicida.

Los cuatro componentes del Comité de Madrid permanecen en París todo el fin de semana, 1 y 2 de marzo, y regresan a España en el tren nocturno del domingo, que llega a Madrid el día 3 por la mañana. Doy total credibilidad a esta historia del viaje, porque los pasaportes incautados a los cuatro del Comité –detenidos en julio– tenían estampados los sellos aduaneros de entrada y salida justo en esas fechas y porque, tras esta visita, se iniciaron los preparativos para la formación de comandos.

Baena llega a Madrid en mayo, en pleno casting de combatientes.

El sumario contiene hasta cuatro declaraciones de Baena: una inicial ante la policía y tres ante el juez. Me voy a centrar en la primera, la más trascendental, fechada el 23 de julio a las dos de la madrugada, es decir, cuatro horas después de su arresto. La datación puede ser errónea, pero si fuese cierta significaría que las torturas quebraron su resistencia en muy poco tiempo. No me cabe duda de que lo primero que hicieron sus interrogadores para hundirle la moral fue decirle que su compañero Pablo Mayoral lo había delatado. La policía tenía su versión de los hechos y, por

mucho que Baena lo negase todo, ya no podía salvarse. Hecho un eccehomo, acabó firmando el texto que le pusieron delante.

La primera declaración de Baena comienza con una mentira. Para proteger a los amigos que lo llevaron en coche hasta Madrid, engatusa a la policía asegurando que el 4 de mayo huyó de Vigo con su novia «en tren». En cambio, dice la verdad cuando explica que, una vez en Madrid, Pablo Mayoral les proporcionó alojamiento en casas semirruinosas.

Vuelvo a las declaraciones de los cuatro dirigentes del Comité de Madrid sobre los preparativos de la campaña de violencia. En junio, el casting entra en la recta final. Blanco Chivite designa a Vladimiro Fernández Tovar como responsable del grupo armado en ciernes, pero termina el mes sin que llegue el primer muerto. Para el 18 de julio está convocado un pleno del Comité Central del PCE (m-l) en Lyon, y la dirección quiere llegar a esa fecha habiendo estrenado las pistolas. Las presiones desde arriba se redoblan.

Para garantizar que, de una vez por todas, el grupo armado proceda a la eliminación física del primer policía, Manolo Blanco Chivite pide a Pablo Mayoral, su mano derecha, que participe directamente en el atentado. Es una elección arriesgada, porque Pablo es objeto de seguimientos policiales desde que regresó de París. Pero Manolo confía en él.

El 8 de julio, Manolo cita a Pablo para encargarle que se una al comando y se asegure de que a nadie le tiemble el pulso. Paralelamente, Manolo recluta a Fernando Sierra Marco para que maneje el vehículo con el que se desplazará el comando.

Ya tienen a Vladimiro como jefe del grupo armado, a Pablo como supervisor y a Sierra como conductor. Falta un fichaje para completar el equipo. Pablo conoce a un candidato gallego que lleva dos meses en Madrid. No sé si es cierto lo que declara Baena, pero dice que el 9 o 10 de julio por la mañana acude a una cita en la plaza de Castilla. Aparecen Pablo y Manolo, y los tres toman un transporte para salir de la ciudad. Manolo le explica que ha sido elegido para un cometido altamente delicado, que consiste en «ajusticiar» a un fascista. El primero de la lista negra es el falangista

Mariano Sánchez Covisa, líder de la banda Guerrilleros de Cristo Rey, aunque la operación no está madura.

Baena acepta incorporarse al grupo armado. Maruxa sigue detenida y él está en búsqueda y captura desde que huyó de Vigo, por lo que no puede inscribirse en la Seguridad Social y no dispone de recursos económicos. Está a merced del partido.

Inmediatamente después, Baena tiene una cita con Vladimiro, que le entrega una cartera de cuero marrón. Solo hay que abrir la cremallera para ver que contiene una pistola de la marca Star y dos cajas de munición. Vladimiro le anuncia que la ejecución de Sánchez Covisa ha sido descartada, porque al lado de su domicilio, en la calle Atocha, siempre hay un policía vigilando la puerta de un banco. Habrá que buscar otra víctima.

El 13 de julio a las 21:30 horas, la víspera del atentado, Blanco Chivite convoca a los miembros del comando junto al metro de Prosperidad. Es la primera vez que se ven las caras todos a la vez y aún carecen de una herramienta clave: el coche. Se citan para el lunes por la mañana para robar uno.

Estoy siguiendo la cronología que se desprende de las declaraciones policiales, pero todo me parece muy esquemático. No cuestiono que se reunieran la noche anterior al asesinato, pero es obvio que ese encuentro tuvo que dar para mucho más. Debían repartirse los roles que desempeñaría cada uno, quién dispararía, quién cubriría la acción, quién la reivindicaría a la prensa; tenían que definir un plan A, un plan B e incluso un plan C por si fallaban las previsiones; había que dejar bien atada la logística y garantizarles a todos un piso donde refugiarse. En las declaraciones no hay ni rastro de eso.

Llega el Día D.

A las 8:30 horas del lunes 14 de julio, Manolo, Pablo, Vladimiro, Sierra y Baena comparecen en la plaza Sagrado Corazón de Jesús para acabar de ajustar su plan. Pablo, Sierra y Baena peinan las calles en busca de un coche fácil de sustraer, mientras Manolo y Vladimiro dan juntos un rodeo para ultimar otros detalles. En media hora deben reagruparse los cinco en un sitio convenido, pero el paseo de Manolo y Vladimiro se prolonga más de la cuenta y no

llegan a la cita, por lo que Pablo, Sierra y Baena supuestamente deciden espabilarse solos. El pretexto que alegarán luego para excusar la ausencia de Vladimiro en el atentado de Alenza es tan burdo que me sorprende que la policía lo diera por bueno. Si estaba previsto que Vladimiro participara en la acción, ¿cómo prescindieron de él por el simple hecho de haber sido impuntual en la cita anterior? Si los papeles estaban repartidos y a Vladimiro le tocaba uno, ¿cómo se les ocurrió seguir adelante sin contar con él, que era el jefe del comando?

El patrón habitual en un atentado de estas características preveía la participación de cuatro personas: el conductor, el que apretaría el gatillo, el cómplice que acompañaría al autor material y un cuarto que vigilaría las esquinas. ¿Debía desempeñar Vladimiro alguna de esas funciones? ¿O su mal justificada ausencia, quizá, pretendía tapar la existencia de un cuarto hombre que sí participó y del que nadie nos ha hablado?

Vayamos al momento culminante. A las cinco y media de la tarde del mismo 14 de julio, frente a un bar próximo al Hospital Militar Gómez Ulla, se reencuentran Pablo Mayoral, Fernando Sierra y Xosé Humberto Baena. Aparco por ahora mis recelos y me ciño a las explicaciones que firmaron ellos en comisaría, asumiendo que eran tres, no cuatro, y que Baena sí estaba ahí.

Su primer reto es agenciarse un coche. Recorren las aceras hasta la barriada de Pan Bendito, pero no tienen suerte y cambian de zona. Toman un taxi hasta el hotel Colón, deambulan por el barrio de la Estrella y, en la calle del Pez Volador, ven un Seat 127 aparcado con la ventanilla bajada y las llaves de contacto puestas.

El propietario del coche ha aparcado frente a una farmacia para ir a comprar un medicamento, con tan mala fortuna que justo entonces merodea por ahí un comando del FRAP. Sin pensárselo dos veces, los tres asaltantes se meten en el coche: Sierra al volante, Pablo Mayoral a su lado, Baena en el asiento trasero. Mientras Sierra consigue poner el motor en marcha, el dueño del coche sale de la farmacia y asiste con impotencia al robo de su vehículo. Corre detrás de los ladrones echando voces, pero Sierra pisa a fondo el pedal, se salta un semáforo en rojo y pierde de vista a aquel hombre.

Son cerca de las 20:00 horas y ya disponen de todo lo que necesitan para ir de caza. Zigzaguean por la ciudad para asegurarse de que no los sigue nadie y, cuando llegan a la plaza del Perú, aparcan, entran en un bar y piden una ronda de cervezas. La estampa de los tres tomándose unas cañas antes del atentado me parece increíble, pero así es como lo explican ellos en sus declaraciones. El cuerpo les pedía un trago para serenarse después del subidón del robo y antes de dar el peor paso de sus vidas.

Cuando vuelven al coche, Baena pasa a ocupar el asiento del copiloto y Pablo se instala detrás. Paran a repostar en una gasolinera y empieza la batida. Las decenas de policías que están de servicio en ese momento entran, sin saberlo, en el bombo de una macabra lotería que terminará con alguno de ellos desangrado. Los primeros que rozan la tragedia son los apostados ante los edificios oficiales de la calle Zurbano, pero ninguno de estos objetivos reúne las condiciones óptimas, porque los atacantes no ven una huida limpia. El rastreo continúa por la avenida del Generalísimo, sin éxito. Finalmente, Pablo comenta que en la calle Alenza suele hacer guardia un solitario agente de la Policía Armada.



Entrada de las oficinas de Iberia en la calle Alenza, donde fue asesinado Lucio Rodríguez Martín
Entrada de las oficinas de Iberia en la calle Alenza. Agencia EFE.

Creo que no es casualidad. Me consta, de buena fuente, que el FRAP tenía bien radiografiado ese punto desde al menos 1973, cuando un comando trató infructuosamente de arrebatarle la pistola al policía que custodiaba las oficinas de Iberia. Por lo tanto, no van a ciegas, no transitan por cualquier calle al azar. Cuando el Seat 127 se adentra en Alenza, comprueban que, efectivamente, hay un gris plantado en una esquina. Primero pasan de largo. Tienen que trazar una ruta para escapar después del atentado.

De las tres declaraciones de los presuntos implicados, la de Baena es de largo la más rica en pormenores. Me basaré en ella para describir el asesinato, insistiendo una vez más en que hay que leerla con todas las precauciones, sin dar por hecha la veracidad del relato.

Después de examinar los alrededores, la patrulla de ejecución gira por Ríos Rosas y el morro del Seat 127 azul reaparece al final de la calle Alenza. Avanza sigilosamente, hasta detenerse antes del cruce con Cristóbal Bordiú. Ahí se apean Pablo y Baena, mientras Sierra permanece al volante sin apagar el motor. Al otro lado de la calzada ven al policía apoyado en un coche, oteando el horizonte. Es Lucio Rodríguez Martín, que espera impaciente a que llegue su relevo. Baena, vestido con una cazadora marrón que ha encontrado en el interior del coche robado, y Pablo, con un polo verde, cruzan a pie Cristóbal Bordiú. Baena agarra con fuerza la cartera con la pistola. Pablo, con la mano en el bolsillo derecho del pantalón, acaricia una navaja que compró por doscientas pesetas en el Rastro. Mientras se acercan a su presa se inventan una conversación intrascendente, comentan cualquier tontería para disimular, como dos amigos que pasean relajados. Lucio, con la guardia baja, no se percata de la amenaza. Son las 22:15 horas cuando, de repente, Baena abre la cremallera del bolso, saca el revólver, lo encañona y dispara..., pero al principio el arma no escupe nada. Antes de poder desenfundar su pistola, Lucio recibe ya el primer balazo. El dedo de Baena sigue

presionando el percutor y retumban uno, dos, tres disparos más. El herido se protege con el brazo sano, retrocede tambaleándose, gana metros hacia la calzada. Pero el pistolero no da tregua, otra bala, y otra. La víctima cae al suelo. Baena se abalanza sobre su cartuchera e intenta quitarle el arma. Sierra ya ha situado el coche a la altura de sus camaradas. Pablo brinca hacia el asiento trasero, mientras Baena sigue forcejeando con el cinturón del moribundo.

–¡¡Vente!! ¡¡Vente!! –le gritan desde el automóvil.

Las caras horrorizadas de algunos vecinos empiezan a poblar los balcones. Cuando Baena se mete en el coche, salen a toda velocidad hacia el final de Alenza, giran a la derecha por Raimundo Fernández Villaverde, continúan por Joaquín Costa, que luego se convierte en Francisco Silvela, y ponen fin a la escapada en Pedro de Valdivia. Baena se quita la cazadora y abandonan el vehículo. Antes de dispersarse, Pablo ordena a Baena que se lleve la bolsa roja que hay en el maletero y que contiene una cámara de fotos de gama alta, con teleobjetivo y trípode. Se despiden hasta el día siguiente a las 16:00 horas, cuando vuelven a quedar los tres y Baena le entrega el equipo fotográfico a Pablo, que se encargará de transferirlo a la organización para que le encuentren una utilidad.

Hasta aquí el relato de los hechos que le han arrancado a Baena a base de palizas. ¿Fue eso lo que pasó realmente? ¿Es esta narración la prueba tangible de que él no solo estuvo allí, sino que además mató al policía? Yo lo pongo todo en duda. Baena fue detenido el 22 de julio, lo molieron a palos y le hicieron saber que Pablo lo había señalado como autor material. La única manera de detener la avalancha de golpes era firmar lo que le ordenaran.

Me cuesta creer que Pablo ofrendase espontáneamente a la policía el alias de Baena. ¿Qué necesidad tenía de hacerles ese regalo? ¿No habría sido más inteligente colgarle el muerto a un camarada inventado, que nunca podría ser detenido porque no existiría? Solo se me ocurre una explicación: la policía quizá sí que tenía a Baena en el radar. En el capítulo 4 he hablado de una manifestación relámpago en el paseo de Delicias, previa al atentado de Alenza, en la que Pablo y Baena plantaron cara a un grupo de policías secretas. El propio Pablo cuenta cómo Baena blandió una navaja. Si había

agentes de paisano en la manifestación, significa que la policía conocía la convocatoria. Es de suponer que los policías acudieron con una cámara para retratar a los subversivos. Y si Baena se encaró con ellos con un cuchillo, no me extrañaría que dispusieran de una foto suya en primer plano, al lado de Pablo. Por lo tanto, cuando detuvieron a Pablo tras el atentado del 14 de julio, es posible que le restregaran esa foto y lo hostigaran hasta hacerle confesar que el chico del bigote de herradura que lo acompañó en el paseo de Delicias se llamaba Daniel. Lo que no sé es por qué Pablo señaló a Daniel como el hombre que mató al policía.

Quiero resaltar algo excepcional. En su primera declaración policial, Vladimiro Fernández Tovar, teóricamente el jefe del comando, asegura que Baena le dijo que fue él quien disparó. Vladimiro firmó una segunda declaración, esta vez ante el juez, y cuando le preguntaron si se ratificaba en todo lo dicho a la policía, tuvo las agallas de desmentir una parte de lo que habían puesto en su boca; en concreto, negó que Baena le hubiese confesado su participación en el atentado. Había que tener una valentía fuera de lo común para desautorizar así a los torturadores de la Brigada Político-Social, que siempre amenazaban a los detenidos con represalias si delante del juez se desdecían de lo que habían firmado bajo tortura. Vladimiro sí que se desdijo. Y lo hizo para exculpar a Baena.

Una última consideración. Me pregunto de dónde sale la barroca prolijidad del relato de Baena a la policía. Podría ser que el mecanógrafo de la DGS añadiera detalles de su propia cosecha. Pero, si no fuese así, ¿acaso sería esta la evidencia de que Baena presenció en vivo el asesinato? ¿Y si resulta que Baena *sí* estuvo allí pero *no* fue quien disparó? Esta hipótesis es la más disruptiva, porque desborda todas las teorías previas, las de quienes creen que fue él y las de quienes están convencidos de que ni siquiera estaba en Madrid.

Puestos a formular hipótesis, vayamos más allá. ¿Hay motivos para creer que quien iba detrás con la navaja era Baena, mientras Pablo acribillaba al policía? ¿Fue Pablo el auténtico autor material? Varias fuentes me explicaron que, entre la militancia, corrió el rumor

de que fue Pablo quien disparó, pero nadie está en condiciones de afirmarlo.

Pero ¿y si no hay que mirar ni a Pablo ni a Baena? ¿Y si en la escena del crimen hubo una cuarta persona a la que luego ni Pablo, ni Sierra, ni Baena quisieron delatar?

El cuarto hombre.

Hay una fuente difusa que avalaría esta tesis. Una interesantísima crónica de *Cambio 16*, publicada pocos días después del atentado, dice lo siguiente:

> El único testigo fue el sereno de la zona, que acababa de incorporarse al servicio. Pero solo escuchó los cinco disparos y la huida de cuatro hombres en un Seat 127.[1]

La huida de *cuatro* hombres.

20. LAS TESTIGOS

En el sumario del caso no hay ni rastro del sereno que cita como testigo *Cambio 16*, lo cual es rarísimo e invita a pensar que policía, juez y fiscal descartaron a propósito el testimonio de un servidor público que desentonaba con su reconstrucción oficial de los hechos. El sumario sí que recoge, en cambio, la versión de otras tres testigos presenciales.

El escueto testimonio de dos de ellas quedó recogido en el informe redactado por los inspectores que se personaron aquella noche en Alenza y que preguntaron a los vecinos si habían visto el asesinato. Dos mujeres respondieron que sí.

La primera se llamaba Emilia Guillén Ballester, pensionista de sesenta y siete años, viuda, residente en el número 5 de la calle Alenza. Desde su balcón vio a dos chicos salir de un coche azul marino estacionado en el chaflán. Uno vestía camisa clara y pantalón oscuro y blandía un arma. De pronto oyó una detonación; después de una breve pausa, dos o tres estruendos más. Luego, los dos jóvenes regresaron al coche y escaparon a gran velocidad.

La segunda testigo era Carmen Arribas López, vecina de escalera de Emilia, también viuda a sus cincuenta y seis años. Carmen se encontraba en casa cuando oyó unos ruidos alarmantes, salió a la terraza y observó a dos individuos introduciéndose precipitadamente en un Seat 127 de color azul, que arrancó con un gran acelerón y desapareció.

No le veo mucha miga. Ninguna de las dos supo describir a los atacantes, más allá de aspectos irrelevantes de su indumentaria. Pero hubo una tercera testigo que presenció el tiroteo desde mucho más cerca. Su nombre es Encarnación Bartolomé Cubero.

Dos días después del atentado, Encarnación acudió a las oficinas

de la DGS para contar lo que había visto. Hacia las 22:15 horas del 14 de julio, caminaba por la calle Cristóbal Bordiú, en dirección a Alenza, y se topó con un policía dando tumbos por la calzada, con cara de susto y con el brazo derecho cruzado a la altura del pecho, como si le doliera en el costado. Acto seguido, un tipo con una cartera en una mano y una pistola en la otra efectuó un disparo. Mientras el policía caía al suelo, le descerrajó otro tiro. El cuerpo abatido recibió una nueva descarga. Y un tiro de gracia, a un metro de distancia.

Encarnación sí que tenía algo que decir sobre la fisonomía de los agresores. Según sus cálculos, el hombre de la pistola medía aproximadamente 1,65 metros, tenía entre veinticinco y treinta años, pelo rizado sin melena, usaba gafas de concha y vestía una camisa de cuadros. Detrás de él vio a otro joven de estatura parecida, pero no retuvo sus rasgos faciales.

El retrato robot del autor material que se deriva de sus explicaciones no encaja para nada con el aspecto de Pablo Mayoral. Se aproxima más a la imagen de Baena, sobre todo por las gafas, aunque la alusión al pelo rizado tampoco le pega del todo.

Incomprensiblemente, ninguna de las tres testigos oculares fue citada para el juicio. El fiscal las ignoró y el juez denegó las peticiones de las defensas para que su voz fuera escuchada.

Localizar en la actualidad a esas tres mujeres me parecía una quimera. Dos de ellas, en caso de seguir vivas, superarían de largo los cien años. En cuanto a Encarnación, tenía veinte años recién cumplidos cuando vio caer al policía sobre el asfalto, por lo que hoy, me dije, rondaría la setentena. Una buena edad. Inicié la búsqueda con su nombre completo como única referencia, deseché algunas pistas falsas y finalmente di con una dirección prometedora, asociada a esos mismos apellidos. Podía tratarse de otra madrileña homónima, pero no perdía nada probando suerte. En una de mis visitas a Madrid, me planté frente a su portal, apreté el botón del interfono y esperé respuesta. En vano. Repetí la operación al día siguiente, con idéntico resultado. Decidí dejarle en el buzón una carta con mis señas, explicando mi interés, y me fui sin hacerme ilusiones.

Al cabo de una semana, recibí una llamada. Era Encarnación.

–Llámame Encarna –me corrigió.

Se había sobresaltado al desplegar la carta de un desconocido que llamaba a su puerta cincuenta años después preguntando por uno de los sucesos más impactantes de su vida. Tras meditarlo unos días, se animó a marcar mi número de teléfono.

Sí, claro que se acordaba de aquella noche. Ella trabajaba como auxiliar de enfermería en el Hospital Central de la Cruz Roja. El 14 de julio le tocó turno de mañana.

–Terminé de trabajar sobre las tres de la tarde y volví andando. Yo vivía por allí cerca, en una residencia de la calle Ponzano, paralela a Alenza. Cada día pasaba por la calle Alenza y veía a un policía en la entrada de las oficinas de Iberia. Recuerdo que aquel día me fijé en el chico que hacía guardia y me sorprendió que fuera tan joven. Era más alto y delgado que los que solían estar allí.

El jovencito con cara de niño que vio Encarna a primera hora de la tarde era Lucio Rodríguez Martín, que debía de empezar entonces su turno.



Lucio Rodríguez Martín
Lucio Rodríguez. Agencia EFE.

–Por la noche –hizo memoria Encarna– salí de la residencia, porque había quedado con mi hermana en Cuatro Caminos. Tenía que darme una cosa, no recuerdo qué.

Se trataba de ir y volver sin entretenerse, porque la residencia cerraba sus puertas a las once. Encarna subió por la calle Ponzano, giró a la izquierda y bordeó el edificio de Iberia por la parte de Cristóbal Bordiú. La siguiente calle perpendicular era Alenza.

–Antes de llegar al cruce entre Cristóbal Bordiú y Alenza, apareció a pocos metros de mí el policía joven que había visto horas antes. Iba balanceándose, haciendo movimientos raros. Por un instante pensé que estaba borracho. Entonces vi a dos individuos que iban tras él sosteniendo algo que brillaba; debía de ser la pistola. Frené en seco, me quedé paralizada. El policía se protegía un hombro con la mano y luego se tocó el abdomen, porque ya estaba herido. Cayó a la calzada. Esos dos se le acercaron y lo remataron como a un toro.

Esa noche no pudo dormir. Al día siguiente se presentó en el trabajo aún en estado de shock y la mandaron a casa. Un día más tarde, un agente le pidió que lo acompañara a prestar declaración. Es su comparecencia del 16 de julio, incluida en el sumario.

–Me enseñaron caras de sospechosos, pero yo les insistía: «No les puedo ayudar, no puedo reconocer a nadie, porque no les vi bien la cara». Esa era la verdad, solo los vi un momento de lado y después por detrás –subrayó Encarna.

–Pero la declaración que hizo usted ante la policía –precisé– recoge la descripción del autor material: un joven de unos veinticinco o treinta años, con el pelo rizado, gafas de concha y una camisa de cuadros.

–Pero ¿cómo va a decir eso mi declaración? ¡Si yo solamente los vi de lado y por detrás! Me enseñaron caras, pero no reconocí a nadie. Lo único que sé es que uno era corpulento y llevaba una camisa de cuadros, de esas de montaña, y el otro era más bajito, delgado y llevaba puesto un chubasquero oscuro. Estábamos en julio, hacía mucho calor, ni la camisa de invierno ni el chubasquero tenían sentido.

–Debía de ser ropa que tomaron prestada, seguro que se

desprendieron de ella inmediatamente –sugerí–. ¿Alguno de los dos llevaba gafas?

–¡Si es que no lo sé! No sé de dónde sale eso, porque no les vi la cara. Tuve que acudir otra vez a comisaría y me atendió un señor que me trató fatal, intentó sonsacarme más cosas, ¡como si yo tuviera algo que ver con el atentado!

Hablar con Encarna me dejó más confundido que antes. Había ido a buscarla para que me ampliase su declaración y me encontré con que renegaba de ella. ¿Cómo debía interpretar su desmentido? Si ella no vio el rostro del asesino, ¿fue la policía la que puso en boca suya la descripción de un tipo de unos veinticinco años y gafas de concha, que bien podría ser Baena? El testimonio de Encarna en comisaría está fechado el 16 de julio, seis días antes de la detención de Baena. ¿Reescribió la policía a posteriori su declaración, para hacerle decir lo que no había dicho y apuntalar así la acusación contra Baena?

21. PUTXI

Hay más gente que cuestiona que Baena fuese la persona que mató a Lucio Rodríguez. El primero que me alertó de que las piezas no encajaban fue Luis Puicercús, el *Putxi*, un exmilitante que pasó por la cárcel, autor de una docena de libros en mayor o menor medida autobiográficos. Emplearé las palabras que suele usar él para describirse: un *tocapelotas* desvergonzado y bocazas, un cotilla que no para de dar el *coñazo* hasta que consigue lo que se propone. Es, sobre todo, un tipo con principios. Pasó tres años y medio entre rejas por haberse ocupado de la principal imprenta del partido en España. Tras sobreponerse a las cárceles franquistas, a un ictus y a un cáncer, ya no se rinde ante nada.

Mucho antes de interesarme por los acontecimientos de 1975, recibí una llamada del Putxi. Me tuvo más de una hora con el móvil pegado a la oreja, taladrándome con teorías a las que yo aún no daba crédito. Con el descaro que le caracteriza, sostenía que el asunto de Alenza olía a podrido, que detrás de la versión oficial había hilos pringosos de los que tirar, una mugre que incluso incomodaba a los supervivientes del comando, por mucho que se rasgaran las vestiduras por el fusilamiento de Baena. Para un activista como él, con un sentido de la justicia limpio como el de un niño, resultaba intolerable dar por válidas las páginas de la historia que condenan a Baena como asesino, sin indagar más.

Tomé nota vagamente de lo que me decía, relativizando con displicencia los giros de guión que insistía en sugerirme con su incontinencia verbal. «Cosas del Putxi», pensé. Pero, visto retrospectivamente, aquella matraca telefónica acabó siendo el aguijón que necesitaba para replantearme mis prioridades. Era la primera vez que oía a una de mis fuentes explayarse sobre un tema

tan escabroso. Y tuvo el acierto de invitarme a prestar atención al minuto 30 del documental *Septiembre del 75*, de Adolfo Dufour.

En ese punto del metraje aparece en pantalla José Luis Morales, un periodista canario que militó en el FRAP. Hablando sobre Alenza, Morales desenvaina una frase misteriosa. Asegura que Baena no pudo ser la persona que mató al policía, porque era imposible que estuviese en el lugar de los hechos.

–El caso de Humberto es bastante gordo, porque Humberto no estaba aquí en ese momento. Tendría que haber vuelto en una hora... ¡pero es que no pudo ser! –Se detiene un par de segundos, buscando la manera de rematar el acertijo–. Es una cosa que todavía hay que mantener en la confidencia, no en el secreto, pero sí..., todavía hay que hacerlo así. Más adelante se podrá decir. Pero yo creo que no estaba...

Y se queda mirando al entrevistador con una pose enigmática.

Tiempo después, cuando por fin me decidí a investigar, fui yo quien llamó al Putxi, que celebró mi interés. Suspiraba por ganarse un cómplice con quien tirar de la manta.

La cruzada del Putxi para demostrar la inocencia de Baena se gestó años antes del documental de Dufour. Concretamente, se le encendieron las alarmas el día en que otro exmilitante, que parecía bien informado, le dejó caer que Baena «no estaba en Madrid ese día». Solo había una manera de convertir esa suposición en una evidencia: contrastarlo con alguien que hubiese participado directamente en el atentado. Y eso fue lo que hizo.

Hubo una época en la que el Putxi mantenía una excelente relación con Manolo Blanco Chivite y Pablo Mayoral. Una relación de camaradería no solo personal, sino también profesional, porque ellos fueron sus primeros editores. En 2005, el Putxi publicó un compendio de historias de Ventas-Ciudad Lineal; lo vendió como churros, y la editorial que le dio salida fue Vosa, la marca que entonces regentaban Manolo y Pablo.

Aprovechando esa química, el Putxi tuvo el atrevimiento de hacer lo que, por pudor, nadie más se planteaba: sin cortarse ni un pelo, le preguntó a Pablo «quién mató al policía». Como militante que en su día se la jugó por el partido y que tuvo que dormir varios años en la

cárcel, se sentía con derecho a saber. Si hubiese sido otro, a esa pregunta insolente Pablo habría respondido con un exabrupto, en el mejor de los casos con una evasiva, pero con el Putxi había complicidad, así que se permitió una confidencia: –Yo estaba protegiendo la acción con una navaja... No le dio pistas sobre quién fue el hombre que disparó, solo le confirmó que él, Pablo, presenció el crimen. La víctima fue abatida delante de sus narices. Si Pablo estaba detrás con una navaja, ¿quién era el autor material? Eso ya no se lo aclaró. Al Putxi le tenían aprecio, pero había parcelas de conocimiento a las que jamás le concederían acceso. No era ni podía ser, al cien por cien, uno de ellos, porque no pertenecía a la hermandad de involucrados en los asuntos más feos de 1975. Los secretos más inconfesables no podían salir de aquel círculo cerrado. Había un pacto de silencio entre los componentes del núcleo duro, del que formaban parte Manolo, Pablo y muy pocas personas más, y entre ellos existía un compromiso de lealtad y protección mutua.



Luis Puicercús (izquierda), con Pablo Mayoral
Luis Puicercús y Pablo Mayoral. Cedida por Luis Puicercús.

Si a un comunista irreductible como el Putxi lo mantenían fuera del alcance de las respuestas más delicadas, qué podía esperar yo ante una gente que, a la primera pregunta incisiva, se apresuraba a poner a buen recaudo su saco de secretos. Tenía que encontrar caminos alternativos para acercarme al objetivo.

22. BENÍTEZ DE LUGO

Una búsqueda rápida en internet y un par de correos electrónicos fueron suficientes para ponerme en contacto con José Mariano Benítez de Lugo, el abogado de Pablo Mayoral en el consejo de guerra y uno de los fundadores de Convergencia Socialista de Madrid. No hizo falta insistirle demasiado para conseguir una cita con él en su bufete de la calle Princesa. Estaba dispuesto a hablar del proceso más pavoroso de su carrera profesional.

A sus ochenta y pico años, me dio la bienvenida ofreciéndome un legajo de documentos del sumario de Alenza, sobre todo apuntes que utilizó para defender a Pablo. Una vez consultados los papeles pasé a su despacho, forrado de estanterías de madera y lomos de libros encuadernados en cuero. Con su sonrisa de bonachón, bigote blanco y gafas de montura fina, se sentó detrás de un escritorio macizo cubierto de carpetas e informes.

Reclinado cómodamente en su butaca, no parecía alarmado por la visita de un periodista interesado en remover el pantanoso asunto de Alenza. Su mirada divertida y el sosiego con el que mordía la boquilla de una pipa transmitían cierta expectación por las novedades que pudiera traerle sobre el caso. Pero era yo quien necesitaba respuestas.[2]

–Había que tener valor para asumir la defensa de un acusado por terrorismo en un ambiente tan hostil. ¿Por qué aceptó el desafío? –le pregunté.

–Solía ocuparme de casos que nadie quería –señaló Benítez de Lugo–. Ya había asistido al Proceso de Burgos contra dieciséis miembros de ETA. Allí fui codefensor junto a Gregorio Peces-Barba, buen amigo mío. En 1975, ni el PCE ni el PSOE quisieron que sus abogados defendieran a los del FRAP.

–¿Recuerda su primer contacto con Pablo Mayoral?

–Fue en la cárcel de Carabanchel. Lo fui a ver cuando ya me habían designado oficialmente para representarlo. Quise dejarle claro que yo no comulgaba con sus ideas, pero que haría todo lo posible por ahorrarle la pena de muerte.

–¿Qué estrategia jurídica siguió?

–Mi intención –aclaró Benítez de Lugo– era hacer una defensa no estrictamente política, sino también posibilista. Lo que me preocupaba era que lo condenaran a muerte. Él aceptó mi planteamiento.

–Tenía usted una papeleta complicada, a Pablo lo acusaban de haber participado en el atentado de la calle Alenza cubriendo al autor material...

–Yo negué su participación en la muerte del policía. Sostuve que Pablo no fue ni autor material, ni coautor, ni cooperador necesario. Negué la validez de las declaraciones obtenidas bajo tortura.

–Claro, usted cumplió su papel como abogado –destaqué–, pero en realidad era consciente de que Pablo había participado en la acción, ¿no es así? –Saqué el folio donde tenía anotada la frase que Benítez de Lugo le había confiado al periodista Carlos Fonseca.[3] Se la leí–. «Visité a Pablo en prisión y le dije que quería saber la verdad. Me dijo que él no había disparado, pero que había cubierto a quien lo hizo, armado con una navaja. Nunca me dijo quién disparó.» ¿Es cierto que Pablo le dijo eso?

–Sí.

–¿Pablo le confirmó que estuvo en el lugar de los hechos, en la calle Alenza?

–Eso era innegable, la verdad –admitió Benítez de Lugo.

–Después de tantas horas revisando el sumario, ¿llegó a alguna conclusión sobre quién tiroteó al policía? ¿Cree que fue Baena?

–Yo le dije a Pablo que no quería entrar en profundidades, no quería saber nada que no fuese sobre su participación en aquel luctuoso hecho. –Dio una calada a la pipa–. No llegué a ninguna conclusión sobre quién había sido el autor material.

El testimonio de Benítez de Lugo confirma que Pablo no fue

detenido al azar. La policía sabía lo que hacía. Cuando registraron el piso de Pablo y hallaron el equipo fotográfico sustraído del coche con el que se cometió el atentado, constataron que habían acertado.

¿Hay que dar por bueno, entonces, el resto de la versión oficial?

23. MANOLO Y PABLO (II)

Desde que salí de mi primera entrevista con Manolo y Pablo, supe que tendría que pedirles una segunda cita, porque habían quedado demasiadas preguntas en el tintero. El mérito del primer encuentro había sido rasgar la cortina de silencio, pero no era suficiente. A medida que mi investigación progresaba, tuve cada vez más claro por dónde había que seguir hurgando, así que les pedí una segunda entrevista.[4] De nuevo, accedieron.

Me propusieron quedar en la terraza de un bar por la zona de Embajadores. El espacio no me convencía –prefiero lugares más discretos, sin fisgones en la mesa de al lado pendientes de conversaciones privadas–, pero no había alternativa. Ellos iban a la presentación de un libro y el bar estaba al lado de la librería. Disponíamos de una hora.

Lo ideal habría sido ir al grano, pero nos enredamos comentando la actualidad política. No me decidía a meter la mano en la cesta de la serpiente. Al fin, forzándome un poco, colé con calzador la primera pregunta. Empecé por el viaje del Comité de Madrid a París, del 28 de febrero al 3 de marzo de 1975, en el que recibieron las nuevas directrices.

–¿Fue entonces cuando la dirección os emplazó a preparar la nueva fase de lucha?

Ambos asintieron sin añadir ni un comentario.

–¿Con quién os reunisteis? ¿Con los tres del Secretariado?

–Allí fue donde conocí a Elena y Raúl –señaló Pablo.

–Y vimos al asturiano –intervino Manolo, en alusión a Jorge García Palacios, alias Julio Moreda, considerado el responsable de los grupos armados–.[5] Ese nos llevó al cine a ver una película de Costa-

Gavras sobre unos comunistas de la Resistencia francesa que se cargan a un oficial nazi en la Francia ocupada.

Manolo se refería a un filme titulado *Section spéciale*.

–Poco después de regresar de París, empezó a seguirme la policía secreta –comentó Pablo–. Detecté seguimientos. Entonces trabajaba de mecánico en la NCR. Informé al partido de lo que estaba pasando y me recomendaron que dejara el trabajo.

–¿Por qué crees que se fijaron en ti? ¿Te tenían fichado de antes? –pregunté.

–A mí no, pero a mi hermano lo habían detenido cuando yo estaba en la mili.

–Hay un dato importante a tener en cuenta –terció Manolo–. El tren Madrid-París estaba controlado por la Brigada Político-Social. Uno de los vagones tenía un compartimento con tres o cuatro agentes de Conesa, que pasaban a recoger los pasaportes de los pasajeros. Se los quedaban un montón de horas para chequearlos. Yo viajé con pasaporte falso, porque estaba fichado, pero Pablo iba con su documentación legal. Y, claro, debieron de caer en la cuenta. ¿Un currito cogiendo el tren a París un día laborable? Potencialmente sospechoso. En el momento que cruzasen datos y viesen que su hermano había sido detenido por comunista, bingo. Los seguimientos debieron de empezar por ahí.

Para introducir el tema de Alenza, invoqué el caso Delgado-Granado, los dos anarquistas ejecutados en 1963 por unas bombas que en realidad no colocaron ellos.

–Ha pasado medio siglo desde que murió Franco. El mundo ha cambiado de arriba abajo, pero seguimos sin saber qué pasó en 1975. Baena fue fusilado por un atentado que, según le dijo a su padre, no cometió. ¿Habéis oído hablar del caso Delgado-Granado? A ellos les partieron las vértebras pese a ser inocentes. ¿Ocurrió algo parecido con Baena? ¿Pagó con su vida por algo que hizo otro?

El ambiente se enfrió al instante. Sus rostros se nublaron a la misma velocidad que en la primera entrevista. Bajo el espeso silencio que generó mi pregunta se oía el murmullo subterráneo que antecede a una erupción volcánica. El primero en despegar los labios fue Pablo.

–Mira, solo te voy a decir una cosa: no voy a decir absolutamente nada. No hablé entonces y no lo voy a hacer ahora. No voy a contar ni por qué me detuvieron, ni qué me dijeron, ni qué fue lo que hice, porque no me da la gana. Todo lo que pasó forma parte de una lucha, ¿entiendes? Una lucha muy jodida, en condiciones muy duras. Lo único que puedo comentar es lo que está probado. En el consejo de guerra reconocí que era militante del FRAP, que estaba de acuerdo con nuestra lucha. Y dije que yo no estuve en Alenza. Así lo ratifico ahora.

Enrocado. Esta vez traté de rebatirlo:

–Pablo, tú *sí* estuviste en la acción.

–¡Que no! Yo no estaba. En el consejo de guerra dije que yo no estaba.

–Pero a tu abogado sí le confesaste que estuviste allí... He hablado con él.

Me miró sorprendido.

–¿Con Benítez de Lugo?

–Sí. Se acuerda bien de cómo preparó tu defensa. Y me confirmó lo que le dijiste.

–Pues me parece muy mal que vaya contando por ahí esas cosas. Se supone que las conversaciones entre abogados y clientes son secretas.

–No es solo porque lo diga Benítez de Lugo –rebatí–. Negar tu participación era muy poco creíble desde el momento en que encontraron en el piso donde te refugiabas la cámara de fotos robada del coche que utilizó el comando.

Pablo frunció el ceño mientras el ronroneo del volcán subía de volumen. Traté de reenfocar la atención hacia lo que más me importaba:

–Como os dije la última vez, lo que quiero saber es si Baena estuvo allí, si fue él, como asegura la historiografía oficial, o si no fue él, como cree su familia y como el propio Baena juró a su padre antes de ser fusilado.

Pasaron unos segundos en los que temí que Pablo se levantara de la silla y se marchara, harto de mi interrogatorio. En vez de eso, contragolpeó.

–Estamos volviendo a lo de siempre. Las mismas preguntas que llevo escuchando desde que ocurrió todo aquello. «¿Quién fue? ¿Por qué lo hicisteis? ¿De qué manera lo hicisteis? ¿Es justo que fusilaran a Baena y no te fusilaran a ti? ¿Es justo que a ti te cayeran treinta años de cárcel y no la pena de muerte?», etcétera.

–Pablo, no te estoy preguntando si fue «justo» que fusilaran a Baena y no a ti, solo intento saber si...

–¿Quieres saber la verdad sobre Baena? Pues es muy sencillo. Si él dijo que no fue, pues ya está, no le des más vueltas. Si Flor Baena dice que no fue él, eso quiere decir que no fue él. Esa es la verdad histórica que queda. Y punto.

–Ni Flor Baena ni yo somos nadie para afirmar con rotundidad que no fue él. Eso solo lo puedes ratificar tú, porque sí estuviste en Alenza –razoné.

–Pero ¡es que no puedo entrar ahí!

–¿Por qué no? Si tú estabas detrás del autor material, protegiéndolo con una navaja, sabes perfectamente si la persona que tenías delante era Baena o era otro miembro del comando cuya identidad desconozco.

–Los periodistas siempre estáis enfocando el tema desde una óptica policial y os olvidáis de investigar qué era lo que pasaba con el régimen franquista –se sulfuró Pablo–. ¿Por qué se hicieron los consejos de guerra? ¿Qué pasó en el Consejo de Ministros en el que confirmaron las cinco penas de muerte? ¿Cómo fue la negociación política para decidir a cuántos fusilarían?

Protesté:

–¿Desenterrar el caso Cipriano Martos y denunciar públicamente a los torturadores que acabaron con él fue también un ejercicio periodístico desde una «óptica policial»? ¿Querer demostrar la inocencia de Baena de manera incontrovertible, cuando aún viven testigos que pueden acreditarlo, es tener una «óptica policial»?

Esta discusión no llevaba a ninguna parte. Traté de reconducirla buscando un último trato.

–Yo creo que Baena sí le dijo la verdad a su padre y sospecho que quien apretó el gatillo fue un individuo que consiguió escapar –teoricé–. Intento ponerme en su mente y supongo que habrá pasado

cinco décadas de mierda, corroído por los remordimientos, acostándose cada noche con el cargo de conciencia de haber visto a otro camarada ocupar el sitio que le podría haber correspondido a él. Cincuenta años encadenado a su secreto. Libre y vivo, sí, pero tan hecho polvo como los dos anarquistas que pusieron las bombas por las que fueron ejecutados Delgado y Granado. Quiero pediros una cosa. Si esa persona existe y tenéis su contacto, me gustaría que le trasladarais una propuesta: me encantaría entrevistarlo y ofrecerle la oportunidad de explicarse. Podría garantizarle el anonimato, pero que hable y que haga añicos de una vez la sentencia por la cual fue condenado Baena.

Por sus muecas de escepticismo, entendí que mi invitación al fantasmagórico autor material era una ocurrencia que no les convencía en absoluto.

24. LOS ABOGADOS

A finales de julio de 1975, terminados los interrogatorios en la DGS, los detenidos fueron trasladados a prisión y empezó otro tormento: cuarenta días de aislamiento en celdas de castigo, unos agujeros de tres metros cuadrados sin iluminación, sin nada, solo un lavabo y un apestoso cubo de plástico para orinar y defecar.[6] Tenían que dormir sobre una colchoneta mugrienta, cubierta con una manta igualmente sucia por la que trepaban cucarachas, arañas y otros bichos. Aparte del chirriar de puertas oxidadas y los gruñidos de los carceleros, lo único que se oía era el ajetreo de las ratas por las tuberías.

Fuera continuaba corriendo la sangre. El 2 de agosto, una pareja de guardias civiles fue tiroteada cerca del canódromo de Carabanchel y uno de los agentes murió. Los agresores eran marxistas-leninistas, pero no pertenecían al PCE (m-l), sino al brazo armado del PCE (reconstituido), lo que más adelante se denominó GRAPO. Como nadie reivindicó la acción, las primeras hipótesis policiales apuntaban al FRAP. A los presos de Alenza los sacaron de sus celdas a medianoche para iniciar otra ronda de palizas.

Por fin, a mediados de agosto, el juez los autorizó a contactar con sus abogados, que en las últimas semanas ya se habían coordinado con las familias. Los letrados no traían buenas noticias: los cinco acusados serían juzgados por un tribunal militar, del que cabía esperar poca indulgencia. Se pedía la pena de muerte para todos ellos.

Abro un paréntesis para comentar una polémica que envenenó aún más el ambiente. El partido antifranquista mejor organizado jurídicamente era, de largo, el PCE, que disponía de varios despachos de abogados de su órbita. Sin embargo, con ellos no se

pudo contar. La dirección del PCE dio la orden de no asumir la defensa en ninguna causa por terrorismo. El fiscal pedía penas de muerte a discreción contra militantes comunistas y el PCE se lavaba las manos. Carrillo planeaba ya su aterrizaje en la España que iba a nacer cuando muriese el dictador y no quería dar motivos para que lo relacionaran con la violencia. En lugar de arremangarse, prefirió inhibirse. Cuando más importante era que el antifranquismo cerrara filas para salvar a los procesados, él miró hacia otro lado.

Hubo quien sí actuó con generosidad. La ORT disponía de un despacho en la calle Lista, capitaneado por Paca Sauquillo, que se volcó en la causa.[7]

José Folguera, del bufete de la calle Lista, asumió la defensa de Fernando Sierra Marco. Benítez de Lugo, socialista, se hizo cargo de la de Pablo Mayoral. A Vladimiro Fernández Tovar lo defendió Miguel Castells, cercano a la izquierda abertzale. El único letrado próximo al FRAP era Eduardo Carvajal, que representó a Blanco Chivite. Baena recurrió a Javier Baselga, un abogado de renombre que estuvo cerca del Movimiento Comunista de España. Todos ellos eran juristas jóvenes, hábiles y motivados.

Dentro de la cárcel, los encausados fueron reubicados en otra galería. Pasaban dieciocho horas al día en sus celdas, pero al menos podían salir un rato al patio y hablar entre ellos.

¿Qué le pasaba por la cabeza esos días a Baena? En las *Notas de prisión* que publicó en 1977, Blanco Chivite describe a Baena como «un comunista ejemplar» que transmitía «sensación de firmeza y convicciones imperturbables» y que afrontó aquellas circunstancias «tranquilo y sereno». Ni él ni sus compañeros se hacían ilusiones.

> Él sabía, como todos nosotros, que íbamos a ser sentenciados a muerte y que aquellas sentencias ya se habían firmado. También sabía que, si por alguna razón hubiera alguna conmutación entre los condenados, él personalmente no iba a obtenerla.[8]

Baena asumía que era hombre muerto, porque cargaba con el más grave de los delitos. Para dar sentido a las interminables horas de

encierro, se dedicó a escribir y redactó un cuento titulado «El reloj». La parte final del texto es devastadora.

> Mi corazón, aunque quisiera acompañarme siempre, dejará de hacerlo cualquier día de este mes de septiembre.

Intuía que no tenía escapatoria. Pero compuso un poema en el que dejaba una puerta abierta.

> Ayer:
> trabajador.
> Hoy:
> prisionero
> político.
> ¿Habrá un mañana?

¿Había en esos signos de interrogación algún resquicio de esperanza?

Nunca he militado en un partido y me incomoda el concepto *fe*, ya sea religiosa, política o de cualquier clase. No pongo en duda que Baena sí que la tenía. A partir de sus escritos y del testimonio de quienes hablaron con él en Carabanchel, me queda meridianamente claro que sus convicciones no zozobraron ni en el corredor de la muerte. Pero, aun así, sigo preguntándome qué era lo que le susurraba el subconsciente en sus horas más negras.

Cuando los procesados salieron de la incomunicación, aprovecharon los ratos de patio para consensuar qué dirían y qué no dirían. Trazaron una estrategia común de negación absoluta de los hechos, una enmienda a la totalidad a la versión policial. En la práctica, esa postura maniataba a Baena, porque le impedía señalar a otro como ejecutor del crimen.

Me gustaría saber cuánto tuvo que luchar consigo mismo para contener algo tan humano como el instinto de supervivencia. Si él

era inocente y poseía información sobre el verdadero culpable, ¿cómo pudo reprimir la tentación de hacer lo que fuera para salvarse, sabiendo que lo único que deseaba su familia era verlo vivo?

Quizá la respuesta esté encriptada en algo que me confió Flor Baena. En una de las visitas de su familia a Carabanchel, Baena cortó de raíz cualquier posibilidad de delatar a nadie.

–No puedo morder la mano de quien me ha ayudado –se justificó.

Diez palabras cargadas de trágica resignación, que dejan entrever que Baena consumió sus últimos días atrapado en una maraña de fidelidades que le impedían luchar por su propia vida. ¿Quién era aquel que tanto le había «ayudado»? ¿Se refería a alguien que le dio refugio tras huir de Vigo? En esa lista de benefactores encontraríamos a Pablo Mayoral y a otros que coincidieron con él en Madrid. Pero lo que llama la atención de la frase es el nivel de compromiso que desprende, como si se corresponsabilizara del atentado, sin que importara quién disparó la bala. ¿Tal era la lealtad de este joven gallego, que prefería morir acribillado pese a ser inocente –si es que realmente lo era– antes que vivir sabiendo que un camarada con quien se sentía en deuda moriría debido a su delación?

25. BASELGA

Desde que el juez levantó el veto a las visitas, las familias empezaron a peregrinar a las cárceles. A partir de finales de agosto, el padre de Baena viajó cada sábado a Madrid para aprovechar los veinte minutos de comunicación. A veces lo acompañaba su hija Flor, o su hijo Fernando, o un padrino. A la madre, Estrella, no le permitían moverse de Vigo; estaba delicada del corazón y temían que el impacto de verlo tras los barrotes fuese fatal. Estrella protestó; de ninguna manera se dejaría hurtar aquella oportunidad.[9]

–Si antes de morir puedo verlo otra vez, ya seré feliz –les decía.

Al final todos llegaron a la conclusión de que a él le sentaría bien poder hablar con su madre. La escena del reencuentro en el locutorio de Carabanchel fue desgarradora. Nada más verlo, Estrella se echó a llorar. La impotencia de no poder abrazarlo se le hizo insoportable y a Baena le resbalaban las lágrimas por debajo de las gafas.

Si algo le quitaba el sueño a Baena era la angustia que estaba causando a los suyos. Flor recuerda un diálogo que aún la entristece. Era la primera vez desde mayo que veía a su hermano. Mientras lo contemplaba a través de una reja y un cristal blindado con agujeros, ante la mirada de asco de un guardia con metralleta, Flor le espetó:

–Pero, Pite, ¿cómo hiciste eso? ¿Cómo te metiste en esos líos? Tú no tienes consideración con mamá, lo está pasando fatal...

Baena se puso pálido.

–Mary, tú no me entiendes...

–¡Sí que te entiendo, pero pienso más en mamá, no en los demás!

Días después, el abogado Javier Baselga explicó a Flor que sus palabras habían demolido el ánimo de su hermano.

Baselga fue la mano aliada que trató de sacar a Baena del desolladero. Nacido en Donosti en 1936, estudió Derecho en Zaragoza y a principios de los años setenta abrió un bufete en Vallecas. Se casó con Ana Fraga Iribarne, hermana del exministro de Información y Turismo. Ahora vive en Galicia. Contacté con él.

Mi llamada lo pilló desprevenido. Hacía tiempo que no oía pronunciar el nombre de Baena y me escuchó con cierta prevención. Un regusto amargo seguía impregnándole la boca cada vez que tenía que referirse al consejo de guerra. Accedió a hablar conmigo, con la condición de que me desplazara a Galicia para poder vernos en persona.

Con su estampa de erudito hombre de leyes, rostro anguloso y pelo cano, parecía la reencarnación de un viejo filósofo de la antigua Roma. Nos encontramos en un pueblo cercano a A Coruña y pasamos algo más de una hora sentados en un bar.[10]

Repasé los interrogantes del caso, expuse mis dudas sobre la autoría del crimen y le pedí su opinión. El abogado se reclinó en la silla y echó la cabeza hacia atrás.

–Nadie puede tener la certeza absoluta sobre qué pasó, salvo quienes participaron en la acción. Pero sí puedo decirte una cosa: hablé muchas veces con Baena, intenté buscar pruebas que demostraran que el día del atentado estaba en otra parte, y jamás me dijo que no estuviese en Madrid. Eso nunca me lo dijo.

–Su familia asegura que la noche anterior durmió cerca de la frontera con Portugal y que no habría llegado a tiempo de sumarse al comando. José Luis Morales, el periodista canario que perteneció al FRAP, también dice que no estaba en Madrid.

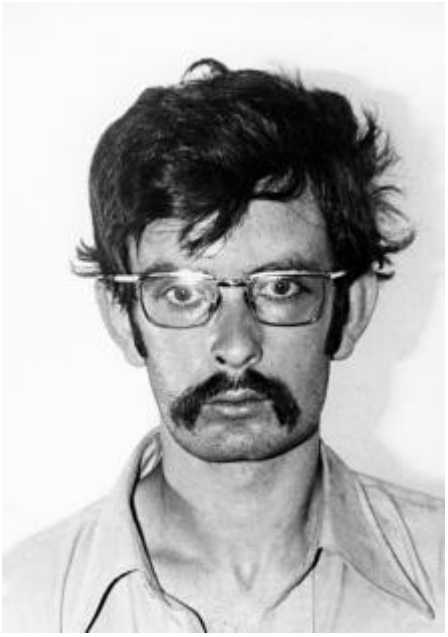
–Pues yo me esforcé en buscar pruebas que confirmaran que él no podía ser el autor material, estuve dándole muchas vueltas. Pero cada vez que le pedía detalles contestaba con vaguedades.

–¿No estaba interesado en construirse una coartada? –insistí.

–Llegué a sospechar que intentaba encubrir a alguien, a una tercera persona.

Aquellas palabras de Baselga me dejaron perplejo. Así pues, el abogado había acariciado la misma teoría explosiva que yo, pero con

casi cincuenta años de antelación y con un conocimiento mucho más directo de los sentimientos de Baena. –Si una persona está condenada a muerte por asesinato y conoce al verdadero culpable, ¿cómo puede guardar silencio y no luchar por su vida? –planteé. –En algún momento –admitió Baselga– pensé que Baena estaba encubriendo a alguien, porque era demasiado vago a la hora de darme detalles. No me facilitó demasiado su defensa. Siempre me ha quedado la duda de si fue él o no. Me dio la sensación de que había formado parte de un grupo armado, pero no tengo la certeza de que fuera él quien disparó.



Xosé Humberto Baena, en la DGS
Xosé Humberto Baena. Dirección General de Seguridad.

26. MARUXA

Desde el principio de la investigación me propuse entrevistar a María del Pilar Alonso, Maruxa, la novia de Baena. Intenté concertar una cita con ella a través de personas de su entorno, pero en todos los casos la respuesta fue negativa. Lo entendí perfectamente. Su testimonio tenía un valor incalculable para la investigación, pero Maruxa tenía derecho a verme como un fastidioso dedo pidiendo permiso para hurgar en su herida más dolorosa.

El 27 de septiembre de 2023, asistí en Vigo al homenaje a los fusilados de 1975 que se celebra cada año frente a la tumba de Baena, en el cementerio de Pereiró. Cuando llegué, se acercó a saludarme un hombre encantador llamado Luis, que ultimaba los preparativos del acto y que resultó ser el compañero actual de Maruxa. Ella nos miraba a un par de metros, sentada en el zócalo. Sin necesidad de que yo se lo pidiera, Luis me la presentó. Con el historial de portazos a mis tentativas de entrevistarla, me resigné a que nuestro encuentro se redujera a un apretón de manos. Temí incluso que le molestara verme por allí, que torciera el gesto, harta de mi tozudez, y se diera la vuelta para sentarse de nuevo. En lugar de eso, Maruxa aguantó estoicamente cinco minutos de cháchara en los que estuvimos comentando los más de treinta años que Luis y ella residieron en Cataluña. El inicio del acto interrumpió la conversación.

Fue un ritual sencillo y reivindicativo al que asistieron un centenar de personas. Hubo música, poesía, discursos y ojos vidriosos, entre ellos los de Flor Baena, que jamás se pierde el homenaje. Finalizada la ceremonia, salimos todos del recinto y un pequeño grupo nos quedamos charlando junto al acceso principal. En uno de los corrillos estaba Maruxa. Se veía a la legua que era una mujer con carácter,

de ideas firmes y al mismo tiempo muy sensible. Me acerqué a ella algo cohibido. Tenía un montón de preguntas en la cabeza, pero nada me parecía más violento que abordarla en el cementerio, justo en el aniversario del fusilamiento. No creo que la falta de tacto sea uno de mis defectos, pero aquel día flaqueé; si renunciaba a un último intento echaría a perder la oportunidad de conocer de primera mano su versión y acabaría arrepintiéndome.

Quise romper el hielo hablándole de mis pesquisas. Maruxa me escuchó pacientemente, mirando al infinito, con expresión indescifrable. Cuando le dije que, en mi opinión, Xosé Humberto Baena no fue el autor material del atentado de Alenza, lanzó un suspiro. Nos quedamos en silencio, hasta que se le escapó un hilo de voz:

–Cómo me vas metiendo poco a poco, eh...

Ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa triste. Creo que había entendido que, en el fondo, estábamos en el mismo barco. O, mejor dicho, yo había subido a bordo de *su* barco, el de los convencidos de la inocencia de Baena. El muro infranqueable contra el que se habían estrellado todas mis intentonas parecía agrietarse.

–¿Sabes, Maruxa? Hay cosas de esta historia que solo puedo preguntártelas a ti, porque solo las vivisteis él y tú –dije, tratando de cruzar esa puerta entreabierta.

–Mira –masculló tras unos segundos–, hablar del pasado, para mí, significa revivir mucho sufrimiento, muchos malos recuerdos, lo peor de mi vida. Si lo hago, luego estoy quince días sin poder dormir.

–Lo comprendo. No debe de ser fácil venir cada 27 de septiembre al homenaje.

–Me cuesta. Desde hace unos años ya me veo con ánimos de venir, pero en los días previos empiezo a ponerme nerviosa. Vengo, pero procuro no hablar del tema.

Me salió un circunloquio sobre lo mucho que me apena el caso de Baena y lo diferente que habría sido todo si, en lugar de huir a Madrid, hubiesen permanecido en Vigo.

–Xosé estaría hoy aquí... –asintió Maruxa.

–Llegasteis a Madrid completamente desamparados, ni siquiera teníais un techo.

–Los primeros días nos acogió un camarada de Vigo que estudiaba en Madrid. Después pudimos tomar contacto con el partido.

–Pablo Mayoral os buscó alojamiento, ¿no es así? –quise confirmar.

–Esos contactos los llevaba Xosé. Íbamos de un sitio a otro. Llegamos a dormir en casa de un militar.

–¿De un militar?

–De la UMD [se refería a la organización secreta Unión Militar Democrática]. Era un militar de alto rango. Nos dejó dormir un par de noches en su casa. Ni su familia lo sabía. Nos dieron una cita con él y nos dijo: «Venid a las doce de la noche, esperad en el portal, yo bajaré a abrir. A las seis de la mañana tendréis que marcharos». Así lo hicimos. Nos dejó dormir en su despacho.

–¿En qué otros sitios os refugiasteis?

–Nos metieron en una casa donde no había ni agua corriente ni luz, solo dos cubos llenos de algo que parecía agua. Por la mañana, fui a lavarme la cara... y resulta que en el cubo no había agua, sino líquido fijador para revelar fotografías. Nos llevaron también a una chabola en Carabanchel.

Me habría quedado la tarde entera hablando con Maruxa, pero no disponíamos de mucho tiempo. Ella parecía cansada y Luis, su compañero, nos miraba a unos metros de distancia, esperando a que acabáramos, para marcharse con ella a casa.

–¿Sigues pensando que él no disparó? –fui al grano.

–Yo sé que Xosé no fue, porque cuando el partido empezó a decir que había que dar un paso adelante en la lucha armada él no estaba de acuerdo. Eso lo sé.

–Pero también es cierto –maticé– que Xosé Humberto era un militante disciplinado de un partido marxista-leninista y, a veces, teníais que cumplir órdenes con las que podíais no estar de acuerdo.

–Ya no hablé más con él, porque enseguida me detuvieron y no volví a verlo. Bueno, sí. Lo vi una vez más, pero esa es otra historia... Nos carearon.

El careo. Era el tema que más reparo me daba mencionar. La fuente de sus pesadillas más sombrías. Fue ella quien lo sacó a colación.

–Yo estaba en la cárcel de Yeserías, sin saber que Xosé había sido detenido. Hasta entonces, la policía no nos había relacionado, pero se acabaron enterando de nuestro vínculo. Un día me dijeron que iban a ponerme en libertad.

–La famosa argucia de las excarcelaciones –apunté–. Como en prisión en teoría no pueden torturarte para que hables más, te conceden la libertad, te permiten cruzar la salida, pero en la misma puerta te está esperando la policía secreta para secuestrarte e iniciar otra tanda de interrogatorios.

–Eso fue lo que hicieron conmigo. Me sacaron de la celda, me llevaron al patio y afuera ya me esperaba una *lechera*, uno de esos vehículos de la policía. Me llevaron a Carabanchel para carearme con Xosé... Me tiemblan las manos solo con recordarlo. –Extendió sus palmas trémulas y tomó aire–. Fue muy duro.

Bajó la cabeza y dejó aparcado el tema. Yo había leído descripciones de las salvajadas que infligieron a Maruxa a raíz del careo, unos episodios de terror y sadismo en los que no podía ahondar, a menos que ella quisiera rememorarlos.

El bueno de Luis seguía aguardando con las manos en los bolsillos. Había tenido la delicadeza de dejarnos solos y no se atrevía a cortarnos. No podía abusar más de su tiempo, era hora de marcharnos, pero quise hacer una última pregunta a Maruxa.

–¿Pediste explicaciones al partido? ¿Llegaste a aclarar por qué Xosé Humberto acabó cargando con la peor acusación de su sumario?

–Cuando salí de la cárcel, en 1976, me encontré sola. Muy sola. Fui a una reunión del partido y me di cuenta de que no estaba de acuerdo con nada de lo que decían. No callé mis discrepancias. Y, como mantuve mi postura durante toda la reunión, a partir de ese día dejaron de convocarme. No me dieron nada de dinero. El partido me dejó tirada, sin un duro, sin nada. Suerte que dos camaradas, Julio y Marga, me acogieron en su casa. Gracias a ellos pude salir adelante. ¿Pedirle explicaciones al partido? Ya prefiero no saber... Pasé página hace muchos años. Llegó un momento en que me dije: «Basta. No voy a seguir llorando el resto de mis días. Tengo que

rehacer mi vida». Con Luis empecé a rehacerla. Seguimos luchando, pero a nuestra manera, no a las órdenes de un partido.

Me alargó la mano para despedirse y añadió:

–Xosé no fue. Pueden decirme lo que quieran, que yo ya tengo mi película de los hechos y de aquí no me moverán. Sé cómo era él. Y sé que Xosé *no fue*.

Pasó un año.

Viajé a Vigo en septiembre de 2024 para asistir de nuevo al homenaje frente a la tumba de Baena. Escuchamos discursos similares frente a las mismas banderas y ante el mismo público. Volví a ver a Maruxa, y esta vez fue ella quien se acercó, exhibiendo algo que se aproximaba a una sonrisa, una sonrisa casi imperceptible, pero que para mí implicaba un cambio sustancial.

–¿Cómo va el libro? –se interesó.

–Avanzando...

Le comenté mis progresos, mis dudas, mis cavilaciones. Otra vez de pie, sobre la gravilla de la entrada del cementerio, acabamos manoseando los interrogantes de siempre. ¿Fue Baena el autor material? Y si no fue él, ¿quién pudo ser?

Maruxa se dejó llevar por los recuerdos, hasta que encalló en el careo, posiblemente la experiencia más traumática de todas las situaciones perturbadoras que vivió, que fueron muchas. Se reafirmó en su conclusión: Baena *no fue*, de ninguna manera.

Para acabar de aprovechar la tarde, Luis y ella nos invitaron a Flor y a mí a tomar algo. La propuesta me hizo feliz, porque significaba que mi presencia ya no infundía temor, sino que se aceptaba; incluso era bienvenida. Nos sentamos los cuatro en una cafetería del barrio de As Travesas y nos pusimos a charlar de todo un poco, mientras cada uno despachaba su chocolate con churros. Parecíamos una mesa de viejos amigos poniéndose al día tras una larga ausencia. Me sentía emocionado. Momentos como ese me hacían pensar que mi obstinación por lo que estaba escribiendo tenía un sentido. Era justo lo que necesitaba para darle un arreón final a la investigación.

A la mañana siguiente recibí una llamada de Maruxa, que había pasado la noche dándole vueltas al asunto del careo y creía oportuno puntualizar una serie de cosas al respecto para que no me

quedara con una idea equivocada. Se ofreció a tomar un café conmigo cerca de mi hotel antes de subirme al avión de regreso a Barcelona. Por supuesto, accedí, aunque con cierta frustración anticipada. Di por hecho que lo que quería era rebajar sus declaraciones, pedirme que, por favor, no contara nada del careo en mi libro, que respetara su intimidad y soslayara aquel episodio tan descorazonador.

La razón de su llamada era exactamente la contraria.

–Hay algo del careo en la DGS que no te expliqué –arrancó una vez sentados–, y ayer me quedé con mal sabor de boca. Te voy a contar la secuencia completa.

Con los ojos como platos, escuché su relato.

–Me llevaron a un despacho y me tuvieron allí esperando, hasta que se abrió la puerta y apareció él. Estaba tan hecho polvo que no lo reconocí. No puedes imaginarte lo que era eso. Tenía la cara deformada, torcida, su mandíbula estaba fuera de sitio. Lo tenían que sostener entre dos, porque apenas podía andar. Nos pusieron uno frente al otro y le preguntaron: «¿Es esta?». Y él contestó: «Sí». Supongo que se me desencajó la cara, porque fue entonces cuando lo reconocí.

Maruxa hablaba con la mirada hundida en el poso del café.

–No fue un interrogatorio en el que a mí me preguntaban una cosa, a él otra, y así. A mí no me preguntaron nada, solo a él: «¿Es esta?». Y dijo que sí. En cambio, yo me mantuve en mis trece: «No lo conozco de nada». Preferí mentir, porque solo faltaba que empezaran a interesarse por otros camaradas de Galicia y continuasen las detenciones, así que no salí de mi coartada: me había marchado de Vigo sola, había llegado a Madrid en autoestop y tuve la mala suerte de estar paseando por Vallecas cuando unos chicos atacaron el Banderín de Enganche de la Legión. El careo fue algo terrible. Verlo tan maltratado y tener que fingir que no lo conocía de nada...

Se interrumpió para respirar hondo.

–El careo duró poco. Solo querían cerciorarse de que yo era su novia. Al final, nos dijeron: «Podéis daros el último abrazo, porque no os vais a volver a ver...».

–¿Lo pudiste abrazar? –salté, conmovido.

–Me quedé quieta, tenía que mantenerme en mi coartada... No sabes las veces que lo he lamentado, porque no tenía nada que perder, no podían acusarme de las acciones posteriores a mi detención. Aun así, permanecí inmóvil, no corrí a darle un beso, ni a abrazarlo, y me arrepentiré el resto de mi vida...

–¿Y qué hizo Xosé Humberto?

Maruxa clavó los codos en la mesa para sostener su cabeza con las dos manos.

–Entonces, él vino hacia mí, renqueante, y me abrazó. Se me acercó al oído y me dijo entre dientes: «Tranquila, yo no...». No sé exactamente qué me dijo a continuación, porque no hablaba con claridad; tenía la mandíbula dislocada y se expresaba con dificultad. No estoy segura de si dijo «yo no... *fui*», o «yo no... *hice*», o «yo no... *sé qué*». Enseguida lo cogieron y se lo llevaron.

–¿«Tranquila, yo no... *fui*»? ¿Quiso decirte que no fue él quien disparó?

–Le he dado muchas vueltas a lo que intentó decirme. Es posible que sintiera la necesidad de aclararme que él no hizo lo que decían que había hecho. Eso mismo le dijo a su padre antes de que lo mataran. Pero solo es mi interpretación, porque no oí bien el final de la frase. Lo que es seguro es que era algo relacionado con él: «Tranquila, yo no...».

IV. El partido

27. ALBANIA

Tengo preparada otra sorpresa en forma de documentos. Esta vez no viene de Roma, sino de Tirana.

El PCE (m-l) tuvo durante toda su existencia un fiel patrocinador internacional, Albania. El apoyo del régimen de Enver Hoxha se tradujo en reconocimiento fraternal, invitaciones oficiales y hasta entregas de dinero en metálico.[1] Las ayudas albanesas a grupúsculos comunistas afines de medio mundo incluían cursos de entrenamiento militar.

Los primeros alumnos de estos cursos fueron seis ciudadanos del Congo que permanecieron en Albania medio año. Practicaron tiro con fusiles y pistolas automáticas y recibieron lecciones de topografía. Realizaron ejercicios de montaje y desmontaje de armas hasta poder hacerlo con los ojos cerrados. Se familiarizaron con las metralletas, los morteros de fabricación soviética y los cañones. Aprendieron a manipular explosivos, con experiencias prácticas como la colocación de cargas debajo de un puente.

Este temario podía resultar útil para aprendices de guerrilleros en entornos montañosos o boscosos, como los escenarios por los que se movieron los partisanos albaneses en la Segunda Guerra Mundial, pero no sé qué aplicación práctica podía tener para un partido comunista de Europa occidental. ¿Hubo contingentes de españoles enviados a esos campos de entrenamiento? Esta pregunta venía haciéndomela desde hacía tiempo y todas mis fuentes coincidían: no, en absoluto, nadie fue enviado a Albania con este propósito.

Estaba a punto de dar por buena esta respuesta unánime cuando María Roces, una exmilitante del PCE (m-l) y traductora del albanés con cuatro años de experiencia en Radio Tirana, me envió unas fotocopias. Contenían fragmentos que había traducido ella del libro

albanés *Guerilas Made in Albania*, de Ylli Molla, que indaga la ayuda exterior que prestó durante décadas el paupérrimo régimen de Hoxha. Habla de cursillos de formación ideológica para extranjeros que se impartían en la Escuela Superior Vladímir Ilich Lenin de Tirana y a los que asistieron personajes que posteriormente se convirtieron en figuras históricas en sus países, como Lula da Silva o Laurent Kabila. También revela que partidos revolucionarios de al menos once países enviaron delegaciones a recibir adiestramiento militar en Albania. Y el PCE (m-l) fue uno de ellos.

Molla asegura que Raúl Marco tuvo el honor de disparar en un campo de tiro. Debió de ser un ejercicio simbólico, porque no me imagino a uno de los tres jefazos del PCE (m-l) practicando puntería en Albania con la idea de unirse a un comando.

Mi amiga María Roces descubrió una entrevista reciente a un coronel albanés, Xhavit Çela, publicada en el periódico *Shekulli* y titulada «A los españoles les gustaban sobre todo los explosivos-sorpresa». Çela fue director del cuerpo de ingenieros de las fuerzas armadas y uno de los pedagogos que adiestraban a combatientes foráneos en condiciones «extraordinariamente secretas».

Cuenta el coronel Çela que los pupilos que más le impresionaron fueron cuatro españoles. Aún se acuerda de los nombres de guerra de dos de ellos, *Pedro* y *María*. Me parece fascinante que, después de ver pasar por los campos de entrenamiento albaneses a novatos de Bolivia, Brasil, Ecuador, Haití, Chile, Colombia, Congo, Sudán, Indonesia y Palestina, el coronel se acuerde sobre todo de los españoles. Cuando el periodista le pregunta cuál era el valor profesional de los cuatro del PCE (m-l), contesta: «Anteriormente habíamos tenido otro grupo de españoles, pero el segundo tenía un mayor nivel. Eran casi todos universitarios. Su interés por asimilar con calidad el programa mostraba claramente su alto nivel. Deben de haber sido dirigentes de la lucha en España».

Eso significa que hubo como mínimo dos contingentes de españoles enviados en secreto. Por lo que explica, estuvieron un par o tres de meses aprendiendo teoría y práctica del uso de explosivos, experimentando con bombas de fabricación occidental y soviética.

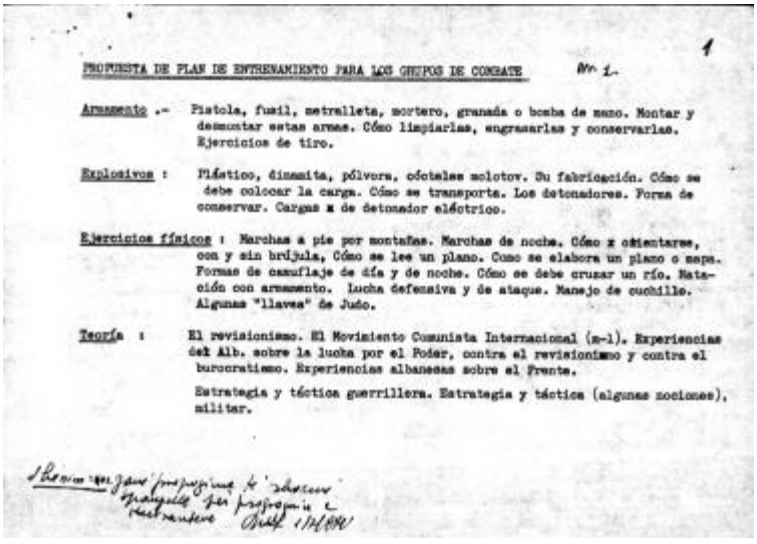
Al principio del capítulo decía que tengo una sorpresa preparada,

pero no me refería a nada de lo que he escrito hasta aquí, sino a otro filón: he tenido acceso a centenares de documentos sobre el PCE (m-l) almacenados en el Archivo Estatal Central de Albania. Son básicamente actas de reuniones de alto nivel e informes del Departamento de Relaciones Exteriores albanés. Entre todos estos papeles se halla la evidencia que zanja el debate sobre si hubo o no militantes del PCE (m-l) en escuelas militares albanesas.

Sí, claro que los hubo. Tengo en mis manos cinco informes que revelan que un grupo de españoles –tres chicos y una chica– permaneció en Albania del 9 de agosto al 28 de septiembre de 1971 para asistir a un curso de formación política y militar.[2]

El primero de los informes, fechado el 1 de julio de 1971, aclara de dónde surgió la idea. En febrero de ese año, el PCE (m-l) pidió enviar un grupo de militantes a entrenarse militarmente durante un mes y medio. Según el documento, era la primera vez que marxistas-leninistas europeos iban a seguir un cursillo de estas características, normalmente reservado a delegaciones de países del tercer mundo.

En la misma carpeta de la que salió este documento encontré una hoja mecanografiada en castellano con el inequívoco título de «Propuesta de plan de entrenamiento para los grupos de combate». Se trata de un menú de contenidos con cuatro áreas de aprendizaje. Lo reproduzco tal cual, porque es ciertamente explícito:



1

PROPUESTA DE PLAN DE ENTRENAMIENTO PARA LOS GRUPOS DE COMBATE No 1.

Armamento .- Pistola, fusil, metralleta, mortero, granada o bomba de mano. Montar y desmontar estas armas. Cómo limpiarlas, engrasarlas y conservarlas. Ejercicios de tiro.

Explosivos : Plástico, dinamita, pólvora, cócteles molotov. Su fabricación. Cómo se debe colocar la carga. Cómo se transporta. Los detonadores. Forma de conservar. Cargas a de detonador eléctrico.

Ejercicios físicos : Marchas a pie por montañas. Marchas de noche. Cómo x orientarse, con y sin brújula, Cómo se lee un plano. Como se elabora un plano o mapa. Formas de camuflaje de día y de noche. Cómo se debe cruzar un río. Natación con armamento. Lucha defensiva y de ataque. Manejo de cuchillo. Algunas "llaves" de Judo.

Teoría : El revisionismo. El Movimiento Comunista Internacional (m-l). Experiencias del Alb. sobre la lucha por el Poder, contra el revisionismo y contra el burocratismo. Experiencias albanesas sobre el Frente.

Estrategia y táctica guerrillera. Estrategia y táctica (algunas nociones), militar.

Propuesta de plan de entrenamiento militar. Archivo Estatal Central de Albania.

Armamento: Pistola, fusil, metralleta, mortero, granada o bomba de mano. Montar y desmontar estas armas. Cómo limpiarlas, engrasarlas y conservarlas. Ejercicios de tiro.

Explosivos: Plástico, dinamita, pólvora, cócteles molotov. Su fabricación. Cómo se debe colocar la carga. Cómo se transporta. Los detonadores. Forma de conservar. Cargas de detonador eléctrico.

Ejercicios físicos: Marchas a pie por montañas. Marchas de noche. Cómo orientarse, con y sin brújula. Cómo se lee un plano. Cómo se elabora un plano o mapa. Formas de camuflaje de día y de noche. Cómo se debe cruzar un río. Natación con armamento. Lucha defensiva y de ataque. Manejo de cuchillo. Algunas «llaves» de judo.

Teoría: El revisionismo. El Movimiento Comunista Internacional (m-l). Experiencias de Albania sobre la lucha por el poder, contra el revisionismo y contra el burocratismo. Experiencias albanesas sobre el Frente. Estrategia y táctica guerrillera. Estrategia y táctica (algunas nociones) militar.

Estos eran los contenidos que el PCE (m-l) pidió que impartieran los albaneses. Más que con un plan de desestabilización terrorista al estilo de ETA, soñaban con una guerra de guerrillas, con milicianos corriendo por los montes, dejándose orientar por la estrella polar, atravesando ríos con el fusil al hombro y liberando aldeas en plena noche. Tendría lógica que este fuese el temario ofrecido por los albaneses, que mitificaban su lucha partisana contra los nazis. Lo desconcertante es que fuese el PCE (m-l) quien pretendiera rebobinar hasta la época del maquis para tumbar al franquismo.

¿Quiénes fueron esos españoles entrenados por militares albaneses? ¿Alguno de ellos llegó a poner en práctica sus conocimientos en los comandos de 1975?

28. EL HOMBRE MISTERIOSO

El 9 de agosto de 1971, cuatro militantes seleccionados del PCE (m-l) –de entre veintidós y veintiséis años– aterrizaron en Tirana para pasar un mes y medio asimilando técnicas de guerra, según consta en un informe sobre la visita.[3] Las lecciones empezaron al cabo de dos días.

Uno de los papeles que encontré en el archivo albanés revela las identidades de los cuatro expedicionarios. El más joven se llamaba Ángel Avellido Ibáñez –me temo que en la transcripción albanesa del primer apellido hay un error–, y tenía veintidós años. La chica del cuarteto era Ana López, alias *María*, de veintitrés años; procedía de una familia castellana de clase media y estudiaba quinto de Química. El tercer nombre era Ángel Santamaría, de veinticinco años, nacido en el seno de una familia de campesinos pobres de la provincia de Burgos.

Y llegamos al cuarto componente del grupo, el más veterano, veintiséis años. La primera vez que vi cómo se llamaba me quedé impasible: Juan Forasté, alias *Ramón*. No reaccioné hasta meses más tarde, cuando por casualidad descubrí el nombre completo de alguien a quien conocí hace años, llamado Juan Aguirrezábal. Juan Aguirrezábal Forasté.



Juan Aguirrezábal Forasté
Juan Aguirrezábal Forasté. Cedida por María José Bernete.

Até cabos. Es cierto que el informe albanés habla de Juan Forasté, no de Juan Aguirrezábal Forasté, pero no sería la única imprecisión de los albaneses al transcribir nombres extranjeros. No siempre entendían que tenemos dos apellidos, y no siempre elegían el primero para referirse a la persona. Por otro lado, si bien el apellido Forasté no es una rareza en Cataluña, está lejos de ser frecuente. No sé cuántos Forasté con el nombre de pila Juan podían militar en el PCE (m-l) en 1971, pero no sería nada raro que Juan Aguirrezábal Forasté fuera el único. Hay otra razón para creer que no me confundo: la persona a la que conocí falleció el 14 de febrero de 2014 en Barcelona a los sesenta y ocho años, por lo que en septiembre de 1971 podía tener veintiséis, como dice el informe albanés. Pero el argumento para mí de más peso para creer que el Juan Aguirrezábal con el que yo interactué es la misma persona que el Juan Forasté entrenado en Albania no tiene nada de empírico, sino que se basa en mi experiencia personal con este individuo.

Recuerdo que me lo presentó Albert Viñas, otro exmilitante. Albert abrió una tienda de libros de segunda mano en la plaza del Diamant, en el corazón del barrio de Gràcia de Barcelona, y allí, en ese ambiente embriagador de estanterías llenas de polvo, portadas descoloridas y páginas amarillentas, saludé por primera vez a Joan, su amigo. Eso ocurrió a mediados de los años 2000, cuando yo empezaba a pedir entrevistas con cualquiera que me dijese que había tenido relación con el PCE (m-l). Albert le explicó mi interés y yo se lo ratifiqué, pero por la reacción indolente de Joan deduje que no tenía mucho que contar. Supuse que había desempeñado un papel marginal en el partido, un militante de base avinagrado y poco hablador, que seguramente estaría en la fase de querer olvidar los tiempos en que salía a la calle a hacer pintadas y tirar octavillas.

Cuando me quedé a solas con Albert, me insistió en que la siguiente vez le tirara de la lengua, porque su amigo era un auténtico filón. Lo intenté siempre que coincidimos. Joan solía pasarse por la librería de Albert, y en más de una ocasión me lo encontré zanganeando por allí; entonces yo aprovechaba para preguntarle por sus años de militancia, sus acciones más sonadas, los momentos de mayor apuro. Creo que jamás respondió a una sola de mis preguntas. Lo único que obtenía de él eran gestos corporales que no hacían más que inquietarme: se encogía de hombros, entornaba los párpados y exhibía una sonrisa desdentada que me helaba la sangre. Todo lo dejaba en una bruma de misterio que a mí me sacaba de quicio. Nunca me habló de Cipriano Martos, pese a que él fue uno de los que más hicieron por reivindicar su memoria, mucho antes de que yo iniciara una investigación sobre el caso. Por supuesto, jamás me dijo ni una palabra sobre Albania.

Eso no es todo. Mis conversaciones con él terminaban sistemáticamente con algún comentario que me dejaba descolocado. Me pedía una y otra vez mis señas, sin motivo aparente. Lo preguntaba con una insistencia enfermiza, y yo trataba de escaquearme con alguna excusa, porque había algo en su expresión que me turbaba. No nos veíamos a menudo, pero al residir en el mismo barrio y compartir amistad con Albert era inevitable que

coincidiéramos de vez en cuando, y siempre acababa por desesperarme.

Empecé a preocuparme tanto por esta desconcertante relación que acabé paranoico, lo cual puedo asegurar que no es uno de mis rasgos. Llegué a pensar, quizá absurdamente, que aquel hombre estaba metido en el hampa, que detrás de aquella potencial fuente de información habitaba una criatura truculenta, agazapada en los bajos fondos del lumpen barcelonés, y no me apetecía en absoluto averiguar sus turbios trapicheos, si es que los había. Como en esos años yo ya tenía novia estable y vivía con ella, no quería por nada del mundo verme salpicado por algún cambalache tenebroso.

Un día, en una de mis visitas a la librería, volví a encontrármelo. Creo que se celebraba algo, quizá el primer aniversario de la tienda, o quizá el cumpleaños de Albert, y estaban ellos dos con un botellín de cerveza en la mano. Al haber anunciado con antelación mi asistencia, Joan me había traído un regalo: dos volúmenes de una obra de gran formato titulada *La Unión Soviética*, publicada en 1981 por Ediciones Océano, una preciosidad de tapa dura y cinco kilos de peso, la edición más espectacular que tengo sobre la URSS, con enormes fotografías a todo color. Le dije que no podía aceptarlo como obsequio; quise pagarle una cantidad, la que él propusiera, aunque fuese simbólica, pero no me dejó. Esa muestra de generosidad reblandeció mis defensas, me sentía eufórico, en deuda con él. Al final de la velada volvió a preguntarme mi dirección, y esta vez se la di.

Cuando llegué a casa ya me estaba arrepintiendo. Hice elucubraciones sobre el uso que haría de mis datos, no paré de darle vueltas. Cuanto más pensaba en aquellos párpados caídos y esas encías sin dientes festejando la confesión de mi domicilio, más nervioso me ponía. No aguanté más; a los pocos días llamé a Albert para ir a tomar una cerveza y le pedí que avisara a Joan. Quedamos en un bar y mi único propósito esa noche fue encontrar el momento oportuno para soltar una trola patética: les dije que una fuente de los Mossos d'Esquadra me había contado que estaban poniendo el foco en los casos de delincuencia en nuestro barrio y que había que

andarse con cuidado. Arqueé las cejas exageradamente y les guiñé un ojo, como queriendo decir que más valía que me hicieran caso.

Jamás volví a cruzarme con él. Al cabo de un año me mudé a otro piso, Albert trasladó su negocio a Santa Coloma de Gramenet y fuimos perdiendo el contacto.

Por cierto, los informes albaneses dicen que Juan Forasté obtuvo «muy buenos resultados» en las prácticas militares. Cada vez que me acuerdo de aquel hombretón con perilla canosa, calvicie avanzada y unos puños como mazas, no puedo evitar imaginármelo ensayando llaves de judo en un gimnasio de Tirana.

Juan Aguirrezábal Forasté falleció en 2014. No llegué a preguntarle si había pisado Albania, menos aún si recibió entrenamiento militar, y ni se me pasó por la cabeza consultarle si estuvo en un comando como los que se formaron también en Barcelona. Estoy seguro de que no me habría contestado, pero cada vez me parece más verosímil esta hipótesis. Si el partido disponía de varios diplomados en armas, ¿qué razón había para dejarlos en barbecho cuando llegó la hora de la verdad? Dudo que se quedaran todos en casa mientras otros compañeros más inexpertos eran empujados a disparar por primera vez.

Cuando estaba a punto de terminar el primer borrador de este libro, le resumí mi trabajo a mi amiga María José Bernete, una de las activistas que desempolvaron el caso Cipriano Martos. Ella está convencida de que Baena no asesinó al policía, y no lo dice por simple intuición, sino porque se lo contó Juan Aguirrezábal Forasté, el hombre misterioso que nunca me explicó nada. Con María José, él debía de tener más complicidad, porque le reveló que Baena *no fue* el pistolero de Alenza. Y si lo afirmaba con tanta rotundidad era porque había conocido personalmente al que *sí fue*. No le dijo su nombre.

29. LAS ACTAS (II)

Sigo explorando las actas de reuniones de la dirección del PCE (m-l), en busca del solemne instante en que fue decretado el inicio de la ofensiva terrorista.

En la transcripción de la sesión del 10 de agosto de 1974 se percibe un estado de excitación entre los presentes. Un mes antes Franco ha sido hospitalizado por una tromboflebitis. Más de uno cree que no saldrá vivo de esta. Cunde el nerviosismo en el Comité Ejecutivo del PCE (m-l), que está ansioso por cortocircuitar las maniobras de la oligarquía para hacer evolucionar el régimen hacia una monarquía que proteja los privilegios de los poderosos. Su as en la manga es lanzar en otoño una Huelga General Revolucionaria, la HGR, que desborde a los reformistas.

Mi frase preferida de esta acta, la más ilustrativa de la gran paradoja del PCE (m-l) y, por extensión, también del FRAP, la pronuncia Raúl Marco:

–Después de estar durante años y años deseando que desapareciese el asesino Franco, nos hemos puesto todos a rezar para que no se muriese, para que no se muriese todavía, porque nos pillaba en una situación en la que las organizaciones del partido, pese a que se había advertido y se venía advirtiendo e insistiendo desde hacía años, no habían entendido, no habían captado cuál era la situación que se planteaba a la oligarquía.

Hasta él parece escandalizarse por esta confesión a puerta cerrada; lo ideal, viene a decir, sería que Franco aguante un poco más para poder preparar el golpe definitivo. Si se muere ahora, cogerá al FRAP a contrapié y las ilusiones revolucionarias se desvanecerán con algún pacto de salón. Es preferible que las vigas carcomidas del régimen se pudran del todo para que el edificio se

derrumbe y España pueda reconstruirse desde cero. La HGR debe ser el primer aldabonazo, los prolegómenos de algo más grave, un precalentamiento gimnástico antes de pasar al siguiente nivel: la insurrección.

Mis esperanzas de encontrar el repique de campanas que anuncie el inicio de la lucha armada están depositadas en la siguiente acta, correspondiente a una reunión del 19 de enero de 1975. Estamos en el arranque del año definitivo. El cartucho de la HGR ya ha sido gastado, y sería lógico que fuese en este encuentro donde se tomó *la* decisión.

El acta ocupa veintiséis páginas. Abre el debate «Ju» –por lógica, debe de ser Julio Moreda, el tercer miembro del Secretariado del PCE (m-l)– y, como era previsible, su intervención está llena de pronósticos inmejorables. Según Julio, la HGR ha sido un «factor fundamental» para recortar el margen de maniobra de la oligarquía. Y dice algo que se aproxima a lo que estoy buscando:

–Tenemos que hacer un esfuerzo por mantener esta situación de ofensiva por nuestra parte, de cara a mantener esta situación de ataque de las masas. *Como luego veremos un poco, nos ha faltado quizá elevar el nivel combativo de nuestra actividad* en el seno de las masas, y elevar así la combatividad de las masas.

La cursiva es mía. De entrada, quiero detenerme en el «como luego veremos». Sutilmente, Julio desvela que la suya es una introducción preliminar para preparar el terreno. No hace falta ser muy listo para deducir que una reunión de esas características se preparaba a conciencia. No me cabe duda de que Julio, Raúl y Elena, el triunvirato del Secretariado, se reunían antes para coordinarse. El «como luego veremos» deja entrever que han acordado profundizar en una cuestión determinada. Y esa cuestión es un defecto a corregir, que «nos ha faltado quizá elevar el nivel combativo de nuestra actividad».

Llega el turno de otros miembros de la dirección. Hablan *Mariano* (Riccardo Gualino), Venancio (Vicente Pérez Plaza) y *Raimundo* (Bernardo García Monar). Los tres se muestran cautelosos, pendientes del «como luego veremos».

La reunión va subiendo de temperatura. Los presentes toman

conciencia del momento histórico, se van persuadiendo de que el destino de España está en sus manos, sienten que su siguiente movimiento en el tablero de ajedrez puede poner fin a 36 años de franquismo.

Pide la palabra Elena.

Desde su atalaya suiza, ve a España sumida en una «crisis» galopante: «el paro está ya golpeando a la clase obrera de manera brutal», hay «situaciones que serían explosivas en otros momentos» y persisten «la miseria y el hambre» entre la población. Un buen caldo de cultivo. No obstante, detecta un obstáculo.

–Yo creo que la HGR ha puesto de manifiesto, de manera irrefutable, que hay una falta de combatividad en las masas, camaradas.

No es que la HGR haya fracasado, sino que las masas se toman la lucha con demasiada filosofía.

–Se acepta que el patrón cierre la fábrica, que les mande cartas de despido, que los suspendan de empleo, y generalmente no se han dado estallidos –lamenta.

Reconozco que la reflexión de Elena me ha desconcertado. ¿Adónde quiere ir a parar? Si ve un exceso de pasividad entre las clases trabajadoras, ¿cómo puede pensar que empuñarán las armas cuando el FRAP haga sonar el silbato?

No tarda en aclararlo. El razonamiento es el siguiente: hay condiciones para que la gente se rebele, pero, para pasar de una resistencia descafeinada a una ofensiva con el cuchillo entre los dientes, hace falta un revulsivo que saque al pueblo del sopor.

–Creo que es imprescindible que pasemos a presentar ante las masas nuevas formas de lucha.

Esta es, creo, la frase inaugural que anticipa lo que será la campaña de atentados de aquel verano. Es verdad que seguimos con los eufemismos, aún no aparecen las pistolas por ninguna parte, pero Elena ya introduce la idea de «nuevas formas de lucha».

A continuación, habla Raúl. No me entretendré en comentar su intervención, solo voy a fijarme en un diálogo que entabla con Elena:

ELENA: Con los problemas tan agudos e incluso con las medidas tomadas por la oligarquía y la patronal ahora, ¿por qué no se ha manifestado una mayor combatividad en las masas?

RAÚL: Pero ahí es adonde yo quería ir. No se ha manifestado una mayor combatividad de las masas o un grado mayor de violencia de cara a las masas porque nosotros no estamos encuadrándolas, orientándolas y dirigiendo esa violencia. Es nuestro papel de vanguardia, no el de las masas, sino el nuestro, y es ahí donde está el error.

ELENA: Bueno, yo creo que hay dos cosas, por un lado hay eso, yo estoy de acuerdo. También, por otro lado, hay 30 años de fascismo, de represión y de dictadura feroz.

RAÚL: Esos son factores objetivos, pero lo cierto es que, en fin, no sé si vale el ejemplo de mayo del 73 [se refiere al cuchillazo mortal de un manifestante del FRAP a un policía], pero eran masas lo que había en la calle, y junto a ellas estaba el Partido, organizado en grupos que las lanzó, y respondieron. No era únicamente una acción de grupo, como pretenden decir nuestros enemigos, fueron verdaderamente las masas, pero estaban encuadradas, dirigidas y orientadas. Entonces, respondieron. El ejemplo no es el ideal, porque tampoco fue una gran cosa, luego nos faltó reacción para responder a lo que se vino después. El problema está en que *somos nosotros quienes tenemos que organizar la violencia de las masas, y somos nosotros los primeros que tenemos que lanzarla*.

Me detengo en este punto, porque creo que estamos llegando al clímax. La cursiva vuelve a ser mía, para subrayar la conclusión a la que ha llegado Raúl: si hasta hoy las masas no han demostrado suficiente ferocidad, no es por su culpa; la responsabilidad es del partido, que no está sabiendo encauzarlas hacia la vía violenta. Es el partido quien debe «organizar la violencia de las masas» y el primero que debe lanzarse por este camino.

–Y aquí entra el papel de las acciones de grupo –prosigue Raúl–. ¿Las acciones de grupo son o no son positivas? Yo creo que en esta fase sí son positivas y que pueden ser una especie de detonador y una especie de, digamos, de dar confianza a las masas de que hay gente que lucha y de que ellas pueden luchar también. Poco a poco se las puede ir arrastrando hacia otro tipo de acciones, que no es que asalten las armerías y tomen las armas, hoy por hoy no nos planteamos eso de cara a las amplias masas, pero sí, ¿por qué no lo hacemos nosotros?



Viñeta publicada en *Vanguardia Obrera* (abril de 1975)
Ilustración reproducida en *Vanguardia Obrera*, n.º 104, abril de 1975.

Empiezan a decirse las cosas por su nombre. Aún no se habla de acciones armadas, sino de «acciones de grupo», pero queda claro a qué se refiere. He aquí el punto de inflexión. El «como luego veremos» del principio ha ido tomando cuerpo hasta convertirse en un golpe de timón. Hay que presentar «nuevas formas de lucha», organizar la violencia de las masas y practicarla *primero* desde el partido. Después de esta discusión sin precedentes en el seno de la organización, quedan sentadas las bases para llevar a cabo atentados.

Es Elena quien clausura la discusión política. Pone el colofón idóneo:

ELENA: El otro día, incluso ojeando así por encima la prensa, el *Informaciones* y los recortes de *La Vanguardia*, se registraban conflictos importantes que afectan a varios miles de trabajadores, obreros, concentraciones de obreros en estos sitios, en nueve lugares importantes...

UNA VOZ NO IDENTIFICADA: Falta Valladolid.

ELENA: Bueno, digo los más importantes. Fijaos bien, si por lo menos en seis de ellos hubiera habido bombazos, patronos que fueran raptados y que se hubiesen cargado a alguno que hubiera sido particularmente feroz, porque privar a un obrero de sueldo durante un mes es algo terrible... Entonces a ese tío se le coge y se le dice: «Tú paga ahora mismo o te cortamos el gaznate, porque mi hijo tiene que comer, y no hay más». ¿Y quién va a estar en contra de eso? ¿Quién, en esta coyuntura de varios miles de obreros privados de sueldo, 19.000 en la Seat, no le matan a ese patrón y los 19.000 dicen: «Pues hijo mío, es que...»? Con 19.000 obreros privados de sueldo durante un mes, y

> no se ha picado a nadie. Y en esta coyuntura, cualquier acción revolucionaria habría sido un detonador fabuloso.

Es un resumen ilustrativo de la idea que imperará a partir de ahora. La situación social es pura dinamita, legiones de trabajadores en paro o sin cobrar maldicen su destino, pero para que haya una revuelta hace falta un detonante. Una acción violenta. Incluso mortal. Aún no está claro cómo llevar eso a la práctica, habrá que ver si lo mejor es un *bombazo*, el secuestro de un *patrón* explotador u otras medidas enérgicas, pero el FRAP comienza el año dispuesto a emprender una «nueva fase» de violencia revolucionaria.

El acta del 19 de enero de 1975 es uno de los cofres del tesoro que andaba buscando.

Hay un testimonio que sitúa el embrión de esa gran decisión unos días antes. A Tomás Pellicer, un valenciano que formó parte de grupos armados, Elena le explicó que el giro estratégico se gestó en torno a las fiestas navideñas, en una reunión del comité permanente del FRAP, y que quien formuló la propuesta fue el exministro republicano Álvarez del Vayo.[4] La reunión del 19 de enero sirvió, pues, para certificar el salto al vacío.

30. PERPIÑÁN

Quien piense que a Álvarez del Vayo, a sus ochenta y cuatro años, lo engatusaron para que, con su aura de ministro republicano, embelleciera la campaña de atentados que urdían Elena Ódena y Raúl Marco está muy equivocado. Se conservan textos en los que queda claro que no solo no se opuso a la vía armada, sino que dio su bendición con entusiasmo.

Prueba de ello es la ceremonia que tuvo lugar en Perpiñán el 29 de marzo de 1975. Dispongo de una copia del manuscrito del discurso que pronunció en esa reunión, técnicamente conocida como «Conferencia del comité permanente ampliado del FRAP», a la que asistieron unas pocas decenas de cuadros dirigentes. Este es el párrafo clave:

> El fortalecimiento del FRAP en los últimos meses justifica la creación de una rama militar cuya misión será, no el terrorismo a ciegas, que repudiamos en tanto que puede causar víctimas inocentes, sino la ejecución de acciones de sabotaje, complementarias de la actividad general del FRAP y de toda otra clase de acciones punitivas que se juzguen posibles y justas para responder a la violencia de la dictadura con la violencia popular.

Ahí está, una «rama militar» por primera vez en la historia del PCE (m-l) y del FRAP.

Por las tachaduras del manuscrito, deduzco que era un borrador que posiblemente acabó siendo retocado, porque en el panfleto que el FRAP editó en su honor al año siguiente aparece una versión algo más extensa.[5] Tratándose de un tema tan espinoso, y para no escatimar ningún matiz, reproduciré esta supuesta versión definitiva del discurso:

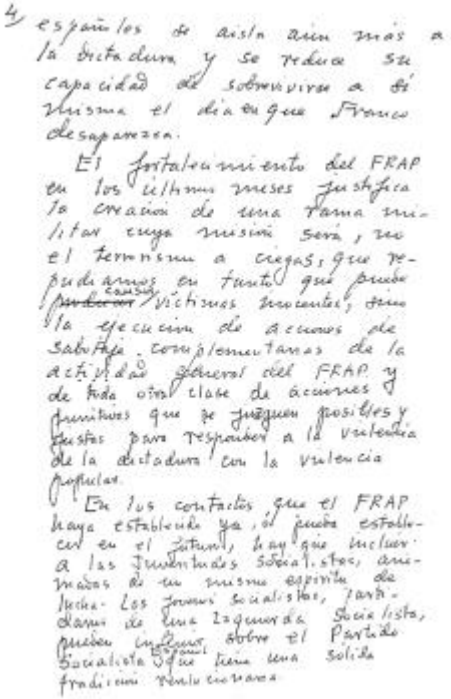
> Hay una serie de acciones complementarias a las huelgas que pueden ser emprendidas en los próximos meses. No voy a precisarlas aquí, ellas tienen que responder a la situación real en cada sitio de España y tienen que ser emprendidas sin aventurerismo y con un verdadero sentido de la responsabilidad. El crecimiento del FRAP justifica ya la creación, cuya decisión va a salir de esta conferencia restringida, de lo que podríamos llamar una rama militar, una rama militar que no es el terrorismo a ciegas, sino el empleo de las posibilidades inmediatas en España para acciones complementarias a la huelga.

Me queda la duda de si esta versión actualizada suprimió o agregó cosas que Álvarez del Vayo no habría suscrito. Salta a la vista, por ejemplo, que en el texto publicado a posteriori no figura su rechazo explícito a causar «víctimas inocentes» ni tampoco su descripción de los futuros atentados como simples «acciones de sabotaje». No descarto que quien editó las palabras de Álvarez del Vayo retocara unilateralmente algunas partes.

Pero eso tampoco cambiaría mucho las cosas. Cuando Álvarez del Vayo afirma que el fortalecimiento del FRAP «justifica la creación de una rama militar», hay poco margen para la interpretación. Ninguna «rama militar» del mundo se dedica solamente a volar puentes, pinchar ruedas y otras «acciones de sabotaje». Toda «rama militar» se marca como tarea eliminar físicamente al enemigo. Álvarez del Vayo optaba por acciones no indiscriminadas, que no causaran «víctimas inocentes», pero es que eso, a ojos del FRAP, era compatible con los atentados de 1975, en los que no hubo víctimas civiles.



La cúpula del FRAP (de izquierda a derecha: Venancio, Raúl, Álvarez del Vayo y Elena), junto a la tumba de Antonio Machado



4 españoles de aislar aún más a la dictadura y se reduce su capacidad de sobrevivirse a sí misma el día en que Franco desaparezca.

El fortalecimiento del FRAP en los últimos meses justifica la creación de una rama militar cuya misión será, en el término a ciegas; que reparamos en fuente que pruebe ~~probaron~~ causar víctimas inocentes, sino la ejecución de acciones de sabotaje, complementarias de la actividad general del FRAP y de toda otra clase de acciones punitivas que se juzguen posibles y justas para responder a la violencia de la dictadura con la violencia popular.

En los contactos que el FRAP haya establecido ya, o pueda establecer en el futuro, hay que incluir a las juventudes socialistas, animadas de un mismo espíritu de lucha. Los jóvenes socialistas, partidarios de una izquierda socialista, pueden influenciar sobre el Partido Socialista Español que tiene una sólida tradición revolucionaria

Fragmento manuscrito del discurso de Álvarez del Vayo ante el comité permanente del FRAP en Perpiñán

La cúpula del FRAP, junto a la tumba de Antonio Machado. Cedida por Raúl Marco.

Álvarez del Vayo intervino en la apertura y clausuró la conferencia, tras ser escogido presidente del FRAP por aclamación. Un presidente más honorífico que ejecutivo, porque quienes cortaban el bacalao eran los cuatro vicepresidentes: Elena Ódena, Raúl Marco, Julio Moreda y Venancio. Tuvieron tiempo de visitar el cementerio de Cotlliure y posar junto a la tumba del poeta Antonio Machado. Es una de las últimas fotos del viejo exministro, a quien le quedaban apenas unas semanas de vida.

Nada más bajarse el telón de la conferencia de Perpiñán, el equipo de propagandistas se puso manos a la obra y editó una especie de evangelio guerrillero para mentalizar a las bases de que había que empezar a pegar tiros. El folleto, de 85 páginas, se titulaba *Sobre las situaciones revolucionarias, la lucha armada y la guerra popular* e incluía una selección de escritos de Lenin, Stalin, Mao y Hoxha.[6] La insurrección armada, que para muchos militantes era un horizonte lejano, se convirtió en una urgencia. El texto echaba pestes del «pacifismo» promovido por los «revisionistas» del PCE y, sin llegar a citarla, también se desmarcaba de ETA, al despotricar de «las acciones terroristas contra la dictadura llevadas a cabo por algunos grupos marginados de la lucha de clases».

El folleto fue editado en mayo. Justo cuando Baena y su novia se mudaron a Madrid. Dos meses después, el FRAP pasó de la teoría a la práctica; del fusil dibujado en su logotipo a las pistolas de verdad; de la retórica insurreccional a la primera víctima mortal. El atentado de la calle Alenza, el 14 de julio, tenía que ser el preludio de una rebelión armada.

La ofensiva sangrienta continuó en agosto.

V. Villavaliente

31. EL TENIENTE POSE

Sábado, 16 de agosto de 1975. Al mediodía.

Antonio Pose Rodríguez tiene cuarenta y nueve años, está casado, no tiene hijos y reside en el tercer piso del número 1 de la calle Villavaliente de Madrid. Es teniente de la Guardia Civil.



Antonio Pose Rodríguez
Antonio Pose. Agencia EFE.

Adolfina, su esposa, sigue con angustia las frecuentes noticias sobre ataques terroristas contra fuerzas del orden público. Se estremece cada vez que en televisión anuncian una nueva víctima. Alertada por un sexto sentido, ha aconsejado a su marido que cuando esté fuera de servicio se quite el uniforme.[1] Ella no quiere un héroe; lo quiere a él vivo.

El teniente Pose nació en Almonacid de Zorita, una aldea de la

provincia de Guadalajara. A los diecinueve años ingresó en el Cuerpo de la Guardia Civil y prestó servicio en las comandancias de Cuenca, Buendía y Fuencaliente. En Cuenca, dicen, luchó contra el «bandolerismo», lo cual hace pensar que se dedicó a perseguir a los maquis por el monte.

Ya lleva diez años en Madrid, destinado a la Plana Mayor de la Agrupación de Tráfico. Reside en el modesto barrio de El Batán con su esposa y su suegra. La jornada laboral de este casi cincuentón con gafas cuadradas de montura fina y bigote tipo lápiz se ha convertido en una rutina de lo más anodina. Una rutina tan poco lucrativa que necesita ser complementada con un segundo empleo, aunque él lo considera un hobby: en los bajos de su edificio tiene un taller de reparación de televisores.[2] En un barrio tan carente de servicios, ha encontrado la manera de ganarse unas pesetas extras.

El suyo es un bloque barato, con un supermercado y una mercería junto al portal. Hacia allí se dirige el teniente al terminar su trabajo. Sentado al volante de un Seat 850 blanco, conduce hasta la calle Villavaliente y encuentra aparcamiento a diez pasos de casa.

Son las dos y media cuando se apea del vehículo. Adolfina está en el piso, con la comida preparada, cuando de pronto oye una detonación seca que le remueve el estómago. Se asoma al balcón y descubre el cuerpo uniformado de su marido tirado en el suelo. Baja a la calle entre gritos de desespero, rogando que no sea verdad lo que creen haber visto sus ojos. Numerosos vecinos se arremolinan ya alrededor del hombre tumbado sobre la calzada. Una persona que asegura ser médico dice que aún le nota el pulso. En cuanto llega el primer coche patrulla se lo llevan al Hospital Militar Gómez Ulla.

Mientras tanto, los agentes que han acordonado la zona toman las primeras declaraciones a los testigos. El propietario de una ferretería oyó una explosión y lo primero que pensó fue que podría tratarse del reventón de un neumático o un petardo de mucha potencia. Al salir de la tienda, vio a un tipo arrojando octavillas.

Un niño de doce años ha presenciado la escena en directo.

–Yo solo he visto a un chico joven, con bigote, que se encontraba al lado de ese coche blanco –cuenta a la prensa, señalando el Seat

850 aparcado a escasa distancia del punto exacto donde cayó malherida la víctima–. Cuando el guardia aparcó su coche, el joven le disparó con una escopeta un solo tiro. Yo me eché detrás de otro coche, y ya no pude ver más.[3]



Vehículo del teniente Pose, estacionado junto al lugar donde fue asesinado
Vehículo del teniente Pose, junto al lugar del atentado. Agencia EFE.

Antonio Pose no sobrevive. Lo han matado de un disparo en el pecho con una escopeta de cañones recortados. La policía busca a cuatro individuos que, antes de esfumarse por un paso subterráneo, han lanzado al aire decenas de octavillas en las que reivindican la acción, identificándose como «Grupos de Combate y Autodefensa del FRAP».

Las octavillas dicen:

> Una vez más, como respuesta a los viles asesinatos, torturas, vejaciones y penas de muerte contra revolucionarios antifascistas acusados de pertenecer al FRAP, ETA V, los de la calle del Correo... Contra la violencia fascista de mercenarios, nuestra respuesta es la del pueblo. ¡¡A VIOLENCIA FASCISTA, VIOLENCIA REVOLUCIONARIA!! ¡¡ABAJO LA DICTADURA FASCISTA!! ¡¡FUERA YANQUIS DE ESPAÑA!! ¡¡VIVA LA INDEPENDENCIA NACIONAL!![4]

Es el segundo asesinato del FRAP en poco más de un mes.

32. LAS DETENCIONES (II)

En cuestión de días, la policía anuncia la desarticulación del comando que presuntamente acabó con la vida del teniente Pose. A cada procesado le asigna un grado de responsabilidad:

José Luis Sánchez-Bravo Solla, veintiún años. Seleccionó a la víctima y planeó el atentado.

Ramón García Sanz, veintisiete años. Miembro del comando y autor material del crimen.

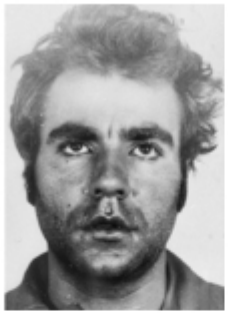
Manuel Cañaveras de Gracia, veinte años. Miembro del comando y suministrador del arma.

Concepción Tristán López, veintiún años. Dirigente del partido en Madrid. Elevó la propuesta de atentado a María Jesús Dasca.

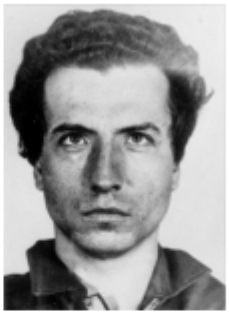
María Jesús Dasca Penelas, veinte años. Dirigente del partido en Madrid. Elevó la propuesta de atentado a instancias superiores.

José Fonfría Díaz, veintinueve años. Miembro del comando (a regañadientes).

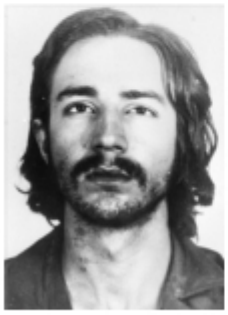
Todos han pasado por el siniestro fotomatón de la DGS y sus caras de animales apaleados, algunas con moratones muy visibles, desfilan por el telediario. Son en total seis inculpados, más uno, Fernando Proenza, que está en paradero desconocido y que no será detenido hasta meses más tarde, mucho después de los consejos de guerra.



José Luis Sánchez-Bravo



Ramón García Sanz



Manuel Cañaveras



Concepción Tristán



María Jesús Dasca

Retratos de los detenidos por el atentado de la calle Villavaliente.
Agencia EFE.

Los quioscos se llenan de editoriales que exigen mano dura. El «espíritu del 12 de febrero», aquel conato de aperturismo insinuado por Carlos Arias Navarro tras la voladura del coche de Carrero Blanco, se desintegra. Circulan rumores de un inminente relevo en la presidencia del Gobierno. Y Arias toma la iniciativa para atajar las críticas contra él.

El Consejo de Ministros, alarmado por la escalada de violencia ya no solo de ETA, sino también del FRAP, aprueba un decreto ley antiterrorista para responder a la sangría. Arias saca así a relucir sus credenciales represivas para calmar a los ultras. El «decreto ley sobre prevención del terrorismo» legitima el primitivo «ojo por ojo, diente por diente». Concede mayor protagonismo a la justicia militar, acorta drásticamente los plazos de instrucción con el procedimiento

«sumarísimo», permite alargar hasta diez días el tormento de los detenidos en comisaría e impone la pena de muerte por asesinar a autoridades, agentes del orden, militares u otros funcionarios. Se busca un efecto disuasorio.

En este clima tan desfavorable, los seis detenidos del FRAP acaban firmando unas declaraciones bajo tortura en las que se cimienta la versión oficial, que dice lo siguiente:

El 20 de julio de 1975, Sánchez-Bravo observó a un hombre con atuendo de la Benemérita entrando en el número 1 de la calle Villavaliente.[5] Volvió a pasar por ahí a la misma hora en los días posteriores y, cuando tuvo claro que era un hábito diario, elevó la información a sus responsables y se ofreció a materializar el atentado. Sánchez-Bravo –siempre según la policía– le contó el plan a Manuel Cañaveras, que disponía de una escopeta de caza. La operación recibió el visto bueno de los órganos superiores. Se decidió que Cañaveras sería quien apretaría el gatillo de su propia escopeta, a la que Ramón García Sanz le serró el cañón para aumentar su capacidad mortífera.

El 16 de agosto por la mañana, García Sanz y Cañaveras se fueron a una vaguada cerca de la carretera de Fuencarral a El Pardo, se plantaron frente a un árbol y probaron la escopeta. La corteza del tronco saltó en pedazos. Mientras, a José Fonfría le encargaron peinar las calles en busca de un vehículo fácil de robar, sin decirle para qué serviría.

A la una del mediodía se citaron Sánchez-Bravo, García Sanz, Cañaveras, Fonfría y Proenza. Fonfría comunicó que no había sido capaz de robar un coche, pero no le permitieron escaquearse; tenía que acompañarlos y ayudarles de alguna forma. Se dirigieron a las inmediaciones de la calle Villavaliente. Sánchez-Bravo se descolgó; como cerebro, debía permanecer en la retaguardia. Los demás entraron en un bar a dejar pasar los minutos. A las dos, se levantaron. Era hora de actuar. García Sanz llevaba la escopeta y los cartuchos en una bolsa; de ahí sacó un fajo de octavillas que entregó a Proenza.

Eran casi las dos y media cuando tomaron posiciones en la calle

Villavaliente; el teniente Pose estaba a punto de llegar. En el último momento hubo un cambio de roles fundamental: Cañaveras, designado inicialmente como ejecutor, sintió un nudo en el estómago; García Sanz detectó el problema y se ofreció a intercambiar los papeles con él, cosa que Cañaveras aceptó con gran alivio.[6] García Sanz, pues, se situó detrás de un coche aparcado cerca del lugar donde se suponía que el teniente estacionaría el suyo.

Al fin, el Seat 850 blanco de la víctima desembocó en la calle Villavaliente y aparcó donde siempre. Por la portezuela del conductor salió el hombre que estaban esperando. García Sanz surgió entonces de la nada, sacó la recortada y disparó. Más certero, imposible: le perforó el hemitórax izquierdo y le provocó gravísimas heridas en pulmón y corazón. Los atacantes huyeron por un paso subterráneo. El teniente no llegó vivo al hospital.

Atención a lo que viene ahora. Según la reconstrucción policial, Sánchez-Bravo se reunió posteriormente con Concepción Tristán y le entregó unas notas manuscritas de crucial importancia, con reflexiones que quería transmitir a sus superiores. Estas notas contenían información comprometedora que, si caía en manos enemigas, podía resultar fatídica, especialmente para dos individuos: el que mató al guardia civil y el que redactó estas notas. El primero, según la policía, era García Sanz. El segundo, Sánchez-Bravo.

VERSIÓN POLICIAL

Atentado de la calle Villavaliente

Madrid, 16 de agosto de 1975, 14:30 horas

TENIENTE DE LA GUARDIA CIVIL

Ⓣ **Antonio Pose Rodríguez**

PRESUNTOS MIEMBROS DEL COMANDO DEL FRAP

Ⓖ **Ramón García Sanz**
Autor material

Ⓒ **Manuel Cañaveras de Gracia**
Cómplice

Ⓕ **José Fonfría Díaz**
Cómplice

Ⓟ **Fernando Proenza González**
Cómplice (no detenido)

OTROS ACUSADOS

- **José Luis Sánchez-Bravo Solla**
  Cerebro
- **Concepción Tristán López**
- **María Jesús Dasca Penelas**

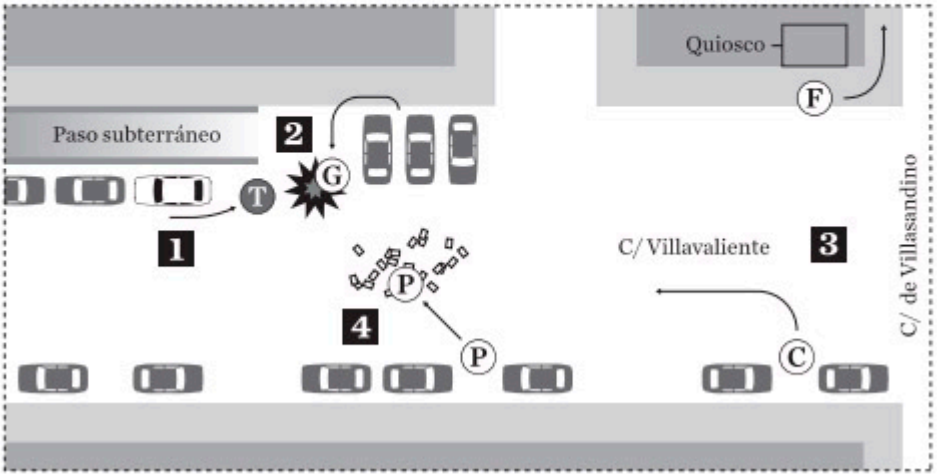
1. El **teniente** aparca su **Seat 850** frente al número 5 de la calle Villavaliente.



2. García Sanz, escondido entre otros coches aparcados, saca la escopeta, se acerca al **teniente Pose** y dispara.

3. Terminada su labor de vigilancia, **Cañaveras** y **Fonfría** se dispersan.

4. Proenza arroja las octavillas que reivindican el atentado en nombre del FRAP.



Elaboración: Eduard Forroll

Infográfico del atentado de la calle Villavaliente. Elaborado por Eduard Forroll.

33. GARCÍA SANZ

La corta existencia de Ramón García Sanz fue, de principio a fin, un caudaloso río de desventuras. Los datos disponibles sobre sus orígenes son muy escasos e inconexos y me temo que ya será imposible reconstruir una parte de su infancia, porque no hay familiares que reivindiquen su memoria. Aun así, la información que he recabado de testimonios y archivos permitirá hacernos una idea de la magnitud de sus desdichas.

Las hemerotecas están llenas de artículos sobre las raíces gallegas de los otros dos fusilados, Baena y Sánchez-Bravo. En cambio, no he leído ni una crónica que mencione que Ramón García Sanz era catalán. Incluso en el libro que el PCE (m-l) editó en memoria de sus tres mártires se dice que nació en Zaragoza.[7] No es así. Nació en Barcelona.

En el Archivo Municipal de Barcelona encontré su inscripción en el Registro Civil, y hay varias cosas a destacar. El funcionario dejó en blanco la casilla correspondiente al padre; solo anotó el nombre de la madre, Dorotea. El domicilio familiar estaba en la calle Jerusalén, en pleno barrio del Raval, y la fecha de nacimiento es el 9 de enero de 1948.

Si cruzamos estos datos, obtenemos el retrato de un hijo de madre soltera, nacido en la cruda posguerra, en el barrio con peor fama de la ciudad. Y si los examinamos con mayor detenimiento, entenderemos mejor por qué Ramón acabó en un orfanato.



Retrato de Ramón García Sanz, obra de Florenci Clavé
Ramón García Sanz. Ilustración de Florenci Clavé, reproducida en publicaciones del PCE (m-l).

El Raval concentraba buena parte de la población obrera que había emigrado desde otras partes de España. Era un foco de marginalidad en el que abundaban los tugurios frecuentados por marineros, traficantes y gente que busca-
ba ambientes, por decirlo suave-
mente, desinhibidos. Todos los
clichés asociados al Raval se vieron multiplicados durante la década en la que Ramón vino al mundo. La miseria rampante y la inoperancia del sistema se traducían en un paisaje urbano que, de día, se llenaba de vendedores ambulantes y estraperlistas. Por la noche, se encendían las luces de tabernas y burdeles, antros de mala reputación que se habían convertido en seña de identidad de la zona sur del Raval, el barrio chino. En aquellos tiempos de oscurantismo franquista, en el apogeo de la Barcelona sórdida, embrutecida y degradada del periodo de autarquía, cincuenta mil mujeres poblaban cientos de prostíbulos donde viudas de la guerra, esposas con maridos encarcelados o sencillamente mujeres sin recursos se veían empujadas a vender sus cuerpos, algunas por diez céntimos, para poder sobrevivir.[8]

Parece ser que Dorotea, la madre de Ramón García Sanz, era una de ellas. Así lo publicó la prensa cuando Ramón fue condenado en 1975. Este detalle íntimo seguramente fue filtrado por fuentes policiales interesadas en pintarlo como un terrorista de indeseable estirpe.

Ramón, sin padre conocido, heredó los dos apellidos de la madre. Dos años después de él nació su hermano, inscrito como Jaime, aunque todos le llamaban Santiago, otro ser marcado por la fatalidad a quien la poliomielitis le provocó una cojera de por vida.

Madre soltera y sin dinero en una España ferozmente patriarcal, con dos niños a su cargo, llegó un día de 1950 en que Dorotea se vio incapaz de hacer frente a la situación y entregó a los pequeños a la Casa de la Maternidad. Este recinto ajardinado, con pabellones espaciosos y bien ventilados, era uno de los más célebres orfanatos de Barcelona.

Desde ese momento, Dorotea perdió el control de sus hijos. No podía llevárselos a casa; entonces se alojaba en una vivienda burguesa del Eixample, en la calle Aragón, donde trabajaba para unos «señores» que, es de suponer, no querían cargar con los hijos de la criada. Dorotea enviaba cartas al hospicio para preguntar por su salud y pedía que le mandasen fotos de los niños. Cuando le era posible, iba al orfanato a visitarlos.



Autorización de visita de la madre de Ramón García Sanz a un orfanato de Barcelona
Autorización de visita de Dorotea García Sanz. Archivo General de la Diputación de Barcelona.

Entre los documentos conservados en el Archivo General de la Diputación de Barcelona encontré una reliquia: la autorización que debía presentar cada vez que iba a ver a sus hijos. Se la concedieron en 1951, cuando ya servía en otra casa. Es una tarjeta de cartón con una foto grapada, la única imagen que tengo de ella. La mujer que resplandece en el recuadro, con blusa blanca, chaqueta, collar de perlas y un par de coquetos pendientes, desmonta el estereotipo de pordiosera que uno atribuiría a una madre que ha tenido que renunciar a sus hijos. La foto muestra a una belleza de cejas finas, mejillas anchas y un precioso pelo oscuro, ondulado, cuyos tirabuzones resbalan dulcemente sobre sus hombros. El color intenso del pintalabios destaca sobre su piel blanca. No haré conjeturas sobre quién la ayudó a arreglarse ni de dónde sacó ese vestuario más propio de una joven de familia adinerada, pero con su mirada melancólica parece decirnos que las apariencias engañan, que cuando termine la sesión de fotos se romperá el hechizo, se quitará el disfraz de señorona endomingada y recuperará el aspecto de cenicienta.

Dorotea intentaba llevarse lo mejor posible con las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl que servían en el orfanato. En aquella insana atmósfera nacionalcatólica, siendo una chica con dos criaturas nacidas fuera del matrimonio, lo pragmático era admitir su condición de pecadora y mostrar propósito de enmienda. En una de sus cartas, de 1950, Dorotea se dirige humildemente a la monja en cuyo salón dormía su bebé Santiago:

> Ya le dirá a Sor Jacinta que me porto muy bien, que no dejo ningún domingo de ir a misa y que también me porto y obedezco a los Señores donde estoy, pues ellos están contentos de mí.

La vida la estaba tratando a patadas, pero en aquella sociedad clasista tenía que causar buena impresión a los «señores» a los que servía y a las monjas que cuidaban de sus hijos. «Portarse bien» significaba ser obediente, sumisa y devota.

Pasaron los años y Dorotea siguió mudándose de un sitio a otro. En 1955, residía en Santa Cruz de Tenerife. No tengo pistas sobre sus nuevos empleadores, pero lo que es seguro es que su situación económica no había mejorado lo suficiente como para poder llevarse consigo a los niños, que iban creciendo sin apenas haberla conocido.

Al cumplir ocho años, Ramón fue transferido a la Casa de la Caridad, en el Raval, pero este centro de beneficencia tuvo que cerrar por problemas de hacinamiento y el millar de chicos que se hospedaban allí fueron trasladados a los Hogares Mundet, unas instalaciones recién construidas en la zona alta. Fue su última morada en Barcelona.

Aún no puedo precisar por qué, en 1959, los dos hermanos tuvieron que hacer las maletas y marcharse de Barcelona. Pese a tener solo once y nueve años, recibieron la «licencia absoluta por orden superior». Un tal Luis García Sanz, hermano de Dorotea, los tuvo unas semanas en su casa de Zaragoza, pero tampoco pudo ocuparse de ellos. En mayo de 1960, los dejó en el Hogar Pignatelli de la capital aragonesa. De hospicio en hospicio.

Pedí ayuda a la Diputación Provincial de Zaragoza y consiguieron localizar a un par de antiguos alumnos del Hogar Pignatelli, Antonio y José. Ambos recuerdan a Ramón como un chaval reservado, que apenas se relacionaba con los demás. Se metía en la biblioteca y pasaba mucho tiempo solo. Su hermano Santiago tenía peor fama, dicen que tenía muy mal genio, aunque reconocen que su minusvalía física lo convertía en blanco fácil para todo tipo de bromas pesadas.

Desde los catorce años, los chicos trabajaban en talleres y aprendían un oficio. Ramón escogió cerrajería. Su mote era *Pito*, que en Aragón puede significar «canica». Por lo visto, tenía la insólita habilidad de agarrar canicas ajenas con el dedo gordo del pie y esconderlas en la sandalia. Pito fue el nombre de guerra que escogió cuando se unió al FRAP.

Ramón dejó el orfanato zaragozano en 1968, con veinte años. Hay

un apagón desde entonces hasta que se sumerge en la lucha clandestina. Es probable que las aptitudes adquiridas en los talleres le permitieran encontrar trabajo de cerrajero y empezara a ganarse el pan. En época de cosecha posiblemente buscó empleo en el campo, porque gente que lo conoció más tarde lo recuerda hablando de la vida rural. Finalmente se mudó a Madrid.

Tengo copia de un contrato laboral de Ramón que revela que el 17 de diciembre de 1974 lo dieron de alta como cerrajero-soldador de la empresa San Mamés, en la calle Tiziano. En el documento figura su rúbrica; una firma convencional, sin aderezos sofisticados, solo nombre y primer apellido, Ramón García, con trazo ascendente, letra de niño y un garabato final con forma de latigazo. En el contrato se detalla su sueldo diario, 321,20 pesetas. Proyectado a un mes, no llegaba a las nueve mil pesetas, sin contar primas.

A inicios de 1975, Ramón se sentó un día a comer en La Milagrosa, el restaurante más económico y grasiento del barrio donde trabajaba. Desde una de las mesas apiñadas en el comedor vio entrar a un chico que, al no quedar mesas libres, le pidió permiso para ocupar una silla frente a él. Ramón asintió. Y este gesto cortés acabó provocando el mayor vuelco de su vida. La persona que tenía delante era José Luis Sánchez-Bravo.

34. SÁNCHEZ-BRAVO

Sobre José Luis Sánchez-Bravo hay mucha más información publicada, porque él sí que tuvo una familia que lo arropó hasta el último día y sigue proclamando a los cuatro vientos su inocencia. En 2020 hablé con su hermana María Victoria, a la que él llamaba Vicky.

José Luis nació el 28 de marzo de 1954. Era el tercero de cinco hermanos –de seis, si contamos a la pequeña que falleció poco después de nacer–, todos ellos de Vigo o alrededores. En casa de José Luis no se hablaba de política, como mucho algún esporádico comentario paterno sobre el limitado intelecto de Franco, pero poco más.

Antes de que José Luis llegara a la adolescencia murió su padre. El motor económico de la familia era la casa de huéspedes que regentaba la madre, Erundina. Allí solían encerrarse estudiantes de izquierdas en busca de paredes discretas entre las que poder conspirar, y José Luis asistía a ese trajín con un interés creciente.

Al llegar a la universidad se incorporó al FRAP y no tardó en ganarse la atención de la Brigada Político-Social. Un informe de abril de 1974 ya lo clasificaba como agitador estudiantil en el colegio mayor.[9] Vigo se convirtió para él en una ratonera.



Retrato de José Luis Sánchez-Bravo, obra de Florenci Clavé
José Luis Sánchez-Bravo. Ilustración de Florenci Clavé, reproducida en publicaciones del PCE (m-l).

–Un día, José Luis llegó a casa muy alterado –cuenta su hermana Vicky–. Había estado repartiendo propaganda y la policía iba tras él. Le anunció a mi madre que tenía que marcharse porque podían venir a detenerlo. A mi madre aún le dio tiempo a darle unos pañuelitos de tela planchados. Horas después, efectivamente, se presentó la policía en casa preguntando por mi hermano. Revolvieron su habitación, desordenaron el salón... Buscaban pruebas de su militancia.[10]

José Luis Sánchez-Bravo llegó a Madrid en julio de 1974.[11] Se integró en el comité provincial de las Juntas del FRAP y adoptó un nuevo nombre de guerra: *Hidalgo*.

Y volvemos a La Milagrosa, el restaurante donde Ramón García Sanz, un cerrajero aún sin politizar, conoció a José Luis Sánchez-Bravo. Tras un primer tanteo, la conversación empezó a fluir. Sánchez-Bravo vio el terreno abonado. Tenía delante a un chico inculto pero inconformista, al que le encantó el concepto *lucha de clases*. ¿Qué podía perder en esa contienda un huérfano desarraigado como él? Ambos confraternizaron.

La confianza llegó a ser tal que decidieron irse a vivir juntos a un

piso de la calle Iriarte, en el barrio madrileño de La Guindalera. El cerrajero no tardó en ser bendecido como nuevo militante. Pero la convivencia entre ambos no duró demasiado, porque en esos primeros meses de 1975 uno de ellos se enamoró de una chica.

Sánchez-Bravo y Silvia Carretero se conocieron por casualidad en el metro de Madrid. Eran las diez de la noche, ella iba sentada en un vagón semivacío, leyendo un libro de un psiquiatra progresista; en la parada de Pueblo Nuevo subió un chico con el pelo rebelde, que se quedó de pie a pocos metros de ella, chafardeando su lectura. Con el desparpajo de un simpático donjuán con ínfulas feministas, se vino arriba:

–Yo conozco libros mucho mejores que ese sobre la liberación de la mujer. Por ejemplo, sobre la emancipación de la mujer albanesa.[12]

Esa exótica referencia solo podía proceder de un miembro del PCE (m-l) movido por un doble objetivo: ligar con ella y ficharla para el partido. Silvia Carretero, alias *Andrea*, tenía veinte años, uno menos que él, y los esfuerzos proselitistas de Sánchez-Bravo fueron innecesarios, porque ella ya militaba con los marxistas-leninistas. La atracción fue mutua.

En mayo se casaron a escondidas. Sánchez-Bravo dejó entonces el piso de la calle Iriarte, se despidió de García Sanz y se mudó con Silvia a una vivienda alquilada a nombre de su suegra, en el barrio de Surbatán, a pocas manzanas de la calle Villavaliente.

En Galicia, la familia de Sánchez-Bravo lo estaba pasando mal. Erundina, su madre, entró en crisis cuando él se marchó a Madrid. Como no daba señales de vida, la mujer vendió una vivienda e invirtió parte del dinero en detectives privados, que fueron incapaces de dar con su hijo. Por fin, el fugitivo contactó con su hermana Vicky, que residía en Murcia, y le explicó que estaba sano y salvo. Pero necesitaba dinero.

Vicky lo visitó un par de veces en Madrid.[13] Para ella eran encuentros de película, en los que José Luis no paraba de comprobar si lo seguían. En su primera cita, Vicky le trajo las treinta mil pesetas que le dio su madre. El donativo se repitió una segunda vez.

Antes de casarse, José Luis convocó a su madre y a Vicky en

Madrid. Fueron a comer a un restaurante y él les presentó a Silvia. El encuentro fue breve, José Luis no podía permitirse una plácida jornada de paseo por la ciudad; bastante se arriesgaba rompiendo la incomunicación con su familia. Pero para Erundina las horas que pudo estar con su hijo, tras más de un año sin saber nada de él, fueron un consuelo impagable.

Poco antes de la boda, a finales de abril, Sánchez-Bravo asistió a una reunión del comité provincial de las Juntas del FRAP en un descampado cercano a El Pardo.[14] *Libertad*, una dirigente del Comité de Madrid, traía novedades de alto voltaje: la dirección consideraba que había llegado la hora de lanzarse a la lucha armada; cualquier información sobre posibles objetivos a eliminar tendría que ser transmitida hacia arriba. La reacción entre los presentes no fue de alborozo. Uno de ellos, Manuel Cañaveras, objetó que la decisión se había adoptado sin la aprobación de las bases. José Luis y Silvia tampoco veían claro eso de iniciar ya el combate. Pero Libertad no dejó margen para debates:

–Es una decisión del partido. Y que se anden con cuidado los que estén pensando en realizar actividad *fraccional*.

Discrepar equivalía a convertirse en una *fracción*, en un opositor interno, en un apestado. Por disciplina, y a pesar de las dudas, la mayoría se esforzó en convencerse de que la cúpula tenía mejor información y habría calculado que las cosas saldrían bien.

Según el relato policial, fue Sánchez-Bravo quien vio a un guardia civil entrando en un bloque de pisos de la calle Villavaliente, lo reportó a sus superiores y propuso liquidarlo. Su hermana Vicky sostiene que eso es falso, porque aquel verano, aprovechando el sol canicular, José Luis y su mujer se tomaron unos días libres y viajaron a las playas de Mazarrón, a sesenta kilómetros de Murcia. Vicky se acercó en taxi hasta allí para llevarles fiambreras con comida. Recuerda incluso el numerito que montó Silvia cuando empezó a incordiarle una avispa y acabó tirándose vestida al agua para librarse del insecto. Conserva fotos de ellos en bañador, tostándose en la playa.

–Mi hermano no participó en la acción –me aseguró Vicky–,

porque esos días no estaba en Madrid, estaba en Mazarrón con su mujer. ¡Yo los vi! ¡Les llevé comida! ¿Cómo se habría ido a la playa a veranear tan tranquilamente si estuviese preparando un atentado? Estoy segura de que él no tuvo nada que ver con eso.[15]

35. EL CURSILLO

Es incomprensible que García Sanz, el joven huérfano que llegó a Madrid para trabajar de cerrajero, acabara metido en un comando a los pocos meses de enrolarse en el FRAP. Los indicios sugieren que su destino iba a ser otro, vinculado a tareas de propaganda.

El emplazamiento más sagrado para el PCE (m-l), el lugar que bajo ningún concepto podía ser profanado, era su aparato central de propaganda, el taller donde se confeccionaba *Vanguardia Obrera*, el periódico del partido. Las personas que conocían su ubicación podían contarse con los dedos de una mano. Al timón de esa especie de isla flotante borrada de los mapas se encontraba Miguel Ángel Muñoz Moya, un extremeño que en 1964 tuvo el triste honor de ser el primer preso del PCE (m-l). Tras ser liberado, se exilió en Francia, ascendió al Comité Ejecutivo del partido y acabó convertido en amo y señor de la imprenta reina, lo que le exigía dedicación plena.[16]

Ahora ya se puede explicar: esa madriguera ultrasecreta se hallaba en el sótano de una casa unifamiliar alquilada en Montreuil, en las afueras de París, un lujo que podían permitirse gracias sobre todo al sueldo de su compañera, Anna Cabré, profesora de la Universidad de Nanterre. Atrapado en una cuarta dimensión, encerrado como un monje de clausura entre las paredes insonorizadas de aquella bodega, Muñoz Moya exprimía a fondo la joya de la corona, una aparatosa impresora offset que funcionaba a pleno rendimiento los siete días de la semana. Muñoz Moya casi no veía la luz del sol. Trabajaba a ritmo estajanovista para cumplir unos plazos de entrega cada vez más ambiciosos, sin poder quedar con amigos ni invitar a familiares a su nido. Más que un santuario, era una jaula.

Su agobiante enclaustramiento monacal se atenuó durante unos

días de julio de 1975. A Muñoz Moya le encargaron impartir un cursillo acelerado de impresión offset. Era una imprenta cara y voluminosa; lo normal en España era utilizar multicopistas clásicas, ruidosas pero sencillas, o *vietnamitas*, unas máquinas manuales de fabricación casera. Pero el partido meditaba dar un salto cualitativo y organizó aquel cursillo en Montreuil.

En el más absoluto secreto, desembarcó en su chalé un reducido grupo de militantes seleccionados. Para Muñoz Moya, fue una efímera oportunidad para relacionarse con gente del interior. No conocía sus nombres, pero sí que se quedó con sus caras. Y, cuando semanas después vio en la prensa los rostros despeinados de los detenidos por el atentado del 16 de agosto, sintió un pinchazo en el pecho. No cabía la menor duda, uno de ellos había asistido al curso; Muñoz Moya había conocido en persona a Ramón García Sanz.

Ni él ni su mujer entendían cómo diablos ese chico había acabado en un comando si, pocas semanas antes, el partido lo había formado como especialista en imprentas. ¿Se trataba de un error de la policía?

Todo tenía una explicación.

Vuelvo a inicios de 1975. Después de haberse conocido en el comedor de La Milagrosa y haber compartido mesa más veces, Sánchez-Bravo y García Sanz se instalaron en el piso de la calle Iriarte.[17] La convivencia duró hasta que Sánchez-Bravo se casó y, en mayo, se mudó con Silvia Carretero al otro extremo de Madrid. García Sanz permaneció en el piso de Iriarte, un lugar seguro, muy apetecible para el partido, que quiso darle un uso clandestino. El joven huérfano no llevaba ni medio año militando, pero ya confiaban en él lo suficiente como para encasquetarle uno de los cuatro aparatos de propaganda madrileños que coordinaba Pablo Mayoral, su mentor.[18] Tuvo que forrar con cartones las paredes de una habitación para insonorizarla, recibió formación sobre el funcionamiento de la multicopista y empezó a imprimir octavillas con los clichés que le suministraban.

Al piso de la calle Iriarte le enviaron un refuerzo, otro especialista en propaganda llamado Antonio Suárez, alias *Camborio*, que

imprimía materiales mientras él cumplía su horario en la cerrajería.[19] A García Sanz también se le daba bien la impresión, era un manitas. Incluso le llevaban piezas estropeadas de otros aparatos para que las reparase en el taller donde trabajaba.

Al cabo de unas semanas, García Sanz fue elegido para el cursillo de Montreuil. Más adelante, la policía comprobó que estuvo en Francia entre el 10 y el 19 de julio de 1975, lo cual significa que se encontraba en suelo francés el día del atentado de Alenza.

Hay otro testimonio que coincidió con él ese verano. Rafael Seco de Arpe, alias *Chito*, controlaba un aparato de propaganda en Coslada. En el piso no había muebles, ni televisor, ni siquiera camas; dormía sobre un colchón tirado en el suelo. Por la mañana iba a trabajar y por la tarde la multicopista echaba humo. Inesperadamente, le enviaron a un chico que se quedó a dormir allí unos días.[20] Era García Sanz.

–Dijo que era especialista en offset, pero allí no teníamos offset, teníamos una multicopista normal –recuerda Chito.

Acababa de volver de Montreuil y ya se consideraba un experto en offset. Esas noches en Coslada tuvieron que ser a finales de julio o principios de agosto. Mi hipótesis es que, al volver de Francia, García Sanz se enteró de que Pablo Mayoral, su responsable orgánico, había sido detenido por el atentado de Alenza y, por precaución, se mantuvo alejado de su piso en la calle Iriarte. Se escondió en Coslada, hasta que constató que Pablo no había revelado a la policía la existencia de su aparato de propaganda y pudo regresar a Iriarte.

–No hablaba mucho –comenta Chito sobre García Sanz–. Pero cuando hablaba le encantaba contar cosas del campo, como si en el pasado hubiese sido campesino. Sus manos eran enormes, callosas, y siempre iba con un mondadientes en la boca. Tenía un hermano con algún tipo de discapacidad, internado en un hospicio o algo así. Esa era toda la familia que tenía. Alguna vez nos comentó que no tenía novia, tampoco tenía amigos. Fuera del partido, no tenía vida.

García Sanz no le habló de Dorotea, su madre. Era como si en 1975 ya se hubiese desvanecido definitivamente de su vida. En el FRAP se sentía realizado. Por fin había encontrado una tribu que lo

acogía calurosamente y valoraba su linaje humilde. Por sus camaradas, por el partido, era capaz de hacer cualquier cosa.

36. LA CARTA

Antes he aludido a unas notas manuscritas que, después del atentado, Sánchez-Bravo quiso hacer llegar a la dirección. Cuando la policía registró el piso de María Jesús Dasca halló dos sobres. Uno contenía varias octavillas idénticas a las arrojadas el 16 de agosto en el lugar del crimen del teniente Pose en la calle Villavaliente. Del otro sobre sacaron una carta firmada por un tal Hidalgo y dirigida al Comité Regional del partido.

La misiva, escrita con bolígrafo negro, está reproducida en un libro de Pedro J. Ramírez.[21] Voy a resumirla, porque resulta fundamental para calibrar el desbarajuste de aquellos días. Comienza explicando cuál es el panorama del FRAP en Madrid.

> Es una situación crítica en lo organizativo. Gente desmoralizada, a bastantes niveles, hay que dar respuestas de masas inmediatas o tirar 500.000 octavillas explicando la situación general y las alternativas del F [en referencia al FRAP]. Hay que crear una dirección y hacerla funcionar o nos quedaremos cuatro y sin implantación en las masas. Hay que hacer limpieza y control a todos los niveles, colocando a la gente más idónea.

El manuscrito es un grito desesperado de alguien que se la está jugando y está harto de que no todos a su alrededor remen con la misma energía. Quiere alertar a la jefatura de que hay cuadros intermedios que socavan el trabajo colectivo y acaparan responsabilidades sin tener la cualificación adecuada. No se muerde la lengua al señalar a dirigentes que considera un lastre; cita a Libertad y a un tal *Vázquez*, a quien tacha de «burócrata» que se dedica a «masturbarse mentalmente con gente de universidad».

Hidalgo, el autor de la carta, sigue con su diatriba:

> El fallo gordo que tuvo el P. [se refiere al PCE (m-l)] en Madrid es que, en vez de formar comités de dirección con capacidad de análisis y entregados a la lucha, siempre montó comités fantasma, seguidistas, burocráticos y sin capacidad de crítica.

Pongámonos en el sitio de Hidalgo. Un comando del FRAP ha asesinado a un policía en julio, otro comando ha matado a un guardia civil al mes siguiente, han cumplido lo que se les pedía, las acciones deberían significar el pistoletazo de salida para una insurrección a escala nacional, las masas tendrían que estar saliendo a la calle para unirse al torrente revolucionario. Pero, en lugar de eso, el partido se está deshilachando, la moral de la tropa está por los suelos y, para colmo, a los puestos de mando sigue aferrada gente inepta, incapaz de lanzar una campaña de agitación masiva y sacar al pueblo de su letargo.

Si la carta simplemente se quedara aquí, tendría el valor de poner al descubierto la hecatombe organizativa que estaba padeciendo el FRAP. Pero va mucho más allá.

Hidalgo añade una extensa posdata, con explicaciones que lo comprometen a él y a otros. Se infiere que está muy al tanto de lo ocurrido en la calle Villavaliente. Hasta se permite el lujo de comentar el estado de ánimo de los responsables del atentado y sus dificultades para ponerse a salvo. Hay menciones al arma del crimen y a la persona que la custodia. Solo cita nombres de guerra, pero a la policía no le resultará difícil descifrar el jeroglífico.

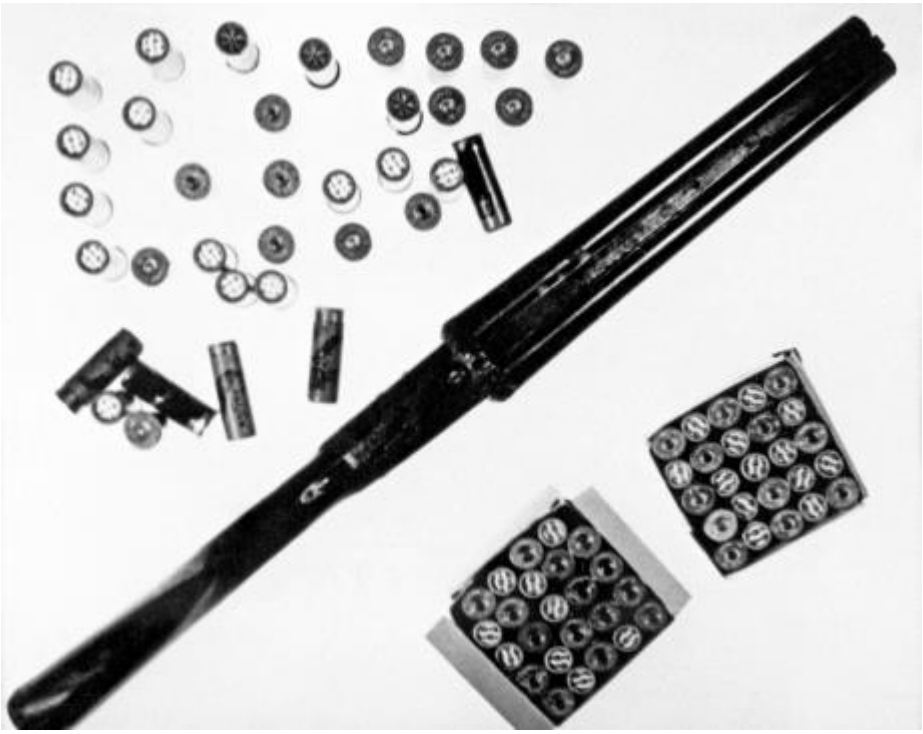
Asegura que «*Ramiro* está acojonado por lo del comando». Detalla que la acción se realizó «sin coche, ya que falló a última hora». Alude a una mujer que parece estar estrechamente vinculada a él: «Andrea y yo nos hemos cambiado dos veces de casa, por los problemas que puede haber». Menciona a Pito, de quien dice que «tiene que dejar el trabajo por problemas de seguridad, y tampoco anda bien de dinero». Sobre Pito afirma que sigue viviendo en un piso «a su nombre», donde alberga un «aparato» de propaganda, con más de dos mil ejemplares de *Vanguardia Obrera*. Y añade la frase más incriminatoria:

También tenemos ahí el rifle y cartuchos. Habría que pasar el aparato a otro piso y buscar otro para el camarada, ya que este no es seguro.

No escribe «un» rifle, sino «el» rifle. Remata la misiva explicando que han lanzado 120 octavillas que hacen referencia al «guardia civil». Al teniente Pose.

Los agentes que encontraron la carta en la buhardilla de Dasca no tardaron en averiguar las identidades encriptadas. Ramiro era Manuel Cañaveras. Detrás de Andrea se ocultaba Silvia Carretero, la mujer de Sánchez-Bravo. Pito no era otro que Ramón García Sanz. Hidalgo, el firmante del escrito, era el nombre de guerra de Sánchez-Bravo en Madrid. Todos seguían libres cuando la policía leyó el texto, pero la soga ya les rodeaba el cuello.

Sánchez-Bravo y su mujer se habían trasladado a un nuevo escondite, un piso en la plaza Arteijo, en el barrio de El Pilar. El 28 de agosto por la tarde, él salió de casa.[22] Tenía una cita con alguien del partido, pero en su lugar aparecieron media docena de agentes de la policía secreta.



Escopeta y munición, incautadas en el piso de Ramón García Sanz
Escopeta incautada en el piso de Ramón García Sanz. Agencia EFE.

Al ver que su marido no regresaba, Silvia se temió lo peor. A la mañana siguiente, sin haber pegado ojo, decidió ir al piso donde residió Sánchez-Bravo antes de casarse y donde aún vivía García Sanz, con la vaga esperanza de que hubiese pasado allí la noche. Cuando llegó a la finca, subió sigilosamente las escaleras hasta el cuarto piso y se percató de que el cristal que cubría un trozo de la puerta del 4.º-A estaba roto. Echó una ojeada dentro y detectó una marca en el suelo, como si alguien hubiese arrastrado algo muy pesado. ¿Se habían llevado la multicopista? Sintió un sudor frío. Pito debía de haber caído. El portero le confirmó que al chico del cuarto «se lo llevaron unos señores» el día anterior por la tarde. Justo cuando también desapareció Sánchez-Bravo.

No fueron los únicos en perder la libertad el 28 de agosto. A Manuel Cañaveras lo cogieron en plena calle. Lo más descorazonador para él fue comprobar todo lo que sabían sus captores, que recitaban con naturalidad los nombres de sus camaradas. En el interrogatorio intervino Conesa, que intentó persuadirlo para que colaborara.

–Tú eres muy joven... Seguro que te han liado... Ten en cuenta que ahora mismo estás condenado a muerte... Yo he visto cómo agarrotan a la gente, es algo terrible...

A Cañaveras no le había dado tiempo a destruir la hoja que llevaba encima con las claves de sus siguientes citas. Estaban codificadas –en lugar del nombre de sus contactos figuraban números, en lugar de localizaciones exactas aparecían las calles paralelas–, pero cuando se negó a desencriptarlas le cayeron tortazos. La extorsión física y psicológica sobre Cañaveras, cada vez más convencido de que la policía tenía casi todas las piezas del puzle, lo llevó a bajar los brazos.[23] Acompañó a la policía hasta el bosquecillo junto a la carretera de Fuencarral donde Pito y él habían probado la escopeta. Al pie del árbol donde ensayaron su puntería hallaron los cartuchos vacíos que habían dejado abandonados.

En otro despacho de la DGS estaban maltratando a García Sanz. Si hubiesen tardado unos días más en ir a por él, no lo habrían atrapado, porque pensaba marcharse a Zaragoza a ver a su hermano. Pero la policía localizó el piso de la calle Iriarte, del que hablaba la carta de Sánchez-Bravo y en el que, en efecto, hallaron «el» rifle: una escopeta de la fábrica Laurona de Eibar, con cañones aserrados del calibre 12. Junto a ella, casi un centenar de cartuchos de diferente potencia. Ramón se quedó sin coartada.

Encerrado en otra celda, Sánchez-Bravo callaba, como exigían las normas del partido. Aguantó todo lo que pudo. Después de tres días de interrogatorios bárbaros que le dejaron los testículos amoratados y un gigantesco hematoma en el tórax, acabó firmando una confesión.

Con la nueva ley antiterrorista en la mano y con el precedente de Alenza, los detenidos por el atentado de la calle Villavaliente quedaron a un paso de la pena de muerte.

37. LAS COARTADAS

Una vez firmadas bajo tortura sus autoinculpaciones, Cañaveras, García Sanz y Sánchez-Bravo fueron conducidos a Carabanchel. Cuando el juez militar los visitó, tuvieron la oportunidad de desdecirse. Así lo hizo Sánchez-Bravo, que desmintió haber planificado el atentado.[24] El juez, el coronel Agustín Puebla Fernández, le planteó una pregunta:

–¿Qué hizo usted el 16 de agosto, el día del asesinato del teniente Pose?

Sánchez-Bravo explicó que había ido al cine Cristal con Silvia, su mujer. Un plan familiar, nada parecido a la agenda de un terrorista el día de un atentado.

El juez ordenó un careo entre Sánchez-Bravo y Cañaveras. Pedro J. Ramírez –que pudo hablar con Cañaveras– reproduce el breve diálogo que ambos mantuvieron justo antes.[25]

> –Vamos a negarlo todo –exhortó Sánchez-Bravo.
> –¿Negarlo? No... yo no. No serviría de nada –replicó Cañaveras.
> –Pues yo sí voy a negarlo.

Les leyeron la declaración de Cañaveras, en la que afirmaba que Hidalgo (Sánchez-Bravo) fue quien le indicó que había que ejecutar al teniente de la Guardia Civil. Cañaveras también admitía que, tras el atentado, se vio con Hidalgo y con un tal *Pujol*, jerárquicamente por encima de él, para exponerles cómo había sucedido todo. Sánchez-Bravo manifestó que nada de eso era cierto. Cañaveras, en cambio, ratificó su confesión.

El informe de un grafólogo acorraló aún más a SánchezBravo. La

policía de Vigo envió a la DGS albaranes rellenados por él cuando trabajaba como vendedor de enciclopedias. Al cotejar la letra de esos documentos con la famosa carta de las quejas firmada por Hidalgo, el grafólogo no vaciló: todo lo había escrito la misma persona.

El dique de argumentos de Sánchez-Bravo para desvincularse del atentado de Villavaliente se resquebrajaba. Y estaba a punto de recibir otro batacazo más: José Fonfría, que había participado casi por accidente en el atentado, acabó siendo detenido.

Profesor de instituto en Colmenar Viejo, Fonfría estaba casado con una exmilitante. Casi simultáneamente al atentado de Alenza nació su hija, y él se cuestionó su continuidad en el FRAP, pero decidió aguantar para no dejar tirados a sus compañeros.

El periodista Carlos Fonseca entrevistó a Fonfría. Recojo aquí un fragmento en el que confirma no solo su implicación en el caso, sino también la de otros procesados:[26]

> El 15 de agosto [Cañaveras] me puso una cita para participar al día siguiente en lo que dijo que iba a ser una *acción especial*, sin especificarme nada más. Cuando nos vimos le acompañaba Fernando Proenza y, algo apartado, estaba José Luis Sánchez-Bravo, a los que entonces no conocía. Cañaveras nos encargó a Proenza y a mí que robáramos un coche, pese a que ni él ni yo lo habíamos hecho nunca. Después de muchas vueltas encontramos uno que tenía las llaves puestas, pero no nos atrevimos a llevárnoslo y acudimos a la cita posterior en Moncloa con las manos vacías. Nos dijo que no importaba y me pidió que los acompañara. Cuando estábamos en Batán me comentó que la acción especial de la que me había hablado consistía en matar a un guardia civil. Fue un impacto enorme. No supe qué hacer. Me pidieron que me situara junto al quiosco que había en la calle Villavaliente esquina con Villasandino, que comprara un periódico y les avisara agitándolo si aparecía algún coche de la policía. Compré el diario, pero en lugar de quedarme allí continué andando. Fue entonces cuando escuché un disparo. Cogí el metro y me fui a casa de mi suegra a comer. Allí me enteré de lo ocurrido por la televisión y decidí marcharme de Madrid con mi mujer y mi hija como medida de precaución. Cuando volvimos al cabo de unos días fui detenido.

Acabó en las grutas de la DGS.

> Me tuvieron esposado a un radiador hasta el día siguiente, que empezaron a interrogarme. Les dije que no sabía nada, pero estaban al tanto de todo y terminé contando lo ocurrido.

Por si todo esto fuera poco, la última coartada de Sánchez-Bravo, la que decía que el día del atentado había ido al cine con Silvia Carretero, también se evaporó.

–¿Qué película vio usted en el cine Cristal con su mujer el día 16 de agosto? –le preguntó el juez en otra de sus visitas a Carabanchel.[27]

Sánchez-Bravo titubeó, hasta que le vino a la memoria un título, *Posesión*, un bodrio sobre un hombre poseído por el diablo. El juez debió de sonreír sibilinamente, porque aquella semana el cine Cristal no proyectó esa película.

¿Y qué pasó con Silvia Carretero? Refugiada en casa de unos simpatizantes, embarazada de cuatro meses, intuyó que, si permanecía quieta, tarde o temprano vendrían a por ella. Tuvo una idea rocambolesca. Un tío suyo, policía, dedicado a perseguir a contrabandistas por la porosa frontera con Portugal, solía quejarse de lo fácil que les resultaba a los maleantes burlar los controles aduaneros. ¿Podría ella colarse por esa brecha? Compró un billete de autobús a Badajoz y, una vez allí, se desplazó hasta Valencia del Mombuey, a tiro de piedra de la frontera. Ataviada como una excursionista, con mochila y brújula, se adentró en el monte, rumbo a la meta portuguesa, pero cuando llevaba andados un par de kilómetros se tropezó con una pareja de guardias civiles.

El argumento de que se había perdido no convenció a los agentes y tuvo que acompañarlos al cuartelillo. De allí la trasladaron a la Comandancia de Badajoz. A la espera de decidir qué hacer con ella, la dejaron moverse a su antojo por el recinto, y Silvia aprovechó para largarse por una puerta trasera. Se subió a un taxi en dirección a Madrid, pero cerca de Mérida la interceptó un jeep de la Guardia Civil. Fin de la escapada.

De vuelta a la Comandancia de Badajoz, comenzaron los malos tratos. Nerviosa, temiendo por el feto que llevaba dentro, acabó

confesando que su marido era Sánchez-Bravo. Al día siguiente ya estaba en la DGS y tenía delante al comisario Conesa.

Silvia relató a la policía cómo discurrió su jornada del 16 de agosto: se levantó sobre las once de la mañana, leyó un rato, después de comer salió a tomar un café; hacia las cuatro de la tarde se dirigió a El Corte Inglés de la calle Goya y ahí ocurrió algo extraordinario, una de esas casualidades que un novelista no osaría escribir para no parecer ridículo: oyó como una dependienta de la tienda contaba en un corrillo que acababa de presenciar el asesinato de un guardia civil. Silvia se marchó a su casa y no salió hasta el día siguiente.[28] Sin pretenderlo, con esta confesión Silvia acababa de arruinar la versión de su esposo. La tarde del crimen no habían ido al cine.

¿Cabe la posibilidad de que el 16 de agosto, el día en que fue tiroteado el teniente Pose, Sánchez-Bravo y su esposa se estuviesen bañando en una playa murciana? El sumario precisa que, efectivamente, la pareja veraneó en Mazarrón, pero eso ocurrió la semana del 25 al 31 de julio. Y así se lo ratificó la propia Silvia al periodista Carlos Fonseca.[29]

Sánchez-Bravo y García Sanz iban a afrontar el juicio con las peores cartas de la baraja.

VI. El partido

38. LAS CIRCULARES

Treinta y cinco días después de anunciar el nacimiento de la *rama militar* en la conferencia de Perpiñán, falleció Julio Álvarez del Vayo. Se apagó en Ginebra el 3 de mayo de 1975, justo cuando iba a iniciarse la campaña de violencia con la que se había hecho ilusiones de poder volver triunfante a España en un plazo no muy lejano.

El viejo estandarte del FRAP se extinguió, pero sus planes siguieron adelante. ¿Qué instrucciones concretas emanaron desde arriba? ¿Y de dónde salieron las armas?

Empiezo por la última pregunta. Aunque parezca mentira, a esas alturas el FRAP carecía aún de arsenal. Una precariedad inaudita para una organización dispuesta a chocar de frente contra un tren en marcha. Albania había proporcionado entrenamiento, pero no armas.[1] Veteranos brigadistas italianos ofrecieron fusiles que conservaban enterrados en algún zulo, pero, que yo sepa, no se llegó a tomar en consideración esa idea y dudo que esas antiguallas hubiesen servido para algo.[2] Tampoco ETA suministró material, porque, aunque hubo contactos, no cristalizaron en ningún tipo de colaboración.

Las escasas armas disponibles salieron de robos a armerías y asaltos a guardias y serenos. Quien tenía un pariente con una escopeta de caza, se la pedía prestada. Poco más.

Vamos ahora con la otra pregunta. ¿Qué órdenes emitió la cúpula del FRAP tras la conferencia de Perpiñán? Para responder a eso, nadie mejor que Julio Gomariz, a quien le llegaron esas instrucciones cuando era militante de base. Gomariz, por cierto, pertenece a la comunidad de gente empeñada en esclarecer la verdad sobre Baena. En 2017, publicó unas memorias en las que no tiene reparos en afirmar que la decisión de iniciar la lucha armada fue «un error

político letal».[3] No es que lo diga ahora, sino que ya expuso sus reticencias entonces, cuando el remolino de la violencia estuvo a punto de succionarlo también a él.

Alto, encorvado y con un brillo de astucia en los ojos, Gomariz agarra sus secretos con una cuerda que solo afloja cuando está seguro de que la persona que tiene delante no hará mal uso de la información. Su excelente olfato me ayudó a llevar la investigación hacia rincones a los que nadie había dirigido la linterna. He hablado o me he carteado con él en multitud de ocasiones, y con sus recuerdos podría rellenar varios capítulos, pero voy a elegir los fragmentos en los que se refiere al giro que aplicó el FRAP.[4]

–¿Por dónde operaba tu célula?

–Por San Blas-Canillejas, en la zona norte de Madrid –aclaró Gomariz–. Éramos un núcleo de más de cincuenta activistas.

–¿Cómo viviste la intensificación de la violencia en 1975?

–Hacia mayo, aproximadamente, nos llegó una primera circular interna, que pedía a las células que recopiláramos datos, domicilios e itinerarios de posibles objetivos, ya fuesen políticos, jueces del Tribunal de Orden Público o uniformados. Si detectábamos a alguien de ese perfil, debíamos comunicarlo.

–¿Llegaste a tener en tus manos esa circular?

–No, nos la trasladó verbalmente nuestro responsable –precisó Gomariz.

–¿Cumpliste lo que se os pedía? ¿Pasaste datos?

–No. Nos dieron esta instrucción, pero poca gente la siguió.

–¿Significa eso que estabais mayoritariamente en contra de iniciar la vía armada?

–En la zona norte de Madrid éramos muchos los que estábamos en contra. Nuestros jefes nos decían que las demás células estaban a favor. Pero un día, al reunirnos con gente de la zona sur para preparar una protesta, tuvimos la oportunidad de comentar con ellos la situación y resultó que les habían dicho exactamente lo mismo que a nosotros, pero al revés, es decir, que en el norte éramos unos acérrimos partidarios de iniciar la lucha armada. Nos mintieron a todos.

–¿Te propusieron unirte a un comando?

–No, sabían que estaba en contra. A ver, que quede claro que, para mí, los únicos criminales de esta historia son la dictadura y los aparatos represivos –enfatizó–. Los camaradas fusilados fueron luchadores antifranquistas, no terroristas. Pero sí, expuse internamente mis reparos a la vía armada.

–Si desaprobabas esa deriva –concluí–, ¿no habría sido mejor separarte de la organización?

–Abandonar en ese momento, con la represión golpeando fuerte, habría sido un acto de cobardía. Por mucho que discrepara, no podía dejar en la estacada a mis compañeros, sobre todo después de la segunda circular interna.

–¿Qué decía?

Gomariz mantenía fresco el recuerdo.

–Hacia mediados de junio nos llegó un documento tan burdo, tan mal redactado, que pensábamos que se trataba de una falsificación, una intoxicación policial para empujarnos a dar un paso en falso.

–¿Os ordenaba pasar al ataque?

–Intentaba ser una explicación política del contexto, para llegar a la conclusión de que había que liarse a tiros de cualquier manera, pero la argumentación era tan mediocre que pedimos al responsable de célula que confirmase si la circular era verídica o podía ser una provocación policial. Cuando la leyó, dijo que eso tenía que ser mentira, que era imposible que algo tan mal escrito procediese de arriba. Lo consultó a instancias superiores y confirmó que el documento era auténtico. Nos quedamos atónitos.

–¿Qué planteaba exactamente esa circular? –quise ahondar.

–Llamaba a prepararnos para el gran salto cualitativo porque ya se daban las condiciones. Semanas más tarde, las acciones armadas demostraron que esas instrucciones se llevaron a la práctica tal cual. Utilizaron a carne de cañón, sin calcular las consecuencias. Una chapuza que el partido pagó muy cara.

–¿También tú lo pagaste con la cárcel?

–A mí me detuvieron el 11 de agosto. Ya estaba fichado de antes y, como mantenía mi trabajo legal, fueron a por mí. Al principio me acusaban de haber participado en el atentado del Canódromo, en el

que murió un guardia civil. Eso había ocurrido el 2 de agosto y fue obra de una organización que más tarde sería conocida como GRAPO, pero, como no lo reivindicaron hasta al cabo de un año, la policía sospechaba del FRAP. A pesar de no tener pruebas, me enviaron a prisión. Permanecí incomunicado hasta el 26 de agosto. Después pude estar con los compañeros de los consejos de guerra.

–¿Les diste tu opinión sobre los atentados?

–Seguía pensando que aquello era un gravísimo error. En Carabanchel sostuve lo mismo que fuera, volví a plantear mi visión crítica, y me llevé la del pulpo... Me colgaron la etiqueta de «derechista». Pero tal y como se estaban poniendo las cosas, con las penas de muerte sobre la mesa, yo no era su principal problema.

En prisión, Gomariz pudo hablar con Xosé Humberto Baena.

–¿Qué impresión te causó? –le pedí.

–Vi que era una buena persona, bastante reservado. Le gustaba mucho escribir, gran parte del tiempo libre lo dedicaba a escribir cuentos, poesías y cartas.

–¿Le comentaste tus críticas a la estrategia del FRAP? ¿Notaste en él dudas?

–No le oí cuestionar la vía armada. Lo veía capaz de mantener su compromiso con la causa hasta las últimas consecuencias.

–¿Te llegó a comentar algo sobre el atentado de Alenza?

–No me explicó nada. Insisto, era muy reservado. Tampoco pudimos intimar mucho, porque en las horas de patio los del consejo de guerra estaban casi siempre en corrillo. Es lógico, tenían que coordinar sus intervenciones ante el tribunal.

Gomariz nunca se conformó con la verdad oficial sobre Alenza. Ha cultivado un notable escepticismo sobre los papeles atribuidos por la policía a cada acusado.

–¿Qué es lo que te lleva a cuestionar que Baena fuese el autor material? –pregunté.

–A los de la Brigada Político-Social no les importaba realmente atrapar al auténtico autor, lo que necesitaban era poder cargarle el mochuelo a alguien y decir a sus jefes que ya tenían a los culpables. Pasaron ocho días entre la acción de Alenza y la detención de Baena. En comisaría debían de estar nerviosos, les urgía cerrar el caso, y

cuando le echaron el guante pararon de investigar. Decidieron que lo responsabilizarían a él de la muerte del policía –sentenció.

–¿Por qué crees que Baena firmó su declaración autoinculpatoria a las pocas horas de su detención?

–Todos los factores se combinaron en su contra. Supuestamente le encontraron una pistola. Solo con decir que iba armado ya podían acusarlo de ser el autor material. Además, cuando llegó a la DGS, seguro que le hicieron saber que otros detenidos lo habían señalado a él.

–Si Baena no disparó, ¿por qué bajó los brazos tan rápidamente en comisaría?

–Solo puedo dar mi opinión –dijo Gomariz–. Una vez te detienen, se te cae el mundo encima. Si te encuentran una pistola, peor aún. Si empiezan a darte palos y además te dicen que hay declaraciones de otros camaradas en tu contra, lo tienes crudo. Posiblemente decidió tragarse el sapo y apechugar con lo que había.

–Y si el culpable era una persona que seguía en libertad, ¿Baena no podría haber hecho lo mismo que hicieron con él y acusar al fugitivo que corría libre? –planteé.

–Baena sabía que, habiendo declaraciones contra él, difícilmente le harían caso. La policía ya había decidido que él pagaría los platos rotos. Por responsabilidad y disciplina, viéndose acorralado, es posible que Baena callara todo lo que sabía, porque lo único que habría conseguido es provocar más caídas.

–Estando en juego su vida, ¿prefirió cerrar el pico antes que delatar al verdadero asesino?

–En el poco tiempo que lo conocí, vi que era capaz de sacrificarse por otros.

39. LAS ACTAS (III)

De las diez actas del Comité Ejecutivo del PCE (m-l) que se han conservado, la que viene a continuación, del 30 de agosto de 1975, es la que más me intrigaba. La anterior, la trascendental reunión del 19 de enero, pone al descubierto cómo se abrió la caja de Pandora de la lucha armada. Pero ¿qué podían decirse el 30 de agosto, en plena vorágine? El balance provisional era de dos agentes asesinados y otro malherido, decenas de militantes detenidos y cinco peticiones de pena de muerte, que pronto iban a ser más. Las células en el interior hacían aguas. ¿Se daban cuenta en la dirección de que algo, por no decir todo, estaba fallando? ¿Entonarían el *mea culpa* y propondrían desandar el camino recorrido en el último mes y medio?

Retrocedo unas semanas, hasta los días 18, 19 y 20 de julio. Bajo el impacto del crimen de Alenza, se celebra un pleno del Comité Central del PCE (m-l) en Lyon. El estado anímico de la veintena de asistentes lo describe en sus memorias Riccardo Gualino, que percibió una «fuerte excitación, quizás comprensible, pero fuera de lugar».[5] Gualino pinta un cuadro cercano a la euforia, un subidón de orgullo ante lo que parecía ser la antesala de la revolución. Lo nunca visto: el FRAP estaba poniendo en jaque al régimen.

A Gualino le inquietaba ese optimismo frívolo. Notaba un «debilitamiento de las normas de clandestinidad». Cita el ejemplo de Raimundo, miembro como él del Comité Ejecutivo del partido y responsable del Comité Regional de Castilla.

> Raimundo hablaba de la acción de pocos días antes sin recato, revelando detalles peligrosos. Le pedí que se callara.

Era una imprudencia extrema que alguien que manejaba información tan sensible se dedicara a cuchichear sin la más mínima cautela. Cuanta más gente conociese los pormenores del atentado de Alenza, mayor sería el riesgo de que alguno de ellos *cantara* si era detenido.

A esa reunión en Lyon estaba convocado Manolo Blanco Chivite, pero no se presentó. Nadie sabía aún que llevaba veinticuatro horas detenido.

Si los asistentes al pleno estaban exultantes, los dirigentes que hablaron desde el atril entraron directamente en trance. Sus análisis eran pura ensoñación.[6] Leyeron un informe que recurría a hipérboles como «somos el Estado Mayor de la revolución» o «somos ya, sin discusión alguna, la fuerza principal y decisiva a escala nacional». Mientras en España el partido se hundía en un lodazal, en Lyon brindaban por la victoria que creían vislumbrar.

Encontré el testimonio de uno de los presentes, Alfonso Salazar, detenido ese verano en Barcelona. En su confesión, recogida en un boletín de la Brigada Político-Social,[7] explica que quien llevó la voz cantante en el pleno fue un miembro del Secretariado que se hacía llamar Ricardo, nombre de guerra alternativo de Raúl Marco. Se habló de las «ejecuciones» que había que llevar a cabo, poniendo a «soldados americanos, jueces de instrucción, militares de alta graduación y *chivatos*» en la diana. También se discutió una posible «compra de armas», pero concluyeron que era mejor continuar robando pistolas.

Todo eso se dice en el Comité Central del PCE (m-l), del 18 al 20 de julio. Pero ahora voy con el acta del selecto Comité Ejecutivo del 30 de agosto, cuando ya han tenido tiempo de medir la magnitud del desastre. Inicia la sesión Clara, es decir, Elena Ódena, y no hace falta ir más allá del primer párrafo para captar por qué derroteros discurrirá el debate.

–A mi parecer, la primera repercusión de esta nueva fase, y que indiscutiblemente ha sido totalmente acertada, pese a las dificultades y a los problemas y a los golpes dolorosos que nos pueda dar, que nos ha dado ya y que nos puede seguir dando el

enemigo, es que hemos desbaratado todo el tinglado que estaban montando por arriba la oligarquía y por abajo las fuerzas colaboracionistas para crear una imagen de un franquismo evolucionista, democratizante y liberalizante.

Si alguno de los presentes tenía previsto expresar la más leve vacilación, ya podía ir tachando sus notas si no quería salir trasquilado. El primer mérito que Elena atribuye a los atentados es haberle arrancado la careta reformista al régimen. Su aspiración a corto plazo era despertar la cólera fascista, extremar la venganza represiva para dejar en fuera de juego a las voces democratizantes y contarle a la gente que la única salida era la revolución violenta. Es la lógica del «cuanto peor, mejor»: hay que ayudar al Gobierno a mostrar su cara más inhumana, para que más sectores populares se unan a la lucha.

La transcripción del acta ocupa veintiséis páginas y voy a tener que hacer un ejercicio de contención, porque, tratándose de una discusión tan delicada, casi cada frase me parece digna de ser destacada. Continúo con Elena.

–Pese a los altibajos que podamos tener en esta fase, no se trata de pensar que podemos retroceder ahora a formas inferiores de lucha.

Ni hablar de batirse en retirada; la campaña de atentados no ha hecho más que empezar, aunque esa continuidad tiene un matiz:

–Hay que contar con las masas. El problema es ese, contar con las masas. Porque si no, naturalmente, es imposible pensar que podamos seguir adelante. Totalmente imposible.

El objetivo es involucrar a la población en la violencia. Según Elena, los «sectores más susceptibles de pasar a acciones violentas» son los parados, las familias de represaliados, los jornaleros, los obreros de la construcción, del textil y del metal, los trabajadores más oprimidos. Todos ellos, cree Elena, están esperando a que el FRAP les ofrezca un puesto en las barricadas.

El siguiente en tomar la palabra es Ricardo, o sea, Raúl Marco, que apuntala la tesis de que no hay alternativa a las embestidas iniciadas en julio. Reconoce que en la militancia «hay incomprensiones, hay abandonos». «Los ha habido, pero menos de

lo que yo me temía», recalca. No le preocupa el goteo de bajas. Lo importante es que España está a punto de entrar en combustión. Atención a su pronóstico:

–La guerra no ha terminado, como nosotros decíamos. No solamente no ha terminado, se ha seguido manteniendo, incubando a fuego lento, y ahora va a estallar.

Volvemos a la casilla de 1939. Después de la victoria militar de Franco, la llama del conflicto ha seguido ardiendo discretamente y ahora ese fuego alcanzará proporciones gigantescas. Raúl ve a los españoles felicitándose por cada atentado del FRAP.

–El entusiasmo ha sido general en todas partes, yo no he oído a ningún camarada ni a nadie que haya recogido comentarios desfavorables de las masas populares, sino todo lo contrario.


AÑO XI – MADRID

VANGUARDIA OBRERA

Nº 111 2ª QUINCENA AGOSTO 1975

¡NO MAS PENAS DE MUERTE NI TORTURAS!

FRENTE AL TERRORISMO FRANQUISTA, INTENSIFICAR EL ATAQUE

VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

REPRESION

Portada de *Vanguardia Obrera* (agosto de 1975)
Portada del número 111 de Vanguardia Obrera, correspondiente a la segunda quincena de agosto de 1975.

La «Guerra Popular» que propugnaba el FRAP en sus textos no

está aún en marcha, aclara; solo se ha iniciado «un proceso que conduce» a ella. Será «una lucha a largo plazo». Los atentados son los primeros renglones del guión, pero para librar la gran batalla habrá que contar con la gente de a pie. Elena apostilla que es preciso «fundirse con las masas, participar en todas sus huelgas, conducirlas, dirigirlas» y, en último término, hacer que esas movilizaciones «degeneren en enfrentamientos armados». Gran error de cálculo, porque eso no va a ocurrir.

No puedo pasar por alto la siguiente confesión de Raúl sobre la inconcebible falta de medios materiales con la que el FRAP estaba afrontando la lucha:

–No tenemos camaradas que sepan manejar explosivos, tenemos el cincuenta por ciento que es lo esencial, que son cojones, no sabemos manejar explosivos, no sabemos manejar plástico, no sabemos cómo, no tenemos armas, es decir, nos falta todo en el terreno militar y hay que empezar a adquirirlo.

Para desmenuzar esa frase haría falta un capítulo entero. De entrada, me pregunto dónde están los militantes entrenados en Albania. ¿Qué ha sido de esos jóvenes enviados a aprender a «manejar explosivos»? Segundo, ¿entraba ya en sus esquemas colocar bombas? Y tercero, la constatación del más completo desatino: un miembro del Secretariado está reconociendo que se han lanzado a la lucha armada sin disponer de armamento.

Hay una mezcla de falta de planificación, exceso de improvisación y nula empatía hacia una militancia enviada a la guerra como soldaditos de plomo, sin armas y sin preparación.

Y pese a todo, insiste Raúl, el paso a la vía violenta es irrevocable. «Dar marcha atrás sería un suicidio para el partido, sería autoliquidarlo», alerta. ¿Para qué interrumpir la campaña de atentados, si supuestamente está dando tan buenos resultados? «Han sido cuatro tiros y las repercusiones han sido fenomenales», se maravilla Raúl.

Para acabar de sumergirnos en el clima unidireccional de la reunión, vale la pena escuchar alguna voz más. No son muchos los que hablan ese día, casi todo el tiempo lo monopolizan Elena y Raúl, pero está presente un camarada especial: Alejandro Diz, alias *Felipe*.

Miembro de la dirección y del Comité Regional de Castilla hasta su detención en el verano de 1973, Felipe ha sido puesto en libertad pocos días antes y ha cruzado la frontera para reintegrarse en el Comité Ejecutivo. Aquí se adhiere a la idea de seguir adelante.

–Hemos iniciado la guerra, y una guerra que se inicia ya no puede dar nunca marcha atrás y volver como línea determinante a fases y a formas de lucha inferiores, pero no quiere decir abandonar a sectores relativamente retrasados o vacilantes.

Avanzada la sesión se inicia otra discusión, quizá anecdótica, pero que ilustra el nivel que había adquirido el debate a esas alturas. Venancio se saca de la manga una sugerencia referida a algo que echa en falta en la propaganda posterior a cada atentado.

–No nos hemos preocupado todavía de, cuando nos carguemos a alguien y lo reivindiquemos, decir por lo menos que era un fulano que era odiado por el pueblo donde vivía... Es decir, eso da un poco de idea de que nos cargamos a la gente indiscriminadamente. Es así, pero no hay por qué hacerlo ver ante los demás.

En pocas palabras, Venancio pide que, cada vez que el FRAP mate a un policía, sus panfletos cuenten una bola sobre el sujeto, ensucien su nombre, le inventen un historial que diga que era un mal bicho y que el pueblo anhelaba quitárselo de encima. Así parecerá que la víctima no ha sido escogida al azar. Lo mejor es la réplica de Elena:

–Hay que tener cuidado de no dar una sensación falsa, porque, por ejemplo, puede ser que estos policías que nos hemos cargado fuesen incluso gente muy simpática en sus barrios, no tenemos datos de que fuera gente particularmente odiada.

Según Elena, hay que dar un argumento político, definir a la víctima como «un elemento de las fuerzas represivas contra el pueblo», un «enemigo de la revolución». No hay que hacer lo mismo que hacía ETA al principio; eso de matar a «torturadores», «delatores» o agentes que iban a detenerlos sería limitarse a meros «actos de autodefensa». Y remacha:

–Nos da igual que tenga hijos o no, que tenga veinte años o cincuenta, nos da exactamente igual. Lleva pistola, un uniforme al servicio de la dictadura para disparar y reprimir al pueblo. Entonces,

esta es la primera fase. Que luego haya que escoger mejor los blancos, para que psicológicamente sacuda más a las masas, porque emotivamente, si es un torturador, si es un gerifalte, surte más efecto: sí.

Termino con un diálogo entre Raúl y Elena sobre ETA político-militar, los *polimilis*:

RAÚL: Ideológicamente son un desastre, son una catástrofe, pero es la única fuerza que tiene valor, que ha tenido valor y que empuña las armas y que sigue ahí, y que tiene un montón de mártires, y que sigue luchando. Ahora bien, el FRAP está ya dejando de lado a ETA...

ELENA: Rebasando...

RAÚL: Rebasando, sí, rebasando a la ETA, porque todo el mundo se ha dado cuenta de que, efectivamente, sí, la ETA muy bien en el País Vasco, pero en España no es la ETA, es el FRAP en todas partes. Nos falta tener organización en el País Vasco, que esa es una debilidad catastrófica. Ahora, yo creo que si a la ETA ...

ELENA: ETA político-militar...

RAÚL: Sí, la ETA político-militar, para los etarras esos. Si seguimos con nuestra fase, midiendo bien los pasos, calculando y demás, pues me parece que se acaba el mito de la ETA y, o bien se unen con nosotros, es decir, colaboran y se pueden planificar acciones conjuntas, o bien acabarán desapareciendo. Solo falta para ello que tengamos nosotros organización en el País Vasco...

ELENA: Vamos a tenerla ahora...

RAÚL: Ahora, yo creo que nuestro objetivo no es hacer desaparecer la ETA. Yo creo que no es esto lo que nos interesa en estos momentos, porque representa también una fuerza y un prestigio. Yo creo que tenemos que hacer un esfuerzo grande por tomar contacto con ellos. Lo veníamos haciendo hace tiempo, pero nunca ha dado resultado, excepto en cárceles, y siempre de una forma muy aleatoria, tan pronto sí, tan pronto no... Pero ahora hay que ver la forma de contactar con ellos. Por lo menos, cambiar impresiones y decirles: «Bueno, aquí solo hay dos fuerzas que luchan en España, sois vosotros y somos nosotros. ¿Podemos unificar algunas cosas, algunas acciones, colaborar mutuamente?».

El vaticinio de Raúl acabará cayendo a una distancia sideral de la realidad. Mientras que el FRAP languidecía aquel 30 de agosto, ETA sobrevivió más de tres décadas.

40. EL INFILTRADO (I)

Circulan cientos de leyendas sobre Raúl Marco. Desde los primeros meses de vida del PCE (m-l), Raúl fue coleccionando dedos acusadores que supuestamente lo desenmascaraban como un espía infiltrado al más alto nivel, la jugada maestra del comisario Conesa, el factor que explicaría la fatalidad de tantos golpes policiales.



De izquierda a derecha: Ángel Campillo, Manuel Blanco Chivite, Raúl Marco, José Garés y Pablo Mayoral, en una rueda de prensa en Madrid, en 1978
Rueda de prensa de dirigentes del PCE (m-l) en 1978. Agencia EFE.

El primero en hacer sonar las alarmas fue Francisco Crespo Méndez, un personaje quijotesco que participó en la fundación del PCE (m-l). A Crespo, sus compañeros lo describían como un chiflado imprevisible, a veces gracioso y otras veces desquiciante, un

exaltado sin nociones teóricas, impaciente por activar la lucha armada. En junio de 1965, solo medio año después de nacer el partido, Crespo acusó a Raúl de estar detrás de las primeras caídas y abrió una crisis en la dirección. Se formó una «comisión de investigación» y dos dirigentes viajaron a Ginebra para averiguar si la imputación tenía fundamento, pero regresaron con las manos vacías y presentaron un informe negativo, sin indicios de corrupción ni de traición. Lo máximo que recabaron fueron reproches de militantes de base por el estilo de vida aburguesado, «no proletario», de Raúl y Elena.[8]

Las teorías de la conspiración no murieron allí. Cuando en 1966 detuvieron a dos de los tres miembros del Secretariado del PCE (m-l) y la dirección quedó descabezada, arreciaron las sospechas. Nunca hubo pruebas, solo suposiciones. La consecuencia de aquel hachazo policial fue el ascenso instantáneo de Elena. A finales de los sesenta, Raúl se sumó a ella para ocupar dos de las tres sillas del Secretariado.

La andanada más hiriente contra ellos la firmó uno de sus discípulos, Alejandro Diz, alias Felipe, a quien hemos visto intervenir en la reunión del 30 de agosto. En 1976, Diz rompió con el partido y publicó *La sombra del FRAP*, una filípica que aún sigue dando de qué hablar.[9] El libro es un rosario de bofetadas contra Elena y Raúl, sobre los que arroja graves insinuaciones. Afirma, por ejemplo, que si los comandos de 1975 cayeron uno tras otro quizá fue porque alguien los *vendió*. Deja caer esto:

> Hay un hecho que obsesiona a muchos exmilitantes del FRAP y que sirve de cierta base para algunas sospechas: la impunidad y tranquilidad con que vivía la pareja en Ginebra, con su verdadera documentación, con un trabajo en un organismo internacional y con domicilio legal en aquella ciudad. Todos estos datos eran conocidos por la policía desde hace años.

Muchos antiguos militantes se hacen las mismas preguntas y especulan sobre quién habitaba detrás de esa máscara llamada Raúl Marco. Las conjeturas suelen partir de una misma premisa

incriminatoria: Raúl es el único que se salvó de todas las caídas, de todas las purgas, gozó de una vida desahogada en su torre de marfil suiza, al lado de una mujer con un buen sueldo y con estatus de funcionaria internacional; en 1975, ambos empujaron a la organización a saltar sin paracaídas y el FRAP pasó de ser una temible amenaza para el régimen a acabar barrido justo antes de que muriese Franco. La conclusión a la que llegan es que alguien desde dentro maniobró contra el partido.

Raúl tenía muchos enemigos, posiblemente ganados a pulso, y sé que todos estarían encantados de ver confirmada la teoría de que él era el impostor que, en lugar de trabajar para el PCE (m-l), tenía la misión de socavarlo. No me adhiero a esta tesis. Es más, estoy firmemente convencido de que Raúl no fue el infiltrado al que todos desean poner cara.

Alguien pensará que mi criterio es parcial, dada la buena relación que trabé con él desde que lo entrevisté en 2003 en el Café Gijón. Hubo tres entrevistas más, visité varias veces su casa –incluso me dejó dormir en ella–, me abrió las puertas de su suculento archivo personal y no puedo estar más agradecido por el trato que me dispensó. En vez del hombre chulesco, despótico y vividor que describen quienes lo sufrieron, yo conocí a una persona generosa y cautivadora, un derroche de gentileza y magnetismo. Por supuesto que le interesaba sacar a relucir lo mejor de su biografía y pasar de puntillas por las zonas grises, pero ante mis preguntas más embarazosas, antes que mentirme, prefería quedarse callado.

A quien crea que su pose zalamera me hipnotizó y ahora trato de lavar su imagen, le recomiendo que lea este libro desde el principio y verá que este argumento cae por su propio peso. Si pienso que Raúl no fue la equis en la ecuación de las infiltraciones es porque creo tener buenas razones. He conversado con personas a las que considero fuentes fiables, que trabajaron codo con codo con él, que no le deben nada y que no tienen reparos en dedicarle epítetos despectivos, pero que no vieron en él nada *policiaco*.

Si de verdad Raúl hubiese sido un topo, hay algo que no cuadra. Julio Manuel Fernández López –ese era su nombre real– nació el 19 de abril de 1936, creció en un asentamiento madrileño junto al

arroyo Abroñigal, con veinticuatro años llegó a Ginebra y encontró trabajo en una fábrica metalúrgica, donde el PCE contaba con una célula de obreros españoles, en la que ingresó. Desde ese momento hasta el final de su vida, ya no dejó de militar en el marxismo-leninismo. Nada menos que cincuenta años.

¿Cincuenta años engatusando a todo el mundo, incluida Elena, que primero fue su amante y luego su esposa? Hay teorías que dicen que también Elena, una niña de la guerra doce años mayor que él, evacuada en barco de Santurtzi a Southampton en 1937, era una espía, y eso aún me lo creo menos. La hipótesis de los cincuenta años de farsa solo puede defenderla quien considere a Raúl un genio de la prestidigitación, pero si este fuera un rasgo de su personalidad tampoco demostraría nada. Haría falta un interés sostenido de la policía secreta por mantener activa semejante infiltración durante cinco décadas.

Está claro que, en 1964, cuando surge el PCE (m-l), ese interés policial es alto, en los primeros años setenta pasa a ser máximo y después de la Transición cae en picado. Pero pongamos que el presunto topo, el «agente» Raúl Marco, aguanta al pie del cañón hasta 1991, cuando es expulsado del partido por unas disputas internas. Lo normal habría sido que el infiltrado se tomase por fin unas merecidas vacaciones y pasase por el despacho de sus jefes a cobrar una buena recompensa por los servicios prestados, un premio en forma de cargo público en la administración, fingiendo un cambio de camisa oportunista como otros insignes franquistas. Pero en vez de aprovechar para desprenderse del antifaz de revolucionario y tratar de rehacer su vida, ¿qué hizo Raúl Marco? Fundó la Organización Comunista Octubre, un colectivo microscópico que solo agrupaba a un reducto de fieles.

Me niego a creer que eso también formara parte de un plan maquiavélico de las cloacas del Estado para auscultar el submundo de la extrema izquierda, y es aún más absurdo pensar que Raúl tuvo ánimos para reinventar su personaje de ficción, esta vez para espiarse a sí mismo y a su puñado de colaboradores. La mascarada habría ido aún más lejos, porque en 2006 refundó el PCE (m-l), un pálido reflejo de lo que fue antaño.

Era sencillo inyectar gérmenes policiales en una organización hiperclandestina en la que estabas obligado a saber lo mínimo de tus compañeros para no poder delatarlos si te torturaban. La universidad solía ser un coladero por el que jóvenes policías con piel de cordero se ponían a tiro para que los grupos subversivos les abrieran sus puertas. ¿Cuántos entraron en el FRAP? ¿Y a qué niveles llegaron?

No tengo la respuesta. Pero sí sé que Raúl Marco, Julio Manuel Fernández López, hasta su muerte en 2020 estuvo dedicando sus energías al resucitado PCE (m-l). La última vez que estuve en su casa, en 2018, me regaló el borrador de un artículo suyo, trufado de citas de Lenin, Stalin y Elena, fallecida hacía más de treinta años y a la que él seguía idolatrando. El contexto mundial parecía reírse de quienes aún tenían fe en las profecías marxistas, pero Raúl continuó aferrado a ellas hasta el final. Desde luego, si ese hombre fue policía, el personaje que le tocó interpretar lo acabó devorando por completo...

Una segunda tesis, menos drástica, sugiere que Raúl quizá no fuera policía, pero sí actuó como confidente ocasional para desembarazarse de rivales internos. A riesgo de que algún día la apertura de archivos policiales me deje con un palmo de narices, insisto en que no van por ahí los tiros. He elaborado mi propia hipótesis sobre por qué la policía pudo someter al FRAP cuando le convino. Me la reservo para dentro de unas líneas.

41. CARRILLO

Uno de los que alimentaron con mayor descaro la teoría de la conspiración contra el PCE (m-l) fue Santiago Carrillo. Entiendo su cabreo. En *Vanguardia Obrera* se cebaban con él, lo presentaban como el perro faldero de la oligarquía, el tonto útil de la élite. Si alguna vez hojeó el periódico, seguro que encontró mil motivos para sentirse dolido. Era imposible que empatizase con la guerrilla urbana de los proalbaneses.

Conviene poner en contexto a Carrillo, que llevaba años enfrascado en una operación de blanqueo de su propia imagen con el fin de ser homologado como un demócrata de toda la vida, equiparable a las izquierdas reformistas europeas, como si jamás le hubiese reído las gracias a Stalin, como si no le sonase la época del gulag soviético. Para no perder credibilidad, tenía que escandalizarse ostensiblemente por las acciones del FRAP. Carrillo tenía un asidero ideológico al que agarrarse.



Viñeta publicada en *Vanguardia Obrera*, en febrero de 1975
Ilustración reproducida en *Vanguardia Obrera*, n.º 100, febrero de 1975.

En 1902, Lenin publicó un artículo tremendamente crítico con los métodos terroristas.[10] El rapapolvo iba dirigido a los socialistas revolucionarios, que preconizaban el asesinato de ministros zaristas.

En vísperas de los consejos de guerra, Carrillo explicitó su repulsa hacia el FRAP en una entrevista.[11] Le preguntaron qué pensaba del «terrorismo individual» y contestó esto:

–Yo creo que es hora de decir, sin ninguna concesión, que el terrorismo individual no es el camino. Y menos aún los atentados indiscriminados de los que parece reclamar la responsabilidad el FRAP. Tenemos que condenar sin ninguna vacilación ese terrorismo que les viene a la medida a los «ultras» para intensificar el terrorismo oficial. Hay que empezar a preguntarse seriamente quién manipula, quién está en realidad detrás de los atentados que políticamente sirven, sobre todo, al régimen.

No se limitaba a repudiar la vía sangrienta, sino que abonaba la sospecha conspirativa. Su silogismo es nítido: si el FRAP ha iniciado una campaña terrorista que le viene como anillo al dedo al búnker franquista, eso significa que detrás de la careta revolucionaria de los cabecillas del FRAP no hay auténticos leninistas, sino servidores de alguna hoja de ruta tenebrosa que conviene al inmovilismo de camisa azul.

Carrillo había conocido en persona a Elena Ódena y Raúl Marco antes de 1964, cuando aún pertenecían al comité suizo del PCE. ¿Llegó a pensar que eran dos espías que trabajaban para sabotear la vía pacífica que reivindicaba el PCE?

42. EL INFILTRADO (II)

El FRAP sufrió dos grandes oleadas de detenciones: en 1973, tras el cuchillazo mortal a un policía en la manifestación del 1 de mayo, y en 1975, en respuesta a los atentados. Fue como apretar un botón y quedar neutralizados al instante decenas de individuos que, sin saberlo, estaban siendo controlados. ¿Cuál fue el filón de información que le permitió al régimen estrangular el entramado de células y comités del FRAP en España?

Mi hipótesis es la siguiente: el filón era Ginebra. El eslabón débil eran Elena y Raúl, pero no porque fueran un par de traidores que con una mano dirigían el partido y con la otra alargaban informes en los que *vendían* a su propia organización, sino porque a la policía le resultaba muy sencillo, sencillísimo, mantenerlos bajo supervisión.

Hacía años que en la DGS sabían que en esa ciudad suiza habitaba una pareja que concentraba todo el poder del PCE (m-l). ¿De dónde habían obtenido esa información? De los miembros del Comité Central que fueron cayendo sucesivamente. Golpeándolos como sacos de boxeo, conseguían aflojarles la lengua para que desvelaran detalles de sus viajes al exilio. El comisario Conesa era consciente de que el timón del partido lo manejaba un matrimonio cómodamente instalado en Ginebra. Era fácil seguirles la pista, sobre todo a Elena, Benita Ganuza Muñoz, traductora de la Organización Mundial de la Salud. ¿Cómo no iban a tenerla controlada si cada día se cruzaba por los pasillos de la institución con diplomáticos del Estado franquista? Descubrir su domicilio era pan comido: avenida Mirémont, 8 A, un apartamento en el coqueto barrio de Champel. Para averiguar que convivía con Julio Manuel Fernández López, Raúl Marco, solo hacía falta una mínima labor de observación. Elena y Raúl podían tener sensación de libertad y pensar que Ginebra era un santuario, que

ningún policía español les tocaría un pelo. Pero nada impedía que hubiese hombres con gafas de sol y gabardina apostados en las esquinas o dentro de coches camuflados, sacándoles fotos a hurtadillas y tomando nota de sus recorridos. Que el espionaje en territorio extranjero sea ilegal no significa que los gobiernos renuncien a ello, y no creo que el régimen franquista tuviese muchos escrúpulos al respecto. Menos aún si tenía la certeza de que allí estaba el nido de la serpiente.



El comisario Roberto Conesa (segundo por la derecha), junto al féretro del agente acuchillado en la manifestación del 1 de mayo de 1973 en Madrid
El comisario Roberto Conesa, junto al féretro de un policía acuchillado en 1973. Agencia EFE.

Hay fuentes que destacan los tentáculos de Conesa en Ginebra.[12] Nadie ha sido capaz de precisar la extensión de su red de chivatos en la emigración, pero tenía incentivos para centrarse en Suiza. A

más de un detenido en España le mostraron una fotografía de Elena para desmoralizarlo: «¡Mira! ¡Sabemos quién es tu jefa! ¡Está en Suiza!».[13]

Los más suspicaces se preguntarán por qué el Estado profundo no mandó una pandilla de sicarios a liquidar a Elena y Raúl; ¿no sería esa la prueba palmaria de que protegían a la pareja? No lo creo. Al contrario. Podrían haber descabezado al FRAP por un tiempo, claro, pero la organización estaba lo bastante diseminada como para haberse regenerado en otra parte, con una dirección más clandestina, menos visible que una traductora acreditada en un organismo internacional, y Conesa habría perdido así su manantial de datos. Salía más a cuenta seguir examinando con lupa sus movimientos en Ginebra, por donde pasaban dirigentes que luego regresaban a España debidamente identificados tras haberse reunido con Raúl y Elena. A Raúl le gustaba agasajar a sus visitas invitándolas a comer a la Brasserie Landolt, donde les explicaba que a una de aquellas mesas solía sentarse Lenin, y los emocionados responsables de comités sentían un cosquilleo en el estómago. Si Conesa y sus secuaces eran mínimamente avispados, podían aprovechar alguno de esos paseos a cara descubierta de Raúl y Elena con sus invitados para retratar sus caras. Cuando esos militantes volvían al interior, Conesa ya tenía sus fotos sobre la mesa. Quizá sabía incluso sus nombres si habían viajado con pasaportes auténticos y habían dejado rastro en los registros aduaneros. Más que suficiente para comenzar a seguirlos en España y estudiar con quién se reunían, qué pisos frecuentaban. La desarticulación de los comités era solo cuestión de tiempo.

Así de simple. Ginebra era una mina.

Existe un fabuloso yacimiento de información que permite intuir lo que sabía y lo que no sabía la policía. Me refiero a los boletines internos de la Brigada Político-Social, unos valiosos resúmenes de las investigaciones en curso y de las confesiones de los detenidos, de los que conserva copia el Archivo Histórico Nacional. He consultado un buen número de esos fascículos y he constatado que la Brigada PolíticoSocial tenía calada a Elena desde una fecha tan temprana

como el 23 de julio de 1964. El boletín de ese día dedica un epígrafe a la que entonces era su organización, La Chispa, un grupito prochino donde también militaba Raúl. La policía identifica a Elena como «eminencia gris» de la facción.

¿Ha existido en la historia de la clandestinidad un grupo radical más fácil de monitorizar que el PCE (m-l)? Probablemente no, y no exagero. Como Suiza era un país democrático en el que nadie se metía contigo a menos que cometieras alguna estupidez, Elena y Raúl se movían con relativa placidez; tenían sus pautas de seguridad, pero nada comparable con el paranoico estado mental de la gente que militaba en España. Por Ginebra, epicentro de la toma de decisiones, pasaban dirigentes del interior que pisaban sin saberlo el cepo de Conesa. Cuando volvían a España eran sometidos a vigilancia y, en cada cita a la que acudían, contaminaban a un nuevo camarada. Eran como ardillas con la cola en llamas que involuntariamente iban incendiando el bosque entero.

Si mi hipótesis es acertada, el agujero negro del FRAP era Ginebra. No hacía falta meter a un judas allí dentro, bastaba con tratar a la pareja como escarabajos bajo la lente de un microscopio. El partido tenía los pies de barro. Cuando el FRAP pasó a ser una amenaza grave para el franquismo, cortarle las alas fue un juego de niños.

VII. Los fusilamientos

43. EL GOLOSO (I)

El gran teatro donde se iba a representar el esperpento judicial de los consejos de guerra contra el FRAP era la base militar de El Goloso, situada al norte de Madrid, a los pies de la sierra de Guadarrama, en el kilómetro 17 de la carretera hacia Colmenar Viejo. En este terreno tan poco neutral, plagado de metralletas en posición de alerta y carros de combate aparcados, iba a decidirse el destino de los acusados.

El primer consejo de guerra quedó fijado para el 11 de septiembre. En el banquillo iban a sentarse los cinco procesados de Alenza, para quienes el fiscal militar pedía la pena de muerte: Manolo Blanco Chivite, Pablo Mayoral, Vladimiro Fernández Tovar, Fernando Sierra y Xosé Humberto Baena. El tufo a sentencia dictada de antemano era mareante, pero las defensas tenían que intentarlo. El despacho de la calle Lista era un hervidero. Los abogados, auxiliados por un espléndido equipo de colaboradores, prepararon a marchas forzadas el juicio, sin concederse el más mínimo descanso.

Su munición jurídica, sin embargo, tenía la pólvora mojada. El juez se dedicó a tumbar cada una de sus peticiones, que fueron casi doscientas. Algunas eran tan de sentido común como solicitar la comparecencia de testigos. Pidieron una prueba balística para comprobar si las balas disparadas en Alenza correspondían al arma supuestamente incautada a Baena. Todo fue denegado. Los acusados fueron desposeídos de su derecho a defenderse.

Con la vida de cinco personas en juego, el tribunal no admitió ni una sola prueba, ningún testimonio, e imprimió un ritmo endiablado a la instrucción, acortando escandalosamente los plazos reglamentarios, de manera que los abogados apenas tuvieron tiempo de consultar el sumario. El ambiente en el que se veían

obligados a trabajar era irrespirable. Hubo incluso amenazas de muerte. En casa de Benítez de Lugo, el letrado de Pablo Mayoral, recibieron llamadas anónimas. Solía descolgar su mujer.[1]

–¿Vive aquí el abogado Benítez de Lugo? –preguntaba una voz desconocida.

–Sí, aquí es –respondía ella.

–¡RA-TA-TA-TA-TA-TA!

Y colgaba.

La psicosis llegó al paroxismo el día del juicio. Las colinas próximas a El Goloso estaban tomadas por las Fuerzas Armadas. Para llegar hasta la sala había que atravesar cuatro controles de la Policía Militar y un meticuloso cacheo que no logró superar Ana Fraga Iribarne, la mujer del abogado Javier Baselga. Un guardia le registró el bolso y sacó medio limón, un pequeño cuchillo y un panfleto comunista. Ella alegó que el cuchillo lo utilizaba para cortar el limón y hacerle un zumo a su hijo. Ana fue arrestada por unas horas.[2]

Se restringió al máximo la asistencia de público civil. La elección de un acuartelamiento a diecisiete kilómetros de Madrid suponía una primera barrera. La sala de vistas fue invadida por oficiales y policías de paisano que apenas dejaron espacio a otros visitantes. Hubo periodistas, abogados y gente corriente a quienes les fue vetado el acceso porque no quedaban sitios libres. El único extranjero autorizado a entrar fue el abogado suizo Christian Grobet, que no daba crédito al grosero espectáculo montado en aquel fortín.

Por la mañana, el coronel Francisco Carbonell Cadenas de Llano, que presidía el tribunal, inició la sesión instando al juez instructor a leer el apuntamiento, una especie de resumen de la causa. De inmediato pidió la palabra Benítez de Lugo.[3]

–Esta vista no se puede celebrar mientras la jurisdicción ordinaria no resuelva la cuestión previa planteada por las defensas sobre la competencia de este tribunal.

Benítez de Lugo detectó un flagrante error de procedimiento: las defensas habían tenido la picardía de acudir al Consejo Supremo de Justicia Militar para recusar a todos los miembros del tribunal por

enemistad manifiesta contra sus clientes, así que el juicio no podía empezar mientras estas cuestiones previas no quedaran resueltas. El coronel no tuvo más remedio que suspender la vista y desalojar la sala.

A las cinco de la tarde se reinició la sesión. El abogado Miguel Castells solicitó que quitasen las esposas a los acusados. Esta petición y otras más fueron rechazadas.

No me entretendré en radiar el desarrollo de aquella pantomima. El fiscal no aportó ni una sola prueba, ni mostró huellas dactilares, ni presentó el arma del crimen, ni citó a testigos. Nada. Cuando se dio paso al interrogatorio de los encausados, todos ellos se retractaron de sus declaraciones autoinculpatorias, que eran la única baza del fiscal.

–¿Es posible, señores del consejo, que puedan condenar a muerte solo por unas declaraciones que, además, fueron arrancadas por la fuerza? –exclamó Benítez de Lugo.

–Este proceso se ha convertido en un proceso inquisitorial –denunció otro letrado.

A las diez y media de la noche, la presidencia suspendió la vista hasta la mañana siguiente.

El informe que redactó el suizo Christian Grobet refleja su perplejidad:

> ¿Cómo se puede abordar un proceso por asesinato sin que la defensa haya tenido la posibilidad de presentar a un testigo? Por lo menos, en el proceso de Puig Antich, el Ministerio Público se tomó la molestia de citar a algún testigo y expertos. En cuanto al presidente, ha hecho gala de una enorme incompetencia.

El 12 de septiembre, a las nueve de la mañana, se reanudó el consejo de guerra con un último turno de palabra para los acusados.[4] Blanco Chivite hizo constar que, cuando el juez que instruía su expediente vino a tomarles declaración por primera vez, los policías le advirtieron de que si no confirmaba su culpabilidad sería torturado nuevamente.

Baena también tenía algo que decir:

–Firmé las declaraciones ante la policía porque fui torturado. Lo pueden comprobar solo con mirar las fotografías que se publicaron en los periódicos. Aún conservo las pruebas de ello en mi cuerpo, si quieren verlo.

Ante las caras de indiferencia de los jueces militares, Baena se puso de pie y levantó sus manos esposadas, dispuesto a que lo desnudaran para comprobar sus heridas.

–Deseo que mi sangre sea la última que vierta un tribunal militar en este país –proclamó Baena al final de su alegato.

Tras el «visto para sentencia», el tribunal se marchó a deliberar. Quedaba por saber cuántas penas de muerte se dictarían. El resultado del siniestro sorteo fue el siguiente:

Fernando Sierra Marco, veinticinco años de cárcel.

Pablo Mayoral Rueda, treinta años de cárcel.

Manuel Blanco Chivite, pena de muerte.

Vladimiro Fernández Tovar, pena de muerte.

Xosé Humberto Baena Alonso, pena de muerte.

44. BARCELONA

Madrid no fue la única ciudad que se manchó de sangre aquel verano.

Todo lo que ocurrió en Valencia, donde un comando del FRAP atacó la cárcel de mujeres y el cuartel de Paterna y estuvo a punto de matar a un marine norteamericano, merecería un libro aparte, pero aquí no voy a extenderme, porque esos tres atentados se saldaron sin víctimas mortales. No podemos decir lo mismo de Barcelona.

Domingo, 14 de septiembre de 1975. Tres y media de la tarde.

Juan Ruiz Muñoz camina despreocupado por la Via Favència de Barcelona. Ha terminado su servicio como peluquero en el segundo escuadrón de caballería de la Policía Armada y, como tiene por costumbre, pasa por la churrería del barrio a comprar una bolsa de patatas fritas y un cucurucho de churros para su hija de seis años. Juan roza la cincuentena y le quedan un par de meses para jubilarse. Viste de paisano y va desarmado.

Desde hace media hora, dan vueltas por la zona dos tipos que, sin duda, tienen bien estudiados los hábitos del policía-peluquero, porque están en el lugar preciso cuando aparece con el cargamento de fritos en la mano. Uno de los desconocidos se le acerca por detrás, saca una pistola y le descerraja dos tiros en la nuca. El otro lo remata a navajazos. Las balas le perforan la región occipital, el cuchillo le desgarra el vientre y el muslo izquierdo. Los agresores huyen corriendo, mientras Juan exhala su último aliento.[5]



LA VANGUARDIA
ESPAÑOLA
BARCELONA - 1
Martes, 16 de septiembre de 1975
8 ptas.
FUNDADORES: DON CARLOS Y DON BARTOLOMÉ GODÓ
Fundada en 1881 - Número 33.596
Barcelona: VANDALICO ASESINATO DE UN POLICIA ARMADA

Portada de *La Vanguardia* (16 de septiembre de 1975)
Imagen de la portada de *La Vanguardia* correspondiente al 16 de septiembre de 1975. Cedida por La Vanguardia.

Así cometió el FRAP su primer y último asesinato fuera de Madrid. Con la ley antiterrorista en vigor todavía era capaz de hacer daño, de sus machacadas filas seguían alzándose grupos armados con capacidad mortífera y nadie se atrevía a pronosticar hasta cuándo podrían sostener el pulso. Visto con perspectiva, el atentado de Barcelona fue el epílogo de la campaña violenta, porque la *rama militar* estaba a punto de desintegrarse.

El homicidio de la Via Favència generó un rechazo casi unánime. Causó incluso bochorno. ¿De veras asesinar a un hombre que cortaba flequillos en una comisaría debía leerse como un paso más hacia la revolución? Se rumoreaba que la víctima solía ofrecerse voluntaria para repartir estopa en los interrogatorios, pero ya no sé si eso fue un bulo difundido por el FRAP, en la línea que había sugerido Venancio.

Un grupo de demócratas catalanes publicó un comunicado en el que condenaba esta «violencia irracional incompatible con el cambio democrático». Firmaron el texto nombres de primera fila y

sensibilidades diversas como Jordi Pujol, Miquel Roca, Ramon Trias Fargas, Josep Pallach, Joan Reventós, Anton Cañellas o Josep Solé i Barberà.

En cuestión de semanas cayó el responsable del Comité de Cataluña del PCE (m-l), Ángel González, y los miembros del comando, incluido el supuesto autor material, Lorenzo Jurado. La estructura armada en Barcelona se derrumbó como un castillo de naipes.

El atentado de Barcelona tuvo lugar dos días después de la sentencia del primer consejo de guerra y tres días antes del segundo. La crispación alcanzaba cotas inauditas.

45. EL GOLOSO (II)

El 17 de septiembre, la base militar de El Goloso volvió a ponerse el burdo disfraz de palacio de justicia para juzgar a los presuntos responsables del atentado que le costó la vida al teniente Pose en la calle Villavaliente.

El sumario ordinario se convirtió en «sumarísimo», lo que equivalía a elevar al máximo la urgencia del proceso y arrasar con las garantías más elementales. En lugar de aportar las pruebas incriminatorias que obraban en su poder, el fiscal prescindió de ellas. Al régimen le quemaba la patata caliente de las penas de muerte, temía que el escándalo inflamase la calle y recrudeciese la campaña de repulsa internacional, así que intentó despachar el asunto con celeridad para no verse aún más presionado.

Quiero citar a todos los que asumieron las defensas en circunstancias tan adversas. Juan José Aguirre y Gerardo Viada aceptaron ser los letrados de García Sanz; Concha de la Peña y Fernando Salas defendieron a Sánchez-Bravo; Ventura Pérez Mariño y Paca Sauquillo dieron la cara por Tristán; Juan Lozano Villaplana y Miguel Satrústegui representaron a Dasca, mientras que Pilar Fernández García y Juan José Listerri se hicieron cargo de Cañaveras. Trabajaron en equipo. Había que echarle valor para meterse en este embrollo sabiendo que las posibilidades de éxito eran mínimas, por no decir nulas.

Mención aparte merece José Fonfría, el sexto encausado. Tras verse involucrado en el atentado sin comerlo ni beberlo, contactó con el bufete del socialista Peces-Barba, que aceptó su defensa y designó a uno de sus hombres, Pedro González Gutiérrez-Barquín. Pedrito, como solían llamarlo sus amigos, rehusó coordinarse con los demás letrados.

Los abogados no pudieron disponer de la montaña de folios del sumario hasta la tarde anterior al juicio. Fue algo inconcebible. Esa noche no durmieron, trabajaron a destajo escribiendo recursos para intentar posponer el proceso, pero sus esfuerzos fueron en vano.

En el acuartelamiento de El Goloso les esperaba otra encerrona.

–El ambiente era terrorífico –rememora Juan José Aguirre–. En el tramo que tuvimos que recorrer a pie hasta el edificio donde iba a celebrarse el juicio, los agentes apostados en el camino hacían sonar el percutor de sus metralletas cuando pasábamos a su lado. Se oía clic-clic-clic. Ellos se reían.[6]

De principio a fin, el proceso fue una tomadura de pelo. Cuando a las cuatro y media de la tarde se inició la sesión, Aguirre pidió exponer una larga lista de defectos, pero el presidente del tribunal, el coronel Ricardo Oñate de Pedro, lo cortó en seco.

–No se le concede la venia. Que se proceda a la lectura del apuntamiento.

Uno tras otro, los letrados fueron levantándose para pedir la palabra, y una y otra vez el presidente, con voz autoritaria, los mandó callar. Solo Pedrito, abogado de Fonfría, se mantuvo al margen. Aguirre insistió en plantear alegaciones, pero el presidente, hecho una furia, lo amenazó con echarlo de la sala y relevarlo por el letrado suplente. Lo mismo pasó con el resto.[7] En lugar de tragarse esta parodia de juicio sin rechistar, los abogados se plantaron. Por tercera vez, Aguirre alzó la voz. Aquello ya fue demasiado para el coronel, que lo expulsó y ordenó relevarlo por su suplente, Gerardo Viada. Los demás letrados fueron obligados a abandonar la sala tras pedir que se les escuchara. Los suplentes actuaron del mismo modo y también los echaron. Quedaron a cargo de las defensas los militares nombrados de oficio, que desconocían el sumario.

Los juristas expulsados se marcharon a punta de metralleta. Mientras se lo llevaban de mala manera, Gerardo Viada vio cómo García Sanz se giraba para ver el barullo.

–Su cara lo decía todo. Si eran capaces de tratar así a su abogado, qué no le harían a él.[8]

Pedrito optó por una estrategia más comedida, con la esperanza

de ahorrarle a Fonfría años de prisión. Era el único acusado para quien el fiscal no pedía pena de muerte, sino treinta años de cárcel, pero su actitud indignó al resto porque rompía la línea común. A Fonfría lo tacharon de «confidente».[9] Sospechaban que había pactado con la policía para recibir un castigo menor a cambio de información sobre el atentado.

Durante el juicio, Fonfría tuvo un desliz que rearmó a la acusación. En las preguntas del fiscal, todos reconocieron pertenecer al FRAP, pero negaron estar involucrados en el asesinato del teniente Pose. Fonfría, en cambio, admitió que le encargaron robar un coche y no le desvelaron el plan hasta minutos antes. El fiscal hurgó en los detalles, lo apretó para que soltase algún nombre y, al final, consiguió que reconociera que fue Cañaveras quien lo reclutó para la acción. Fonfría confesó al periodista Carlos Fonseca que llegó a El Goloso «bloqueado» y, ante la insistencia del fiscal, se le «escapó» esa alusión.[10]

A la mañana siguiente se hizo pública la sentencia.

José Luis Sánchez-Bravo Solla: pena de muerte.

Ramón García Sanz: pena de muerte.

Manuel Cañaveras de Gracia: pena de muerte.

Concepción Tristán López: pena de muerte.

María Jesús Dasca Penelas: pena de muerte.

José Fonfría Díaz: veinte años de cárcel, diez menos de los que pedía el fiscal.

Cinco condenas a muerte, que se sumaban a las tres del primer consejo de guerra. La familia de Sánchez-Bravo estaba presente cuando leyeron el veredicto. Su madre se quedó en shock. Vicky, desolada, se puso a gritar el nombre de su hermano.[11] Él se dio la vuelta y uno de los guardias le propinó un porrazo.

–¡Criminales! ¡Asesinos! ¡Queréis matar a mi hermano! –bramó Vicky.

Gracias a uno de los abogados sabemos que Luis García Sanz, el tío de Ramón, estuvo presente en el juicio.[12] Desconozco por qué no acudió también Dorotea, la madre que tuvo que ceder a sus dos hijos a un orfanato. De hecho, no sé si ella aún vivía.

En Carabanchel, cuando corrió la voz de que Fonfría había delatado a un compañero en el juicio, la hostilidad hacia él empezó a tomar un cariz peligroso. Según me contó una persona que lo vivió desde dentro, uno de los condenados del primer sumario se planteó «tirarlo por las escaleras». Los ánimos se calmaron cuando Cañaveras se encontró con Fonfría cara a cara y, en lugar de emprenderla a puñetazos, le dio un abrazo.

46. MOVILIZACIÓN

Terminados los juicios, la vida de ocho militantes del FRAP –y otros tres de ETA, también condenados a muerte– dependía de una firma del Gobierno, que debía decidir si ratificaba las penas o las conmutaba. Comenzó así una carrera contrarreloj en la que familias y abogados removieron cielo y tierra para intentar evitar un desenlace fatídico.

Una de las puertas a las que llamó el padre de Baena fue la del príncipe Juan Carlos. Le mandó una carta y recibió respuesta del general Alfonso Armada, jefe de la secretaría del príncipe. La carta, del 12 de septiembre, la conserva Flor Baena:

> Mi estimado amigo:
>
> Su Alteza Real el PRÍNCIPE DE ESPAÑA ha recibido el escrito que le ha dirigido y ha encargado a esta Secretaría que lo estudie con el mayor interés, por si existe alguna posibilidad de ayudar a su hijo.
>
> Así lo hemos hecho, pero lamentándolo mucho tenemos que comunicarle que la solución al problema que plantease sale de nuestras atribuciones, por lo que nada podemos hacer para favorecerle.
>
> Siento muchísimo no poder darle mejores noticias y quedo suyo, atento y afectísimo amigo,
>
> ALFONSO ARMADA Y COMYN
> General de Artillería, DEM

Otra de las personas que más se movieron esos días fue Vicky Sánchez-Bravo. A sus veintidós años, dejó al marido y al hijo en Murcia y se instaló en Madrid para exprimir cualquier opción de salvar a su hermano. Se dedicó a contactar con personalidades que

pudiesen hacer entrar en razón a Franco. Visitó al cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal Española, que se comprometió a hacer todo lo que estuviera en su mano.[13]

Vicky también se presentó a las puertas del domicilio de Pilar Franco, hermana del jefe de Estado, que le permitió subir a su apartamento y la invitó a un té.

–Vengo de comer con mi hermano –le dijo Pilar Franco–. No les va a pasar nada. Los militares están muy enfadados, pero no os preocupéis, porque no les va a pasar nada.

Fuera de España, las penas de muerte provocaron un rechazo unánime. El primer ministro sueco, Olof Palme, se dejó ver en Estocolmo con una hucha en la mano a fin de recaudar fondos para la causa antifranquista. El cineasta Costa-Gavras aterrizó en Madrid junto con otros intelectuales franceses, como Michel Foucault, Yves Montand y Régis Debray, para hacer público un comunicado de protesta, antes de ser expulsados de España.

Pero la punzada que más le dolió a Franco vino del Vaticano. Tras el rezo del ángelus del domingo 21 de septiembre, desde la ventana del Palacio Pontificio, Pablo VI se posicionó a favor de conmutar las penas de los condenados, «cuyos actos criminales nosotros también deploramos, pero que querríamos redimidos por una justicia que sepa afirmarse magnánima en la clemencia». Un golpe bajo para el régimen nacionalcatólico español.

En la cárcel, los procesados vieron empeoradas sus condiciones. Solo tenían permiso para ver a sus padres y a los abogados. No podían fumar, ni lavarse, ni sentarse. Podían pasear media hora al día por el patio, pero sin hablar con nadie.

El primer día que salieron al patio sucedió algo conmovedor. Caminaban los tres condenados del primer consejo de guerra –Manolo Blanco Chivite, Vladimiro Fernández Tovar y Xosé Humberto Baena–, vigilados de cerca por funcionarios que los obligaban a dar vueltas con veinte metros de separación entre ellos. A esa hora, los demás presos estaban en sus celdas. El silencio era espesísimo. Y de repente, desde una de las ventanas con barrotes de la Sexta Galería, alguien empezó a silbar «La Internacional». Otros presos se

sumaron al himno y se formó un coro improvisado. Los tres convictos temblaban de emoción; los funcionarios, histéricos, avisaron a los guardias para restablecer el orden.[14]

Pasaban los días y crecía la incertidumbre. Al dictador, las presiones le llegaban de los sitios más insospechados. Incluso recibió una breve y tierna carta de Nicolás Franco Bahamonde, su hermano mayor, que lo apremiaba a corregir el fallo del tribunal.

> Querido Paco:
>
> No firmes esa sentencia. No conviene, te lo digo porque te quiero. Tú eres buen cristiano, después te arrepentirías. Ya estamos viejos, escucha mi consejo, ya sabes lo mucho que te quiero.
>
> Yo estuve algo enfermo, ahora ya estoy bien, gracias a Dios.
>
> Un fuerte abrazo de tu hermano,
>
> NICOLÁS[15]

Las presiones a Franco provenían no solo de la calle y del extranjero, sino también de sectores del régimen que consideraban contraproducentes las ejecuciones. El futuro de once sentenciados a muerte estaba en manos de un anciano de ochenta y dos años decrépito y senil, que se tapaba los oídos, como si ya hubiera decidido morir matando.

47. EL ENTERADO

Una vez ratificadas las condenas por los capitanes generales –puro trámite– solo quedaba un filtro: el Consejo de Ministros debía darse por «enterado» de las penas impuestas. Tenía que reunirse y dar, o denegar, el definitivo visto bueno.

La reunión se convocó para el viernes 26 de septiembre por la tarde en El Pardo, pero previamente, por la mañana, una parte del Gobierno celebró un cónclave informal para examinar los expedientes de los once condenados.[16] Tenían tres opciones: o ceder a los requerimientos internacionales e indultarlos a todos, o cerrarse en banda y confirmar las sentencias, o buscar un término medio para salir del paso y poder decir que hubo cierta magnanimidad sin arrodillarse ante las presiones extranjeras. Si se inclinaban por esta tercera alternativa, tenían que determinar a cuántos les perdonarían la vida.

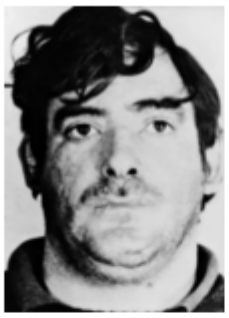
Había casos que clamaban al cielo. Me refiero, por ejemplo, a José Antonio Garmendia, un miembro de ETA que en el asalto a un banco recibió un balazo que le atravesó el cráneo y le provocó gravísimos daños cerebrales. Aun así, un tribunal militar lo condenó a muerte. ¿Serían capaces de ejecutar a un disminuido psíquico? Otro caso repugnante era el de Concepción Tristán: ¿cometerían la canallada de asesinar a una embarazada? A María Jesús Dasca, quizá debido al tormento de los interrogatorios, no le había bajado la regla y sus abogados lo aprovecharon astutamente para esgrimir un posible embarazo. Si había indultos, ellos tres tenían muchos números de salir beneficiados.

Jamás ha sido desvelado el debate que hubo en esa reunión entre ministros y me temo que ya no habrá manera de reventar el candado, porque muchos de los protagonistas han muerto y los que

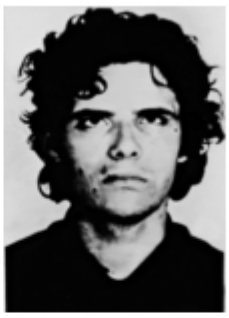
quedan se niegan a recordar. La BBC llegó a publicar que ocho ministros se opusieron a las condenas y presentaron su dimisión. No sé cuál era su fuente, pero la información no se tradujo en hechos. Allí no dimitió nadie.

Por la tarde se celebró el Consejo de Ministros, con Franco a la cabeza. Al acabar, el ministro de Información y Turismo, León Herrera, compareció en una abarrotada sala de prensa para comunicar que el Gobierno se había dado por «enterado» de la pena capital contra tres miembros del FRAP (Baena, Sánchez-Bravo y García Sanz) y dos de ETA (Ángel Otaegui y Juan Paredes Manotas). A los seis restantes les fue conmutada la pena por un máximo de treinta años de cárcel.[17] Las penas de muerte debían ejecutarse de día, a las doce horas de su notificación. Al amanecer, esas cinco personas dejarían de existir.

Y aquí surge otra duda. ¿Cuáles fueron los criterios de selección? ¿Siguió el Gobierno algún patrón coherente? ¿O fue una decisión arbitraria, cinco muertes a peso? No entraré a valorar los casos de los dos miembros de ETA, porque no los he investigado, aunque quienes sí lo han hecho se escandalizan por la chapuza jurídica que los llevó hasta allí. Me voy a centrar en los encausados del FRAP, los que iban a morir y los que se iban a salvar.



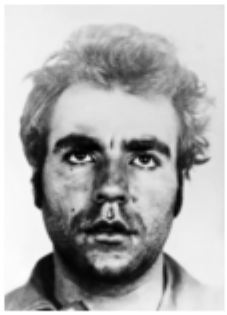
Ángel Otaegui



Juan Paredes Manotas



Ramón García Sanz



José Luis Sánchez-Bravo



Xosé Humberto Baena

Retratos de los cinco fusilados del 27 de septiembre de 1975. Agencia EFE.

En la lista negra estaban los presuntos autores materiales de los dos atentados en Madrid: Baena y García Sanz. Ninguna sorpresa. Sí se habían librado del cadalso las dos chicas, Tristán y Dasca. También previsible. Pero a partir de ahí todo son contradicciones. Si le conmutaron la pena a Blanco Chivite, teóricamente el cerebro del crimen de Alenza, ¿por qué iban a fusilar a Sánchez-Bravo, teóricamente el cerebro del crimen de Villavaliente? Para cada una de las cuatro causas juzgadas –dos del FRAP y dos de ETA– habían encontrado a un chivo expiatorio, salvo en el caso del asesinato del teniente Pose, por el que serían ejecutadas dos personas, Sánchez-Bravo y García Sanz. ¿A qué se debía esa asimetría?

Ni el ministro León Herrera fue capaz de argumentarlo.

–La prerrogativa del jefe del Estado –hizo hincapié ante los

periodistas– no comporta una decisión que externa o formalmente haya de ser fundada. Se funda, por tanto, en la propia facultad de ejercer el derecho de gracia que, con arreglo a la ley, tiene el jefe del Estado.[18]

A los tres del FRAP que iban a morir se les informó de la decisión en sus celdas. No volvieron a ver al resto de sus camaradas. Los aislaron en unos calabozos especiales, en los sótanos de Carabanchel. Un silencio fúnebre se adueñó esa noche de la cárcel.

Lo que nunca se ha contado hasta ahora es que hubo un amago de motín. Un grupo de presos políticos –entre ellos José Gómez Cézar– y también presos comunes sopesaron esta opción, pero los máximos responsables del FRAP en prisión desecharon la idea.[19]

Fuera de la cárcel, los militantes que habían sobrevivido a las caídas barajaron formar un comando para asaltar Carabanchel y liberar a los presos, pero el plan no se concretó.[20]

Una mezcla de rabia e impotencia tiñó de negro la madrugada del 26 al 27 de septiembre.

48. NOCHE EN CAPILLA

Trataré de reconstruir las últimas horas de vida de los tres condenados del FRAP a partir de sus escritos finales y de siete testigos directos e indirectos.[21]

A las nueve de la noche, Baena, Sánchez-Bravo y García Sanz ya saben que cuando salga el sol serán fusilados. Aunque la procesión va por dentro, han recibido el jarro de agua helada sin aspavientos. Durante semanas han ido haciéndose a la idea, sin agarrarse a falsas esperanzas. Lo ilustra bien la anécdota del jersey. En prisión, Julio Gomariz recibió un paquete que no era para él, sino para Baena, y que contenía un jersey de punto tejido por Maruxa en Yeserías. Gomariz se lo entregó a Baena, que cogió la prenda apesadumbrado:

–Pero si a mí ya no me va a hacer falta. Para qué, si yo ya estoy... –dijo, y en lugar de terminar la frase, simuló con la mano una pistola que apuntaba a la sien.

–¡Qué dices, hombre! No digas tonterías. No se atreverán, ya verás –le animó Gomariz.

–Sé lo que me espera.

Baena, Sánchez-Bravo y García Sanz son conducidos a una zona de la prisión que no conocen. A la altura de las dependencias de huella y cacheo, descienden por una escalera de caracol hasta las tripas de la cárcel y son arrojados a sus últimos aposentos: tres celdas contiguas, separadas por tabiques. No pueden verse, a su alrededor solo hay paredes desnudas y una reja que cierra de arriba abajo el lado delantero, que comunica con un pasillo estrecho. Este es el lúgubre decorado donde consumirán su última madrugada.

Los familiares de los tres reos tienen derecho a pasar la noche con ellos. Pero ha ido todo tan rápido que los padres y hermanos de

Baena, acantonados en Vigo a la espera de noticias, apenas han tenido margen de reacción. Tras hacerse público el enterado, han recibido una llamada del abogado. Si quieren ver por última vez a Xosé Humberto, deben llegar a Carabanchel antes de las seis de la mañana. Fernando Baena tenía billete para viajar esa noche a Madrid, pero si se sube a ese tren llegará a Atocha cuando ya hayan fusilado a su hijo, así que cambia de planes y contrata un taxi para cruzar España a toda velocidad. Lo acompaña su hijo Fernando, el hermano mayor de Xosé Humberto. Deben acelerar si quieren llegar a tiempo de despedirse de él antes de que amanezca.

Quien hace semanas que se ha instalado en la capital es Erundina Solla, la madre de Sánchez-Bravo, una mujer psicológicamente destrozada. Solo se sostiene gracias a los otros hijos que la arropan, sobre todo Vicky, la hermana con quien José Luis tiene más complicidad. Cuando les dan permiso para bajar a las celdas, el impacto es devastador. Ahí está José Luis, enjaulado, aguardando su final.

Ramón García Sanz, en cambio, no espera visitas. Su hermano Santiago está postrado en la cama de un hospital de Aragón y no podrá venir a verlo.

Los abogados de Sánchez-Bravo y García Sanz, expulsados del consejo de guerra, han perdido la capacidad legal de representarlos y no pueden estar junto a ellos. Solo logra abrirse paso Javier Baselga, el letrado de Baena, que nada más llegar pide que traigan unas sillas para no tener que pasar la noche sentados en el suelo.

Dentro de cada celda vigilan dos funcionarios. Baselga charla con Baena con la reja de por medio. Lo ve triste, cómo no, pero más entero de lo que cabría esperar. Baena le habla de su infancia en Vigo y de los sueños que no va a poder cumplir.

–Es duro morir joven... –admite.

Pregunta cómo lo ejecutarán. Pensar en el garrote vil le causa desasosiego, prefiere ser fusilado. Quiere que lo entierren en Vigo. No dice ni una palabra sobre los hechos por los que lo han condenado; Alenza ni se menciona.

Los tres presos fuman sin parar mientras sus vidas se encogen a cada minuto. Les ofrecen algo de comer. Baena no quiere nada, pero

su abogado le insiste y acaba tomándose un par de botellas de leche y un helado.

En mitad de la noche irrumpe el capellán de la cárcel. Baena le hace saber que no necesita sus servicios, aunque no hay inconveniente en que se quede a charlar. El sacerdote insiste en invitarlo a arrepentirse de sus pecados. En eso no se ponen de acuerdo, pero conversan un buen rato. Luego, Baselga recomienda a Baena que escriba una carta a sus padres, por si no llegan a tiempo. Los funcionarios le dejan papel y bolígrafo. Y empieza a escribir.

En la celda de al lado, Sánchez-Bravo habla a través de los barrotes con Vicky, Manuel Ángel y Dolores Fe, sus hermanos. Agotada e incrédula, su madre, Erundina, está sentada en una silla, con la mirada perdida, deseando despertar de aquella pesadilla. También Vicky está desolada, pero intenta que se le note lo menos posible. José Luis se levanta la camisa para mostrarle la marca de la tortura, un descomunal hematoma en el tórax. Estuvo meando sangre durante quince días. Ahora está nervioso, por momentos se pone a temblar. Tiene frío y pide un jersey. No come, no le ve sentido a alimentarse sabiendo que va a morir.

Sánchez-Bravo ha pedido ver a Silvia Carretero, presa en Yeserías. Maruxa también está allí recluida y desearía abrazar a Xosé Humberto, pero no se lo permiten porque no están casados. Silvia y José Luis sí que lo están, por lo que, sobre las once de la noche, a ella la trasladan en un furgón a Carabanchel y desciende al sótano donde nadie duerme. Silvia pide que la dejen entrar en la celda, pero las instrucciones son tajantes; los visitantes deben permanecer detrás de la reja. Le traen otra silla y se sienta delante de él. A través de los barrotes, la mano de José Luis se posa sobre la barriga de Silvia y siente el pálpito del feto.

Hay un cúmulo de coincidencias que enlazan las vidas de Baena y Sánchez-Bravo. Los dos son gallegos, de Vigo, estudiaron en el Instituto Santa Irene, se alistaron al FRAP a principios de los años setenta y acabaron convergiendo en Madrid en 1975. No se conocieron antes, pero esta noche se convierten en inseparables, cantan «A Rianxeira», corean el himno de Galicia con los ojos humedecidos.

En la tercera celda está Ramón García Sanz. Uno de los hermanos de Sánchez-Bravo se acerca a darle conversación. Pero quien más habla con él esa noche es alguien inesperado.

Esta historia me la contó Rafael Seco de Arpe, el militante que conoció a García Sanz ese verano en el aparato de propaganda de Coslada. Seco de Arpe tenía un amigo ajeno al FRAP llamado Miguel. Mucho tiempo después de 1975, en una comida entre colegas, uno de los comensales hizo referencia a la canción «Al alba», de Luis Eduardo Aute, dedicada a los fusilados del 27 de septiembre. En ese instante, a Miguel le brillaron los ojos:

–Aquello fue muy especial para mí...

Seco de Arpe se quedó mirándolo extrañado. «Aquello» era especial para la gente del FRAP, pero ¿qué vínculo podía tener con eso una persona despolitizada como su amigo?

–Yo era funcionario de prisiones –explicó Miguel–. El 26 de septiembre por la tarde estaba en mi casa, había terminado mi turno, y me llamaron por teléfono para que volviera a Carabanchel. Tuve que reincorporarme al servicio toda la noche para acompañar a los tres condenados a muerte. Cuando bajé a las celdas, vi allí al fondo a uno que estaba solo, sin familia, sin abogado, sin nadie con quien hablar.

–¡¿Estuviste con Pito?! –Seco de Arpe pegó un bote.

–Sí, creo que lo llamaban así. ¿Cómo lo sabes?

–¡Porque fue mi camarada!

–Pues me metí con él en la celda y estuvimos un buen rato charlando, bebiendo copitas de coñac... Él era aragonés, como yo. Me dijo que se había criado en un orfanato y que no conoció a sus padres. Me impresionó mucho. Cuando se lo llevaron a primera hora de la mañana, me dio un abrazo de despedida.

En Carabanchel siguen pasando las horas, el sol está a punto de salir, la vida de los tres jóvenes se apaga. José Luis pide papel y lápiz y se pone a escribir. El texto se perdió porque a Vicky se lo requisaron a la salida, pero Silvia lo memorizó.

Escribo esta carta en las últimas horas que me quedan de vida. Poco os

puedo decir, salvo que mi vida estuvo enteramente dedicada a la lucha, desde los trece años. Espero que nuestra muerte sirva para seguir adelante, para que las banderas del Partido sigan ondeando hasta el final. Solo pido que haya una mayor conciencia de todos, como yo tuve con la muerte de Puig Antich. Luché por la libertad de todos, por la libertad del pueblo español. De mi hijo quiero y espero que sea un revolucionario, no como yo, sino mejor, y que, cuando sea mayor, se hayan alcanzado ya nuestras metas. Y de mi mujer lo único que deseo es que sea fuerte y siga adelante en la lucha. En definitiva, que todas nuestras vidas sean por el pueblo, por la libertad y por la democracia. Viva el Partido.[22]

También García Sanz se anima a escribir unas líneas al único que podría esperar una carta suya. El mensaje a su hermano Santiago es de una sencillez enternecedora.

Querido hermano, me han dicho que has vuelto otra vez al hospital. Yo espero que no sea nada grave y que te repongas pronto. Ya sabrás en qué situación estoy, pero espero que esto no te perjudique, y procura cuidarte. No sé si habrás recibido un dinero, o como digo yo, tela marinera. Si lo has recibido, procura gastarlo con moderación e invitar a tus compañeros del colegio, y les das un saludo afectuoso para todos. No sé si te visita la familia, si en caso no lo hiciera así, vas tú y les das a todos un abrazo de mi parte. Ya sabes que no me gusta escribir mucho, sin embargo, me gustaría escribir toda la noche, pero no sé qué decirte. Un abrazo muy fuerte de tu hermano.

¿A quién se refería cuando hablaba de «la familia»? ¿Solo a su tío Luis, que había asistido al juicio en El Goloso? ¿O también a Dorotea, la madre que jamás pudo cuidar de sus hijos?

Al final de la carta, Ramón García Sanz enumera sus escasas pertenencias: un casete Philips, un transistor, una maleta con ropa, otra vacía, un monedero con 5.400 pesetas, un reloj, dibujos en carboncillo, pinturas, pinceles y un caballete. «Todo es para mi hermano Santiago García Sanz», especifica.

Xosé Humberto también ha terminado su escrito. Ocupa dos páginas.

Papá, mamá:

Me ejecutarán mañana de mañana.

Quiero daros ánimos. Pensad que yo muero, pero que la vida sigue.

Recuerdo que en tu última visita, papá, me has dicho que fuese valiente, como un buen gallego. Lo he sido, te lo aseguro. Cuando me fusilen mañana, pediré que no me tapen los ojos para ver la muerte de frente.

Siento tener que dejaros. Lo siento por vosotros, que sois viejos y sé que me queréis mucho, como yo os quiero. No por mí. Pero tenéis que consolaros pensando que tenéis muchos hijos, que todo el pueblo es vuestro hijo. Al menos, yo así os lo pido.

¿Recordáis lo que dije en el juicio? «Que mi muerte sea la última que dicte un tribunal militar.» Ese era mi deseo. Pero tengo la seguridad de que habrá muchos más. ¡Mala suerte!

¡Cuánto siento morir sin poder daros ni siquiera un último abrazo! Pero no os preocupéis. Cada vez que abracéis a Fernando [se refiere a su hermano mayor], el niño de Mary [su hermana María Flora] o a Manolo [su amigo Manolo Piña], haceros a la idea de que yo continúo en ellos.

Además, yo estaré siempre con vosotros, os lo aseguro. [El subrayado es suyo.]

Dadles las gracias de mi parte a todos los que se interesaron por mí. A toda la familia y a mis amigos. Manolo para mí es como un hermano. Es un hijo más vuestro. ¡Animadle!

Una semana más y cumpliría 25 años. Muero joven, pero estoy contento y convencido.

Haced todo lo posible para llevarme a Vigo. Como los nichos de la familia están ocupados, enterradme, si podéis, en el cementerio civil, al lado de la tumba de Ricardo Mella [un anarquista vigués], aunque lo dejo a vuestra elección.

Nada más. Un abrazo muy fuerte. El último.

Adiós papá, adiós mamá.

Vuestro hijo:

[Firma]

Me dejan escribiros un poco más. Quisiera deciros que siempre os he querido. Siempre. Cuando me marché de casa, lo hice obligado por las circunstancias y creo que sufrí yo más que vosotros al dejaros.

Ya quedan muy pocas horas. Se van muy rápido. Sin embargo, estoy tranquilo.

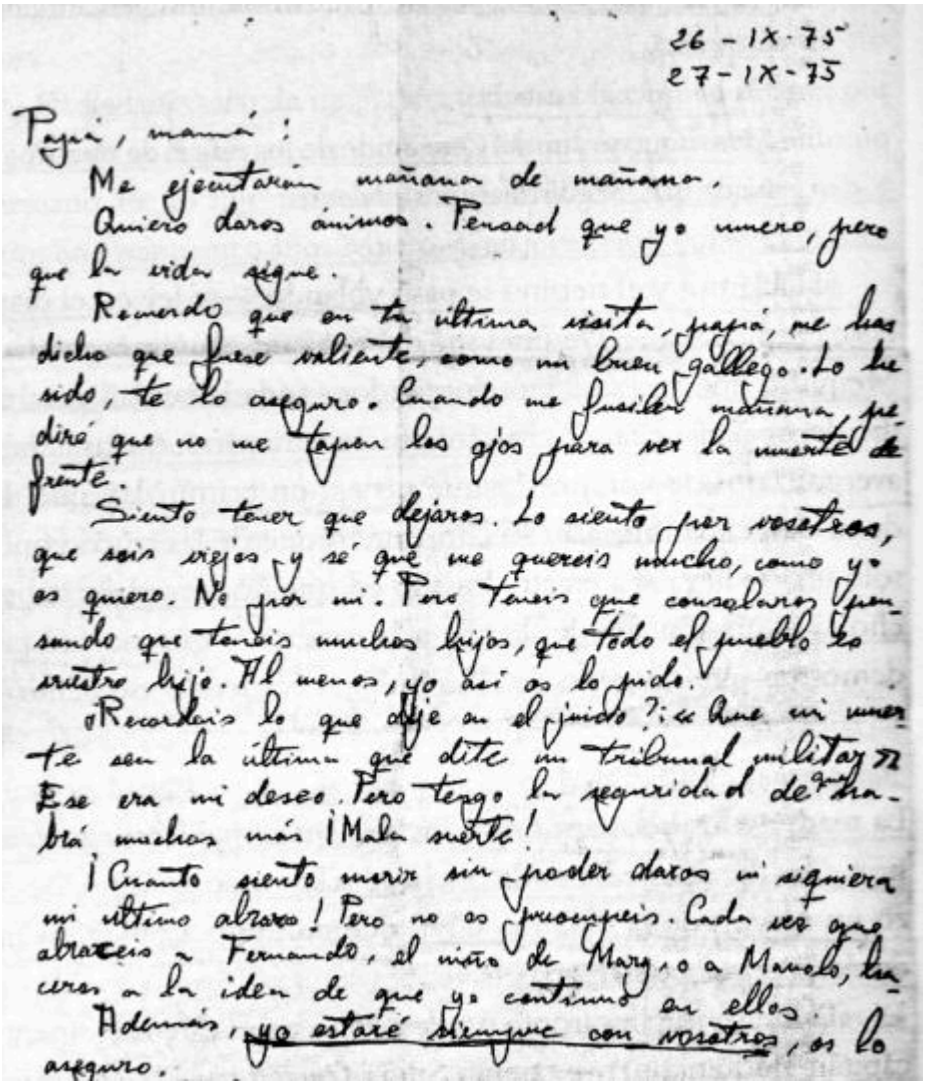
Mary, a partir de ahora, os cuidará tan bien como lo hacíamos antes los dos. Espero que mi muerte sirva para que ella, y todas las personas que me quieren, cojan conciencia.

María [Maruxa, su novia], en la cárcel de Yeserías, sé que nunca me olvidará. Pero le he pedido por medio de su abogado que cuando salga busque otro compañero como yo y que siga adelante.

Las cartas de Tin [se refiere a su tía Carlota] las he leído muchas veces.

Gracias, Tin. ¡Se acabó tu Francisquiño! Parece que tu dios no hizo caso.
Sé que todos sabréis perdonarme. Mi último pensamiento será en vosotros.
Os he querido mucho.
Mamá que se anime. Que cuide de los niños, de nuestros niños.
Nada más. Seguid siempre adelante.

Mientras escribe estas líneas, el taxi en el que viajan su padre y su hermano recorre los últimos kilómetros. Los periodistas que hacen guardia en la entrada de Carabanchel los ven llegar a las 6:53.[23] Un funcionario los acompaña hasta las celdas; nueve horas de viaje y apenas treinta minutos para despedirse.



26 - IX - 75
27 - IX - 75

Papá, mamá:

Me ejecutarán mañana de mañana.

Quiero daros ánimos. Pensad que yo muero, pero que la vida sigue.

Recuerdo que en tu última visita, papá, me has dicho que fuese valiente, como un buen gallego. Lo he sido, te lo aseguro. Cuando me fusilen mañana, pediré que no me tapen los ojos para ver la muerte de frente.

Siento tener que dejaros. Lo siento por vosotros, que sois viejos y sé que me queréis mucho, como yo os quiero. No por mí. Pero tenéis que consolaros pensando que tenéis muchos hijos, que todo el pueblo es vuestro hijo. Al menos, yo así os lo pido.

¿Recordáis lo que dije en el juicio? Que mi muerte sea la última que dicte un tribunal militar. Ese era mi deseo. Pero tengo la seguridad de que habrá muchas más. ¡Mala suerte!

¡Cuanto siento morir sin poder daros ni siquiera mi último abrazo! Pero no os preocupéis. Cada vez que abracéis a Fernando, el nieto de Mary, o a Manolo, hacerlo a la idea de que yo continúo en ellos.

Además, yo estaré siempre con vosotros, os lo aseguro.

Fragmento de la última carta de Baena
Fragmento de la última carta de Xosé Humberto Baena. Archivo personal de Flor Baena.

Según mis cálculos, es la quinta vez que el padre de Baena puede ver a su hijo desde que a finales de agosto autorizaron las visitas. Este hombre de setenta años ha viajado noches enteras desde Vigo para comunicarse cada sábado con él, cuando aún había esperanzas de un indulto. Como ya no tiene nada que perder, porque todo está perdido, aprovecha la última oportunidad para intentar resolver una incógnita que le quita el sueño. Antes de morirse de viejo o de pena, le gustaría saber si su hijo fue realmente quien mató al policía. Es entonces cuando se produce el diálogo del que me habló Flor Baena por primera vez.

–Papá, puedes tener la completa seguridad de que yo no lo hice.

–Te digo una cosa, hijo, preferiría que me dijeras que fuiste tú el culpable, porque por lo menos sabría que quienes te condenaron a muerte no se equivocaron de persona. Pero si me dices que van a fusilar a un inocente, todavía me dolerá más.

–Lo siento, papá, pero no puedo darte este consuelo. No fui yo quien lo mató.

Xosé Humberto le ruega que escriba una carta a sus nietos para que, cuando sean mayores, sepan que «no era un criminal» y no se avergüencen de él.

El tiempo se agota.

Chirrían las cerraduras. Los carceleros sacan de sus celdas a Xosé Humberto, José Luis y Ramón y meten a cada uno en un furgón. Las ejecuciones no admiten demora.

En los alrededores de la cárcel, periodistas españoles y extranjeros han hecho guardia toda la noche y anotan cada movimiento. Agentes de la Policía Armada patrullan por el perímetro. No paran de llegar más vehículos policiales. Este inusual dispositivo de seguridad delata el miedo del régimen a que ocurra un imprevisto. El escenario de las ejecuciones se mantiene en secreto hasta el último segundo para prevenir disturbios.

El único incidente tiene lugar a las puertas de la cárcel. Cuando la familia de Sánchez-Bravo se dispone a abandonar el centro penitenciario, Erundina profiere gritos de puro desconsuelo. Uno de los policías la reprende en tono chulesco, le dice que la culpa es suya por «malcriar» a un hijo comunista. Ella contesta. La agarran del brazo, la zarandean. Su hijo Manuel Ángel, de diecisiete años, se encara con los agentes.

–¡Suelten a mi madre!

En lugar de eso, un uniformado saca la pistola y encañona al chaval. Vicky tiene que intervenir para evitar males mayores.

A las siete y media de la mañana, entre rugidos de motor y sirenas estridentes, la comitiva policial se pone en marcha hacia el campo de tiro militar de Hoyo de Manzanares.

49. AL ALBA

Volvamos brevemente a la negra noche del 26 de septiembre.

En el interior del Colegio de Abogados de Madrid, profesionales del derecho de perfiles muy diversos unieron sus agendas telefónicas en un agónico esfuerzo por cambiar el guión escrito por Franco y sus ministros. Nombres del prestigio de Joaquín Ruiz-Giménez, Enrique Tierno Galván, Manuela Carmena o Eurico de la Peña se echaron el auricular a la oreja y empezaron a llamar a peces gordos.[24]

La mediación más interesante la protagonizó Ruiz-Giménez con el Vaticano. El papa, que ya se había mojado públicamente a favor del perdón, fue informado de lo que estaba pasando. A las cuatro de la madrugada, Pablo VI intentó comunicarse con Franco para instarle «en nombre de Dios» a emitir una contraorden, con el argumento de que la vida humana es sagrada y debe estar exclusivamente en manos del Todopoderoso, no al arbitrio de un jefe de Estado. ¿Quién, si no el papa, podía forzarlo a cambiar de opinión? ¿Osaría Franco desacatar los ruegos del infalible pontífice? Ni tan solo hubo interlocución, porque el dictador, esa noche, se negó a ponerse al aparato. Antes de irse a la cama avisó de que no lo despertaran por ningún motivo.[25] La frenética actividad en el Colegio de Abogados fue en balde.

Al alba, los verdugos empezaron a cargar sus fusiles.

A las 8:35 horas, en el patio de la prisión de Burgos, Ángel Otaegui Echevarría fue asesinado por un piquete formado por ocho agentes de la Policía Armada.

Aproximadamente a la misma hora, en el cementerio de Collserola, en Cerdanyola del Vallès, ataron a un poste a Juan Paredes Manotas, *Txiki*, y lo cosieron a tiros.

Si se libraron todos del garrote vil no fue por benevolencia, sino

porque los dos únicos individuos que sabían manejarlo en España no podían estar en tres sitios distintos a la vez.

Las últimas ejecuciones del franquismo fueron las de Baena, Sánchez-Bravo y García Sanz. Los furgones que los transportaban, junto con un séquito de jeeps policiales, pusieron rumbo a las secas ondulaciones de la sierra de Hoyo de Manzanares. Se desviaron hacia el campo de maniobras de El Palancar y se adentraron en los matorrales donde solía entrenarse el Ejército de Tierra. Seguía su estela un segundo convoy, no oficial, con familiares, periodistas y abogados que querían ser testigos de las ejecuciones, que por ley debían ser públicas, aunque había órdenes de dificultárselo.

Los únicos ojos no hostiles que presenciaron la matanza fueron los de don Alejandro, el joven párroco de Hoyo de Manzanares, al que sacaron de la cama a las seis y media de la mañana. Según admitió tiempo después, la experiencia lo dejó «hecho polvo».[26]

–No paré de llorar en todo el tiempo y algunos se acercaron a mí para amenazarme por no aplaudir. Cuando fui a dar la extremaunción a uno de los chicos fusilados, aún respiraba. En ese momento se acercó el teniente que mandaba el pelotón y le dio el tiro de gracia, sin darme tiempo a separarme del cuerpo caído. La sangre me salpicó. No he dejado de tener pesadillas ninguna noche de mi vida.[27]

Hay debate sobre el orden en que fueron abatidos. Según figura en el sumario, Baena fue el primero en morir, seguido de García Sanz y Sánchez-Bravo.[28] Sin embargo, la prensa publicó otra versión, corroborada por el periodista Manuel Alcalá, que logró subirse a un terraplén y oteó desde lejos el tercer fusilamiento, a cargo de un pelotón de la Guardia Civil, detalle clave para deducir que el último fue Baena.[29] Alfredo Grimaldos confirma la secuencia: primero García Sanz, luego Sánchez-Bravo y, finalmente, Baena.[30]

Hacia las 9:23 horas, colocaron a Ramón García Sanz delante de un piquete formado por diez números de la Policía Armada, un sargento y un teniente.[31] Estaban también el juez, un médico militar, el capellán de Carabanchel y el párroco del pueblo. Periodistas y abogados oyeron desde lejos la primera descarga.

Ramón cayó al suelo.

Después de que el médico confirmara su defunción, retiraron el cadáver y los verdugos cargaron de nuevo sus armas. Era el turno de José Luis Sánchez-Bravo. Mientras se desgañitaban en uno de los controles de acceso para exigir que las dejasen pasar, Vicky y su madre oyeron la segunda descarga, a las 9:40 horas.

José Luis acababa de ser fusilado.

Para el tercer y último acto de la escabechina hubo relevo de escopeteros. Ramón y José Luis, acusados de matar a un guardia civil, habían sido asesinados por voluntarios de la Policía Armada. Xosé Humberto, declarado culpable de matar a un policía, iba a morir a manos de un pelotón de la Guardia Civil. Su ejecución se retrasó unos minutos. Pasadas las diez de la mañana, otra descarga atronadora volvió a rasgar el cielo.

Xosé Humberto yacía en el suelo, con el jersey beis que le tejió su novia perforado. Sin que él pudiera saberlo, acababa de cumplirse uno de los deseos que había dejado escrito esa madrugada. «Que mi muerte sea la última que dicte un tribunal militar». Así fue. Baena fue el último. Franco duró menos de dos meses y las cosas empezaron a cambiar.

Así recordaba el párroco de Hoyo de Manzanares aquella mañana aciaga:

–Murieron de una forma absolutamente íntegra, sin decir una palabra y sin que se les escapara un quejido. Allí mismo leí el ritual breve. Al entierro asistí yo, sin el capellán de Carabanchel; me dijo que si no me importaba asistir yo solo, que él no era capaz de entrar en el cementerio. Estaba deshecho. Es lógico, él los conocía bastante. No había ningún familiar de García Sanz, pero él había dicho: «Por favor, enterradme junto a mis compañeros, y si estos se entierran en otro lado, enterradme a mí solo, no en una fosa común».

Terminado su *trabajo*, los voluntarios de los piquetes, acompañados de otros energúmenos que habían llegado en autobuses para jalear los ajusticiamientos, bajaron riéndose a carcajadas, borrachos, groseros, como si regresaran de un festejo nocturno. Deambulaban por ahí personajes de la policía secreta

como Saturnino Yagüe o Billy el Niño, con corbatas de colores chillones, sin esforzarse en disimular su alborozo.[32]

Casi nada se sabe de los ejecutores. Los escasos datos filtrados los aportó la biografía del general José Antonio Sáenz de Santa María, jefe del Estado Mayor de la Guardia Civil, que pese a ser favorable a los indultos tuvo que asumir los preparativos de los fusilamientos. Fue él quien escogió a los miembros del pelotón de la Guardia Civil. Intentó reclutar voluntarios en una compañía del Cuerpo, pero no se presentó nadie. En su biografía asegura que hubo que forzar la situación para designar a ocho guardias civiles y al teniente que encabezaría el pelotón. Todos recibieron la orden «con muestras de desagrado», aunque ninguno se negó. Sáenz de Santa María se coordinó con el responsable del pelotón de la Policía Armada. Para evitar lecturas de venganza, consensuaron que los guardias civiles ejecutarían a Baena, mientras que los policías dispararían contra García Sanz y Sánchez-Bravo. Los tiradores no cobrarían ninguna gratificación especial y sus nombres se mantendrían «para siempre en secreto».[33]

Uno de los tres fusilados murió en el acto. Los otros dos, agonizantes, recibieron el tiro de gracia del teniente de turno, que semanas después sufrió una crisis nerviosa.

50. LA MANO NEGRA

Los consejos de guerra fueron una comedia demasiado rastrera como para convencer a alguien de que se había impartido justicia. La única prioridad del régimen fue responder sin piedad a la ola de atentados, para apaciguar a las fieras que tachaban a Arias Navarro de pusilánime.

Toda la herrumbrosa carrocería franquista, desde militares y cuerpos policiales hasta jueces y políticos, fue cómplice del quíntuple asesinato de Estado del 27 de septiembre. Pero salta a la vista que alguien con muchos galones maniobró para acelerar el sangriento desenlace. ¿De quién fue la mano que movió los hilos? ¿De un ministro? ¿De Arias Navarro? ¿Del propio Caudillo?

Ignacio Martín Amaro, exsenador de Alianza Popular, era hijo de Mariano Martín Benavides, el juez instructor de la causa de Alenza. Ignacio murió en 2021, pero dos años antes concedió una entrevista al diario *El Mundo* en la que habló del desafortunado papel que le tocó interpretar a su padre. Cito sus declaraciones:[34]

–Mi padre era muy reservado y en casa no se hablaba de aquello. Pero sé que no participó en aquel proceso de buena gana, lo pasó fatal. A la familia de Baena le dio todas las facilidades para que pudieran visitarlo en la cárcel y permitió la salida de la carta que Baena escribió en la víspera, que a mí me impresiona mucho.

Añade:

–Mi padre estuvo presente en el fusilamiento porque tenía que dar fe de las muertes. Sabía que aquel proceso había dejado mucho que desear. Los jueces militares tenían instrucciones de muy arriba y aquellos jóvenes estaban sentenciados. Los altos estamentos querían dar un escarmiento. Y mi padre lamentó todo lo que tuvo que hacer.

Una más:

–Mi padre estaba apesadumbrado. Recibió instrucciones de muy arriba porque ya los tenían sentenciados. Él me dijo que estaba arrepentido de lo que tuvo que hacer.

Los militares, pues, recibieron «instrucciones de muy arriba» para repartir penas de muerte a diestro y siniestro, retorciendo las leyes franquistas tanto como fuera necesario.

Repasando el comportamiento cicatero que tuvo el juez instructor, me cuesta imaginarlo con cara de abatimiento mientras denegaba cada petición de las defensas. Cerca de doscientas instancias de los abogados acabaron en el cubo de la basura. Para un militar franquista tenía que ser difícil despegarse de la histeria ultra desatada aquel verano. Tiendo a pensar que lo que más contrariaba al juez era tener que tramitar los recursos que interponían los abogados. Pero quizá me equivoco. No tengo pruebas para poner en duda la versión de su hijo. Y, en cambio, sí que puedo contar una anécdota pasmosa que avala la teoría de que una *mano negra* teledirigió las condenas, a despecho de una parte de la judicatura.

La anécdota no tiene ningún tipo de sentido, pero la fuente que me la ha explicado merece toda la confianza. José Folguera, el abogado que defendió a Fernando Sierra en el primer consejo de guerra, recuerda la siguiente escena.[35]

La mañana del 12 de septiembre, Folguera se encontraba en El Goloso, pendiente del fallo. En los minutos de espera, paseaba por el patio exterior con el fiscal, un teniente coronel que, tras mostrarse implacable en el juicio, ahora conversaba amigablemente con él. Caracoleando entre tanques estacionados en el recinto, el fiscal parecía otra persona, más empática, dispuesta a sincerarse ante Folguera, a quien no veía como un rival, sino como un colega del mundo del derecho a quien le podía contar sus preocupaciones.

Entonces se les acercó un soldado con noticias frescas.

–Ya está el fallo.

Cuando se enteró de que el tribunal había dictado tres condenas a muerte –para Baena, Blanco Chivite y Fernández Tovar–, el fiscal se desmoronó. Se giró hacia Folguera y se echó a llorar. A llorar a

lágrima viva. El tribunal acababa de darle parcialmente la razón, había concedido tres de las cinco penas de muerte por las que tanto había batallado, y, en lugar de tomárselo como un triunfo profesional o de sentir saciada la sed de venganza del régimen al que servía, reaccionó como si aquellos chicos fuesen de su familia. Mientras iba soltando lagrimones, le explicó a Folguera que no era la primera vez que le tocaba participar en un consejo de guerra. Años atrás, concretamente en 1966, consiguió que el tribunal condenara a un quinqui llamado Jesús García Romero por haber matado al sargento Valeriano Barriga. El quinqui fue ejecutado con garrote vil, y al fiscal aún le pesaba aquella muerte. Ahora había tres más en camino. Sin dejar de sollozar, el hombre manifestó el enorme cargo de conciencia que suponía para él la nueva sentencia:

–He tenido que cumplir con mi deber, pero estoy destrozado...

La imagen era kafkiana. Folguera no daba crédito. El individuo que había hecho todo lo posible por enviar a los acusados del FRAP al corredor de la muerte resulta que estaba hundido porque se había salido con la suya. Si eran lágrimas de cocodrilo, aquello estaba siendo una actuación magistral. No, no estaba fingiendo. Estaba consternado, y Folguera se vio en la disparatada tesitura de tener que consolarlo.

–No se ponga usted así, todavía hay esperanza, podemos recurrir... Acudiremos hasta las más altas instancias para pedir el indulto.

El fiscal tardó un cuarto de hora en recuperar la compostura. Antes de entrar en la sala para escuchar oficialmente el fallo, pasó por el baño para lavarse la cara.

Si no fuese porque esta historia sale de la boca de una persona como Folguera, no me la creería. Pero su recuerdo es tan nítido que no deja lugar a dudas. De lo que no se acuerda es del nombre del fiscal afligido. En el primer consejo de guerra ejerció como fiscal un teniente coronel especialmente recalcitrante llamado Ramón González-Arnao, a quien los supervivientes del proceso recuerdan por su insensibilidad y mala leche. Nadie de los que sufrieron su falta de escrúpulos percibió en él el más leve atisbo de humanidad. No sé cómo casa eso con su desconsuelo al enterarse del fallo. Solo se

entendería si, como fiscal, se hubiese visto forzado a pasar el rodillo contra los acusados por orden de algún superior.

Cuando hablé con el hermano mayor de Baena, me contó una conversación que presenció el día de los fusilamientos.[36] A las doce del mediodía se encontraba con su padre en el Ayuntamiento de Hoyo de Manzanares, lidiando con farragosos trámites para el traslado del cadáver a Vigo. Allí pudieron hablar con uno de los militares que había participado en los consejos de guerra. El hombre reconoció que los miembros del tribunal habían sido objeto de presiones desde arriba para que decantaran su veredicto hacia las penas de muerte, porque de lo contrario el propio tribunal sufriría represalias. «O eran ellos o éramos nosotros», se justificó el juez. No es que estuvieran amenazados de muerte si no se mostraban suficientemente severos con los acusados, pero sí podía entenderse que sus carreras militares quedarían arruinadas si optaban por un proceso limpio.

¿De quién fue, pues, la mano negra?



Carlos Arias Navarro (izquierda), con Francisco Franco, en julio de 1974
Carlos Arias Navarro, con Francisco Franco. Agencia EFE.

Tratándose de un tema tan delicado del que dependía la

estabilidad del país, parece imposible que la decisión no recayese en la máxima autoridad. La orden de imponer penas de muerte a granel tuvo que provenir directamente de Franco, de común acuerdo con el presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, conocido como *Carnicerito de Málaga* por su responsabilidad en miles de fusilamientos de republicanos durante y después de la Guerra Civil. Sería inconcebible que los estamentos judiciales se saltaran la legalidad sin tener el amparo de ese dúo. Si dos jueces admitieron que habían tenido que cumplir «instrucciones de muy arriba» y el fiscal se echó a llorar al ver confirmadas las condenas, es porque se prestaron a actuar como mercenarios de un plan infame, trazado por Arias con la aquiescencia de Franco, para responder con más muertes a los zarpazos terroristas.

En sus voluminosas memorias, el cardenal Tarancón dedica ocho capítulos al 27 de septiembre y sus consecuencias.[37] El entonces jefe de la Conferencia Episcopal Española reconstruye el clima de «sublevación» que reinaba entre las fuerzas de orden público, que no querían ni oír hablar de indultos. Hubo incluso un amago de marcha de la Guardia Civil a la cárcel de Carabanchel «para pedir que fuesen ajusticiados todos los presuntos reos». Las gestiones del papa cayeron en saco roto, pues Franco las ignoró reiteradamente, pero Tarancón revela un matiz que pasó desapercibido. Días después de los fusilamientos, el dictador escribió una carta al pontífice para pedirle perdón por haber hecho caso omiso a sus ruegos debido a «razones graves de orden interior». Ambos mantuvieron en secreto esta comunicación, aunque Pablo VI se lo contó a Tarancón, que sacó la siguiente conclusión:

> Franco no hubiera querido proceder a las ejecuciones: se veía ya cercano al fin y no hubiese querido dejar ese recuerdo. Alguien presionó muy fuerte sobre él. Y surge esta duda: ¿le llegaría a Franco aquella noche la última intervención de Pablo VI en la que le pedía en nombre de Dios que no se llevasen a cabo las ejecuciones?

El cardenal se pregunta si, en realidad, fue Arias Navarro quien

aisló a Franco para evitar que cediese a las presiones. No lo descarto. Pero parece obvio que, si Franco hubiese querido, esa noche podría haber frenado el baño de sangre. Prefirió seguir durmiendo.

51. EL PADRE DE BAENA

Fernando Baena era un señor de orden. Sociológicamente se le podía considerar de derechas, pero tras la muerte de su hijo perdió completamente la fe en la política y consagró el resto de sus días a intentar demostrar su inocencia.

De forma inesperada, recibió una carta que le daba la razón.[38] La firmaba una mujer que decía haber presenciado el asesinato de la calle Alenza. La señora –Flor recuerda que se llamaba Carmen– estaba tan impactada por los fusilamientos que se puso en contacto con la familia para explicar un terrible malentendido que no la dejaba dormir en paz.

Tras el atentado, la mujer acudió a declarar a comisaría. Revivió la escena y se entretuvo en describir a los malhechores. Los agentes tomaron nota, le dieron las gracias y la acompañaron hacia la salida. Días más tarde, vio en televisión las caras de los detenidos y se extrañó. La imagen del presunto autor material no coincidía con lo que ella había visto, así que se acercó de nuevo a comisaría para alertar de la confusión. La hicieron pasar al despacho de un inspector que jugueteaba con un revólver. La mujer le informó de que el chico con gafas y bigote que salía en las noticias no se parecía en nada al que ella vio aquella noche. Para empezar, el auténtico homicida no llevaba esos pelos.

–De acuerdo, señora, váyase y no se preocupe. Eso ya se está investigando. Olvídese –la despidió el inspector.

La testigo se marchó convencida de que las autoridades enmendarían el error y en el juicio todo se aclararía, pero no fue así. La sentencia contra Baena cayó como una losa sobre su conciencia. Los fusilamientos la sublevaron. ¿Cómo podían haber ignorado su descripción del verdadero asesino? Llena de remordimientos, buscó

al abogado de Baena para pedirle las señas de la familia y escribió una carta en la que se disculpaba por no haber hecho más por salvar a un inocente. Les ofreció su ayuda para lo que hiciera falta.

Desconozco quién era aquella mujer. Encarnación Bartolomé Cubero, la testigo que había presenciado el crimen a pie de calle, me aseguró que ella no envió ninguna carta a la familia, entre otras cosas porque no había visto bien a los atacantes. Si la mujer de la carta se llamaba Carmen, como dice Flor, podría tratarse de Carmen Arribas López, una de las testigos que declararon la noche del 14 de julio, pero debió de morir hace años. Si fue otra Carmen, desconozco cuáles eran sus apellidos y no hay ni rastro de ella en el sumario. No me extrañaría que la policía ocultara su testimonio.

Fuera quien fuese aquella Carmen, el padre de Baena le agradeció el gesto. Su carta era munición para la siguiente batalla, porque, una vez muerto Franco, quiso reabrir el caso. No podía devolverle la vida a su hijo, pero haría todo lo posible por limpiar su memoria.

Contrató a un detective privado para demostrar que Baena no estaba en Madrid el día del atentado. El investigador certificó que, la noche anterior al crimen, el chico se encontraba en la frontera con Portugal. Había quedado, como en otras ocasiones, con un camionero de la empresa maderera donde trabajaba su padre, para recibir el donativo que periódicamente le enviaba la familia. El transportista cargaba troncos con destino al Algarve, paraba en un punto convenido cerca de la frontera, entregaba el dinero a Baena y continuaba el viaje. El último de esos pagos tuvo lugar el 13 de julio. El camionero firmó una declaración jurada en la que, a riesgo de meterse en líos, confirmaba este proceder. También el dueño de una posada atestiguó que Baena pernoctó allí esa noche. Si esto es así, es imposible que a la mañana siguiente acudiese a la primera cita de los miembros del comando, mencionada en las declaraciones de los detenidos.

Armado con la carta de la testigo presencial y el informe del detective, el padre de Baena se sintió con fuerzas para obligar al Estado a retractarse. Habían sonado las campanadas de 1976, soplaban vientos de cambio y parecía que los nubarrones de la dictadura podían disiparse. Fernando Baena se presentó en un

juzgado de Madrid con una carpeta llena de pruebas exculpatorias. Pero no tuvo el mejor de los recibimientos.

–Váyase. No se puede hacer nada –le advirtieron, apartando los papeles.

Se negaron a revisar el caso.

La madre cayó en una depresión, se pasaba el día llorando, sin fuerzas para salir del bucle. Con la idea de distraer a sus padres, Flor Baena pidió un permiso de obras para adecentar una casita familiar que tenían en Moledo, un diminuto núcleo de la parroquia de Sárdoma. Era una estrategia de Flor para que cambiasen de aires y tuviesen la mente ocupada. Dos días a la semana, un par de obreros de la empresa en la que trabajaba Fernando Baena les ayudaban a acondicionar la casa.

Había otro motivo por el que Flor quería que sus padres se mudasen a Moledo. Su vivienda habitual, en la parroquia de Lavadores, estaba aislada, era demasiado inhóspita para los tiempos que corrían. A Flor no le preocupaba la mezquindad de algún vecino reaccionario que murmuraba maldades sobre el hijo «terrorista» de los Baena, pero sentía una amenaza difusa que acechaba detrás de cada esquina. Percibía figuras flotantes entre los árboles, humo de tabaco filtrándose por ventanillas de coches aparcados, miradas clavadas en su cogote mientras caminaba. Tenía miedo de que aquella vigilancia sutil derivara en acoso. Por eso consideraba urgente trasladar a sus padres a Moledo.



Los padres de Baena, en los alrededores de Vigo
Los padres de Xosé Humberto Baena, en los alrededores de Vigo.
Cedida por Flor Baena.

La represalia mafiosa que temía Flor no tardó en llegar. Ocurrió uno de esos sábados en los que ella y sus padres rehabilitaban la casa de Moledo. Un vecino de Lavadores les llamó para advertirles de que su vivienda estaba ardiendo. Un incendio premeditado. Alguien entró por la ventana del comedor, formó una pira de libros en el suelo de madera y les prendió fuego. No tuvieron más remedio que abandonar la casa para siempre.

Las llamas redujeron a cenizas los documentos recopilados por Fernando Baena. Se perdieron manuscritos, la carta de la testigo, el informe del detective, la declaración jurada del camionero... Las pruebas que exoneraban a Xosé Humberto dejaron de existir y la familia quedó avisada. El miedo los encadenó durante décadas a un silencio forzoso.

52. EL PARTIDO

No he comentado todavía el papel que desempeñó la dirección del PCE (m-l) en los días previos al 27 de septiembre. Ya hemos visto con qué optimismo afrontaron la reunión del 30 de agosto. Pero ¿dónde estaban cuando tres de sus camaradas murieron acribillados?

Estaban en Albania.

El 16 de septiembre de 1975, una delegación compuesta por Raúl Marco, Elena Ódena, Alejandro Diz y Riccardo Gualino aterrizó en Tirana con un variado programa de actividades para los siguientes doce días, en los que iban a alternar mítines, reuniones de alto nivel y relax en la playa. Llegaron cuatro días después de conocerse la sentencia del primer consejo de guerra y un día antes de celebrarse el segundo juicio.

Para reconstruir el viaje voy a utilizar tres fuentes: los testimonios de Raúl y Gualino y los archivos albaneses. He encontrado actas e informes de los encuentros que mantuvieron con altos cargos del país.[39] Este tipo de visitas solían iniciarse con unos días de turismo por fábricas y cooperativas agrarias, interrumpidos por alguna reunión política, y terminaban con otra recepción con mandamases del régimen para sincronizar posicionamientos. Esa vez no fue una excepción. Nada más llegar fueron conducidos a un hotel de Durrës, en la costa adriática. Lo revive Gualino en sus memorias:

> A la espera de nuestro encuentro en Tirana con la delegación albanesa, transcurrimos un día en el mar. Fue uno de los pocos días que pasé en absoluto descanso junto a Raúl, Elena y Alejandro, en traje de baño, en la playa. Rodeados de silencio. España estaba lejos, lejos sus acontecimientos sangrientos. Nos tiramos al agua y nadamos. Lejos, al horizonte, iban pasando

grandes barcos que entraban o salían del puerto de Durrës. Bebíamos naranjada albanesa y probamos sus cigarrillos. Eran malísimos.

Calculo que el chapuzón tuvo lugar el 17 de septiembre, porque al día siguiente celebraron su primera reunión con Ramiz Alia, una de las figuras más relevantes de la autocracia albanesa y que acabó siendo el sucesor de Enver Hoxha.

Encargué la traducción de los veintiséis folios del acta de esta reunión. Antes de leerla, di por hecho que, tras los saludos protocolarios, Ramiz Alia y sus invitados no hablarían de otra cosa que de la coyuntura generada por los atentados. No fue así. El encuentro arranca con un largo prólogo a cargo de Raúl y Elena, que describen la situación general, los tejemanejes de Carrillo, la debilidad del capitalismo español, el problema del Sáhara... Hasta la página 10 no encontramos la primera referencia al gran tema. Lo saca Raúl sin especial solemnidad, como si se tratara de un punto más de los que tiene anotados en la libreta.

Raúl culpa a Carrillo y a su camarilla «revisionista» de haber disuelto las guerrillas a principios de los años cincuenta e insinúa que, de haber prolongado el maquis, el franquismo hace tiempo que habría colapsado. Es chocante que utilice este argumento, primero porque la lucha guerrillera se abandonó antes del giro «revisionista» de Carrillo, y segundo porque fue el propio Stalin quien aconsejó al PCE aparcar esa vía tan costosa y estéril. Raúl intenta convencer a Alia de que, en la gran partida de ajedrez contra el fascismo, el FRAP ha puesto en jaque al dictador con un par de movimientos y ha chafado las maniobras para perpetuar el franquismo después de Franco. Enlaza exageración tras exageración para dar a entender que una avalancha de acciones está acorralando al régimen en todos los frentes. Suelta fanfarronadas como esta:

–Hemos castigado a unos diez guardias civiles; varios marines estadounidenses han sido tiroteados; atacamos dos cuarteles para conseguir armas; ayer nos enteramos de que otro policía ha sido ejecutado [se refiere a Juan Ruiz, asesinado en Barcelona].

Con este balance inflado pretende convencer al anfitrión de que el

FRAP cuenta con opciones reales de ganar el pulso, aunque, claro está, la ofensiva tenía un reverso de la moneda: la represión. Raúl alude a este lado negativo, pero lo minimiza.

–En estas acciones también hemos tenido pérdidas, algunos camaradas han sido asesinados, algo que no previmos, son hechos dolorosos. En España decimos: «No se puede hacer una tortilla sin romper un huevo». Esta fase que hemos iniciado y que pensamos desarrollar ha creado alegría y entusiasmo en todo el pueblo.

Al referirse a los camaradas que «han sido asesinados», no creo que empleara el pretérito perfecto, porque los condenados a muerte aún seguían vivos; supongo que se trata de una imprecisión del funcionario albanés que transcribió sus palabras, pero se entiende muy bien lo que Raúl quería decir con eso de que «no se puede hacer una tortilla sin romper un huevo». Baena, Sánchez-Bravo, García Sanz y quienes pudiesen venir detrás serían daños colaterales, *huevos* que habría que romper en el camino hacia la victoria.

–Esta nueva fase puede tener sus altibajos y puede llevar a la Guerra Popular, pero de ninguna manera podemos retroceder a formas inferiores ni renunciar a estas formas de lucha, al contrario, las desarrollaremos aún más.

Otra de Raúl:

–Podemos decir que hemos iniciado un periodo que es el comienzo del comienzo de la lucha armada. Estamos decididos a destruir la dictadura con o sin Franco, a destruir el imperialismo americano y a crear así la República Popular Española.

Esas predicciones tan poco sagaces se parecen a lo que se decían a sí mismos en el Comité Ejecutivo. El FRAP estaba hecho trizas, sus militantes caían como moscas, pero la cúpula se tapaba los ojos, creía que todo iba viento en popa y que, aunque las cárceles estuviesen a rebosar, eso era algo que en una guerra había que dar por descontado.

Pensé que Alia expondría la postura oficial albanesa ante estos acontecimientos, pero se la reservó para una segunda reunión, prevista para días más tarde.

En los días posteriores, los cuatro dirigentes del PCE (m-l) fueron

agasajados por obreros, campesinos y estudiantes en Elbasan, Korça y la Universidad de Tirana, donde se organizaron mítines en los que Raúl Marco sacó pecho por el coraje que estaba demostrando su partido. Prensa, radio y televisión locales cubrieron las visitas.

El 24 de septiembre, Alia los recibió nuevamente en su despacho. A Elena le encantaba este hombre alegre y hospitalario que les saludaba con una sonrisa; nada que ver con otros gerontócratas más hoscos. Era un placer hablar con él, porque empatizaba con la causa española. Además, podían charlar en francés, sin mediar traductor.

Este segundo encuentro se prolongó aproximadamente una hora y media. Fue Alia quien llevó la voz cantante. Comenzó haciéndose eco del impacto internacional que estaban teniendo los consejos de guerra. Celebró el apoyo de tótems europeos como Pietro Nenni, Lelio Basso, Jean-Paul Sartre o Yves Montand y se deleitó recordando que redomados «revisionistas» se habían visto obligados a sumarse al clamor contra las penas de muerte. Era una oportunidad única para el FRAP. ¡Todo el antifascismo estaba a sus pies!

Alia les ofreció asesoramiento, porque si esto salía bien no solo se vería beneficiado el FRAP, sino toda la comunidad de marxistas-leninistas y, por extensión, Albania.

–Perdonadme por ponerme en el papel de consejero, pero siento que el momento es muy importante.

Empezó:

–Se abre una perspectiva muy interesante para vuestro partido si sabemos aprovechar el momento. Esta es la cuestión, o aprovechamos el momento o se nos escapa de las manos.

Se fue animando:

–Creemos que este momento debe ser utilizado políticamente por vosotros y otros partidos marxistas-leninistas. Creemos que debéis hacer una gran propaganda.

Sonaba entusiasmado:

–Podéis emitir comunicados, informar sobre la solidaridad internacional, saludar a diferentes personalidades que expresen apoyo a las acciones que se están llevando a cabo. Es decir, dar a conocer el FRAP dentro del país.

Había que sacarle todo el jugo posible a la rabia generada por los juicios:

–Podéis decirles a las masas que, en un momento en que estáis luchando, cuando vuestros muchachos están siendo asesinados, ¿qué están haciendo los revisionistas?

Se relamía solo con pensar en el rédito que sacarían si le echaban un poco de ingenio:

–Para los partidos marxistas-leninistas, es un momento en que pueden afirmar su personalidad y crear oportunidades para ser reconocidos por el pueblo como partido revolucionario.

Podría copiar cinco o seis frases más. Solo voy a añadir una. Para mí, la peor:

–Incluso si son asesinados o si son perdonados, las acciones no terminan. Si son indultados, todavía se pueden organizar peticiones, levantar a la opinión pública para sacarlos de la cárcel porque son inocentes, protestar contra el régimen franquista, que es terrorista. Si mueren, la campaña aún puede continuar.

Lo dejo aquí.

Quizá no debería sorprenderme; esto es política a sangre fría, aquí no cuentan los sentimentalismos. Ya sé que así funciona el mundo, que lo que se dice a puerta cerrada es mucho más descarnado que lo que se pregona en público. Pero causa una sensación terrible ver cómo desde un palacio se hacen lecturas tan utilitarias del drama de los fusilados. Ramiz Alia, el ojito derecho de Enver Hoxha, no tiene nada mejor que hacer que animar a sus huéspedes a aprovechar la gran oportunidad que le brindan al FRAP las ejecuciones para darse a conocer y ganar adeptos a costa de un PCE descolocado. Se frota las manos pensando que esta tragedia servirá de trampolín para que los partidos de su cuerda, en todas partes, vuelen más alto que los «revisionistas». No propone ni una sola gestión para evitar la muerte de los condenados, eso ni se llega a debatir; todo gira en torno a cómo sacar la mayor tajada posible de la situación, tanto si los fusilan como si al final los acaban indultando. En cualquiera de las dos hipótesis, el movimiento marxista-leninista saldrá ganando. Estremece contemplar con tanta desnudez esta politiquería de vuelo

gallináceo, a la que solo le importa hacer lucir la propia marca política.

Alia continuó hablando veinte minutos más sobre otros temas sin ser interrumpido. Al despedirse, Raúl lo enjabonó con la fórmula genérica habitual, sin entrar a comentar los asuntos tratados.

–Estamos completamente de acuerdo con lo dicho por el camarada Ramiz y, aparte de eso, es una gran e incalculable ayuda para nosotros.

Las relaciones con los albaneses casi siempre fueron idílicas. Desde su nacimiento, el PCE (m-l) recibió financiación y cobertura política de Tirana; con el salto a la lucha armada los camaradas españoles cobraron aún mayor relieve, se estaban jugando el pellejo, eran dignos de respeto. El apoyo albanés estaba muy bien, se agradecía, pero Raúl y Elena no se llevaban a engaño, la fuerza diplomática que podía ejercer Albania para frenar las penas de muerte era ridícula, nadie debía favores a Hoxha, y mucho menos una España en las antípodas ideológicas. ¿Qué hacían, pues, los líderes del PCE (m-l) en Tirana en vísperas de los fusilamientos? Solo hay un motivo posible: China.

La embajada china en Tirana era un centro de peregrinación al que acudían grupúsculos marxistas-leninistas europeos y de otras partes para solicitar asistencia. Emisarios del PCE (m-l) habían pisado más de una vez sus instalaciones, pero las relaciones se habían deteriorado. La visita de Carrillo a Pekín en 1971, la foto de Mao con Nixon en 1972 y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre España y China en 1973 eran afrentas indigeribles para el PCE (m-l). No obstante, gracias a los puentes entre Pekín y Tirana, aún tenía sentido jugar la carta china para presionar a Franco.

Ramiz Alia habría quedado como un señor si, en lugar de sacar la calculadora para evaluar cuántas adhesiones podía arañar el FRAP con la muerte de sus activistas, se hubiese ofrecido a mediar con los chinos y hubiese llamado al embajador o al ministro de Asuntos Exteriores en Pekín para pedirles que intercedieran ante Franco.

La noche del 26 de septiembre, mientras el Gobierno de Arias Navarro anunciaba las cinco ejecuciones para la mañana siguiente,

la delegación española fue invitada a cenar en casa de Alia. Gualino fue testigo de aquella velada.

> Los acontecimientos nos superaron. La cena tuvo lugar la noche del viernes. [Alia] nos recibió antes brevemente en una sala contigua al comedor. La televisión estaba sintonizada con un canal de la televisión italiana. Cuando llegó el momento de la cena nos trasladamos al comedor. La televisión se quedó encendida. Yo, desde mi sitio, la veía mientras comíamos, aunque no podía oírla.

Cuando aparecieron en pantalla imágenes de archivo del exministro republicano Álvarez del Vayo, todos se levantaron de la mesa. Se enteraron entonces de la confirmación de las cinco penas de muerte. Ya no volvieron a sentarse. Alegaron que tenían que hablar urgentemente con el embajador chino y salieron disparados hacia su legación.

> Llegamos a la embajada. Recuerdo que a la entrada había una pequeña senda. Estaba iluminada con linternas de colores. Evidentemente habían celebrado alguna fiesta nacional china. Fuimos acompañados ante la presencia del embajador. Estaba con un intérprete, un joven chino que había aprendido español en Cuba y que lo hablaba perfectamente.

Fue Elena quien empezó a hablar, según rememora Gualino:

> Dijimos que los cinco compañeros, tres de ellos del FRAP, tenían la pena de muerte confirmada. Que la sentencia se llevaría a cabo a la mañana del día siguiente. Habíamos notado que, a diferencia de la prensa internacional, que había dado un gran relieve a la cuestión, la prensa china lo había silenciado. Subrayamos la importancia que tenía para los comunistas y para la opinión pública democrática la causa de nuestros camaradas. Aludimos a la retirada de los embajadores, que parecía ya cierta. Elena se interrumpió. Esperamos las palabras del embajador.

El diplomático chino los escuchó impávido. Al fin, se dignó a

responderles, pero lo hizo a su manera, yéndose por las ramas, esquivando la cuestión de fondo.

> El argumento era la industria petrolera china y sus grandes logros en los últimos meses. Habló por lo menos diez minutos, un cuarto de hora. Estábamos absolutamente alucinados. Recuerdo los ojos de Elena. Tenía unos ojos bellísimos y lanzaban llamaradas. Cuando nos dimos cuenta de que la intervención del embajador había terminado temí que pasara algo grave. Pero como es lógico no pasó nada. Nos levantamos, le dimos las gracias y nos fuimos.

Se sintieron humillados. En España, ellos eran los *prochinos*, los maoístas, y en cambio los chinos los trataban como escoria. Esa noche no pudieron pegar ojo. Con un punto de teatralidad, Raúl describió el torbellino de emociones que vivió con Elena ya en el hotel. Reproduzco lo que escribió en una obra dedicada a ella:

> Pasamos la noche en vela. ¿Quién habría podido dormir? Silencio, apenas de vez en cuando cruzábamos unas palabras. Nos traían café, té...
>
> De pie, con los brazos cruzados, [Elena] miraba por una ventana. Me acerqué. En su rostro, ni un gesto, ni una mueca, impasible. De sus claros ojos brotaban, una a una, lágrimas. La he visto llorar de alegría, la he visto llorar de rabia o impotencia. Aquello, no sé, era distinto. Me miró y susurró:
>
> –Lo van a pagar caro.
>
> Impresionado, iba a decirle algo. Se abrazó a mí, hundió su cabeza en mi pecho y soltó un gemido desgarrador, por lo tenue, prolongado y profundo...[40]

Quienes lo iban a «pagar caro» eran los franquistas. La espiral sangrienta debía continuar.

VIII. Los secretos

53. REPERCUSIONES

Mientras el polvo y el viento secaban las manchas de sangre en El Palancar, uno de los abogados acompañó a la madre de Sánchez-Bravo al bufete de la calle Lista. El dramático final de esta historia había sido excesivamente cruel para el frágil raciocinio de la pobre mujer, pero durante el trayecto en coche tuvo un momento de lucidez. Mirando por la ventanilla, observó con incredulidad que en Madrid reinaba la calma.[1]

–Pero ¿es que nadie sale a protestar? ¡No está pasando nada!

El terror parecía haber anestesiado a la disidencia, aunque hubo honrosas excepciones. Sin apenas jefes que transmitieran órdenes, con todas las estructuras deshilachadas, las células supervivientes seguían editando propaganda contra las penas de muerte. Con una rudimentaria *vietnamita* se imprimieron miles de octavillas que María Roces y otros militantes esparcieron por Madrid a primera hora de la mañana del 27 de septiembre.[2]

También hubo gestos espontáneos de solidaridad. El domingo 28, dos jugadores del Racing de Santander, Aitor Aguirre y Sergio Manzanera, saltaron al césped de El Sardinero con un par de brazaletes negros. Su inesperado acto de valentía no pasó inadvertido. En la media parte, policías de paisano bajaron a los vestuarios para amenazarlos con ser conducidos a comisaría si no se quitaban inmediatamente el cordel atado a sus brazos. Acabaron pagando una multa de cien mil pesetas «por alteración del orden público».[3]

Los tímidos chispazos de rebeldía en España contrastaban con los estallidos de ira en el extranjero. En Lisboa, la noche del 26, una muchedumbre tomó por asalto la embajada española y le prendió fuego ante la pasividad policial. Hubo infinidad de movilizaciones en

toda Europa. Miles de personas salieron a la calle en Francia, Italia, Alemania, Grecia y otros países. Los Campos Elíseos de París se llenaron de gente que gritaba «¡Franco, asesino!» y destrozaba escaparates. Numerosos gobiernos retiraron a sus embajadores. México pidió incluso que España fuese expulsada de la ONU.

Franco se despedía de este mundo arrastrando a sus compatriotas a un aislamiento sin precedentes. Ningún país quería saber nada de él, ni tan siquiera el Vaticano. Pablo VI ordenó a los prelados que cortasen con un régimen cuyas manos «chorreaban sangre».[4]

Se estaba cumpliendo el sueño de Ramiz Alia: el antifascismo europeo se agolpaba tras las pancartas del FRAP, mientras los «revisionistas» no tenían más remedio que unirse al coro de voces. Aparentemente, era el momento de mayor esplendor del FRAP. Estaba en boca de todo el mundo, los periódicos más prestigiosos reservaban cada día un hueco para explicar las novedades del caso. Los fusilados del 27 de septiembre despertaban compasión entre gente de izquierdas y de derechas. El FRAP creía ser el motor de «la mayor movilización de los pueblos de Europa desde la Segunda Guerra Mundial».[5]

Y, sin embargo, todo era un espejismo.

Lo que motivó esa ola de solidaridad no fueron los atentados, sino el asco que produjeron las condenas a muerte. No hubo una adhesión repentina de medio mundo a las tesis del FRAP, sino una repulsa categórica al anacrónico fascismo español. Mientras Portugal y Grecia ya se habían quitado de encima sus dictaduras, Franco salía una noche más de su sarcófago para clavar los colmillos en el cuello de cinco individuos cuyos juicios habían sido un esperpento. La brutalidad franquista causó conmoción. Entre los indignados había algún partidario de la lucha armada, pero para muchos, incluido el papa, las protestas no significaban un espaldarazo al pistolerismo de ETA y del FRAP. La opinión pública europea empatizaba con el FRAP en su papel de víctima, pero no aplaudía su vía violenta.

Me temo que la dirección del PCE (m-l) no captó bien estas sutilezas.

Viendo cada día las banderas del FRAP ondeando en la cabecera

de las manifestaciones, uno podía pensar que la organización estaba en su apogeo y que sus filas no paraban de ampliarse, porque la represión era su mejor campaña de publicidad, pero esta era otra alucinación. Sus fuerzas habían menguado drásticamente en tres meses. El goteo de detenciones fue degenerando hasta convertirse en cascada a partir de los atentados y fue todavía a peor con el decreto ley antiterrorista. Centenares de personas acabaron en el calabozo. El número de militantes del FRAP en las cárceles batió récords y el comisario Conesa fue premiado por ello con la Orden Imperial del Yugo y las Flechas.[6]

El FRAP estaba exangüe. Y entonces llegó el 1 de octubre.

En la plaza de Oriente de Madrid se congregaron decenas de miles de gargantas que cantaban el «Cara al sol» con el brazo levantado. Era una masiva concentración de desagravio para enaltecer a Franco y agradecerle su mano dura.

Entre vítores atronadores y un mar de rojigualdas con el águila, la silueta cadavérica del Generalísimo reptó por el balcón del Palacio Real, invadido por las más altas instancias del Estado, incluido el príncipe, visiblemente incómodo. Con su tez lechosa y una vocecita a punto de apagarse, Franco acuñó una de las frases más descriptivas de sus patologías: xenofobia, victimismo, conspiranoia, fascismo...

–Todo lo que en España y en Europa se ha *armao* obedece a una conspiración masónico-izquierdista en la clase política, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social, que, si a nosotros nos honra, a ellos les envilece.

Mientras la marea humana de la plaza de Oriente enloquecía con la arenga de Franco, en cuatro puntos de la ciudad se oyeron tiroteos. En lugar de explicarlo con mis palabras, reproduciré la noticia que publicó *ABC*, porque introduce un elemento interesante.

OTROS TRES POLICÍAS ARMADOS,
ASESINADOS EN MADRID

Un cuarto compañero del mismo Cuerpo
fue operado anoche a vida o muerte

Durante la mañana de ayer, en el intervalo de cinco minutos, se cometieron cuatro atentados en Madrid contra las fuerzas de orden público. Tres agentes de la Policía Armada que prestaban servicio en otras tantas entidades bancarias fallecieron a consecuencia de los disparos recibidos por terroristas que, aunque todavía no identificados, se presume pertenecen al FRAP. Otro agente del mismo Cuerpo fue sometido a dos intervenciones quirúrgicas en el cerebro, la última anoche, a vida o muerte, en la Ciudad Sanitaria La Paz.

El herido acabó falleciendo. Por lo tanto, cuatro policías muertos. Y la investigación señalaba al FRAP. ¿Al FRAP? Pero ¿no estaba fuera de combate?

Esos cuatro atentados que no reivindicó nadie fueron obra de los GRAPO, los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre, bautizados así en honor a aquel día. Pero no se atribuyeron públicamente la matanza porque aún no querían darse a conocer, preferían permanecer fuera del radar. La policía andaba confundida, y no era la única.

54. LAS ACTAS (IV)

El 15 de octubre se citó de nuevo el Comité Ejecutivo del PCE (m-l). Comienzo a leer el acta de esa reunión intuyendo que el abismo entre la cruda realidad del interior y el pueril triunfalismo del exilio será especialmente irritante. Han pasado más de dos semanas desde las ejecuciones, tiempo suficiente para comprender que ofuscarse con la vía armada es un disparate enormemente costoso. Pero admitirlo implicaría tener que envainarse una estrategia que habían enarbolado como la gran vía hacia la emancipación.

Interviene inicialmente Julio Moreda, tercera voz del Secretariado, que no tarda en colgarse una medalla por los supuestos éxitos de la campaña de violencia.

–En primer lugar, creo que hemos logrado lo que nosotros queríamos respecto de la situación en España, creo que hemos roto las maniobras por arriba.

Aún no sabe que Felipe Moreno, el último enviado por la dirección para reconstruir los grupos armados en Madrid, acaba de ser detenido y está gritando de dolor en las cavernas de la Dirección General de Seguridad. El FRAP está grogui, pero la consigna es seguir atacando, sin que importe la integridad física de la soldadesca enviada al matadero.

Julio confirma que el número de policías asesinados por el FRAP no lo saben ni ellos.

–No sé cuántos grises exactamente han caído, deben de ser ocho o nueve.

Creen que el FRAP se cargó al guardia civil del Canódromo y a los cuatro policías del 1 de octubre. Se imaginan que las células se están autoorganizando en medio del caos y actúan autónomamente, porque los canales con la dirección están rotos o no son regulares.

Quieren creer que las cosas no van tan mal. Estamos ante otra sesión psicodélica de unos dirigentes haciendo el avestruz para no mirar de frente la realidad.

Veamos qué dice Elena Ódena, la siguiente en hablar. De entrada, destaca que «la nueva fase de la lucha ha creado con una rapidez verdaderamente inesperada una nueva situación política en todo el país», lo cual es un «indicio de la justeza» de sus planteamientos. El argumento es pobre. Desde luego, los atentados han tenido una grandísima repercusión, pero no es el escenario que deseaba el partido, porque ni las masas se están echando a la calle ni al FRAP le quedan fuerzas para continuar este combate a vida o muerte.

Elena se ve en la necesidad de dar explicaciones por el alud de detenciones y constata que, en muchos casos, ha habido negligencias o errores de planificación.

–Cuando nos hemos puesto a analizar algunos de estos [casos], no todos, pues vemos que es porque los camaradas no han tenido en cuenta algunas cosas elementalísimas. Por ejemplo, cuando se hace una acción armada, debemos tener previamente preparado un local o dos adonde ir a esconderse antes. Esto no lo hemos tenido en muchos casos, una cosa elemental. Pero seguro que ahora no lo vamos a olvidar.



Viñeta publicada en *Vanguardia Obrera* (agosto de 1975)
Ilustración reproducida en *Vanguardia Obrera*, n.º 110, agosto de 1975.

Y tan elemental. Ahora se dan cuenta de que no había pisos

francos donde esconder a su gente. Tal fue la precipitación que no previeron ni eso.

Siguen sus reflexiones sobre lo que ha fallado. Las frases textuales no siempre concuerdan sintácticamente, pero vale la pena transcribirlas para percibir su tono:

–[...] hay que pasar ya a una fase nueva de preparar las condiciones materiales antes de lanzar una batalla. Cuando digo una batalla es ir a cargarse un guardia civil, por ejemplo, que es una batalla, a nuestro nivel, y si sabemos que ahora, cuando va a haber un grupo que va a liquidar a uno, o que va a hacer un atraco, o que va a volar un polvorín, o va a atacar una comisaría, los camaradas que lo van a ejecutar tienen ya que haber estado desconectados de la organización y con uno o dos lugares donde ir a esconderse previamente, por ejemplo. Eso ya lo sabemos ahora, eso ya es el A-B-C. Y que también hay que tener pasaportes preparados por si hay que sacar a los que haya que sacar.

¿Cómo que «eso lo sabemos ahora»? Me asombra que la líder intelectual del PCE (m-l) se percate «ahora» de que a los integrantes de un comando hay que separarlos con muchísima antelación de las tareas políticas y aislarlos en pisos secretos. Y que hay que tener a punto pasaportes falsos para evacuarlos. Nada de eso se tuvo en cuenta cuando se urgió a los comités a pasar al ataque. Elena prefiere mirar hacia delante.

–Ni la policía es tan lista, ni nosotros tan malos. Hay un proceso que es este, que tenemos que superar rápidamente, sacar todas las lecciones. Es decir, la experiencia es sufrimiento.

Esta última cita literal es una de mis declaraciones favoritas de Elena, por la sinceridad con la que revela el aventurerismo exacerbado que llevó al partido a arrojarse por el precipicio. La dirección sabía que sus soldaditos de plomo, sometidos a una disciplina marcial, acatarían la orden de abalanzarse contra los aparatos represivos. Serían trapecistas lanzados al aire sin red de seguridad en una especie de ensayo general. Cuando Elena hace esta reflexión, decenas de obedientes militantes voladores ya se han estrellado contra el suelo de las comisarías. Ella insiste en fijarse en «todo lo positivo».

–Hoy somos la fuerza, y eso es muy importante que lo tengamos en cuenta, la fuerza hacia la que miran todas las masas de dentro y de fuera de España.

Embriagada por el pensamiento mágico sobre el que se sustenta su praxis, cree estar liderando al proletariado ya no español, sino mundial. El FRAP agoniza, a las células les ha caído un meteorito encima, pero Elena está convencida de que encabeza la única organización preparada para tomar el poder cuando la dictadura se derrumbe.

–Nosotros nos hemos afirmado como la única fuerza que tiene una visión histórica, táctica y estratégica de cómo aplastar al fascismo. Tardaremos uno, dos, quince, veinte años, da igual, el problema es que está ahí. Que se ha puesto de manifiesto ante el mundo entero que hay una fuerza política con una línea, una estrategia, un programa de acción y de gobierno para sustituir al franquismo.

En esta reunión, Raúl Marco adopta un perfil bajo. Llama la atención la aportación de Alejandro Diz, alias Felipe, uno de los dirigentes que salió en libertad en agosto de 1975 y que en septiembre formó parte de la delegación a Albania. Felipe, que en 1976 dejará el partido echando pestes de Raúl y Elena y lavándose las manos por la ofensiva terrorista, se muestra partidario de ampliar el radio de atentados.

–En la nueva fase, la denuncia contra los yanquis pasa ya por hacer toda una serie de acciones armadas contra ellos.

El FRAP contra el Imperio americano.

55. RAÚL MARCO (II)

En 2018, dos años antes de morir, Raúl Marco publicó sus memorias.[7] El libro no rehúye el espinoso tema de la lucha armada. Juraría que es la parte en la que dedicó más tiempo a seleccionar cada palabra. Se empleó a fondo a la hora de justificarse, pero deslizó varias insinuaciones. A la hora de hacer balance, su veredicto es inapelable.

> Varias veces me he planteado, como resultado de discusiones con algunos camaradas y amigos, si fue justa la decisión de pasar a las acciones armadas. Mi conclusión es que no solo fue justa, también era necesaria.

Se aferra al argumento habitual: la oligarquía estaba pergeñando una maniobra para transformar la dictadura en un sistema aparentemente equivalente al entorno democrático europeo, pero en el que gobernarían las mismas élites.

> ¿Que cometimos errores y tuvimos fallos y carencias? Cierto, pero aparte de inexperiencia, de escasez de medios materiales, a pesar del alto precio pagado, fue necesario. Incluso me atrevo a decir que, sin el FRAP activo, la llamada Transición habría sido mucho peor para los pueblos de España.

Hasta ahí, sus afirmaciones son previsibles. Pero unos párrafos antes, al referirse a las semanas previas a los fusilamientos, hay una frase desconcertante.

> Estoy convencido de que hicimos, nosotros y los amigos y personalidades de

otros países, todo lo humanamente posible para salvarlos. Empero, hay un vago sentimiento de culpabilidad, no sé...

¿«Un vago sentimiento de culpabilidad»? Aquella brizna de autocrítica me dejó intrigado. ¿Qué fue lo que lo llevó a entonar ese tenue, casi pálido, *mea culpa*? ¿Albergaba en las cavidades más recónditas de su corazón un poso de remordimiento por haber ofrendado la vida de tres humildes militantes en el altar de la utopía leninista?

Aún me dejó más confundido otra indirecta envenenada.

Indudablemente se cometieron errores, uno de ellos fue que hubo comités regionales que informaron mal, que pretendían estar preparados, cuando no era así.

El dardo es devastador, porque traslada la responsabilidad del naufragio a los suboficiales embarcados en la campaña de atentados. Es una versión sumamente indulgente con Raúl y Elena, cuya mayor equivocación habría sido morder el anzuelo de quienes los indujeron a creer que había potencial para ganar la guerra. El bofetón viene acompañado de una nota al pie en la que se ensaña con un sujeto indeterminado.

Resulta indignante leer declaraciones de uno de los principales responsables del FRAP (por razones obvias callo su nombre y lugar de actividad), afirmando años después que los comandos actuaban a su libre albedrío, sin preparación, etc. Este elemento era uno de los que transmitían información falsa sobre la preparación de los grupos de combate.

El primer nombre que me vino a la cabeza fue el de Alejandro Diz, miembro del Comité Ejecutivo, que dos años después de la muerte de Franco publicó su sangrante denuncia contra Elena y Raúl. Pero no tendría sentido que Raúl se refiriera a él, porque Diz estuvo preso

hasta agosto de 1975 y no pudo enviar «información falsa» sobre los comandos.

Otro posible destinatario de la pulla es Manolo Blanco Chivite. Entre Raúl y él quedó una herida jamás cicatrizada: la expulsión de Raúl del PCE (m-l) en 1991 a raíz de una conspiración capitaneada por Manolo. Raúl nunca digirió aquella «traición» de los que bautizó como «complotadores liquidacionistas». No me extrañaría que en sus memorias quisiera ajustar cuentas con él y responsabilizarlo de esos informes distorsionados, pero tampoco me cuadra, porque Manolo no era uno de los responsables del FRAP, sino secretario político del comité provincial del partido en Madrid, y no me constan declaraciones suyas criticando la deficiente preparación de los comandos.

Si el supuesto falseador de información no fue ni Diz ni Blanco Chivite, el tercer candidato que se me ocurre es Vicente Pérez Plaza, Venancio, uno de los cuatro vicepresidentes del FRAP, que lideró una escisión en 1981 y acabó en la órbita del PSOE.

Para salir de dudas, le pedí a Raúl una entrevista. Fue la última que le hice.

En el verano de 2018 me acogió en su casa, cerca de Madrid, junto a su entonces compañera y camarada, Lola Val, por quien siento un enorme aprecio. Él seguía siendo un anfitrión modélico y hospitalario, pero yo ya no era el jovenzuelo impresionable de nuestro primer encuentro en el Café Gijón. Tenía quince años más, el PCE (m-l) ocupaba gran parte de mis neuronas y me sentía listo para hurgar en la llaga de 1975. Quise explorar aquel «vago sentimiento de culpa» reflejado en sus memorias, para medir su profundidad:

–¿Sientes remordimientos por las decisiones que tomaste? –pregunté, mostrándole la página que recogía la frase en cuestión.

–Remordimiento ninguno –contestó de forma taxativa.

–Entonces, ¿qué quisiste decir con eso de «un vago sentimiento de culpa»?

Se mordió el labio mientras meditaba la respuesta.

–No lo sé. Algo de culpa debo de tener yo también, puesto que he sido uno de los que lanzaron esa lucha. Viendo lo que pasó, tengo

rabia, tengo dolor... Yo, que estuve a la cabeza de esto, ahora estoy aquí, y ellos han muerto. Y, además, no pudimos seguir, ¿entiendes? No sé cómo expresarlo.

–Creo que lo entiendo, te sientes en parte arrepentido por haber ordenado una ofensiva que se saldó con camaradas fusilados y la organización desmantelada.

–Repito: no me arrepiento ni me avergüenzo, al contrario –recalcó–. Defenderé la memoria de los que han muerto y de los que viven, estén donde estén. Salvo la de los traidores, claro.

–¿Fue un error de cálculo pensar que el FRAP era capaz de tumbar al régimen?

–La dictadura iba a ser reemplazada por una monarquía fascista. Había que evitar una Transición como si aquí no hubiese pasado nada. No podíamos permitir que Juan Carlos fuese recibido con flores. Queríamos una ruptura de verdad.

–Eso lo querían también otros grupos, pero el FRAP fue más allá, sobredimensionó sus fuerzas, tomó las armas... –objeté.

–Era el momento de sacudir el panorama –alegó Raúl–, porque la situación concreta lo exigía. Era preciso pasar a la acción para intentar evitar que llevasen a cabo la maniobra que se estaba cuajando. Sabíamos que aquí tropezaríamos con el PCE, con el PSOE y con todos, como así fue. Pero veíamos que era la única posibilidad que existía, pese a las dificultades y las debilidades que teníamos.

–¿Debilidades?

–Falta de preparación.

Cuando le mencioné sus críticas a los comités que *informaron mal*, se negó en redondo a precisar a quién estaba señalando. Simplemente insistió en que fue «un grave error dar por buenos los informes que venían de distintos comités, sin hacer un control exhaustivo».

No hablamos de sus reuniones con Ramiz Alia, porque yo aún no había descubierto los archivos albaneses. Tampoco saqué a colación los casos particulares de los tres fusilados, porque todavía no había focalizado en ellos mi investigación.

Ya no volvimos a vernos, pero seguimos escribiéndonos. Pasaron los meses, atravesamos una pandemia y llegó el día en que Raúl me

anunció que sufría cáncer. Revisando nuestra correspondencia, veo que el destino quiso que su último correo lo enviase exactamente el 27 de septiembre de 2020. Diecinueve días después, Raúl Marco, el más influyente y longevo dirigente del PCE (m-l), se despidió de este mundo.

Raúl quizá no llegó a conocer los detalles más escabrosos de los atentados, y si hubiera tenido conocimiento de ellos no me los habría contado. Pero había otras fuentes a las que consultar.

56. JOSÉ LUIS MORALES

El primero de la lista de testimonios que me quedaban por sondear era José Luis Morales, el periodista canario que militó en el FRAP y que durante la Transición llenó *Interviú* de reportajes de denuncia social, como el que sacó a la luz el genocidio de Sima Jinámar, un cono volcánico al que los falangistas arrojaron a cientos de republicanos.

A Morales lo he mencionado anteriormente para destacar la frase que soltó en el documental de Adolfo Dufour, en el que da fe de que Baena no pudo ser el autor material, porque no estaba en Madrid.

–Es una cosa que todavía hay que mantenerla en la confidencia, no en el secreto, pero sí..., todavía hay que hacerlo así. Más adelante se podrá decir. Pero yo creo que no estaba...

Una afirmación a medias, que da pie a toda clase de cábalas.

Hace unos años entrevisté telefónicamente a Morales.[8] Me contó cómo había sufrido en carne propia el trato inhumano que dispensaban los matones de la DGS, en particular Billy el Niño. En un interrogatorio, Morales acabó con los huesos hechos picadillo, perdió el conocimiento y se despertó en la enfermería de Carabanchel. Le quedaron secuelas físicas de por vida.

–Cuando Baena huyó de Vigo, el primero que lo ayudó a reubicarse en una célula fui yo. Se alojaba en casa de un amigo universitario en Fuencarral, que caía en mi área de influencia, porque yo era entonces el responsable del partido en la zona norte de Madrid. Estuvo un tiempo con nosotros, hasta que lo perdimos de vista.

–¿En qué momento dejaste de verlo? ¿Fue cuando se integró en un comando?

–No me atrevo a decir si Baena estuvo en un grupo armado. Todo

eso está envuelto en un misterio. Yo lo puse en contacto con Manolo Blanco Chivite. Supongo que Manolo lo enlazó con Pablo Mayoral, pero sobre eso ya no sé nada.

Quise profundizar en sus afirmaciones en el documental de Dufour. Le pregunté a qué se refería con aquello de que Baena no estaba en la escena del crimen.

–Baena no estaba en Madrid cuando se produjo el atentado –me garantizó–. Precisamente aquel día habíamos ido a una reunión en Valencia.

–¿En Valencia? ¿Una reunión de la rama militar?

–No, era para reorganizar la estructura política en todo el país. Estábamos sufriendo muchas caídas y había que ver de qué manera podíamos recuperar a gente desconectada.

–¿Y por qué se convocó en Valencia?

–Porque en Madrid estábamos muy quemados –arguyó Morales–. Era más seguro montarla allí. Vino gente de Barcelona, Euskadi, Andalucía... Desde Madrid acudimos tres personas: Baena, una chica y yo. Fue una reunión importante.

–Pero Baena era un militante de base desarraigado, procedente de Galicia. ¿Cómo es posible que fuera convocado a una reunión de ese nivel? –pregunté extrañado.

–Justamente acudió en calidad de militante gallego con contactos en Galicia, para ver cómo podía regenerarse la organización allí. Yo asistí como uno de los que seguían libres en Madrid. En todas partes estábamos a dos velas.

–¿Qué resultó de esa reunión?

–Se tomó la decisión de que cada uno intentaría reconstruir lo poco que quedaba en cada sitio, para intentar remontar el vuelo. En mi caso ya no pude hacerlo, porque al volver a Madrid hubo más caídas y me andaban buscando. Pasé una semana escondido en el sótano de unos simpatizantes.

Le pedí más concreción sobre la reunión de Valencia, que se contradecía con la versión de la familia que asegura que Baena estaba en la frontera con Portugal la noche previa al atentado. Si no podía estar en Alenza al día siguiente, tampoco podía estar en Valencia.

–Lo siento, no te puedo contar nada más sobre esto –se disculpó Morales.

Cuando tuve más avanzada la investigación, le propuse otra entrevista para hablar sobre todo de Baena. No puso inconvenientes, pero sugirió que nos viéramos cara a cara.

Fui a visitar a Morales a su casa en el barrio madrileño de Malasaña.[9] Me abrió la puerta un hombre físicamente maltrecho, con graves problemas de movilidad, aunque su mirada conservaba el brillo del prodigioso periodista de investigación que en su día escribió en *Interviú*. Nos sentamos en el salón, saqué mi libreta e intenté rellenar los huecos de información que me faltaban.

–¿Por qué dijiste en el documental de Dufour que Baena no podía ser el autor material? –pregunté, como si fuese la primera vez que le mencionaba la frase.

–Bueno, tengo mis dudas. Baena acudió conmigo a una reunión en Valencia, pero no estoy seguro de si fue antes o después del atentado –advirtió.

–¿No sabes si la reunión de Valencia fue antes o después del atentado de Alenza? Pero en el documental lo afirmas con rotundidad: no fue él quien disparó porque ese día no estaba en Madrid.

–No estoy seguro de si la reunión de Valencia fue aquel día –puntualizó Morales.

–Entonces, ¿no descartas que Baena estuviera en Alenza?

–No puedo descartarlo.

Me quedé perplejo. Sus vacilaciones distaban mucho de la seguridad con la que, delante de la cámara, con su sonrisa socarrona, había asegurado que Baena no fue.

Decidí compartir con Morales uno de los frutos de mi investigación.

–Hablé con el abogado de Baena, Javier Baselga, y me reconoció que tuvo la sensación de que estaba encubriendo a alguien, como si estuviese dispuesto a sacrificarse por un crimen cometido por otra persona.

–¿Encubriendo a alguien? Eso seguro –reaccionó sin pensárselo

dos veces.

Si Baena encubría a alguien, ¿hacia quién debíamos dirigir las miradas?

–¿Tú has hablado con Manolo Blanco Chivite y Pablo Mayoral? –me preguntó.

–Sí, aunque me costó años sacarles este tema.

–Hombre, claro –asintió–. Pero ahora ya se lo puedes preguntar, ¿no?

–Sí, pero se muerden la lengua.

Repasé los puntos oscuros del caso.

–Sé que Pablo estuvo en la acción. Luego lo detienen y le encuentran la cámara de fotos robada del coche utilizado en Alenza. Lo someten a un calvario, aguanta todo lo humanamente posible, hasta que en su declaración policial aparece el nombre del supuesto autor material: Daniel. Es decir, Baena. Los torturadores se lanzan como hienas a por Daniel y, cuando lo atrapan, dan por cerrado el caso.

Morales me escuchaba con cara de concentración. Continué:

–No juzgo en absoluto a Pablo. Sería miserable reprocharle algo a una víctima de las barbaridades que se practicaban en la DGS. Si Baena fue quien disparó, es comprensible que Pablo, al borde del colapso, lo delatara. Pero si no fue Baena, ¿por qué lo señaló? Era normal que los detenidos echasen la culpa a quienes seguían libres, confiando en que no caerían. ¿Fue eso lo que pasó? ¿*Cantó* Pablo a Daniel pensando que ya se habría buscado un refugio? ¿Creyó que, al ser un gallego recién llegado a Madrid, jamás darían con él? ¿Pensó quizá que, al ser Baena inocente, en caso de que lo detuviesen, serían incapaces de demostrar su culpabilidad y no podrían condenarlo?

Tras dejar pasar unos segundos, me recomendó:

–Creo que la clave está en que vuelvas a hablar con Pablo. Es el único que puede desenredar este nudo. No hay más vuelta de hoja.

–¿Sabes que hay un pacto de silencio entre ellos? –le recordé.

–Sí... El pacto de silencio me incluía a mí.

Morales no estuvo en ningún grupo armado, pero disponía de información sensible. Por ejemplo, sobre la reunión de Valencia. Su

adivinanza en el documental de Dufour no debió de gustar nada a la cofradía de las bocas cerradas y quizá le exigieron discreción.

–Entre algunos militantes –añadió Morales– circuló el rumor de que, en realidad, fue Pablo quien disparó.

–Lo sé, otros militantes me comentaron lo mismo, pero ninguno de ellos estuvo en la pomada.

–Eran especulaciones –zanjó–. Solo los implicados saben lo que pasó.

–¿Tú ves verosímil que fuese Pablo quien disparó?

–No. Eso se descartó, porque Pablo era uno de los responsables del Comité de Madrid, no podía ser el ejecutor. Los responsables nunca eran los ejecutores.

Morales me aseguró que no tenía más información sobre Alenza. Tampoco se sentía con fuerzas para continuar la conversación. Las secuelas de las palizas de Billy el Niño son su martirio cotidiano. Con un esfuerzo titánico, moviendo el torso entre muecas de dolor, se levantó lentamente de su silla de ruedas para despedirse y desearme suerte.

57. CONFIDENCIA CARCELARIA

Voy a dar voz ahora a José Gómez Cézar, un militante del FRAP que tuvo la desgracia de recibir un balazo y la fortuna de que la herida no fuese mortal.

Todo empezó con una crónica del diario *Ya* que aseguraba que Álvarez del Vayo, «en representación del gobierno ruso, pudo sacar de España valores y dinero en efectivo, producto del saqueo marxista de la Banca española».[10] *Vanguardia Obrera* acusó al *Ya* de propagar «las más viles y grotescas calumnias». Para vengar a su presidente, el FRAP planeó una respuesta muy poco proporcional, que consistía en incendiar la sede del periódico «clerical-fascista». Gómez Cézar fue designado jefe del comando.[11]

La acción fue un fiasco.

Gómez Cézar y el resto del escuadrón irrumpieron en la zona de aparcamiento del diario a bordo de un coche robado y con un bidón de gasolina en el maletero. En el sótano del edificio había grandes cantidades de benzol, un líquido inflamable usado como disolvente de tintas de imprenta. Con la gasolina y una cerilla querían provocar un incendio de grandes proporciones, pero el guardia jurado del recinto les salió al paso. Entonces, Gómez Cézar sacó su pistola y lo encañonó. El guardia consiguió zafarse, desenfundó su revólver y empezó un tiroteo que se saldó con un impacto de bala en la parte izquierda del pecho de Gómez Cézar, cerca del corazón. Salió sangre a borbotones, pero la herida no era mortal. Eso sí, él fue arrestado y acabó en Carabanchel.

El ataque contra el diario *Ya* tuvo lugar el 4 de junio de 1975, exactamente un mes y diez días antes del atentado de Alenza. En prisión, Gómez Cézar coincidió con los detenidos por la oleada

terrorista de aquel verano. Habló con ellos en confianza y sin intermediarios. Por eso doy un enorme valor a su testimonio.

–¿Crees que los tres fusilados del FRAP tuvieron algo que ver con los atentados? ¿O fueron simples cabezas de turco? –le pregunté.

–Por lo que a mí me contaron en la cárcel –dijo Gómez Cézar–, solo uno de los tres había disparado. Solo uno de los tres era realmente el autor material de una de las muertes. Los otros dos no lo eran.

–¿Quién te explicó eso?

–Uno de los camaradas juzgados en consejo de guerra.

De los tres fusilados del FRAP, es evidente que José Luis Sánchez-Bravo no disparó; a él lo acusaban de ser el organizador del atentado de la calle Villavaliente. Lo que desvela la confidencia de Gómez Cézar es que, de los dos que sí fueron condenados como autores materiales –Xosé Humberto Baena y Ramón García Sanz–, había uno que sí había disparado realmente, pero el otro no. A uno de ellos, pues, lo inculparon erróneamente.

–Si uno de ellos no mató a nadie, ¿qué pasó con el auténtico autor material? –quise saber.

–No llegó a ser detenido. Escapó.

58. LA FUENTE ANÓNIMA

No puedo revelar la identidad de la persona a la que voy a referirme ahora. Ha accedido a hablar con la condición de que se preserve su anonimato. Formó parte de los comandos del FRAP, conoció a Baena en Madrid y es una fuente valiosísima.

Tan valiosa como difícil de localizar. Desde que supe de su existencia, busqué el contacto hasta debajo de las piedras. Muchos se acordaban de su nombre, pero desconocían sus coordenadas, porque puso tierra de por medio para zafarse de los fantasmas del 75. Recurrí a mi último comodín, el Putxi y su interminable base de datos, y no falló. Me facilitó un teléfono, aunque me advirtió de que él nunca había hablado con esta persona.

La llamé. Le expliqué la investigación que tenía entre manos y expuse mi interés en hacerle una entrevista. Pese a sus recelos iniciales, acabó aceptando. Remover los sedimentos del pasado le resultaba exasperante, pero esta vez haría una excepción. La clave fue mencionarle a Baena. Sentía un enorme afecto hacia él y su familia y quería contribuir a honrar su memoria y esclarecer la verdad sobre su caso.

Quedamos en una ciudad que no puedo revelar. La cita era en el reservado de una cafetería, un espacio discreto, ideal para evitar que al cliente de la mesa de al lado se le atragantase el café al oír frases como la que pronunció mi fuente nada más sentarse:

–Yo sé cómo empezaron a formarse los grupos armados.

No iba de farol, hablaba con perfecto conocimiento de causa. No pretendía vanagloriarse de batallitas de juventud para impresionar al periodista, aunque, sin buscarlo, cada vez que abría la boca se le escapaba un titular. Contestaba con seriedad y fiabilidad. Cotejé a posteriori sus recuerdos con los hechos, fechas y lugares de los que

tenía constancia, y todo era correcto. Por este motivo, otorgo la máxima credibilidad a su testimonio.

Tendré que ajustar algunos fragmentos para no comprometer el anonimato pactado.

–Entonces, ¿cómo surgieron los grupos armados en Madrid? –le pedí.

–Previamente se crearon grupos de autodefensa cada vez más violentos –precisó–, que se nutrían sobre todo de militantes de la universidad y de las juventudes del partido. La idea era foguear a la gente y prepararla para lo que vendría.

–¿Recuerdas alguna acción en concreto?

–La de la embajada de Uruguay: un grupo formado por gente de la universidad le prendió fuego, en solidaridad con las víctimas de la dictadura uruguaya. Como la acción salió medianamente bien, se consideró que estaban capacitados para formar parte de los futuros grupos armados. Hubo más acciones preparatorias.

–Baena estuvo en el ataque al Banderín de Enganche de la Legión. Maruxa, su novia, fue detenida allí –reseñé.

–En esa no estuve. No llegué a conocer a Maruxa. Sí que lo vi a él en una acción de la plaza de Cascorro, en el Rastro. Hubo un breve mitin y una manifestación relámpago. Ahí estuvo Humberto. Nosotros lo conocíamos como Daniel.

–¿Recuerdas el momento en que se decidió activar la fase de atentados?

–Esa decisión se tomó desde fuera, sin conocer la realidad de lo que pasaba en España. La dirección llevaba toda la vida en el exilio y siempre imponía el mismo *modus operandi*: mucha propaganda, mucha agitación, acciones con mucha visibilidad; teníamos que ser los más *broncas*, sin medir las consecuencias. Las caídas sistemáticas parecían no importarles.

–¿Crees que el FRAP estaba preparado para la lucha armada?

–¿Preparado? ¡Nos faltaba de todo! –exclamó mi fuente–. Armas, pisos seguros, redes de abogados, entrenamiento... La gente no estaba preparada. Ni siquiera dio tiempo a separar bien la estructura política de la militar. Quienes acabaron formando parte de los grupos

armados habían estado en estructuras políticas hasta muy poco antes. Pero a la dirección le corría mucha prisa.

No puedo ser más explícito a la hora de ubicar a la fuente anónima, pero no cabe duda de que llegó a tener un conocimiento muy preciso de la rama militar.

–Tuvo que ser en junio de 1975 cuando se formaron los comandos armados –señalé–. ¿Puedes explicar su génesis?

–Al principio, éramos un amasijo de gente, formábamos un único conjunto, pero el proyecto era dividirnos en dos grupos separados.

–¿Dos grupos armados en Madrid? –reaccioné, asombrado–. ¿Baena iba a estar en uno de ellos?

–Sí. De hecho, estaba previsto que Humberto se pusiera al frente de uno de los dos grupos. El otro tenía que encabezarlo Guillermo Pérez Martínez, el *Tetu*. Por encima de ellos, el responsable de ambos iba a ser Vladimiro Fernández Tovar.

Primera sorpresa: Baena no solo tenía que unirse a un comando, sino que el plan era que lo encabezase él. Idéntico papel tenía adjudicado el Tetu. Vladimiro, ungido como coordinador de los grupos armados en Madrid, acabó siendo condenado como jefe del comando de Alenza.

–Ese fue el embrión de los grupos armados: Vladimiro, Humberto y el Tetu –prosiguió la fuente anónima–. Inicialmente hubo un cuarto componente de este núcleo, que llegó de Andalucía huyendo de una movida en los astilleros, pero no duró mucho. Un día no se presentó a una cita y se le perdió la pista.

–¿En qué momento termina la fase embrionaria y se constituyen los dos comandos encabezados por Baena y el Tetu?

–Es que no se llegó a ejecutar ese plan. No se crearon los dos grupos separados.

–¿Cómo que no? Entonces, ¿quién cometió el atentado de la calle Alenza?

–Lo de Alenza fue fruto de las prisas de la dirección –opinó la fuente–. Querían el primer muerto cuanto antes. El Comité Ejecutivo presionaba a Manolo Blanco Chivite [responsable del Comité de Madrid], Manolo presionaba a Pablo Mayoral [su mano derecha],

Pablo presionaba a Vladimiro, Vladimiro presionaba a Humberto y al Tetu, y estos dos presionaban al resto.

Reconstruyamos la cronología de este desenfreno. En mayo arrecian las acciones preliminares, cada vez más violentas pero sin muertos. En junio se seleccionan los perfiles más aptos y llega la orden de matar. En Madrid se prevé constituir dos unidades separadas, una capitaneada por Baena y otra por el Tetu, con Vladimiro por encima de ambos, pero esta partitura no llega a interpretarse. Llegamos a julio. La violencia sigue sin traspasar el umbral de los daños materiales, la cúpula se desespera y urge a liquidar al primer enemigo.

–Hay una anécdota que ilustra bien este nerviosismo –destacó la fuente–. Viajaban en el metro los del núcleo duro, es decir, Vladimiro, Humberto, el Tetu y alguno más a quien no puedo nombrar. Uno de ellos llevaba encima la pistola. De repente, entró en el vagón un policía y Vladimiro se envalentonó: «¡Hay que hacerlo... ahora!». Disparar, activar la alarma y salir corriendo. Los otros se miraron entre ellos, estupefactos. Era una locura. Le dijeron: «Pero ¿cómo vamos a improvisarlo de esta manera, en un vagón lleno de gente?». Al final se desestimó.

No sé si Vladimiro había visto *Section spéciale* en algún cine francés, pero la escena que imaginó en el metro de Madrid era calcada al punto álgido del filme de Costa-Gavras.

Según avanzaba la entrevista, dada la soltura con la que describía el paisaje guerrillero, llegué a pensar que mi fuente había estado implicada en la trama de Alenza. Es más, creí que quizá tenía delante al auténtico autor material.

–¿Cómo se planeó el atentado de la calle Alenza? ¿Participaste en él? –le solté a bocajarro.

–No. Sobre eso no tengo certezas, solo suposiciones, porque no estuve.

–¿No contaron contigo?

–Ni conmigo ni con otros.

–¿Y qué crees que sucedió?

–No tengo la certeza absoluta, insisto, pero puedo intuir lo que

pasó. Creo que, dada la premura, se sobrepasó la estructura de los grupos armados.

–¿A qué te refieres?

–Pues a que, además de gente de los grupos, intervino alguien de la dirección.

–¿De la dirección? ¿A qué nivel?

–Del Comité Regional de Castilla o del Comité de Madrid.

–Esto ya lo plantea la versión oficial –recordé–. Blanco Chivite como cerebro organizador de los comandos y Pablo Mayoral como uno de los atacantes.

–Claro. Pablo formaba parte de las estructuras de dirección, no estaba previsto que se mojara hasta ese extremo. Si participó fue debido a las urgencias de los órganos superiores. «Hay que hacerlo, hay que hacerlo, hay que hacerlo...» Como los grupos aún no estaban definidos, uno de la dirección tenía que bajar al barro. Supongo que a Pablo le tocó ese papel para garantizar que la acción se llevara a cabo.

–¿Ves creíble la reconstrucción oficial de los hechos, que señala a Sierra como conductor y a Baena como ejecutor?

–En el comité de universidad, Fernando Sierra era el único que sabía conducir, ese acostumbraba a ser su rol. Sí, me encaja –reconoció.

–¿Y Baena?

–No me extrañaría que hubiese participado. Vivía en una situación muy precaria, escondiéndose de una casa de apoyo a otra, no tenía medios económicos, dependía de lo que le ofreciera el partido. Tomó parte en las acciones preparatorias y estaba previsto que dirigiese uno de los grupos.

–Su entorno asegura que no secundaba la vía armada. ¿Es así?

–No sé si tenía dudas, delante de mí no las expresó. Pero eso no quita que acabase pasando por el aro. Aunque dudaras, acababas acatando las reglas, pensabas que tal vez a ti te faltaba la visión global que sí tenía la dirección. Cuando sales de una secta lo ves todo claro, pero mientras estás dentro es difícil, porque cortas con la familia, con los amigos, solo te relacionas con tus camaradas, que interpretan el mundo de acuerdo con los parámetros del partido.

–Imaginemos que Baena no estaba ese día en Alenza –propuse–. ¿Podría haber sido el Tetu? ¿O Vladimiro? ¿O un tercer hombre del que no sabemos el nombre?

–No. Al Tetu no lo reclutaron para esa acción, quizá porque ya lo estaban segregando para formar un segundo grupo. ¿Vladimiro en Alenza? No me consta. En cuanto a lo del tercer hombre, no lo creo.

Aunque estábamos solos en el reservado, la fuente anónima bajó el tono de voz.

–Hubo un acontecimiento que pudo influir en el estado de ánimo de Humberto. ¿Te han contado la acción del 19 de julio? ¿Has hablado con alguno de los que participaron en eso?

Se refería al atentado de la calle Gómez Ortega, cinco días después de Alenza. Un comando del FRAP acribilló al policía Justo Pozo Cuadrado, que sobrevivió de milagro. Al no haber víctimas mortales, el caso cayó en el olvido.

–¿Tienes detalles? –tanteé.

–De eso sí.

Las primeras indagaciones apuntaban a que Baena y Vladimiro estuvieron implicados en el ataque, pero los hechos jamás fueron juzgados.

–Llegó la información de que un policía salía de la comisaría del barrio de La Prosperidad y hacía siempre el mismo recorrido. Montaron un comando de cuatro: Vladimiro, Humberto, Sierra y el Tetu –relató la fuente anónima.

–¿Cómo se repartieron las tareas?

–Tanto Vladimiro como Humberto llevaban pistola. El Tetu se quedó vigilando en una esquina, armado con una granada de mano. Sierra conducía el coche.

–¿Sabes quién disparó?

–Uno de los dos se adelantó y encañonó al policía, pero se le encasquilló la pistola. Entonces el otro se acercó y empezó a disparar, pero tenía un revólver de un calibre muy pequeño. Las heridas no fueron mortales. No sé si el de los balines fue Humberto o Vladimiro. El policía cayó al suelo y se esfumaron.

Segunda sorpresa: no sabemos aún si Baena estuvo en Alenza, pero podemos afirmar que sí participó en el atentado de la calle

Gómez Ortega. Tres días más tarde fue detenido y torturado y acabó responsabilizándose de la muerte del primer policía. ¿Pudo influirle lo ocurrido el 19 de julio? ¿Podría ser que Baena, con el cargo de conciencia de haber disparado contra Justo Pozo Cuadrado, renunciase a defender su inocencia en el asesinato de Lucio Rodríguez? Al ver que Pablo lo había señalado a él, ¿aceptó resignadamente su destino porque, a fin de cuentas, tenían razón quienes lo acusaban de terrorismo?

Quien tenga la tentación de decir que Baena estuvo *bien fusilado* porque, aunque no estuviera en Alenza, su pistola aún humeaba, pasa por alto que él no fue condenado a muerte por la acción del 19 de julio, sino por matar a Lucio Rodríguez.

Expuse a mi fuente los indicios que ponen en entredicho la autoría de Baena:

–Hay quienes lo sitúan ese día fuera de Madrid. En una comunicación con su familia en Carabanchel, dejó caer una frase cargada de autocontención: «No puedo morder la mano de quien me ha ayudado». Justo antes de morir le aseguró a su padre: «No fui yo». ¿Qué te sugiere todo esto?

Se tomó unos segundos.

–Sabiendo lo buena persona que era y la abnegación que sentía por la causa, debió de comerse la acusación para no salpicar ni traicionar a nadie –razonó.

–Suponiendo que Baena conociese al verdadero culpable, ¿tú crees que prefirió callarse, aun sabiendo que le esperaba el paredón?

–Sí, es una posibilidad. Para alguien que no haya militado en la clandestinidad es difícil de entender, pero estábamos dispuestos a sacrificarlo todo, hipotecábamos nuestras vidas por la revolución. Nuestra lealtad era inquebrantable. Si él creía que con su silencio salvaría de la quema a otros camaradas, porque se cerraría el caso y pararían las detenciones, es probable que no dijera nada.

–¿Baena se inmoló para encubrir al auténtico responsable? No hicieron lo mismo algunos de sus camaradas –puse de relieve–. Según consta en su declaración policial, Pablo señaló a Daniel, a

Baena. ¿Por qué no hizo él lo mismo cuando lo detuvieron? ¿De quién era esa mano que no quería «morder»?

Cerró los ojos y pareció teletransportarse a 1975.

–Humberto era muy buen tipo, muy melancólico, daban ganas de abrazarlo. Se le notaba jodido por haber tenido que largarse de Galicia y dejar atrás a su familia. Después de la acción de Alenza, volví a verlo un par de veces antes de que lo detuvieran. Pero nunca me contó si había participado o no. De hecho, no tocamos para nada ese tema. Teníamos una regla inviolable: cuanto menos supiésemos los unos de los otros, más seguros estaríamos todos.

Me miró y añadió:

–Los únicos que pueden aclararte qué pasó en Alenza son los que participaron en la acción.

59. EL REVÓLVER

Me costó digerir todas las revelaciones de la fuente anónima, especialmente la que situaba a Baena como uno de los pistoleros que atentó contra Justo Pozo Cuadrado. Si disparó a matar el 19 de julio, ¿por qué no creerse la versión oficial, que decía que eso mismo hizo cinco días antes en la calle Alenza? Antes que nada, vamos a intentar averiguar quién apretó el gatillo el 19 de julio. La fuente anónima no estaba segura de si había sido Baena o Vladimiro, pero creo que podremos salir de dudas.

En su declaración ante la policía, Vladimiro confiesa haber participado en el atentado contra Justo Pozo. Su relato coincide con lo que me explicó mi fuente, pero Vladimiro va más allá y dice que sacó su pistola Star del calibre 7,65 –la misma que llevaba encima cuando fue detenido– y accionó el percutor, pero el arma falló. Entonces, Daniel –nombre de guerra de Baena– dio un paso al frente y disparó con su propia pistola.

¿Significa eso que fue Baena quien hirió a Justo Pozo el 19 de julio?

Las crónicas en caliente sobre este atentado precisan el calibre exacto de las balas. En su edición del 20 de julio, *ABC* revela que el policía recibió «numerosos impactos de pistola, del calibre 6,35».[12] El diario *Pueblo*, al día siguiente, certifica que todos los disparos fueron realizados «con la misma pistola del calibre 6,35».[13] Está claro, pues, que esas balas no fueron disparadas con la pistola Star del calibre 7,65 de Vladimiro. Por lo tanto, creo que sí fue Baena quien atacó a Justo Pozo.



Ilustración: Eduard Forroll
Ilustración elaborada por Eduard Forroll.

Cuando llegué a esta conclusión, pensé que toda mi investigación se venía abajo; el individuo que le descerrajó media docena de tiros a un policía el 19 de julio debía de ser el mismo que, cinco días antes, liquidó a Lucio Rodríguez en la calle Alenza. Empecé a convencerme de que la policía tenía razón. Hasta que detecté una incoherencia flagrante.

La misma noche del atentado de Alenza, la policía supo que a Lucio Rodríguez lo habían asesinado con balas del calibre 22 largo, y así lo reflejaron los periódicos del día siguiente.[14] Cinco días más tarde fue tiroteado Justo Pozo y la policía no tuvo inconveniente en informar de que, en este caso, el calibre de los proyectiles era 6,35. Dos armas para dos atentados. Si Baena andaba por Madrid con un arma del calibre 6,35 y disparó contra Justo Pozo, ¿de quién era el revólver del calibre 22 largo utilizado en Alenza?

Aquí viene el amaño policial. Cuando fue detenido Baena, la Dirección General de Seguridad emitió un comunicado en el que lo acusaba de ser el autor material tanto del asesinato de Lucio

Rodríguez como del intento de asesinato de Justo Pozo. Cualquier lector puntilloso habría podido detectar el truco sibilino que se les ocurrió para culpar a Baena de ambos atentados: el comunicado asegura que a Justo Pozo le dispararon con un revólver del calibre 22 largo, el mismo utilizado para matar a Lucio Rodríguez. Las balas del calibre 6,35 disparadas contra Justo Pozo se habían convertido, como por arte de magia, en proyectiles del 22.

Hay una incoherencia más. En su comunicado inicial, la Dirección General de Seguridad dice que, al ser detenido, Baena llevaba encima una cartera de mano con dos cajas de munición de cincuenta cartuchos cada una y catorce balas del mismo calibre –no especifica cuál– en una caja de cerillas. No menciona ningún revólver. La policía debió de darse cuenta de este desajuste, que quedó subsanado en el informe pericial del 29 de julio, en el que ya se afirma que cuando detuvieron a Baena le incautaron el revólver Cadix del que salieron las balas que acabaron con la vida de Lucio Rodríguez.

La prueba definitiva de que hubo un montaje para imputarle el arma del delito la encontré en un escrito de conclusiones del fiscal militar, en el que se afirma que, antes del atentado de la calle Alenza, Vladimiro entregó a Baena «un pequeño bolso de mano, que contenía un revólver marca Cadix, con el número borrado, calibre 22 largo».[15] Sin embargo, la confesión de Baena bajo tortura –que he podido consultar– dice que Vladimiro le suministró una cartera con una pistola de la «marca Star». El fiscal falseó la declaración de Baena para endosarle un revólver que no era el suyo.

Manipularon datos balísticos para presentar a Baena como el responsable de ambos atentados, cuando lo cierto es que solo había disparado en uno de ellos, el del 19 de julio, con un arma del calibre 6,35. Sobre esa arma nunca más se supo nada. Si la encontró la policía, la hizo desaparecer, porque no casaba con el relato que estaba fabricando.

Fue una maniobra maquiavélica para incriminar a Baena. ¿Por qué motivo la policía se empeñó en presentarlo como el asesino de Alenza? ¿Qué intentaban esconder?

60. EL RECORTE

En una de mis visitas a Madrid pasé por la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. Quería consultar la prensa de la época en busca de más contradicciones. Hojeé ejemplares de *ABC*, *Nuevo Diario*, *Pueblo*, *Informaciones*, *El Alcázar*, *El Caso*... Mientras leía los periódicos microfilmados con un chisme del siglo pasado, temí perder un par de dioptrías, así que encargué copias digitalizadas de las páginas que me interesaban y me fui.

Al cabo de unos días recibí los documentos escaneados. Las noticias sobre el atentado de la calle Villavaliente no aportaban nada nuevo. Tampoco vi gran cosa en las informaciones sobre Alenza, hasta que abrí la crónica de *El Caso*, el histórico semanario especializado en sucesos. Tras la detención de Baena y del resto de los presuntos miembros del comando, *El Caso* dedicó al asunto una doble página central y otra de complemento, donde reconstruía los hechos a partir de la versión oficial. Pero el periodista que firmaba la pieza bajo el pseudónimo *SEFERI* destiló un párrafo memorable, un terremoto de 38 palabras que me hizo caer de espaldas. Hablando de la declaración policial de Pablo Mayoral en que confesaba su participación en el atentado, suelta esto:

> Le acompañaban dos individuos desconocidos de los que sabe se apodaban «Daniel» (que disparó su revólver contra el policía) y «Bigotes», que conducía el coche que previamente habían robado, *y un tercero del que se desconoce cualquier referencia*.

Tuve que leerlo varias veces para convencerme de que no estaba malinterpretando la frase que acabo de resaltar. ¿Una tercera

persona, desconocida, acompañó a Pablo en Alenza? Aparte de Daniel –que es Baena–, del *Bigotes* –que supuestamente es Sierra– y de Pablo, ¿hubo otro personaje «del que se desconoce cualquier referencia»? Por tanto, ¿lo que le contó el sereno a *Cambio 16*, aquello de los «cuatro hombres» huidos en un Seat 127, era verdad?

Esta pepita de oro enterrada en mitad del artículo de *El Caso* tiene un valor estratosférico, porque es, creo, el vestigio de una línea de investigación deliberadamente suprimida por la policía. Estos restos arqueológicos en forma de media frase sugieren que en Alenza actuó un comando de cuatro, no de tres. No descarto que Baena estuviera ahí, al lado de Pablo Mayoral y Fernando Sierra, pero la cuestión es que muy posiblemente hubo un cuarto hombre del que la policía no sabía nada. Nada de nada. Solo sabía que existía.

Y aquí viene el gran atropello procesal. La Brigada Político-Social no fue capaz de atrapar al cuarto hombre, pero como ya habían capturado a varios elementos relacionados con los grupos armados decidieron dar carpetazo a la investigación, se conformaron con lo que había. Tenían a Manolo Blanco Chivite, al que podían presentar como cerebro de la operación. Tenían a Pablo Mayoral, el encargado de garantizar el éxito de la acción. Tenían a Vladimiro Fernández Tovar, jefe de los comandos. Tenían a Fernando Sierra, el conductor. Y tenían a Baena, el gallego con cara de susto, sentenciado ya antes de ser detenido porque la declaración de Pablo lo señalaba como autor material. Aunque se les hubiese escurrido de las manos un cuarto hombre, ¿qué más daba? Esa laguna tenía fácil solución: si los poderes fácticos se conjuraban para omitir aquel pequeño fleco, no haría falta dar explicaciones. Y esto fue lo que pasó. El cuarto hombre no aparece en las diligencias policiales, ni en el escrito del fiscal, ni en el sumario, ni en los comunicados de la DGS. Se borró toda alusión al fugitivo, porque su sola mención podía echar por tierra la versión autorizada de los hechos. Había que ocultarle a la opinión pública la existencia de otro terrorista, porque de lo contrario todo el mundo se preguntaría qué función había desempeñado, y si trascendía que el prófugo fue el que disparó, el consejo de guerra se iría al garete. La policía franquista fue la primera interesada en silenciar aquella exclusiva de *El Caso* insertada en un párrafo de

transición. Le encasquetaron el muerto a Baena, le atribuyeron el arma del crimen –pese a tener un calibre distinto al que utilizó el 19 de julio– y padecieron un ataque de amnesia con respecto al cuarto hombre.

Es más. Por un momento quizá creyeron haber cazado a ese desconocido. No olvidemos que, cuando la noche del 22 de julio detuvieron a Baena y a Sierra, también se llevaron esposado al joven Juan Olaso. Él mismo me explicó cómo sus interrogadores lo llegaron a acusar de ser el que disparó. Solo pararon de hostigarle cuando Baena les aseguró que no tenía nada que ver con el comando. Sabían que había un cuarto, pero no era Olaso.

Con un modesto recorte de periódico le acabamos de ver las vergüenzas a una instrucción policial y judicial que pisoteó una línea de investigación clave. Prevaricaron con el fin de amoldar el relato oficial a las fichas que tenían a su alcance. Pero me surgen dos dudas.

Para empezar, ¿de dónde sacó el periodista una píldora de información tan confidencial? ¿Habló con el sereno que había testificado para *Cambio 16*? ¿O la filtración provino de una comisaría? La plantilla de *El Caso* disponía de excelentes fuentes policiales, que le servían para aliñar sus recreaciones con detalles morbosos que nadie más tenía, así que no me extrañaría que uno de los policías que participaron en los interrogatorios se hubiese ido de la lengua bebiendo wiskis con el tal SEFERI en la barra de un bar.

¿Y qué papel desempeñó el cuarto hombre? Los testigos oculares vieron a dos atacantes fuera del coche. Si uno era Pablo con la navaja, ese desconocido pudo ser el que accionó la pistola. ¿Y Baena? ¿Se quedó en el vehículo? ¿O no estaba ni en Madrid?

A la policía no le interesó aclararlo. Cuando arrestaron a Baena, ya tenían la mercancía que necesitaban para dar por cerrado el caso y servir en bandeja al Gobierno un repóquer de presuntos criminales. ¿Para qué complicarse la vida buscando al que faltaba?

La verdad sobre Alenza quedó tapiada bajo una doble capa de hormigón armado. Ni al régimen franquista le convenía desentrañar lo ocurrido ni los detenidos quisieron delatar al que huyó. Quien más tenía que perder con esta pinza de silencios era Baena, que cargaba

con la imputación más grave y no podía defenderse desvelando la verdad, porque tenía que ceñirse a la estrategia jurídica que pactaron los acusados, una estrategia que consistía en negarlo todo y callar aquello que sabían.

El silencio ha persistido hasta hoy.

61. FLOR BAENA (II)

La víspera del 48.o aniversario de los fusilamientos, saludé por primera vez en persona a Flor Baena.[16] Subí en taxi hasta Castrelos, una de las parroquias que circundan Vigo, un pulmón verde en el que uno se siente más cerca del campo que de la ciudad. Allí vivía Flor ya en los setenta. En 2023, seguía sin moverse de esta casa rebosante de plantas enredaderas y animales domésticos. Cuando me abrió la puerta, el aire fresco y perfumado que soplaba aquella mañana en la ladera se mezcló con un penetrante olor a fauna casera.

–Tengo más de treinta gatos –tasó Flor, mientras un par de felinos se restregaban en sus tobillos–. A muchos los rescaté de la calle.

Al meternos en el patio trasero se sumó al comité de bienvenida una legión de perros de todos los tamaños. Hubo división de opiniones: unos saltaban, otros vagaban impasibles a nuestro lado y uno me dedicó un concierto de ladridos que se hizo eterno.

Subimos por unas escaleras a otra terraza, donde nos saludaron más animales. En un cobertizo graznaban dos cacatúas, una cotorra y una oca minusválida que agitaba torpemente las alas dentro de la jaula. Flor consagraba media jornada a limpiar y alimentar a todo el zoológico. Procurando no tropezar con el tráfico de perros y gatos que campaban a sus anchas, regresamos al interior de la vivienda, con la debida sincronización al abrir y cerrar puertas para que no se colara ningún cuadrúpedo.

Luego me mostró el garaje, donde colgaba un cuadro expresionista dedicado a Baena.

–Pite sigue estando muy presente en nuestras vidas –musitó Flor con su voz dulce, contemplando al protagonista del lienzo, a quien ella se refiere con el apelativo familiar.

Nos sentamos en el comedor, con los persistentes ladridos del mismo perro de antes como música de fondo. De una caja de cartón, Flor fue sacando fotografías de su hermano y retomamos el hilo de nuestra última conversación telefónica. Lo primero que hizo fue volver a enumerar las cualidades humanas de Xosé Humberto.

–Pongo la mano en el fuego por él. Era una persona que nunca mentía. –Aderezó la afirmación con un retazo de su infancia–: Antes que decir una mentira, se quedaba callado. Cuando éramos pequeños, si se me ocurría hacer una trastada, mi madre se ponía a gritar: «¡¿Quién ha sido?!». Para ahorrarme la regañina, yo decía que no sabía nada. Por descarte, el culpable pasaba a ser Pite. Mi madre lo acusaba a él, y Pite se quedaba mudo. Prefería ganarse una reprimenda antes que delatarme.

No fui a Vigo con expectativas de sacar novedades para la investigación. El propósito de mi viaje era conocer personalmente a Flor y pisar las calles por las que en su día había correteado Xosé Humberto. Pero no pude evitar mentarle otra vez la cuestión de la autoría. Resolver esa ecuación era nuestro reto compartido.

Me hice eco de aquel «no puedo morder la mano de quien me ha ayudado» y lo crucé con el rumor sobre el presunto rol de Pablo como autor material. Quería ver la reacción de Flor ante esta hipótesis abrumadora. Sus preciosas pupilas de color esmeralda empezaron a arder. Su mente pareció volar cincuenta años atrás, estimulada por aquel calambrazo.

–Mi padre tenía una teoría al respecto –aterrizó, al fin.

–¿Sobre Pablo?

–No. Sobre Manolo.

Se llevó el puño al mentón y cerró los párpados con fuerza, en un gesto de concentración para intentar rescatar una fecha de la memoria.

–Fue en 1977, o quizá al año siguiente. En cualquier caso, tuvo que ser después de la Ley de Amnistía, porque Manolo y Pablo ya estaban en libertad –contextualizó Flor.

–¿Qué pasó?

– El partido invitó a mi padre a un acto en Madrid.

–¿A un acto del PCE (m-l)?

–Sí, una especie de asamblea en un salón grande. Él me pidió que lo acompañara. Pensábamos que iban a exponer de qué manera intentarían reabrir el caso de los fusilados. En la mesa de oradores se sentaron Manolo Blanco Chivite y otros dirigentes. Estuvieron hablando y hablando, pero de mi hermano no decían nada, solo explicaban sus proyectos políticos. Mi padre se enfadó muchísimo, se sintió utilizado. En el intermedio, se levantó y me dijo: «Vámonos de aquí, que estos no van a hacer nada por Pite... ¡Todo es política!».

–¿Los dejasteis plantados en mitad del acto?

–Cuando nos dirigíamos a la salida, mi padre se cruzó con Blanco Chivite. Fue como si se le nublara la vista. Te aseguro que mi padre era un hombre de lo más pacífico, pero ese día agarró a Blanco Chivite por el pecho y gritó, fuera de sí: «¡Tú! ¡Tú eres el culpable de todo! ¡Sí, tú! ¡No creas que no lo sé!».

–¿Y cómo reaccionó Manolo?

–Se quedó helado, no articuló palabra. Corrí a separar a mi padre, traté de tranquilizarlo. Alguien más ayudó a templar los ánimos.

Flor no hablaba de oídas, había presenciado en directo aquel incidente que parecía dinamitar cualquier teoría previa sobre el crimen de Alenza.

–¿A qué se debía la furia de tu padre contra Manolo? ¿De qué lo consideraba «culpable»? ¿De haber metido a su hijo en un comando? ¿De haberle encomendado un homicidio?

–Cuando le pregunté por qué había actuado así, me dijo: «Mary, sé muy bien lo que me hago». No quiso explicarme sus motivos. Le insistí y, finalmente, vino a decirme que, según él, Blanco Chivite era el autor material. Le pregunté: «¿Eso quién te lo ha dicho?». Y mi padre: «¡Bueno, yo lo sé, y ya está!».

De todas las hipótesis, esta es la que me parece más estrambótica. Manolo era el número uno del Comité de Madrid del PCE (m-l), podía ser el cerebro, el organizador. ¿Tenemos que imaginárnoslo también saliendo del coche y matando al policía?

Chequeé si la asamblea a la que asistieron Flor y su padre quedó registrada en las publicaciones del partido. Recurrí al fondo documental del Pabellón de la República de Barcelona, que almacena una magnífica colección de *Vanguardia Obrera*, y comencé a revisar

cada número a partir del otoño de 1977. La Ley de Amnistía entró en vigor en octubre, pero Manolo, Pablo y Vladimiro no salieron en libertad hasta noviembre.

No encontré nada útil en las ediciones de 1977. Tampoco en los primeros meses del año siguiente. Al fin, en el número 251 del periódico, me topé con el siguiente titular: V PLENO DE LA CONVENCIÓN REPUBLICANA DE LOS PUEBLOS DE ESPAÑA

Encabezaba la página una fotografía apaisada de la mesa presidencial, con veinticinco personas, entre las que distinguí a Raúl Marco, Elena Ódena, Manolo Blanco Chivite, Rafael Blasco y alguno más. A otros no los reconocí, porque eran ajenos al partido. No se trataba de una asamblea interna, sino de la Convención Republicana de los Pueblos de España, un invento del PCE (m-l) para blanquear su imagen tras los despropósitos de 1975 y recomponer un frente unitario republicano con fichajes independientes.



El padre de Baena (sentado, primero por la derecha) y Blanco Chivite (segundo por la izquierda en la mesa principal), en el acto de la Convención Republicana de los Pueblos de España, en 1978
El padre de Xosé Humberto Baena, en un acto de la Convención Republicana de los Pueblos de España. Cedida por Pedro López Sanz.

Aquel pleno se celebró en Madrid los días 23 y 24 de septiembre de 1978 y, según la crónica, participaron en los debates personalidades como el senador de ERC Rossend Audet o el cineasta Elías Querejeta. En la enumeración de miembros de la presidencia del acto, efectivamente, se menciona a «D. Fernando Baena».

Leyendo los documentos del pleno podemos hacernos una idea del cabreo que movió al padre de Baena a marcharse. Se habló más de presente y futuro que de pasado. Por unanimidad, se acordó defender el «no» a la «Constitución monárquica» en el referéndum del 6 de diciembre. Hubo llamamientos a crear un «Tribunal Internacional cívico» para juzgar los crímenes del franquismo y a apoyar los homenajes a las víctimas del régimen. Pero no vi ni una sola alusión directa a Baena y los demás ejecutados.

Fernando Baena Fernández falleció en 1982, a los setenta y siete años, y se llevó a la tumba las razones que lo llevaron a agarrar de la pechera a Blanco Chivite.

62. MANOLO Y PABLO (III)

La sede de la editorial El Garaje, con su aspecto de nave industrial, sus tubos de neón en el techo y sus estanterías llenas de libros, fue la última estación de mi recorrido por los sórdidos callejones de 1975. Allí me esperaban Manolo Blanco Chivite y Pablo Mayoral.[17]

Antes de atravesar el portalón grisáceo de la entrada me hice muchísimas películas sobre lo que pasaría ahí dentro, y todas acababan como el rosario de la aurora. Caminando hacia allí tuve la sensación de estar subiendo los últimos escalones de un trampolín suspendido sobre un río de lava, del que no saldría sin quemaduras. Pero no tenía otra elección: en la lava flotaban los fragmentos del espejo roto que me quedaban por recuperar.

Me sentía provisto de argumentos suficientes para afrontar la entrevista de manera diferente a las anteriores. De hecho, no la planteé como una entrevista; esta vez no se trataba de mendigar respuestas que sabía que no me concederían. Esta vez hablaría yo.

Tenía asumido que no nos pondríamos de acuerdo en el objeto de mi investigación. Ellos consideraban que meter las narices en Alenza no aportaba nada, o, peor aún, desviaba el foco hacia una cuestión accesoria; lo que había que hacer era única y exclusivamente fiscalizar a la dictadura. Cuando empecé a explicarles los derroteros por los que discurriría mi libro, el aire del despacho donde estábamos sentados se hizo denso y pesado. Manolo y Pablo llevaban medio siglo custodiando la caja negra del atentado del 14 de julio de 1975, y allí estaba yo, un intruso pidiendo permiso para leer su contenido.

–Sé que no me lo vais a confirmar, pero estoy convencido de que Baena no fue...

Enumeré los indicios abrumadores que había recopilado: las últimas palabras de Baena a su padre, el montaje policial para atribuirle el arma del crimen, la insólita retractación de Vladimiro ante el juez para exculpar a Baena, la revelación del misterioso Juan Aguirrezábal Forasté a una amiga mía, la alusión a un cuarto miembro del comando en las crónicas de *Cambio 16* y *El Caso*, la sospecha del abogado Javier Baselga de que su cliente encubría a alguien, la reticencia de Baena a «morder la mano» de quien le había ayudado, la carta de una testigo a la familia diciendo que Xosé Humberto no fue, los testimonios que lo sitúan lejos de Madrid el 14 de julio, el incendio que arrasó la casa de sus padres y, cómo no, lo que le explicaron a José Gómez Cézar en prisión: que solo uno de los tres fusilados había disparado.

Expuse las diferentes teorías que había ido recabando.

–Estoy seguro de que os llegó el rumor, como me ha llegado a mí, de que el verdadero autor material del atentado de Alenza fue Pablo.

Me detuve un instante por si querían pronunciarse, pero no hubo reacción por su parte. Pablo, hierático y con los labios apretados, mantenía su mirada clavada en el suelo.

–En cambio, el padre de Baena pensaba que el culpable era Manolo –continué.

Manolo puso cara de estupefacción. Antes de que pudiera protestar, me anticipé.

–Mi tesis es otra.

Tenía en mente, sobre todo, lo que uno de los procesados por terrorismo en 1975 le confió a José Gómez Cézar: de los tres fusilados, solo uno fue verdaderamente el autor material de un asesinato. En toda mi investigación no fui capaz de encontrar una sola evidencia que descartara la implicación de Ramón García Sanz en el atentado de la calle Villavaliente. Y sí que tenía motivos de sobra para cuestionar la acusación contra Baena. A José Gómez Cézar le aseguraron que uno de los autores materiales consiguió escapar.

–He llegado a la conclusión –sentencié– de que en Alenza hubo una tercera persona que acompañó a Pablo Mayoral y Fernando Sierra. Creo que ese desconocido, ese tercer hombre –o ese cuarto

hombre, si resulta que Baena también estaba allí–, fue quien disparó, pero tuvo la suerte de librarse de las caídas.

No esperaba contestación, no había venido a cosechar respuestas y tampoco pude deducir nada de sus gestos taciturnos. Ya me habían oído sugerir esta teoría otras veces, aunque ahora la hipótesis inicial se consolidaba como la tesis que defendería en mi libro.

Su reacción fue sosegada en las formas y severa en el contenido. Primero intervino Pablo, que lamentó que los periodistas nos dedicáramos a examinar con lupa la actuación del FRAP e infravaloráramos el terrorífico contexto de la época.

Manolo remachó el clavo. En la sociedad actual, dijo, hay una incomprensión muy grande de lo que significa vivir bajo una dictadura, de lo destructivo que puede llegar a ser el Estado profundo, las estructuras de poder que controlan los engranajes de un país. El régimen franquista había sido, de principio a fin, una trituradora de libertades contra la que solo unos pocos se atrevieron a luchar. Lo sintetizó con un episodio histórico.

–En 1962, después de las huelgas mineras de Asturias, Franco congregó en el Cerro Garabitas a miles de alféreces provisionales y dijo algo así: «A pesar de nuestra victoria, la guerra no ha terminado». Eso desmentía aquello de «la guerra ha terminado», el parte oficial del 1 de abril de 1939. Más de veinte años después, la guerra *no* había terminado... ¿Por qué? –Manolo me miró, esperando que resolviera la adivinanza, antes de responderse a sí mismo–. Pues porque, cuando una guerra deja paso a una dictadura, la guerra no termina. Una dictadura es la continuación de la guerra con un solo bando armado, que se constituye en Estado.

Su razonamiento, que me pareció impecable, le llevó a recordar que, entre 1939 y 1975, no hubo un solo día en que el franquismo no tuviera que hacer frente a una oposición armada, desde el maquis comunista hasta las guerrillas anarquistas y otros focos de resistencia. En los meses finales del dictador, el FRAP se convirtió en el último eslabón de esta cadena. ¿Cómo era posible, se preguntaba Manolo, que hasta la prensa española progresista, hasta académicos

de prestigio, se plegaran como corderitos a lo políticamente correcto y se limitaran a investigar las acciones violentas del antifascismo?

–Siempre se investiga a los del mismo lado... ¡Quién mató a tal policía! ¡Quién mató a tal sargento! ¿Y qué hay de los asesinatos del franquismo? Veamos, esos dinámicos periodistas que buscan con tanto ahínco la verdad... ¿Cómo se llaman los oficiales que encabezaron los pelotones de fusilamiento del 27 de septiembre? ¡En cuarenta años de democracia nadie se ha molestado en averiguar sus nombres!

Mientras tomaba notas sentí una punzada por el tono ofensivo que estaba adquiriendo su reflexión, un retintín que consideré injusto, porque se lo estaba diciendo a alguien que indagó un crimen horrendo de la dictadura y citó con nombres y apellidos a los desalmados que interrogaron a Cipriano Martos. Pero al mismo tiempo no pude evitar pensar que, en parte, llevaba razón. Es indecente que sigamos sin tener acceso a información básica sobre los responsables de las atrocidades cometidas por el franquismo; sobre asesinatos impunes como el de Enrique Ruano; sobre tragedias como la de Rafael Guijarro, que inspiró a Maria del Mar Bonet a componer «Què volen aquesta gent?»; sobre ejemplos ignominiosos de gatillo fácil como el de Manuel Fernández Márquez y sobre tantísimos otros casos de abusos, tortura y muerte, por los que sus perpetradores jamás han tenido que rendir cuentas. Queda mucho por hacer.

Acepté, pues, el reproche. Pero con varios matices.

–Entiendo que pongáis vuestros límites a lo que estáis dispuestos a contar, pero eso no quita que también sea pertinente arrojar luz sobre lo que sucedió en el verano de 1975. ¿Cómo van a ser triviales o secundarios unos hechos que llegaron a desestabilizar al régimen en su final agónico? Tiene todo el sentido intentar saber, medio siglo después, qué pasó en Alenza. El 14 de julio de 1975 es una fecha doblemente trascendental. No solo marcó un punto de inflexión en un año clave para la historia de España, sino que también fue el día del primer balazo mortal del FRAP, el primer centelleo de lo que tenía que convertirse en una insurrección. A partir de esa acción, el FRAP se sumó a ETA en la lista de enemigos públicos número uno

del régimen. Pero es que, además, hay algo perturbador que tiene que ver con Baena... Hay una serie de incógnitas que piden a gritos una aclaración.

Repetí las preguntas que venía haciéndome desde hacía meses.

–El único fusilado de vuestro sumario fue Baena. De aquel atroz derramamiento de sangre, por supuesto, son culpables Franco y su podrido séquito fascista. Pero basta con rascar un poco la superficie del caso para llegar a la conclusión de que, si Baena fue condenado como autor material, no se debió a una meticulosa labor indagatoria de la policía, ni del fiscal, ni del juez. Baena fue señalado como autor material por Pablo en un interrogatorio. Y eso creo que merece una explicación, especialmente si Baena *no fue* la persona que mató al policía.

Sostuve que me parecía lógico y justificable que, aplastado por la tortura, Pablo apuntara a Daniel, a Baena. Hizo lo que, en tales situaciones extremas, solían hacer los militantes en apuros: delatar al que estaba libre. Aunque Baena no fuese el autor de los disparos, colgarle el muerto a él podía ser una táctica inteligente. Era un gallego recién llegado a Madrid, en la DGS no lo tenían fichado, parecía indetectable.

Hasta ahí, nada que objetar. El problema es que, cuatro días después de la declaración de Pablo, detuvieron a Baena. La policía tenía montado su esquema, los papeles ya estaban repartidos, y a Baena le correspondía el peor de todos. Viéndose señalado por sus compañeros, con el rostro inflado por los golpes, se autoinculpó. Cuando pudieron disponer de los servicios de un abogado, todos desmintieron su relación con los hechos, pero esta estrategia no sirvió de nada. ¿Qué habría ocurrido si Pablo, en el transcurso de las semanas, incluso la noche anterior a los fusilamientos, hubiese firmado una nueva declaración que exculpara a Baena y apuntara al verdadero autor, que probablemente seguía libre? ¿Y cómo habría reaccionado el Consejo de Ministros si el auténtico hombre de la pistola, el fugitivo desconocido, hubiese emitido un comunicado desde algún lugar seguro, reivindicando la acción y eximiendo a Baena? En vez de negarlo absolutamente todo y tomar a la policía por idiota, quienes tenían conocimiento de lo ocurrido podrían haber

roto su silencio. Estoy seguro de que alguno de ellos, por honestidad, llegó a planteárselo. Ya sabemos que el régimen es el único responsable de las muertes del 27 de septiembre. Pero ¿de verdad nadie más pudo hacer nada para salvar la vida de Baena?

Tenía a Pablo sentado a menos de medio metro, ligeramente encorvado hacia delante, escuchándome con respeto. Levantó la mirada y resonó su voz grave.

–Nada de lo que se juzgó en los consejos de guerra puede darse por válido, porque se basaron en declaraciones firmadas bajo tortura.

Conmovido pero firme, Pablo me dio a entender que, en la memoria de aquella lucha, siempre habrá rincones inaccesibles para los extraños:

–¿Qué pasó en Alenza? Yo no lo voy a contar, porque no sé lo que pasó, solo sé que firmé esa declaración después de días de tortura. Y ya está. No tengo que justificarme de nada ante nadie. Lo único que puedo decir es que luché con todo lo que pude y como pude. Quería a Xosé Humberto, a Ramón y a José Luis lo que no está escrito. Cada vez que hablo de ellos me sale una emoción...

Y, acordándose de Flor y Maruxa, masculló:

–Que estén tranquilas, porque si Baena dijo a su padre que él no fue, pues es así, y punto. Si Baena dijo eso mismo en el consejo de guerra, pues es así, y se acabó. No hacen falta más notarios. Ahora bien, Baena militaba en una organización en cuyo emblema había una hoz, un martillo y un fusil. Eso es lo que éramos.

63. EL CUARTO HOMBRE

Al principio del libro mencioné el caso Delgado-Granado y sus posibles paralelismos con 1975. No lo conté todo. Me guardé la parte más indigesta.

Si hoy sabemos que los anarquistas Delgado y Granado no pusieron las bombas por las que fueron ejecutados en 1963 es porque los auténticos responsables confesaron los hechos 33 años después. En 1996, la cadena Arte emitió un documental de Lala Gomà y Xavier Montanyà, *Granado y Delgado, un crimen legal*, que sacó a la luz la identidad de los verdaderos artífices de los bombazos. Se llamaban Sergio Hernández y Antonio Martín, eran también libertarios y tuvieron el coraje de desvelar un secreto callado durante media vida. Transcurridas más de tres décadas, se plantaron delante de una cámara y revelaron que las acciones por las que pagaron dos inocentes habían sido obra suya.

Sus declaraciones tienen una carga emotiva extraordinaria. Empieza Antonio Martín:

–Él [se refiere a su compañero Sergio Hernández] se marchó en dirección a la frontera. Yo me quedé en Madrid. Es cuando, entonces, tuve la sorpresa, verdaderamente profunda, de que habían arrestado a dos compañeros, Granado y Delgado, y los habían inculpado por un hecho que no habían hecho. Porque los que hicieron ese hecho fuimos nosotros...

Habla a cara descubierta, visiblemente nervioso, tartamudea. Es evidente que está haciendo un esfuerzo colosal por sacar del fondo de su alma una penosa confidencia.

–Entonces, el drama fue que nosotros habíamos ido para hacer ruido... Y estando allí acusan a dos personas, dos compañeros a los que no conocíamos para nada, que los habían acusado de ese acto.

Y yo, estando en Madrid, cuando me di cuenta de que no solo les acusaban de eso, sino que había la voluntad de matarlos, para mí fue un...

En ese punto se le quiebra la voz, está tan afectado que tiene dificultades para terminar la frase. Deja pasar unos segundos y retoma el hilo.

–Para mí fue algo que... no lo puedo contar. No lo puedo contar, francamente. Porque fue un crimen.

Este hombre convivía con un insoportable cargo de conciencia y necesitaba esta confesión tardía para aliviar sus sentimientos.

Es el turno de Sergio Hernández, que posa de perfil y con el rostro oscurecido porque no se atreve a mostrar sus facciones, aunque sí que está dispuesto a romper su silencio.

–Bueno, yo creo que el compañero ha hablado ya lo que tenía que hablar. No creo que valga la pena decir más. Lo único que puedo decir, nada más, es que con documentación falsa pude ganar la frontera y París. Esta declaración es únicamente para que el mundo sepa el asesinato cruel del franquismo, sin basarse en nada más que en su crueldad. Por el momento, esto es todo lo que tengo que declarar.

Fue el primer paso que dieron Antonio y Sergio. Tiempo después, más relajados, ampliaron sus explicaciones en una segunda entrevista. Esta vez, Sergio compareció sin ocultar su rostro y explicó cómo preparó los artefactos. Terminó con estas palabras:

–Por este hecho, pues, se acusó a dos inocentes de un caso del que no eran culpables, o sea, que eran completamente ajenos a aquello. Es esto lo que quiero poner en claro, para que el mundo sepa que Joaquín Delgado y Francisco Granado eran completamente ajenos a estos asuntos.

Alguien dirá que esta confesión está muy bien, pero que habría sido mucho más valeroso dar la cara en 1963, antes de consumarse las penas de muerte. Pues bien, esto mismo es lo que estuvo a punto de ocurrir. Según Luis Andrés Edo, referente del exilio anarquista, Sergio Hernández estaba dispuesto a comparecer en

rueda de prensa y presentarse a bombo y platillo ante la opinión pública internacional como el verdadero autor de las explosiones.[18]

¿Cuál habría sido el impacto de una comparecencia así? ¿Habría tenido el régimen la desfachatez de liquidar a Delgado y Granado habiendo salido a la superficie la identidad del autor confeso del delito? Nunca lo sabremos, pero no cabe duda de que un vuelco de tal magnitud habría puesto en un incomodísimo aprieto a las autoridades.

El honesto ofrecimiento de Sergio Hernández fue discutido por la dirección anarquista, que finalmente lo descartó. La organización se limitó a difundir un comunicado que recalcaba que Delgado y Granado eran inocentes y que el autor real no había sido detenido.

La confesión de Sergio y Antonio llegó con tres décadas de retraso, pero llegó, y eso ha permitido restablecer la verdad sobre Delgado y Granado y hacer justicia a su memoria.

Dicho esto, tengo algo más que contar.

Durante cuatro años, la mejor pista para destapar uno de los mayores secretos de 1975 estuvo durmiendo en mi escritorio sin que yo le hiciese el menor caso. Cada vez que entrevisto a una fuente relacionada con la lucha antifranquista, tomo nota a lápiz y guardo los apuntes en carpetas de cartulina de color rojo que se van apilando en un cajón, a la espera de encontrar una tarde libre para pasarlos a limpio. Para ser fiel a la literalidad de las respuestas, suelo grabar las entrevistas y me obligo a reescucharlas enteras para que las transcripciones no pierdan ni un gramo de originalidad. Es un proceso laborioso, a veces pesado, sobre todo si la conversación ha durado horas. A menos que me urja por algún motivo volcarlos al ordenador, los apuntes en bruto pasan largas temporadas en el montón de carpetas rojas, dentro del cajón de tareas pendientes.

Esto fue justo lo que le pasó a mi conversación con Eliseo Bayo.

Hablé con él por teléfono el 22 de octubre de 2020. Bayo se encontraba acantonado en México, protegiéndose de la pandemia. Dadas la alarma mundial y las restricciones en los aeropuertos, no se había podido mover de allí ni pensaba hacerlo a corto plazo. A mí, en aquel momento, me interesaba reconstruir un episodio secundario:

el lanzamiento de la Convención Republicana de los Pueblos de España, la remozada fachada con la que el PCE (m-l) pretendió hacerse un sitio en el mercado de ofertas democráticas que proliferaban en 1976. Mientras Carrillo juraba lealtad a la bandera rojigualda para hacerse perdonar por el establishment, la Convención Republicana aspiraba a aglutinar a los nostálgicos de la tricolor. El proyecto, comandado por Rafael Blasco por encargo del partido, atrajo a personalidades como el escritor José Bergamín. También Bayo colaboró.

Para explicar bien quién es Eliseo Bayo debería alargar desmesuradamente este párrafo. Intentaré abreviarlo. Podría definirse como escritor –ha publicado unos cuarenta libroso como activista político –cercano al movimiento libertario–, pero su mente intrépida y sus ganas insaciables de contar historias casan mejor con la etiqueta de periodista. Desde que nació en Caspe en 1939, no ha parado de moverse por el mundo, ha viajado a una setentena de países y domina una decena de idiomas, entre ellos el latín. Sus conexiones políticas lo expusieron hasta tal punto que pisó la cárcel varias veces. Incluso intentaron involucrarlo falsamente en la masacre de ETA en la calle Correo en 1974. El día en que lo llamé no tuve que preguntarle por su trayectoria; él mismo hilvanaba recuerdos de sus hazañas, y yo gozaba como un nieto sentado en su regazo.

Con su carisma innato, Bayo encadenaba una anécdota tras otra, mientras yo apenas llegaba a anotar la mitad de lo que explicaba. Antes de colgar, le dije que cuando la pesadilla del coronavirus hubiese pasado me encantaría consultar los documentos que, según decía, aún conservaba en España. Colgué, paré la grabadora, guardé los papeles en una de mis carpetas rojas y me olvidé del tema.

No fue hasta cuatro años más tarde cuando se me encendió la lucecita. Mi investigación estaba en fase avanzada, por fin me había sacudido los miedos a indagar la autoría de los atentados, y recordé que la primera persona que me habló del caso Delgado-Granado fue Eliseo Bayo en nuestra entrevista telefónica, que por suerte grabé. Si me lo mencionó fue porque, en el verano de 1975, él vivió algo parecido. Algo alucinante.

Fue así como, en mitad de nuestra charla, se sacó un conejo de la chistera.

–Hay algo que puede ser interesante para ti... En agosto de 1975 me dijeron si podía ir a Madrid. –Se refería a alguien del FRAP que necesitaba verle–. Me trasladé a Madrid en coche. Tuve una entrevista y allí me dijeron: «Oye, te vamos a pedir un favor, porque no podemos recurrir a nadie más que a ti». Y yo dije: «¿Qué es?». –Hizo una breve pausa que añadió suspense–. Ahora, agárrate... «Pues tienes que sacar de España a uno de los que participó directamente en los atentados». No lo habían detenido. Entonces, había que sacarlo, porque si lo pescan... ¡Este era el autor material! Bueno, pues lo organicé.

Después de este preludio tan prometedor, en la grabación se me oye balbucear alguna estúpida onomatopeya de sorpresa. Guardo el vago recuerdo de que la historia me pareció desde un principio interesante, pero no era el asunto por el que lo había llamado y aún no sabía qué podría hacer con eso. Tenía tan interiorizado que la autoría de los atentados era el supremo tabú, que me quedé mudo y me dejé llevar por su narración.

–Yo siempre me busco coartadas y, precisamente ese día, estaba por Madrid un director de cine muy conocido, José María Nunes, muy amigo de los anarquistas.

Nunes era una institución dentro del cine independiente barcelonés. Fue uno de los estandartes de la llamada Escuela de Barcelona, un movimiento caracterizado por sus películas a contracorriente. Era un cineasta heterodoxo, marginal, rupturista, que predicaba un cine experimental, peleado con el entretenimiento de masas. En 1975, acababa de rodar *Iconockaut*, una historia de amor que arranca con la imagen de dos cuerpos desnudos, uno encima de otro, besándose, contorsionándose, revolcándose en un baile erótico que debió de provocar un infarto a los censores, que vetaron el estreno del filme ese año. Nunes simpatizaba con las ideas libertarias. Como Bayo.

–A este director de cine y su novia, una actriz guapísima, los tenía que llevar a Barcelona en mi coche, y me sirvieron de coartada. En una esquina de la calle Juan Bravo, casi al lado de la embajada

americana, me presentaron a un tío que estaba temblando de miedo. A este chico lo metí en el coche y le dije: «¡Tú, ni mu!». Se sentó detrás, con José María Nunes. A Nunes le dije: «Este es un amigo que se viene a Barcelona». Yo me senté al volante y, a mi lado, esa actriz guapísima... ¡Y nos fuimos a Barcelona por carreteras secundarias!

Por el tono chistoso que imprimía a su relato, daba la impresión de ser otra perla más sacada de su inagotable baúl de aventuras que lo sitúan a él en el centro de algún acontecimiento histórico. Me quedé atontado, como si estuviera delante del televisor, embelesado con el monólogo de un actor de relumbrón. Dejé que fuera rememorando la operación, sin ser consciente de que era un torpedo en la línea de flotación de la tesis oficial sobre el atentado de Alenza. Porque ese plan de evasión, que Bayo ubica en agosto, solo podía estar relacionado con el asesinato del 14 de julio. Luego explicaré por qué.

–Llegamos a Barcelona ya por la noche. A José María Nunes lo dejé en su casa con la novia. Al chico me lo llevé en el coche y aparqué en el parking de El Corte Inglés, en la plaza Catalunya. Le dije: «Quédate aquí, ponte detrás, acuéstate, no te asomes y ponte a dormir. Espérame, que vendré». Entonces, yo hice mis contactos y volví. Nos fuimos con el coche, otra vez por carreteras secundarias, y me lo llevé a Ribes de Freser. Lo tenía todo preparado. Allí ya lo estaba esperando un compañero anarquista con una moto. A este anarquista, que conocía los pasos de frontera por la montaña, le había dicho que tenía que pasar a un tío, sin revelarle quién era. Así que dejé al chico, se subió a la moto y desaparecieron.

La solidaridad antifranquista permitió que un anarquista ayudara a evacuar, sin saberlo, a un estalinista en apuros que semanas antes había matado a un policía.

Llegados a este punto, la historia de Bayo dio una nueva voltereta.

–El compromiso al que habíamos llegado con el FRAP en Madrid era que este chico, al llegar a París, hiciera unas declaraciones allí, diciendo que él era el autor material, cosa que habíamos hecho años antes, cuando mataron con garrote vil a Granado y Delgado, que no tenían nada que ver con la bomba en la DGS.

Bayo creía que los anarquistas que colocaron los artefactos por los

que fueron condenados Delgado y Granado habían confesado ante la prensa internacional con anterioridad a las ejecuciones. Luego comprobé que no fue así, pero no pude rebatírselo porque ignoraba por completo ese caso. Pero lo importante es cómo acabó la peripecia de agosto de 1975.

–Nosotros queríamos hacer con este lo mismo, es decir, que este apareciera allí, en París, y dijera que había sido él. Es la idea que me trasladaron ellos. Me dijeron: «Hay que sacar a este, porque aquí, si lo cogen, lo matan. Pero en Francia puede hacer esto». Hombre, naturalmente, aquello es lo que me movió a mí. Si este tío va allá y dice que ha sido él, pues eso va a ser un escándalo tremendo. Pero entonces el hombre se acojonó... y allí acabó la cosa. No recuerdo el nombre de este. Ni se lo pregunté, ni me lo dijeron, ni lo he vuelto a ver.

Hasta aquí la revelación de Eliseo Bayo, una leyenda del periodismo que rescató al autor material del atentado del 14 de julio de 1975 con el compromiso de que confesara desde el exilio para salvar a los condenados a muerte. Un compromiso que alguien incumplió.

Bayo no me especificó en qué atentado participó el fugitivo; eso lo deduzco yo, por una sencilla razón. Si le encomendaron la operación en agosto, ¿podría tratarse del autor del crimen del 16 de agosto en la calle Villavaliente? Imposible, porque las detenciones por este caso no comenzaron hasta finales de mes. Sánchez-Bravo cayó el día 28, como García Sanz. Públicamente, la policía no informó de esas detenciones hasta el 1 de septiembre. Pasaron unos días más hasta que el fiscal pidió cinco penas de muerte por el asesinato del teniente Pose. Si hubiese habido un plan para reivindicar la inocencia de los acusados a través de una rueda de prensa en París, habría sido ya en septiembre.

Por tanto, quien se acomodó en el asiento trasero del coche de Bayo tuvo que ser alguien relacionado con el crimen del 14 de julio. El *cuarto hombre* de Alenza permaneció agazapado en un escondite durante semanas, oyó la noticia de la detención de sus camaradas, no perdió el contacto con el partido y, cuando la causa ya se estaba instruyendo, cuando la policía había dado por cerrada la

investigación, cuando todos los periódicos habían difundido la versión que presentaba a Baena como el ejecutor, solo entonces, se puso en marcha el dispositivo de evasión que Bayo dirigió con éxito. Solo falló una cosa: al llegar a Francia, el *cuarto hombre* no convocó ninguna rueda de prensa para exculpar a Baena.

La evacuación al extranjero del autor material tenía un precedente en el FRAP. Tras la muerte a cuchillazos de un policía el 1 de mayo de 1973, encargaron a un militante madrileño llamado Carlos Fernández, alias *Nerón*, que sacara de España al hombre que asestó las puñaladas a la víctima. Nerón desconocía su nombre, solo sabía que era de Móstoles. Lo llevó en coche hasta Lisboa y nunca más lo volvió a ver.[19]

No dispongo de todas las piezas del rompecabezas de 1975, pero con los datos y testimonios recabados, especialmente el de Eliseo Bayo, creo que ya podemos reescribir un párrafo de la historia del franquismo; a partir de ahora, habrá que decir que al último fusilado de la dictadura lo condenaron a muerte por un crimen que, contrariamente a lo que afirmaba su sentencia, no cometió él.

Baena le dijo la verdad a su padre minutos antes de morir.

Puedo figurarme el calvario del *cuarto hombre*. Un suplicio que quizá comenzó en el preciso instante en que le arrebató la vida a otro ser humano. Por muy convencido que estés de las razones políticas que te llevan a cometer un asesinato, cargar el resto de tu existencia con esta ominosa mochila debe de ser mortificante. Si a eso le añadimos que el precio de su disparo mortal lo pagó con la vida un camarada suyo, el dolor tiene que haber sido inconsolable. Al chico que «temblaba de miedo» en una esquina cuando lo recogió Bayo, que cuando llegó a Francia no confesó su culpa y que en las cinco décadas posteriores fue incapaz de exorcizar su pasado, a él, le haría mil preguntas. Una, por encima de todas: si es cierto que se comprometió a revelar la verdad al llegar a París, ¿por qué se echó atrás? ¿Fue por miedo, para no quedar marcado para siempre? ¿Fue porque, como ocurrió con los anarquistas en 1963, la dirección en el exilio abortó la confesión?

Sea quien sea, esté donde esté, su alma debió de quedar

desgarrada cuando Baena ocupó el lugar que podría haberle correspondido a él frente al pelotón de fusilamiento.

64. EL GATO

En 1977, Elena Ódena concedió a *Interviú* su primera entrevista a un medio español. Instalada ya en Madrid, hizo balance y reconoció que el FRAP pagó un precio «muy elevado» por la campaña de atentados, aunque no se arrepentía de nada.

–No hay batalla sin pérdidas. Quizá fueran algo mayores de lo que cabría esperar, teniendo en cuenta que desgraciadamente tampoco hicimos tanto... Era la primera experiencia de lucha armada desde que se acabaron las guerrillas en España. Y, por otra parte, el conjunto de la militancia del partido eran camaradas inexpertos y con escaso encuadramiento.[20]

Una de las voces más preeminentes del FRAP le cargaba así la responsabilidad del fracaso a la inexperiencia de la militancia. Posiblemente Elena se quedó con las ganas de intentar de nuevo una insurrección, pero ya no se le volvió a presentar la ocasión.

Pese al rotundo fracaso de 1975, la tentación de las armas persistió, y los camaradas albaneses ayudaron a mantener viva la llama. Mehmet Shehu, aquel histórico número dos de Enver Hoxha que acabó defenestrado, concedió una entrevista a Manuel Blanco Chivite, publicada en *Interviú*, en la que sostenía que «la última palabra la tiene el fusil», porque «la burguesía no se rinde fácilmente».[21] Y añadía unas palabras que suenan a velado reproche al PCE (m-l) por no haber acertado en los tempos:

–La lucha armada es algo delicado; debe hacerse en el momento necesario y de la manera adecuada. Hacerlo antes es precipitado, hacerlo después es perder una oportunidad.

El escritor albanés Bashkim Shehu, hijo de Mehmet, me contó una anécdota que ahora viene al caso.[22] En 1978, su padre invitó a cenar a una delegación del PCE (m-l) formada por Raúl Marco, Elena

Ódena, Blanco Chivite y dos dirigentes más. Durante la velada se les añadió otro viejo conocido, Ramiz Alia. En un momento de la noche, mientras entrechocaban los vasos de raki deseándose larga vida, los españoles comentaron sus planes para legalizar el partido aprovechando los vientos de cambio. Había llegado la hora de finiquitar el FRAP.

Entonces, Ramiz Alia les despachó un consejo con envoltorio de chiste local.

–Un hombre va a una tienda a comprar una trampa para cazar ratones. Siempre ha tenido un gato en casa, pero quiere probar métodos más modernos. El vendedor le muestra diferentes modelos de trampas, se enrolla explicando su funcionamiento y, al final, le vende la más sofisticada. Sin embargo, antes de que el cliente se vaya, le avisa: «Por si acaso, no te deshagas del gato...».

Era su manera de recomendarle al PCE (m-l) que, a pesar de que los tiempos estaban cambiando y había que subirse al carro de la vía constitucional, quizá algún día habría que desenterrar los fusiles y resucitar el FRAP. La vieja solución armada parecía pasada de moda, pero los ciclos históricos podían revalorizarla.

La verdad es que el gato del PCE (m-l) nunca más volvió a sacar las zarpas.

Bueno, no volvió a sacar las zarpas, pero las estuvo afilando. En las altas esferas del PCE (m-l) no abandonaron la idea de volver a la carga. Es más, se crearon nuevos comandos, no para matar, sino para robar. Entre 1976 y 1978, estas células hiperclandestinas se especializaron en atracar bancos y grandes comercios, vaciaron furgones blindados y obtuvieron botines espectaculares en operaciones dignas de una secuela de *Ocean's Eleven*. Una vez, tres individuos con pasamontañas tendieron una emboscada a unos guardias jurados en el aparcamiento de El Corte Inglés de la calle Princesa de Madrid y les arrebataron un saco de billetes a punta de pistola. Los seis millones y medio de pesetas recaudados ese día por los grandes almacenes se los quedó el PCE (m-l).[23]

Estos golpes eran carnaza para las secciones de sucesos de los medios de comunicación, pero jamás fueron reivindicados por el

partido. Los ladrones actuaban como una banda de delincuentes con órdenes de negar su militancia si eran detenidos, si bien las cantidades sustraídas iban a parar, íntegramente, a las arcas del PCE (m-l). Hay quien estima que el volumen total de dinero robado rondó los 120 millones de pesetas.[24]

Pero no solo sustraían dinero, sino también armas, que se depositaban en zulos, en previsión de poder utilizarlas en un futuro que nunca llegó. Uno de los alijos se encontraba en una cueva de Cuelgamuros, otro estaba excavado cerca del Jarama. En 1978, la policía detuvo a uno de los atracadores, le encontró unas octavillas y, en pocos días, la estructura quedó desmantelada. Requisaron una cantidad nada despreciable de armamento: 18 revólveres, 20 pistolas, 37 escopetas, una metralleta, abundante munición, 30 kilos de exógeno plástico, Goma-2, detonadores y apuntes sobre instalaciones militares. El gato esperaba el momento para volver a liarla.



¡¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!!

VANGUARDIA OBRERA

ORGANO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA (marxista-leninista)

PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA (M.L.)

Nueva época / Año XV — 6 - 12 DE OCTUBRE DE 1979 — N. 300 / 20 Ptas.

EN EL NUMERO 300 DE «VANGUARDIA OBRERA»

E. ODENA

Juicio político contra nuestros camaradas Carlos Hurtado y Tomás Pellicer

Carlos Hurtado

Tomás Pellicer

Portada de *Vanguardia Obrera* (octubre de 1979)
Imagen de la portada del número 300 de *Vanguardia Obrera*, correspondiente al 6-12 de octubre de 1979.

La desarticulación de 1978 supuso la extinción definitiva de la rama militar del FRAP. Hubo una quincena de detenidos, entre ellos

Carlos Hurtado y Tomás Pellicer, principales arquitectos de esa segunda oleada de grupos armados. En total, el número de efectivos dedicados a *expropiar* dinero y armas rondó la cuarentena y la mayoría no cayó. Sé de buena tinta que varios de ellos se habían curtido en los comandos de 1975. Tomás Pellicer, sin ir más lejos, fue muy activo en Valencia y se libró de las redadas con una agilidad circense. ¿Y los demás? ¿Había veteranos de Madrid? ¿Alguno de ellos estuvo en Alenza?

Hay incógnitas del último verano de Franco que he podido resolver. Otras siguen hundiéndose lentamente en un magma incandescente de silencio, olvido y miedo.

Epílogos

1. JOSÉ LUIS

Los cuerpos de los tres fusilados fueron arrojados de cualquier manera a unos rústicos cajones de madera mal sellados, por cuyas esquinas se filtraban hilos de sangre. Los familiares que se acercaron a Hoyo de Manzanares la mañana del 27 de septiembre tuvieron que identificar los cadáveres y decidir dónde inhumarlos.

Del entierro de José Luis Sánchez-Bravo se hizo cargo su hermana Vicky. Trasladaron el cuerpo a Murcia –donde ella residía– y hoy descansa en el cementerio de Espinardo, cerca de la fosa donde acabaron 377 republicanos. Junto a él yace su madre, Erundina, que jamás asimiló el trauma de 1975; cayó en una depresión y tuvieron que ingresarla en un hospital.[1] Manuel Ángel, hermano pequeño de José Luis, fue sometido a tratamiento psiquiátrico y, años después, se suicidó arrojándose por una ventana.[2]

Vicky siguió reivindicando la memoria de José Luis y vio recompensada su perseverancia en octubre de 2024, con una «Declaración de Reconocimiento y Reparación Personal» expedida por el Gobierno de España, que declara «ilegítima y nula» la condena contra Sánchez-Bravo, dictada por un tribunal «ilegal e ilegítimo». Una victoria moral.

Cuando José Luis fue ejecutado, su mujer, Silvia Carretero, estaba embarazada. En una de las cartas que escribió en la cárcel, José Luis manifestó su deseo de que el bebé heredara su nombre de pila y se convirtiera en un revolucionario. En febrero de 1976, refugiada en París, Silvia dio a luz a una niña. El nombre que recibió la criatura representaba un triple homenaje: Luisa Ramona Humberta. Pero las circunstancias de la vida llevaron a la niña hacia la orilla opuesta a la que esperaba su padre.[3] Al regresar a España, Silvia matriculó a la pequeña en el Liceo Francés. Poco a poco, a Luisa Ramona

Humberta se le desprogramó la genética. En lugar de envolverse en banderas rojas, se sintió atraída por los salones alfombrados y los trajes de gala. Al cumplir dieciocho años, se apuntó al baile de debutantes organizado en el hotel Palace de Madrid por una asociación fundada por Alexandra de Habsburgo. Aquella noche, delante de próceres de la nobleza, danzó bajo el nombre de Louise Sánchez-Gastaut.[4] Luisa derogó al padre en todas las facetas de su vida y se volcó en su carrera diplomática.



Homenaje a José Luis Sánchez-Bravo en el cementerio de Espinardo, en 1985
Homenaje a José Luis Sánchez-Bravo en 1985. Agencia EFE.

La noche del 27 al 28 de septiembre de 1975, como en otras capitales europeas, La Haya fue escenario de disturbios en respuesta al último coletazo criminal de la dictadura. De madrugada, los manifestantes lanzaron cócteles molotov contra los cristales de la embajada española. El fuego se propagó rápidamente y calcinó las

instalaciones. Cuatro décadas después, una vez reparados los daños, Luisa se sentó en uno de los despachos del edificio, en calidad de primera secretaria de la legación española en los Países Bajos.

2. XOSÉ HUMBERTO

Fernando Baena no se vio capaz de acercarse al tosco féretro de madera al que había sido arrojado su hijo como si fuera un muñeco descoyuntado. De su identificación tuvieron que ocuparse el hermano mayor de la víctima y el abogado Javier Baselga.

En su último escrito, con valor de testamento, Xosé Humberto había pedido que sus restos reposaran en tierras gallegas. Tras pensárselo dos veces, el padre de Baena optó por dejar que fuera enterrado provisionalmente en el cementerio de Hoyo de Manzanares. Temía que, si se lo llevaba inmediatamente al panteón familiar en Vigo, estallaría algún tumulto que empañaría el entierro. Dejó pasar una semana para que se enfriaran los ánimos y volvió a por él. Tampoco entonces pudo llevárselo a Galicia, porque antes de trasladarlo tenían que embalsamar el cuerpo. Al fin, acordó con una funeraria de Alcobendas el día y la hora de la entrega.

Se citaron en Porriño, a veinte kilómetros de Vigo, el 9 de octubre a las diez de la mañana. Desde ahí, el padre de Baena los guiaría hasta el cementerio de Pereiró. El vehículo de la funeraria salió con tiempo y llegó a Porriño muy temprano. En un control policial les pidieron la documentación y, al ver de qué se trataba, fueron obligados a dirigirse de inmediato al cementerio, sin esperar a la familia. Por casualidad, el hermano mayor de Xosé Humberto y su tía Carlota vieron pasar un coche escoltado por dos unidades de la Guardia Civil y adivinaron la jugada: pretendían enterrarlo a traición y sin testigos.

En el texto destinado a sus nietos para glosar la figura de Xosé Humberto, Fernando Baena describió hasta qué punto le dolió aquel alfilerazo final.

Mi desesperación fue indecible. Pensé mil disparates, pero pronto me calmé, pues comprendí que esto era una prueba más de su inocencia, ya que ningún criminal podría causar pánico a la policía quince días después de muerto.

Fernando Baena falleció sin haberse sacado aquella espina. Al negársele el último adiós, no pudo verificar si dentro del ataúd reposaba realmente su hijo. La duda también hería al resto de la familia. Años más tarde, Flor fue operada de gravedad. Mientras empujaban su camilla hacia el quirófano, no paraba de maldecirse.

–Voy a morirme sin haber aclarado si es Pite quien está en el nicho.

Entre el tintineo de tijeras y el chasquido de guantes de látex de los cirujanos, Flor se prometió a sí misma que, si salía de esa, lo primero que haría sería exhumar el cadáver.

La operación quirúrgica fue exitosa, Flor recuperó la salud y corrió al ayuntamiento a solicitar autorización. Se la concedieron el 4 de julio de 2011. Acordó con los servicios fúnebres que madrugaría para acceder al cementerio una hora antes de la apertura al público, con una lápida de repuesto preparada para reemplazar la que habría que romper. Acompañada de su hija y con el auxilio de unos sepultureros, vio abrirse la caja de zinc en la que había sido inhumado Xosé Humberto el 9 de octubre de 1975.

–Me dio mucha impresión –recuerda Flor–. Al estar embalsamado, sus facciones permanecían intactas. Reposaba tranquilo, como si estuviese dormido. Aún tenía la frente manchada de tierra. Llevaba puesto el jersey beis de calceta que le regaló Maruxa en prisión. La prenda tenía cinco agujeros en el pecho y uno en el brazo derecho. En la cara no había impactos. Fue duro, pero me sentí feliz. Era él.



Homenaje a Xosé Humberto Baena en el cementerio de Pereiró, en 1985

Homenaje a Xosé Humberto Baena en 1985. Agencia EFE.

3. RAMÓN

Nadie reclamó el cadáver de Ramón García Sanz aquel 27 de septiembre. Su hermano Santiago se encontraba hospitalizado a más de trescientos kilómetros. De sus tíos no se sabía nada. De su madre, aún menos. Así que Ramón fue enterrado en Hoyo de Manzanares.

Tiempo después, el PCE (m-l) trasladó sus restos al Cementerio Civil de Madrid y los depositó muy cerca de Elena Ódena, en cuya tumba ahora reposa también Raúl Marco. En la lápida de García Sanz, bajo una estrella de cinco puntas, están cincelados su nombre, la fecha de su muerte y un título honorífico, «Héroe del PCE (m-l)».

Pocos meses después de las ejecuciones, Santiago García Sanz, el hermano discapacitado, se puso en contacto con Gerardo Viada, abogado de Ramón.

> Soy su único familiar, que no pude acudir a Madrid el día de su fallecimiento, por no permitírmelo el médico, ya que mi estado de salud deja mucho que desear. Como yo no he podido saber de mi hermano en sus últimos momentos, le agradecería que me dijese, si usted lo sabe, si mi hermano tenía alguna cosa que yo pudiese conservar como recuerdo [...]. Tengo veinticinco años y creo que no me podré poner bien en mucho tiempo, ya que toda mi vida he estado enfermo.[5]

Viada le envió la respuesta al Hospital Provincial de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza y se ofreció a entregar a Santiago las escasas pertenencias del difunto.

Sabemos más cosas sobre Santiago. Tras dejar el orfanato de Zaragoza, acabó en el Hogar Doz de Tarazona, una residencia para

ancianos y minusválidos, donde lo castigaron un mes sin poder salir «por un acto inmoral», aunque encontró la manera de escapar.

–Es un elemento muy rebelde, él alega que le entró una depresión moral después de lo que le pasó a su hermano, pero aquí ha cometido muchas pifias –se quejaba el director de la residencia.[6]

Viada se desplazó a Tarazona para entregarle las cuatro pertenencias que Ramón le dejó en herencia. Santiago lloró de emoción.[7] Pese a todas sus limitaciones, intentó abrirse camino como aprendiz de sastre y dibujante. A veces arañaba alguna propina como abrecoches. Cuando se le acababa el dinero, volvía al asilo.

En 1979, Viada recibió la última carta. No la firmaba Santiago, sino su asistenta social.

> Después de saludar, paso a comunicarle la muerte de Santiago García Sanz, ocurrida en la calle, creo que el día 25 de abril del presente año. La noticia se ha sabido en este hospital de una manera casual y se hicieron las gestiones oportunas para comprobarlo y desgraciadamente así ha sido. Santiago abandonó el hospital y empezó a vivir su vida, pero sus condiciones físicas eran muy delicadas, necesitaba constantemente asistencia médica y los que nos preocupábamos por él esperábamos su regreso al hospital, como otras veces había pasado, pero no ha sido así [...]. Sabemos que murió en la calle de madrugada y alguien lo encontró muerto y avisó a la policía. Es una pena, pero no hay ningún remedio.

Una maldición teñida de miseria acabó barriendo la brevísima estirpe fundada en solitario por Dorotea García Sanz. Su hijo Ramón murió a los veintisiete años; Santiago tenía veintinueve cuando perdió la vida. ¿Y Dorotea? ¿Qué fue de ella?

Quiero dedicar los últimos metros de este recorrido por los oscuros pasadizos de 1975 a la mujer que dio a luz en mi ciudad a dos bebés sin padre conocido, que tuvo que cederlos a un orfanato municipal y pedía fotos suyas para poder mirarlas cada noche. De ella no dice nada Ramón en su último escrito; tampoco Santiago la menciona en su intercambio epistolar con Viada. ¿Qué pasó con Dorotea? ¿En qué momento se volatilizó?

Conocemos sus saltos constantes de domicilio en domicilio, del corazón del Raval al Eixample burgués, de sobrevivir en los bajos fondos a trabajar como sirvienta para familias acomodadas, hasta que la corriente la arrastró a las islas Canarias, donde perdió el contacto directo con sus hijos. Durante un tiempo siguió carteándose con los secretarios del orfanato, pero sus señales se fueron disipando como vapor en el viento.

Lo que más me intrigaba era el traslado de Ramón y Santiago de Barcelona a Zaragoza en 1959. En el expediente de Ramón quedó registrada una última gestión de su tío Luis, hermano de Dorotea, y eso me hizo pensar que fue él quien se llevó a sus sobrinos a Aragón, quizá por la muerte prematura de la madre. Pero me equivocaba.

Seguí cavando en el Archivo General de la Diputación de Barcelona, pedí el expediente de Santiago García Sanz y recibí cuarenta y cuatro páginas rebosantes de información.

Empiezo por la historia clínica de Dorotea, concretamente por el apartado de obstetricia. Gracias a ello sabemos cuáles eran sus orígenes. Dorotea García Sanz nació en un microscópico pueblecito de la provincia de Guadalajara llamado Setiles, que en 2023 contaba con 81 habitantes.[8] De allí eran también sus padres, Roberto y Liberada; la madre falleció joven, de un cáncer de pecho. Según se deduce del informe obstétrico, Dorotea parió a Ramón a la edad de diecinueve años. El panorama se complicó dos años después, al nacer Santiago. Con veintiún años y dos hijos ilegítimos, rebotando de casa en casa con la cofia de criada ceñida a las sienes, se vio obligada a entregar a sus pequeños a la beneficencia.

Eso ocurrió en 1950. En los siguientes cinco años, Dorotea cambió varias veces de patronos, sin parar de moverse, de la calle Rocafort a la calle Aragón, y luego a la avenida del Generalísimo. Mientras vivía en Barcelona, podía personarse en la Casa de la Maternidad con una autorización de visita, pero eso se terminó cuando, por algún motivo, se marchó a Santa Cruz de Tenerife. Las últimas cartas que se conservan de su puño y letra, fechadas en las islas, datan de 1955. Después, el silencio.

Reconforta saber que había alguien más pendiente de los niños. En 1953, Tomasa García Sanz, una hermana de Dorotea, escribió desde Zaragoza al orfanato barcelonés para preguntar qué tal andaban de salud los dos críos. Como hacía tiempo que no tenía noticias de Dorotea, se ofrecía a hacerse cargo de los nenes si era preciso. No hizo falta. Los chicos fueron creciendo y, en 1958, ya se habían mudado a los Hogares Mundet, el hospicio barcelonés para adolescentes. ¿Volvieron a ver alguna vez a su madre? La respuesta es que sí.

En el expediente de Santiago encontré una carta del tío Luis, del 24 de diciembre de 1959, dirigida al director del orfanato. Es tan elocuente que voy a reproducirla tal cual.

> En el mes de agosto del presente año, se presentó en nuestra casa mi hermana soltera con sus dos hijos naturales, Ramón García Sanz, de 11 años, y Jaime García Sanz, de 9 años, la cual estuvo unos días con nosotros, indicándonos que quería estar en casa para llevar una vida más ordenada al calor de la familia. Pasados unos días se marchó con objeto de buscar trabajo, siendo esta la fecha que seguimos sin saber nada de ella. Como comprendemos que los niños no tienen la culpa de los pasos que su madre lleva, y habiendo cogido cariño por el contacto de estos días, tanto ellos como nosotros hemos decidido, de acuerdo con mi señora, tenerlos con nosotros y llevarlos al mismo colegio que nuestros propios hijos. Para ello necesitamos la partida de bautismo de los niños.

Fue Dorotea, pues, quien los sacó del último orfanato de Barcelona. Viajó con ellos a Zaragoza, sabiendo que Luis los recibiría con sábanas limpias y un plato para cada uno en la mesa. No sabemos qué tipo de vida tenía que *ordenar* Dorotea a los treinta años, pero está claro que su eterna carrera de obstáculos no había terminado. Condenada a vagar como un espíritu errante, sin hogar

propio en el que poder echar raíces, no tardó en meter de nuevo sus pertenencias en la maleta, se despidió de todos y salió en busca de un sueldo.

Sus hijos volvieron a perderla. No se quedaron en casa del tío Luis, sino que ingresaron en el Hogar Pignatelli de Zaragoza, donde Ramón aprendió el oficio de cerrajero. Y de eso trabajaba cuando un día, en un restaurante madrileño, Sánchez-Bravo se sentó a su mesa y le regaló un tesoro inesperado: una familia. Una familia de camaradas fervorosos que luchaban por una causa que defendía a desheredados como él. Ramón no se lo pensó dos veces y se subió al carro, dispuesto a jugarse el cuello por un sueño redentor.

No hay indicios de que Dorotea estuviese viva cuando lo fusilaron, pero tampoco tengo evidencias de lo contrario. Es como si, tras abandonar a los niños en Zaragoza, se la hubiese tragado la tierra. Me comprometo a seguir investigando qué pasó con ella, qué le hicieron o qué se hizo. Solo estoy seguro de una cosa: el más amargo de sus tragos habría sido enterarse de que el pecho de Ramón acabó infestado de plomo.

¿Cuánto sufrimiento había detrás de la fracasada maternidad de aquella joven náufraga que canjeó el sopor de su aldea de origen por la hostilidad de la gran urbe, donde se vio maltratada por una sociedad oscurantista que convertía en anatema a seres desvalidos como ella? Solo Dorotea podría cuantificar cuánto le dolió vivir, pero quizá podemos hacernos una idea de eso a partir del desconsuelo que deja traslucir una carta suya, fechada en Centelles el 12 de septiembre de 1950, medio año después de ceder a sus dos hijos a un orfanato. Llevaba todo el verano sin poder verlos, sirviendo en casa de sus «señores», y mandó unas líneas a sor María Luisa, una de las cuidadoras de la Casa de la Maternidad. Unas líneas que no corregiré y que describen su impotencia.

> Pues no se puede figurar lo mucho que pienso con ellos y sobre todo con Santiago que él necesitaba mucho de mí, pues creo que la Virjen me escuchará, pues le pido todas las noches que vele ella sobre mis hijos y que les dé mucha salud y que a pesar de ser una descracia el estar separada de ellos me les dé muchos años de vida ya que ellos nadamás me tienen ami y yo a ellos.

Sus ruegos piadosos no fueron atendidos.

Suelo incluir cementerios en mis itinerarios turísticos. Lo hago más por mitomanía –para rastrear tumbas de personajes históricos– que por el aura de paz que se respira. En el Cementerio Civil de Madrid uno puede entretenerse buscando nombres ilustres: Pío Baroja, Blas de Otero, Estanislau Figueras, Dolores Ibárruri, Almudena Grandes... En una de mis visitas a ese camposanto sucedió algo desconcertante. Era una tarde de martes gris, deprimente como un día de luto. El cielo algodonado presagiaba chubasco. Al cruzar el portalón de entrada de la necrópolis me encontré solo frente a un espacio aletargado, sumido en un silencio suavemente agrietado por el trino de los gorriones y la hojarasca arrastrada por el viento. Avancé entre nichos, cipreses y catalpas y, como de costumbre, me dirigí primero hacia la tumba de Ramón García Sanz. Cuando me desvié del carril central y serpenteé por el sendero que conducía hacia mi objetivo, me di cuenta de que había otra presencia viva entre el mar de cruces. A varios metros de mi posición, una viejecita encorvada estaba arrodillaba ante un sepulcro, sosteniendo lo que me pareció un ramillete de retama silvestre. Sentí un escalofrío de emoción; la ofrenda de la abuela tenía lugar dentro del perímetro donde yacía el militante del FRAP fusilado. Por un momento soñé despierto. ¿Era yo el segundo en visitar ese día la tumba de Ramón? ¿Acaso se trataba de uno de aquellos instantes en que los astros se alinean para engendrar coincidencias irrepetibles? ¿Había querido el destino juntar al periodista que perseguía fantasmas con la madre desaparecida que jamás pudo consolar a su hijo en la cárcel? Si Dorotea, en 1948, dio a luz por primera vez con diecinueve años, ahora tendría unos noventa y pico. ¿Era ella la persona que tenía delante? Improbable, pero no imposible.

Me fui acercando con cautela. Lo último que quería era darle un susto y fastidiarle el rezo en el que estaba concentrada. Al pasar a su lado eché un vistazo a la lápida hacia la que estaba inclinada y leí nombres que no reconocí. Falsa alarma. Un par de filas más arriba encontré el lugar donde reposan los restos de Ramón. No traía flores para él, sino algo menos convencional. Saqué de mi mochila una bolsita con arena que recogí del bosque de los Hogares Mundet, el

último orfanato que lo acogió en Barcelona, muy cerca del barrio donde me crié. Esparcí las piedrecitas a los pies de la sepultura y permanecí un rato erguido, imaginando que Ramón celebraba el gesto. No sé si guardaba buenos recuerdos de su infancia en mi ciudad, en nuestra ciudad, pero siempre olería mejor aquel puñado de tierra que el polvo seco sobre el que se desplomó sin vida en Hoyo de Manzanares.

Empezaba a chispear. Di media vuelta y dejé sola a la anciana, que seguía murmurando palabras sagradas. No era Dorotea, pero pensé que sus plegarias servirían también para bendecir al desdichado huérfano que descansaba bajo tierra a pocos metros de ella.



Homenaje a Ramón García Sanz en el cementerio civil de Madrid, en 1985
Homenaje a Ramón García Sanz en 1985. Agencia EFE.

AGRADECIMIENTOS

Los esfuerzos de Flor Baena por demoler la *verdad* oficial sobre su hermano fueron el queroseno que propulsó esta investigación. A ella, ejemplo de tenacidad y ternura, va dedicada la primera mención de este capítulo. Y, sin salir de Vigo, rindo homenaje a María del Pilar Alonso, Maruxa. Ni la brutalidad de las comisarías ni las injusticias que zarandearon su vida pudieron con ella. Está hecha de una pasta especial.

Siento una gratitud inmensa hacia quienes me ayudaron a descorrer la cortina de 1975: Juan Luis Camarero, Felipe Moreno, Juan Olaso, Rafael Seco de Arpe, Miguel Ángel García Calavia, Helena Mínguez, José Gómez Cézar, Antonio Suárez, José Luis Morales, Pepa Rodríguez, Bernardo Fuster, Alexis Mesón Doña, Bashkim Shehu, Josep López, Juan de Dios Cañete, Ángel González, Domingo Represa, Encarnación Bartolomé, Miguel Ángel Muñoz Moya, Fernando Baena Alonso, Genoveva Munell, Joan Aguirrezábal, Eliseo Bayo, así como las fuentes que quieren preservar su anonimato y, por supuesto, Victoria Sánchez-Bravo, incansable en su empeño por reparar la memoria de su hermano asesinado por la dictadura.

Mi más entusiasta agradecimiento es para Luis Puicercús, el Putxi, por su indestructible voluntad de saber. Su sagacidad me indicó el camino. Hago extensivos los halagos a Julio Gomariz, otro faro que guió mi búsqueda de respuestas.

Les debo un mundo a Luis Roncero, Luis de las Barreras y José Orenga, por acompañarme y orientarme en mi trabajo. Su apoyo es imprescindible y va más allá de este libro.

A Raúl Marco y Lola Val, siempre al pie del cañón, quiero agradecerles su hospitalidad, amabilidad y predisposición a

rememorar las epopeyas y vicisitudes del FRAP. Jamás olvidaré las enriquecedoras conversaciones que he tenido la suerte de mantener con ellos.

Me quito el sombrero ante los abogados que asumieron las defensas de los acusados en los consejos de guerra. Citaré aquí, con especial cariño, a los que me atendieron: Javier Baselga, José Mariano Benítez de Lugo, José Folguera, Gerardo Viada, Juan José Aguirre, Miguel Castells, Paca Sauquillo y Concepción Álvaro.

Dos de sus defendidos fueron Manuel Blanco Chivite y Pablo Mayoral, símbolos sobresalientes de la lucha contra Franco. Tuve que meterme en su huerto de recuerdos y agité el árbol de los secretos. Siempre dieron la cara con elegancia. Doy fe de su insobornable compromiso con la causa antifascista.

Riccardo Gualino y Matilde Muñoz son sinónimo de coraje, honradez y sentido de la justicia. Gracias, Matilde, por nuestras largas sobremesas, por tus lúcidas observaciones y por haber preservado el tesoro documental que acumulaste con Riccardo.

Lo que hizo el FRAP en Valencia merecería un libro aparte, y en él tendría mucho que decir Tomás Pellicer, autor de dos novelas apasionantes, *FRAP-Grupo Armado* y *1975*. Su visión incisiva ha dejado huella en mi libro.

María Roces es una persona especial, de una generosidad sin límites. Suyas son varias traducciones del albanés fundamentales para esta obra. Otras se las debo a Etleva Aleksi.

No me cansaré de ensalzar los hallazgos documentales que alimentaron la *Crónica de medio siglo* de José Catalán Deus, una obra fundamental. Estoy en deuda con él.

Plàcid García-Planas, posiblemente el mejor contador de historias del periodismo catalán en la actualidad, estuvo ahí una vez más cuando lo necesité. Sin sus consejos no habría sabido soldar adecuadamente los elementos de esta narración. Por cierto, *La Vanguardia* tuvo la gentileza de cederme la portada del 16 de septiembre de 1975.

Estoy enormemente agradecido a Alícia Xicota, del Archivo de la Diputación de Barcelona, y Nieves Sanagustín, del Archivo de la

Diputación Provincial de Zaragoza, por atender mis peticiones con gran profesionalidad.

Gracias a Pedro López Sanz y María José Bernete, por las fotografías; a Eduard Forroll por dedicar un pedazo de su tiempo a dibujar para este libro; a Daniel G. Sastre, Fernando Garea, Paloma Puente y Nacho Pacho por sus gestiones; a Pablo Alcántara por sus excepcionales aportaciones sobre la Brigada Político-Social, y a Martí Puig por suministrarme ideas.

Mis amigos Xavier y Alexandra encontraron tiempo para realizar una impagable labor de pulimento. Jaime y Wilma me ofrecieron también sus consejos, todos útiles.

Isabel Obiols y Silvia Sesé han apostado una vez más por una investigación periodística sobre tiempos oscuros, y yo me siento afortunado por poder trabajar con ellas y su equipo de profesionales de la editorial Anagrama.

Ahora, la familia. Varios agradecimientos.

A mi madre, por el efecto contagioso de su optimismo y por ayudarme, junto con el artista Ahmed Amrani, a interpretar una pintura. Mientras escribía esta historia, ella tuvo tiempo de inventarse una revista de arte contemporáneo marroquí, *PintPoeS*, una joya para coleccionistas, excelentemente editada por el Instituto Cervantes de Tetuán.

A Pere Miret Nicolazzi, por sus indicaciones botánicas.

A Jelena, por su apoyo incondicional e imprescindible y sus sensatas sugerencias. Y a Adrià, por ayudar a desintoxicar mi cabeza de la narcotizante obsesión por el FRAP.

A Silvia, por acogerme en su isla de paz. A Ángela y Esteban, por ponerme la mejor mesa.

Y gracias a mi padre, tan presente en la elaboración de este libro. Va dedicado a él.

Cualquier comentario, valoración o aportación que quieran hacer los lectores serán bienvenidos en:
rogermateosmiret@gmail.com

1. Entrevista telefónica con Flor Baena (28 de enero de 2023).

2. Boletín informativo n.º 25, 27 de mayo de 1970, p. 19, en Archivo Histórico Nacional, FC_Mº Interior_Policía_H, Exp. 53117.

3. *27 septiembre 1975. Cinco héroes del pueblo*, reedición publicada en 2005, a partir de la edición de 1978 de la Agencia de Prensa España Popular, p. 151.

4. Entrevista telefónica con Flor Baena (28 de enero de 2023).

5. Xosé Luis Méndez Ferrín, «1º de maio no Troncal», en *Faro de Vigo*, 8 de mayo de 2015.

6. Entrevista telefónica con Flor Baena (28 de enero de 2023).

7. Carlos Fonseca, *Mañana cuando me maten*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, pp. 48-50.

8. *27 septiembre 1975. Cinco héroes del pueblo*, p. 153.

9. «Arrojan cócteles molotov contra el Banderín de Enganche de la Legión», en *ABC*, 29 de mayo de 1975, p. 11.

10. Equipo Adelvec, *FRAP. 27 de septiembre de 1975*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1985.

11. «Un policía armado, ametrallado cuando se encontraba de servicio en una oficina de Iberia», en *ABC* (edición de Andalucía), 15 de julio de 1975, pp. 37-38.

12. Entrevista telefónica con Flor Baena (28 de enero de 2023).

13. Entrevista telefónica con Fernando Baena (2 de marzo de 2025).

14. El Círculo Republicano Manolín Abad de Huesca organiza anualmente las Jornadas Republicanas. José María Adé, exmilitante del PCE (m-l) e impulsor de las jornadas, fue quien me invitó.

15. Carlos Fonseca, *Garrote vil para dos inocentes*, Madrid, Temas de Hoy, 1998.

16. Pablo Alcántara, *La Secreta de Franco. La Brigada Político-So-cial durante la dictadura*, Barcelona, Espasa, 2022, p. 99.

17. Entrevista con Manuel Blanco Chivite y Pablo Mayoral (Madrid, 13 de abril de 2023).

18. José Catalán Deus, *Del FRAP a Podemos. Crónica de medio si-glo*, vol. 4, Sarrión (Teruel), Muñoz Moya Editores, 2016, pp. 267-270.

19. *Ibid*., p. 269.

20. «Otro atentado en Madrid contra un agente de la Policía Armada», en *ABC*, 20 de julio de 1975, p. 53.

21. «El FRAP, desarticulado por la policía madrileña», en *ABC*, 24 de julio de 1975, p. 54.

22. Entrevista telefónica con Juan Olaso Bilbao (2 de agosto de 2020).

1. Julio Álvarez del Vayo, *En la lucha. Memorias*, Ciudad de México, Grijalbo, 1975, p. 32.

2. Enver Hoxha, *El imperialismo y la revolución*, reproducción facsímil de la ed. albanesa, Editorial Cuestión, 1979, p. .

3. Riccardo Gualino, *FRAP. Una temporada en España*, Colmenar Viejo (Madrid), Amargord, 2010.

1. «Guerra al FRAP», en *Cambio 16*, n.º 190, 28 de julio-3 de agosto de 1975, p. 11.

2. Entrevistas con José Mariano Benítez de Lugo (telefónica, 27 de enero de 2023; en Madrid, 17 de marzo de 2023).

3. Carlos Fonseca, *Mañana cuando me maten*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 102.

4. Entrevista con Manuel Blanco Chivite y Pablo Mayoral (Madrid, 26 de octubre de 2023).

5. José Catalán Deus, *Del FRAP a Podemos. Crónica de medio si-glo*, vol. 4, Sarrión (Teruel), Muñoz Moya Editores, 2016, p. 112.

6. Manuel Blanco Chivite, *Notas de prisión*, Barcelona, Ediciones Actuales, 1977, pp. 13-14.

7. Entrevista con Paca Sauquillo (Madrid, 17 de marzo de 2023).

8. Manuel Blanco Chivite, *op. cit.*, p. 20.

9. Entrevista con Flor Baena (Vigo, 26 de septiembre de 2023).

10. Entrevista con Javier Baselga (Betanzos, 2 de marzo de 2023).

1. Nicolas Milétitch, «Révélations des archives de Tirana», en *Les Cahiers d'Histoire Sociale*, Luçon, invierno-primavera de 1996, n.º 5, pp. 29-38; *idem*, «Révélations des archives de Tirana (II)», en *Les Cahiers d'Histoire Sociale*, Luçon, inviernoprimavera de 1996, n.º 6, pp. 83-94.

2. Archivo Estatal Central de Albania (AQSH), Antiguo Archivo Central del Partido, Relaciones con el PCE (m-l), 1971, carpeta 7.

3. *Ibid*.

4. Entrevista con Tomás Pellicer (Barcelona, 17 de octubre de 2024).

5. *En memoria de Julio Álvarez del Vayo (1891-1975)*, Madrid, Ediciones Frente Unido, mayo de 1976, p. 36.

6. *Sobre las situaciones revolucionarias, la lucha armada y la gue-rra popular*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, mayo de 1975.

1. «Asesinado un teniente de la Guardia Civil en Madrid», en *ABC*, 17 de agosto de 1975, pp. 1 y 55.

2. https://unlugarllamadoelbatan.wordpress.com/2021/04/16/ el-terrorismo/.

3. «Asesinado un teniente de la Guardia Civil en Madrid», en *ABC*, 17 de agosto de 1975, p. 1.

4. Pedro J. Ramírez, *El año que murió Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 119.

5. «Cinco penas de muerte en el consejo de guerra», en *ABC* (edición Andalucía), 19 de septiembre de 1975, pp. 21-22.

6. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, p. 121.

7. Equipo Adelvec, *FRAP. 27 de septiembre de 1975*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1985, p. 91.

8. https://es.ara.cat/cultura/barcelona-posguerra-franco-prostitucion-triplicaba_1_1024279.html.

9. Carlos Fonseca, *Mañana cuando me maten*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 56.

10. Entrevista telefónica con María Victoria Sánchez-Bravo (3 de octubre de 2020).

11. En su *Crónica de medio siglo*, José Catalán Deus explica que Sánchez-Bravo huyó a Madrid junto con Manuel Reinoso, también militante del FRAP. Reinoso había coincidido con Xosé Humberto Baena en alguna acción reivindicativa, así que me interesaba doblemente hablar con él. En septiembre de 2023, concerté una entrevista con Reinoso en Vigo, pero en el último momento canceló la cita.

12. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, pp. 42-43.

13. Entrevista telefónica con María Victoria Sánchez-Bravo (3 de octubre de 2020).

14. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, pp. 52-53.

15. Entrevista telefónica con María Victoria Sánchez-Bravo (3 de octubre de 2020).

16. Entrevista con Miguel Ángel Muñoz Moya (Barcelona, 10 de octubre de 2015).

17. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, p. 30.

18. Mariano Muniesa, *FRAP. Memoria oral de la resistencia anti-franquista*, Llinars del Vallès (Barcelona), Quarentena Ediciones, 2015, p. 163.

19. Entrevista telefónica con Antonio Suárez (19 de septiembre de 2020).

20. Entrevista telefónica con Rafael Seco de Arpe (1 de julio de 2020).

21. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, pp. 135-138.

22. *Ibid*., pp. 148-149.

23. *Ibid*., pp. 146-147.

24. *Ibid*., p. 150.

25. *Ibid*., pp. 155-156.

26. Carlos Fonseca, *op. cit.*, pp. 88-89.

27. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, p. 158.

28. Carlos Fonseca, *op. cit.*, pp. 90-95.

29. *Ibid*., pp. 85-86.

1. Entrevista con Agim Popa, publicada en *Shekulli*, 29 de mayo de 2000.

2. Entrevista con Matilde Muñoz (Roma, 9 de diciembre de 2022).

3. Julio Gomariz Acuña, *Relato de un miembro del FRAP*, Madrid, El Garaje Ediciones, 2017, p. 178.

4. Entrevista telefónica con Julio Gomariz (5 de marzo de 2023).

5. Riccardo Gualino, *FRAP. Una temporada en España*, Colmenar Viejo (Madrid), Amargord, 2010, p. 308.

6. *III Pleno (ampliado) del Comité Central del PCE (m-l)*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1975.

7. Dirección General de Seguridad-Comisaría General de Investigación Social-Secretaría General, boletín informativo n.º 42, 16 de octubre de 1975.

8. Correspondencia con Lorenzo Peña.

9. Alejandro Diz, *La sombra del FRAP*, Madrid, Ediciones Actuales, 1977, pp. 110 y 135.

10. Vladímir Ilich Lenin, *Obras escogidas en doce tomos (II)*, Moscú, Editorial Progreso, 1975, pp. 196-197.

11. «Declaraciones de Santiago Carrillo a *M. O.*», en *MundoObrero*, año XLV, n.º 27, 2.ª semana de septiembre de 1975, p. 3.

12. Gregorio Morán, «Un policía recorre Europa», en *Diario 16*, 30 de marzo de 1977, p. 8.

13. Entrevista con Manuel Blanco Chivite y Pablo Mayoral (Madrid, 2 de octubre de 2024).

1. Entrevistas con José Mariano Benítez de Lugo (telefónica, 27 de enero de 2023; en Madrid, 17 de marzo de 2023).

2. Entrevista con Javier Baselga (Galicia, 2 de marzo de 2023).

3. Carlos Fonseca, *Mañana cuando me maten*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 126.

4. *Ibid.*, pp. 138-139.

5. «Asesinato del policía armado don Juan Ruiz Muñoz, en Barcelona», en *La Vanguardia*, 16 de septiembre de 1975, pp. 3-4.

6. Entrevista telefónica con Juan José Aguirre (4 de febrero de 2023).

7. Pierre Celhay, *Consejos de guerra en España*, Châtillon-sousBagneux, Ruedo Ibérico, 1976, p. 258.

8. Entrevista telefónica con Gerardo Viada (31 de enero de 2023).

9. Equipo Adelvec, *FRAP. 27 de septiembre de 1975*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1985, p. 164.

10. Carlos Fonseca, *op. cit.*, pp. 155-156.

11. Entrevista telefónica con María Victoria Sánchez-Bravo (3 de octubre de 2020).

12. Pedro J. Ramírez, *El año que murió Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 292.

13. Entrevista telefónica con María Victoria Sánchez-Bravo (3 de octubre de 2020).

14. Manuel Blanco Chivite, *Notas de prisión*, Barcelona, Ediciones Actuales, 1977, p. 28.

15. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, p. 229.

16. *Ibid*., p. 231.

17. Pierre Celhay, *op. cit.*, p. 279.

18. Pedro J. Ramírez, *op. cit.*, p. 234.

19. Entrevista telefónica con José Gómez Cézar (6 de septiembre de 2024).

20. Correspondencia con María Roces.

21. Entrevista con Javier Baselga (Galicia, 2 de marzo de 2023); entrevista telefónica con María Victoria Sánchez-Bravo (3 de octubre de 2020); entrevista con Flor Baena (Vigo, 26 de septiembre de 2023); entrevista telefónica con Rafael Seco de Arpe (1 de julio de 2020); entrevista con Silvia Carretero en *A Nosa Terra*, n.º 697, 26 de octubre de 1995; entrevista con Julio Gomariz (Madrid, 19 de marzo de 2023); Pierre Celhay, *op. cit*., pp. 278-285.

22. Entrevista con Silvia Carretero, en *A Nosa Terra*, n.º 697, 26 de octubre de 1995, p. 17.

23. Testimonio del periodista Ignacio Fontes: https://www.foroporlamemoria.info/2015/01/27-de-septiembre-de-1975-lanoche-mas-larga/.

24. Entrevista telefónica con Juan José Aguirre (4 de febrero de 2023); entrevista telefónica con Gerardo Viada (31 de enero de 2023).

25. Documental *La Transición española*, cap. 3, de Victoria Prego, 1995.

26. Pierre Celhay, *op. cit.*, pp. 283-285.

27. Alfredo Grimaldos y Andreu García Ribera, *La sombra deFranco en la Transición*, Madrid, El Garaje Ediciones, 2024, p. 54.

28. Carlos Fonseca, *op. cit.*, p. 295.

29. José Catalán Deus, *Del FRAP a Podemos. Crónica de medio si-glo*, vol. 4, Sarrión (Teruel), Muñoz Moya Editores, 2016, p. 659.

30. Alfredo Grimaldos y Andreu García Ribera, *op. cit.*, p. 54.

31. Testimonio del periodista Ignacio Fontes: https://www.foroporlamemoria.info/2015/01/27-de-septiembre-de-1975-lanoche-mas-larga/.

32. Alfredo Grimaldos, *La sombra de Franco en la Transición*, Madrid, Oberon, 2004, p. 34.

33. Diego Carcedo, *Sáenz de Santa María. El general que cambió de bando*, Madrid, Temas de Hoy, 2004, pp. 132-133.

34. Rafael J. Álvarez, «44 años de las últimas ejecuciones del franquismo: "Mi padre era el juez y recibió instrucciones de muy arriba para fusilarlos"», en *El Mundo*, 27 de septiembre de 2019, https://www.elmundo.es/espana/2019/09/27/5d8cda4d21efa 0122d8b458b.html.

35. Entrevista telefónica con José Folguera (12 de abril de 2023).

36. Entrevista telefónica con Fernando Baena (2 de marzo de 2025).

37. Vicente Enrique y Tarancón, *Confesiones*, Madrid, PPC, 1996, pp. 817-862.

38. Entrevista con Flor Baena (Vigo, 26 de septiembre de 2023).

39. Elena Ódena, *Escritos políticos (I)*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1986, pp. 19-20; Riccardo Gualino, *FRAP. Una temporada en España*, Colmenar Viejo (Madrid), Amargord, 2010, pp. 305-361; Archivo Estatal Central de Albania (AQSH), Antiguo Archivo Central del Partido, Relaciones con el PCE (m-l), 1975, carpetas 1-6.

40. Elena Ódena, *op. cit.*, pp. 19-20.

1. Entrevista con Paca Sauquillo (Madrid, 17 de marzo de 2023).

2. Correspondencia con María Roces.

3. Arnau Segura, «Dos brazaletes contra el franquismo», en *Pa-nenka*, https://www.panenka.org/pasaportes/dos-brazaletesfranquismo/.

4. «El diario de un diplomático confirma el disgusto de Pablo VI con Franco», en *El País*, 27 de octubre de 1996. https://elpais.com/diario/1996/10/27/sociedad/846367208_850215. html.

5. Equipo Adelvec, *FRAP. 27 de septiembre de 1975*, Madrid, Ediciones Vanguardia Obrera, 1985, p. 209.

6. Sobre las recompensas y condecoraciones que recibieron los policías que participaron en la operación contra el FRAP, la obra de referencia es Pablo Alcántara, *La Secreta de Franco*, Barcelona, Espasa, 2022, pp. 255-257.

7. Raúl Marco, *Ráfagas y retazos de la historia del PCE (m-l) y el FRAP*, Aurora 17, 2018.

8. Entrevista telefónica con José Luis Morales (28 de agosto de 2020).

9. Entrevista con José Luis Morales (Madrid, 25 de enero de 2024).

10. *En memoria de Julio Álvarez del Vayo (1891-1975)*, Madrid, Ediciones Frente Unido, mayo de 1976, p. 47.

11. Entrevista telefónica con José Gómez Cézar (6 de septiembre de 2024).

12. «Otro atentado en Madrid contra un agente de la Policía Armada», en *ABC*, 20 de julio de 1975, p. 53.

13. «El policía armado ametrallado el sábado por la mañana, fuera de peligro», en *Pueblo*, 21 de julio de 1975.

14. «El policía asesinado tenía que haber sido relevado un cuarto de hora antes», en *ABC*, 15 de julio de 1975, p. 87.

15. «El FRAP, rama de acción del Partido Comunista», en *ABC*, 22 de agosto de 1975, p. 11.

16. Entrevista con Flor Baena (Vigo, 26 de septiembre de 2023).

17. Entrevista con Manuel Blanco Chivite y Pablo Mayoral (Madrid, 2 de octubre de 2024).

18. Documental *Granados y Delgado, un crimen legal*, de Lala Gomà y Xavier Montanyà, 1996.

19. Así se lo desveló Carlos Fernández a Luis Puicercús. Mi fuente es Puicercús, el Putxi.

20. José Dalmau, «Entrevista exclusiva y secreta a Elena Ódena, líder del FRAP», en *Interviú*, año 2, n.º 40, 17-23 de febrero de 1977, pp. 28-31.

21. Manuel Blanco Chivite, «España es un eslabón débil del capitalismo», en *Interviú*, año 4, n.º 138, 4-10 de enero de 1979, pp. 36-38.

22. Entrevista telefónica con Bashkim Shehu (12 de julio de 2020).

23. https://elpais.com/diario/1978/09/13/madrid/274533862_ 850215.html.

24. Entrevista telefónica con Tomás Pellicer (15 de octubre de 2020).

1. Carlos Fonseca, *Mañana cuando me maten*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 330.

2. Pedro J. Ramírez, *El año que murió Franco*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2015, p. 298.

3. María Ramírez, «El inesperado baile de la hija del último fusilado por Franco», en *El Español*, 7 de noviembre de 2015.

4. Silvia Castillo, «El vals de los debutantes», en *ABC*, 14 de febrero de 1994, pp. 127-128.

5. Pedro J. Ramírez, *op. cit*., pp. 291-298.

6. *Ibid*., 2015, p. 295.

7. Entrevista telefónica con Gerardo Viada (31 de enero de 2023).

8. https://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=2872.

Edición en formato digital: septiembrede 2025

Ilustración: izquierda: logotipo del FRAP / centro: Xosé Humberto Baena en la Dirección General de Seguridad (DGS) / derecha: Carlos Arias Navarro con Francisco Franco en julio de 1974 (Agencia EFE).

©Diseño de la colección: lookatcia.com
© Roger Mateos, 2025

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 1995
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-3394-819-9

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es